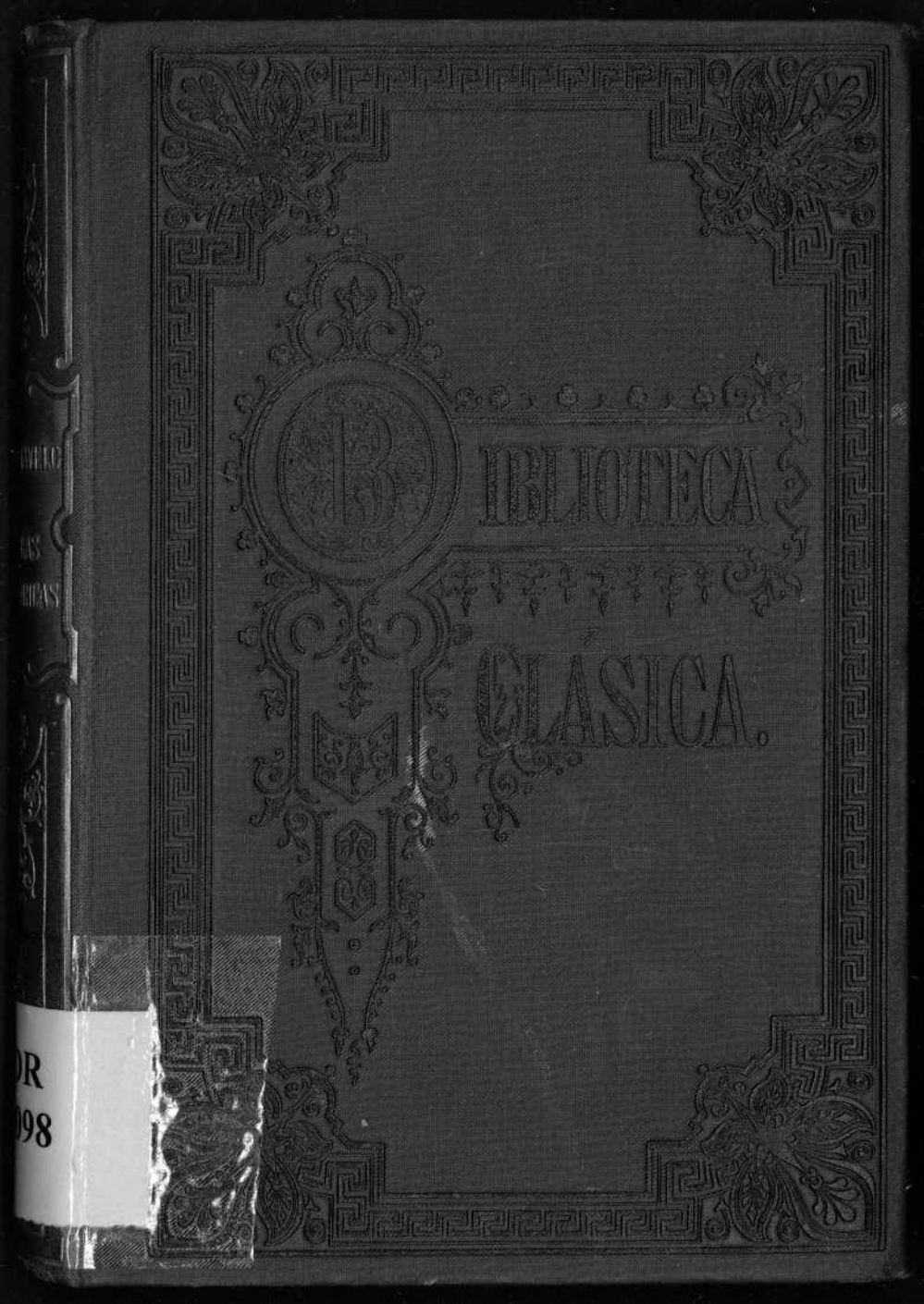
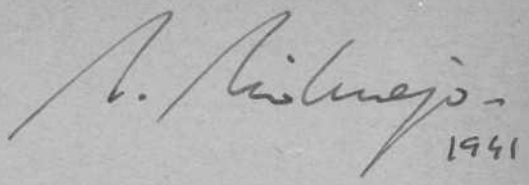


BIBLIOTECA CLÁSICA.

OR
098



MAQUIAVELO

OBRAS HISTÓRICAS

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CLVII

OBRAS HISTÓRICAS

DE

NICOLÁS MAQUIAVELO

TRADUCIDAS DEL ITALIANO

POR

D. LUIS NAVARRO

TOMO II

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1892

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
9202

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20.

HISTORIA DE FLORENCIA.

LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

I. Consideraciones sobre el objeto de las guerras y la utilidad de las victorias.—II. El duque de Milán negocia con el conde Francisco Sforza, cuyas negociaciones producen recelos y disgustos entre el Conde y los venecianos.—III. Ravena se somete á la dominación de Venecia (1440). El Papa vende el Burgo de San Sepolcro á los florentinos. Nicolás Piccinino hace libremente correrías, durante el invierno, en los dominios venecianos.—IV. Llegada la primavera, y comenzadas las hostilidades, obliga á Sforza á levantar el sitio de Martinengo. Se enorgullece después tanto por esta victoria, que el duque de Milán, para vengarse de él, hace la paz con los aliados (1441). Francisco Sforza, conforme al convenio, se casa con la hija del Duque y recibe en dote Cremona.—V. Alfonso de Aragón emprende de nuevo la guerra por la posesión de Nápoles, de Benevento y de otras ciudades y comarcas del reino. Pactan alianza con él y contra Sforza el duque de Milán y el Papa, y nombran general del ejército á Nicolás Piccinino (1442). A Renato de Anjou, rey de Nápoles, expulsado por Alfonso, le reciben honrosamente los florentinos, que hacen causa común con él y con Sforza.—VI. Nuevas discordias en Florencia. Animosidad contra Neri de Gino Capponi (1443).—VII. Por traición de Bartolomé Orlandini es muerto Baldaccio de Anghiari. Reforma del gobierno en favor del partido de los Médicis (1444).—VIII. Muerte de Piccinino. Fin de la guerra.—IX. Bautista Canneschi mata á Aníbal Bentivoglio en Bolonia, y el

pueblo mata á Canneschi, produciendo estas muertes graves disturbios en aquella ciudad (1445).—X. Es llamado al gobierno de Bolonia Santi, supuesto hijo de Hércules Bentivoglio.—XI. Guerra general en Italia con daño del duque de Milán.—XII. El Duque hace un convenio con Sforza.—XIII. Muerte del duque de Milán Felipe Visconti. Los Milaneses nombran á Sforza su general (1447).—XIV. Negociaciones del Pontífice para pacificar Italia. Opónense á ellas los venecianos.—XV. Alfonso de Aragón ataca á los florentinos.—XVI. Es obligado á pedir la paz y á partir (1448).—XVII. El conde Sforza guerrea con ventaja contra los venecianos.—XVIII. Continúa la guerra.—XIX. El Conde obliga á los venecianos á pedir la paz.—XX. No pareciendo bien la paz pactada á los milaneses, se alian con los venecianos contra el Conde.—XXI. Sforza sitia á Milán.—XXII. Finge retirarse del asedio de Milán.—XXIII. Diversas opiniones en Florencia sobre la conducta que se debe observar con Sforza.—XXIV. Los milaneses son sitiados de nuevo y, reducidos á extremas penalidades, se sublevan contra los magistrados, entregándose á Sforza (1450).—XXV. Liga entre el nuevo duque de Milán y los florentinos de una parte, y el rey de Nápoles y los venecianos de otra.—XXVI. Consecuencias de estas alianzas.—XXVII. Llega á Florencia el emperador Federico III (1451). Guerra en Lombardía entre el duque Milán y los venecianos.—XXVIII. Fernando, hijo de Alfonso, rey de Nápoles, en guerra contra los florentinos, invade la Toscana (1452).—XXIX. Conjuración de Esteban Porcari en Roma contra el Gobierno pontificio, descubierta y castigada.—XXX. Gherando Gambacorti, señor de Val de Bagno, negocia con el rey de Nápoles entregarle su Estado, pero el valor y firmeza de Antonio Gualandi perturba sus proyectos (1453).—XXXI. Renato de Anjou vuelve á Italia llamado por los florentinos, y poco después regresa á Francia.—XXXII. Por intervención del Papa se ajusta la paz entre los príncipes beligerantes (1454).—XXXIII. Jacobo Piccinino ataca á los sieneses. Los Turcos son derrotados en Belgrado.—XXXIV. Espantoso huracán en Italia.—XXXV. Génova se da al rey de Francia (1458).—XXXVI. Muerte de Alfonso de Aragón, rey de Nápoles. Le

sucede su hijo Fernando. El papa Calixto III muere cuando proyectaba dar el reino de Nápoles á su sobrino Pedro Luis Borgia. Le sucede en el pontificado el sienés Eneas Silvio Piccolomini, con el nombre de Pío II.—XXXVII. Discordia en Génova entre Juan de Anjou y los Fregosos que resulta en daño de éstos (1459). — Anjou invade el reino de Nápoles y vence al rey Fernando. — XXXVIII. El rey Fernando, con el auxilio del Papa y del duque de Milán, recupera el trono (1460). Génova sacude el yugo de los franceses. Juan de Anjou, abandonado por Jacobo Piccinino, es derrotado en el reino de Nápoles, refugiándose en Ischia, desde donde vuelve á Francia (1462).

I. El propósito de cuantos emprenden una guerra siempre fué, y es natural que sea, enriquecerse y empobrecer al enemigo. Las victorias y las conquistas se apetecen para aumentar el poderío del vencedor y debilitar al adversario. De aquí resulta que, cuando la victoria empobrece ó la conquista debilita, se traspasa ó no se llega al fin con que fué la guerra emprendida.

Los monarcas ó las repúblicas se enriquecen con la guerra cuando, extenuado el enemigo, son dueños del botín y de los tributos; pero la victoria empobrece á los que, venciendo, no destruyen á sus enemigos, y si el botín y los tributos no es presa de los gobiernos vencedores, sino de los soldados. Quienes se encuentran en este caso son desdichados si en la guerra pierden, y desdichadísimos si triunfan; porque, perdiendo, sufren las ofensas de los enemigos, y venciendo, las que les ocasionan los amigos, que, por ser menos razonables, son más insufribles, ocasionando la necesidad de imponer nuevos gravámenes y tributos á los súbditos; de suerte que, si el gobierno vencedor tiene sentimientos humanos, no puede alegrarse de victorias que entristecen á los gobernados.

Las antiguas y bien ordenadas repúblicas acostumbraban, después de sus victorias, á llenar de oro y plata el Tesoro público, á distribuir donativos al pueblo, á perdonar tributos á los ciudadanos y á festejar los triunfos con juegos y ceremonias solemnes; pero en la época que historiamos se empezaba por agotar el erario público, después se empobrecía al pueblo, y se acababa por no tener seguridad ninguna contra los enemigos.

Todo esto nacía del desorden con que se practicaba la guerra; porque despojando á los enemigos vencidos, pero no prendiéndoles ni matándoles, tardaban en atacar al vencedor sólo el tiempo que empleaba el Estado al que servían en proporcionarles nuevas armas y caballos. Además, siendo el botín y los tributos para los soldados, no aprovechaban al príncipe ó gobierno vencedor para los nuevos gastos y nuevos sueldos, que sacaban de las entrañas de sus pueblos; de suerte que las victorias, lejos de resultar en beneficio de los súbditos del vencedor, hacía á los príncipes más solícitos y menos respetuosos para acrecentarles los gravámenes.

Á tal punto habían conducido la guerra los soldados, que lo mismo el vencedor que el vencido, sólo á fuerza de dinero se hacía obedecer de los ejércitos, porque éste tenía que equiparlos de nuevo y aquél premiarlos. Sin nuevo equipo los derrotados no podían combatir, y los vencedores, sin nuevos premios, no querían. De aquí nacía que el vencedor gozaba poco de la victoria, y el vencido sentía menos la derrota, porque éste tenía tiempo para rehacerse, y aquél nunca podía continuar la ventajosa campaña.

II. Este desorden y esta deplorable disciplina fué causa de que Nicolás Piccinino estuviera ya al frente de

nuevo ejército cuando aun no se sabía en Italia su derrota, haciendo mayor guerra á sus enemigos que antes. Por ello, después del desastre de Terma (1440) pudo ocupar á Verona; despojados y dispersos sus soldados en Verona, venir con grueso ejército á Toscana; derrotado en Anghiari, antes de volver á la Romaña, estar ya más fuerte que antes, dando al duque de Milán la esperanza de poder defender la Lombardía que, por su ausencia, creía el Duque haber perdido. Pues mientras Piccinino perturbaba la Toscana, veíase Visconti reducido al extremo de temer la pérdida de sus Estados, y, juzgando que pudiera llegar antes su ruina que el socorro de aquel á quien había llamado, para contener el ímpetu del conde Sforza y ganar tiempo con la industria, ya que con la fuerza no podía conseguirlo, acudió á los medios que en semejantes circunstancias le produjeron buenos resultados, y envió á Nicolás de Este, marqués de Ferrara, á Peschiera, donde estaba el Conde, para inducirle, por cuenta propia, á ajustar la paz; mostrándole que no le convenía aquella guerra, porque si el Duque llegaba tan á menos que no pudiera mantener su influencia, Sforza sería el primero en participar de esta mala suerte, á causa de que, no necesitándole los venecianos ni los florentinos, no le estimarían. En prueba de que el Duque deseaba la paz, le ofreció la realización del matrimonio con su hija, que enviaría á Ferrara para que se casase con él, terminada la guerra.

Respondió Sforza que, si verdaderamente deseaba Visconti la paz, le era fácil conseguirla, por quererla también los venecianos y los florentinos; pero no se podía darle crédito, sabiéndose que nunca había ajustado la paz sino por necesidad y, pasada ésta, renacían sus deseos

belicosos; que ni aun á lo del casamiento debía prestar fe, después de haber sido tantas veces burlado; sin embargo, ajustada la paz, haría respecto al matrimonio lo que sus amigos le aconsejaran.

III. Á los venecianos, que á veces sin fundamento sospechaban de la fidelidad de su ejército, con razón alarmaron estas negociaciones, y el conde Sforza, para que confiaran en él, determinó proseguir la guerra vigorosamente; pero de una parte la ambición del Conde, y de otra las sospechas de los venecianos, entibiaron de tal suerte la actividad de Sforza, que nada importante emprendió en el resto de la campaña, y volviendo á Lombardía Nicolás Piccinino, cuando empezaba el invierno, los ejércitos se retiraron á sus cuarteles: el Conde se situó en Verona, el duque de Milán en Cremona, los florentinos en Toscana y las tropas pontificias en la Romaña.

Éstas, después de la victoria de Anghiari, atacaron á Forli y Bolonia, para quitar ambas poblaciones á Francisco Piccinino que, á nombre de su padre Nicolás, las gobernaba, y no lograron tomarlas, porque Francisco las defendió valerosamente.

Sin embargo, la llegada del ejército pontificio difundió tal temor á los de Ravena de caer bajo el poder del Papa, que de acuerdo con su señor, Ostasio de Polenta, pusiéronse bajo la potestad de los venecianos. Éstos, en recompensa de la entrega de la ciudad, y para que Ostasio no pudiese nunca recobrar por fuerza lo que por poca prudencia había dado, le enviaron con su hijo á morir á Candía.

Como, á pesar de la victoria de Anghiari, faltaba dinero al Papa, vendió el castillo del Borgo de San Sepolcro en veinticinco mil ducados á los florentinos.

Así estaban las cosas, no pensando nadie en ajustar la paz, porque todos creían que la llegada del invierno les aseguraba contra las operaciones militares de sus enemigos, y más que todos el duque de Milán, por contar para su defensa, además del invierno, con Nicolás Piccinino. Por ello había roto las negociaciones para la paz con Sforza, y con suma diligencia reparaba el ejército de Piccinino y hacía las demás provisiones necesarias para la próxima guerra.

Sabido esto por el Conde, fué á Venecia para ponerse de acuerdo con el Senado respecto á las operaciones en el año inmediato.

Nicolás, por su parte, teniendo dispuesto su ejército y viendo desordenado al enemigo, no esperó la llegada de la primavera y en el rigor del invierno (1441) pasó el Adda, entró en el Bresciano, ocupando todo aquel país, excepto Adula y Acri, y desvalijando y prendiendo más de dos mil caballos de Sforza, sorprendidos en esta acometida. Pero lo que más desagradó á Sforza y asustó más á los venecianos fué que Ciarpellone, uno de los mejores capitanes del Conde, se rebeló.

Cuando supo Sforza estos sucesos, salió inmediatamente de Venecia y, al llegar á Brescia, vió que Piccinino, después de causar aquel daño, había vuelto á sus cuarteles. Apagada pués la guerra, no juzgó Sforza conveniente encenderla de nuevo; prefiriendo, ya que la estación y el enemigo se lo permitían, reorganizar su ejército, y esperar la llegada el buen tiempo para vengar las ofensas recibidas. Hizo además que los venecianos reclamaran las tropas que en Toscana servían á los florentinos, y en reemplazo de su general Gattamelata, que había muerto, pidió á Miguel Attendulo.

IV. Al llegar la primavera, Piccinino fué el primero en salir á campaña, y acampó en Cignano, fortaleza distante de Brescia doce millas, en cuyo socorro acudió Sforza. Ambos generales dirigieron la guerra según su acostumbrado método.

Temiendo el conde Sforza por la seguridad de Bérgamo, acampó delante del castillo de Martinengo, desde donde, una vez tomado, podía socorrer sin dificultad dicha plaza, enérgicamente atacada por Piccinino, quien, viendo que sólo podía venir el enemigo por aquella vía, había fortitificado á Martinengo con toda clase de obras de defensa, tanto que el Conde tuvo que combatirlo con todas sus fuerzas.

Piccinino situóse en punto que impedía la llegada de víveres al ejército de Sforza, y con zanjas y bastiones se fortificó de tal modo, que el Conde no podía atacarle sin manifiesto peligro. Redujo así las cosas á términos que el sitiador de Martinengo corría más riesgo que los sitiados, no pudiendo permanecer allí por falta de víveres, ni levantar el campo sin riesgo. Era, pues, evidente la victoria del duque de Milán y la ruina de Sforza y de los venecianos.

Pero la fortuna, que siempre tiene medios de favorecer á sus amigos y de dañar á sus enemigos, hizo que creciera tanto la ambición de Piccinino, por la esperanza de esta victoria, y que llegara su insolencia al extremo de que, sin respeto al Duque ni á sí mismo, envió á decirle que militaba largo tiempo bajo sus banderas sin haber obtenido la tierra necesaria para su sepultura, por lo cual quería saber cómo serían premiados sus esfuerzos, estando, como estaba, en su mano hacerle Señor de Lombardía y entregarle todos sus enemigos. Añadía

que, considerando debía tener seguro premio una victoria segura, deseaba le concediese la ciudad de Piacenza, para gozar allí de reposo, después de tanto guerrear. No tuvo, finalmente, reparo en amenazar al Duque con el abandono de la empresa, si no accedía á su pretensión.

Esta forma insolente é injuriosa de pedir ofendió tanto al duque de Milán y le produjo tanta indignación, que determinó perder la campaña antes que acceder á la exigencia; y este príncipe, imperturbable ante los peligros y las amenazas de sus enemigos, cambió de propósito por los insolentes procedimientos de los amigos, determinando ponerse de acuerdo con Sforza, á quien envió á Antonio Guidobuono, de Tortona, ofreciéndole, como condición de la paz, el casamiento con su hija. El conde Sforza y los aliados aceptaron ávidamente esta proposición y, firmado secretamente el convenio entre ellos, ordenó el duque de Milán á Piccinino que pactara tregua por un año con el Conde, alegando que, agobiado por tantos gastos, prefería segura paz á dudosa victoria.

Admiró á Piccinino esta determinación, ignorando el motivo que inducía al Duque á prescindir de tan glorioso triunfo, y sin poder creer que, por no premiar á sus amigos, quisiera salvar á sus enemigos. Por ello, en la forma que juzgaba más conveniente, se oponía á esta determinación, tanto que el Duque tuvo necesidad, para obligarle á obedecer, de amenazarle con entregar á él y á sus soldados como presa á los enemigos, si no cumplía sus órdenes.

Obedeció Piccinino con sentimiento igual al que sufre quien por fuerza abandona los amigos y la patria; do-

liéndose de su mala suerte, pues unas veces la fortuna y otras el Duque le impedían triunfar de sus enemigos.

Hecha la tregua, celebróse la boda de Sforza y Blanca Visconti, dando el Duque por dote á su hija la ciudad de Cremona. Después firmaron la paz en Noviembre de 1441, por los venecianos Francisco Barbarico y Pablo. Trono. y por los florentinos maese Agnolo Acciajuoli Los venecianos adquirieron por esta paz Peschiera, Asola y Lonato, poblaciones fortificadas del marqués de Mantua.

V. Terminada la guerra en Lombardía, continuaba en el reino de Nápoles, y el no poder acabar allí, fué causa de que renaciera en Lombardía.

Alfonso de Aragón había quitado todo el reino á Renato de Anjou, excepto Nápoles, mientras duraba la guerra en Lombardía. Creía Alfonso tener segura la victoria y determinó, mientras sitiaba á Nápoles, quitar al conde Sforza Benevento y los otros Estados que entonces poseía, por juzgar que ningún peligro había en ello, estando ocupado el Conde en la guerra en Lombardía.

Fácilmente realizó Alfonso aquella empresa y con poco trabajo ocupó toda la comarca; pero llegada la noticia de la paz de Lombardía, temió que, por recobrar sus posesiones, tomara Sforza partido por Anjou, y así lo esperaba éste por igual motivo. Envió, pues, Renato emisarios al Conde para que fuera á socorrer á un amigo y á vengarse de un enemigo. Por su parte, Alfonso rogó á Felipe Visconti que, por la amistad que les unía, proporcionara á Sforza dificultades de tal importancia que le obligaran á renunciar á todo intento en Nápoles.

Determinó Visconti servir á Alfonso, sin tener en cuenta que turbaba la paz firmada por él poco antes con

tanta desventaja suya, é hizo saber al papa Eugenio que había llegado el momento de recobrar las tierras de la Iglesia ocupadas por Sforza, ofreciéndole para ello á Nicolás Piccinino, pagado mientras durase la guerra, el cual, hecha la paz, estaba con sus tropas en la Romaña.

Aceptó con ansia el Papa aquel consejo, tanto por el odio que tenía á Sforza, como por el deseo de recobrar lo suyo, y aunque Piccinino le había engañado en otra ocasión que intentó realizar este proyecto, creía que, interviniendo el Duque, no era probable nuevo engaño. Reunió, pues, sus tropas con las de Piccinino é invadió la Marca. Sorprendido Sforza por el inesperado ataque, marchó al frente de sus tropas contra el enemigo.

Entretanto el rey Alfonso se apoderaba de Nápoles (1442), quedando en su poder todo el reino, menos Castelnuovo, donde dejó Renato buena guarnición, y dirigióse á Florencia. Aquí le recibieron con muchas honras; pero, á los pocos días, convencido de que no podía sostener más la guerra, se fué á Marsella.

Alfonso había ya tomado á Castelnuovo, y Sforza encontrábase en la Marca, inferior en fuerzas al Papa y á Piccinino, por lo cual acudió á los venecianos y á los florentinos, pidiéndoles auxilio de gente y dinero y mostrándoles que, si no pensaban refrenar entonces al Papa y al rey de Nápoles, mientras él estuviera vivo, poco después tendrían que pensar en la propia salvación, porque se pondrían de acuerdo con Felipe Visconti y dividirían entre sí la Italia.

Florentinos y venecianos estuvieron dudosos algún tiempo, tanto por no saber si les convendría enemistarse con el Papa y con el Rey, como por estar ocupados con los asuntos de los boloñeses.

Había arrojado Aníbal Bentivoglio á Francisco Piccinino de Bolonia, y para poder defenderse del duque de Milán, que favorecía á Francisco, pidió auxilio á los venecianos y florentinos, quienes no se lo negaron. Ocupados en esta empresa no podían decidirse á auxiliar á Sforza.

Pero ocurrió que Aníbal derrotó á Francisco y, pareciendo asegurada la tranquilidad por aquella parte, determinaron los florentinos ayudar al conde Sforza; aunque primero, para asegurarse del duque de Milán, renovaron la alianza con él, á lo cual se prestó el Duque, asegurando que consintió atacaran al conde Sforza mientras el rey Renato de Anjou estaba con las armas en la mano; pero, vencido ya y privado de todo el reino, no le parecía bien que despojaran á Sforza de sus Estados, por lo cual no sólo consintió en ayudarle, sino que escribió al rey Alfonso para que volviera á su reino, y cesara en las hostilidades. Aunque esta petición disgustó al rey Alfonso, sin embargo, por las obligaciones que tenía con el Duque, la atendió, retirándose con su ejército al otro lado del río Tronto.

VI. Mientras ocurrían tales sucesos en la Romaña, no gozaban tranquilidad los florentinos. Entre los ciudadanos de mayor reputación en el gobierno de Florencia figuraba Neri de Gino Capponi, cuya fama temía más que ningún otro Cosme de Médicis, porque á su crédito en la población uníase el que tenía entre los soldados por haber sido varias veces jefe del ejército florentino, ganándose la estimación por su valor y mérito. Además, las victorias que todos sabían, alcanzadas por él y por su padre Gino, pues éste tomó á Pisa, y Neri venció á Nicolás Piccinino en Anghiari, le hacían amar

de muchos y temer de los que no deseaban partícipes en el gobierno.

Entre otros muchos capitanes del ejército florentino figuraba Baldaccio de Anghiari, tan excelente militar que no había en aquel tiempo en Italia quien le superase en valor y fuerza corporal. Tanta era su fama en la infantería, fuerza siempre á sus órdenes que, en opinión de todos, le seguiría en cualquier empresa que intentara.

Tenía Baldaccio íntima amistad con Neri, á quien amaba por sus virtudes, de las que constantemente era testigo. Esta intimidad infundía sospechas á otros ciudadanos, quienes, considerando que prescindir de sus servicios militares era peligroso y tenerle en ellos peligrosísimo, determinaron matarle. La fortuna favoreció esta determinación.

Era Confaloniero de justicia maese Bartolomé Orlandini, encargado de la defensa de Marradi cuando, como antes dijimos, pasó á Toscana Nicolás Piccinino, y que abandonó cobardemente este castillo, aunque, por su posición, era de fácil defensa. Tanto desagradó á Baldaccio esta cobardía, que en sus conversaciones y cartas hizo público el poco ánimo de Orlandini, cosa que causó á éste gran vergüenza y disgusto, y le infundió vehementísimo deseo de vengarse, pensando borrar la indignidad de su conducta con la sangre del acusador.

VII. Conocían otros ciudadanos el deseo de Orlandini, y sin trabajo le convencieron de que debía matar á Baldaccio, vengándose él de la injuria recibida y librando al Estado de un hombre á quien, no sin peligro, mantenía ni, sin daño, podía licenciar. Determinó, pues, Orlandini matarle, y al efecto reunió en una de sus habitaciones varios jóvenes armados. Vino Baldaccio á la

plaza de la Señoría, como lo hacía diariamente, para tratar con los magistrados de los sueldos de sus tropas; le llamó el Confaloniero, y sin recelo alguno fué á verle; salió á su encuentro Orlandini y dieron dos ó tres vueltas por las salas de la Señoría hablando de los sueldos. Cuando al Confaloniero pareció momento oportuno, estando próximos á la habitación donde había escondido á los hombres armados, hizo la señal convenida, salieron éstos y, encontrando á Baldaccio solo y desarmado, le asesinaron y arrojaron su cadáver por la ventana del palacio que da á la aduana. De allí lo llevaron á la plaza, cortáronle la cabeza y durante todo el día la mostraron al pueblo (1443).

Quedó de Baldaccio un hijo, que pocos años antes había dado á luz su mujer Annalena, y que murió al poco tiempo. Annalena, sin hijo y sin marido, y no queriendo la compañía de ningún otro hombre, hizo de su casa un monasterio, encerrándose en él con otras muchas nobles señoras, donde vivió y murió santamente. El monasterio que fundó ha conservado y perpetuará su nombre.

Este suceso aminoró la influencia de Neri Capponi, privándole de crédito y amigos, y no bastó á los ciudadanos poseedores de la gobernación. Diez años habían transcurrido desde su victoria sobre los Albizzi; había expirado el poder de la Balía, y, porque muchos con palabras y actos mostraban más ánimos de lo que á los gobernantes conviniera, juzgaron los jefes del gobierno que, para no perder su posición, necesitaban afirmar la influencia de sus amigos y destruir la de sus adversarios.

Para esto en el año 1444 crearon, por medio del Consejo, nueva Balía, que reformó los cargos, dando á

corto número de ciudadanos el derecho de elegir la Señoría y renovó la Cancillería de las reformas, privando de ella á Felipe Peruzzi y sustituyéndole con uno que gobernara á satisfacción del partido dominante. Prolongó el tiempo del destierro á los desterrados; metió en la cárcel á Juan de Simon Vespucci; privó de sus cargos á los funcionarios del partido contrario, y con ellos á los hijos de Pedro Baroncelli, á todos los Serragli, á Bartolomé Fortini, á maese Francisco Castellani, y á muchos otros. Con tales medios reforzaron su autoridad y crédito, privando á sus enemigos y á los sospechosos de toda esperanza.

VIII. Conseguida así la dominación en el interior, atendieron á los asuntos de fuera.

El rey Alfonso, según antes hemos dicho, había abandonado á Nicolás Piccinino, y el conde Sforza, con la ayuda de los florentinos, estaba poderoso, por lo cual atacó á Piccinino junto á Fermo, y le derrotó de tal suerte que, con pocos de los suyos, se refugió en Montecchio. Allí se fortificó y defendió con tanta tenacidad, que, al poco tiempo, todas sus tropas se le habían unido y contó con fuerzas para hacer frente al Sforza. Llegó en esto el invierno, y los dos ejércitos se acuartelaron.

Durante el invierno se ocupó Piccinino en reforzar sus tropas, ayudándole para ello el Papa y el rey Alfonso, tanto que, al llegar la primavera, y saliendo ambos generales á campaña, la superioridad del ejército de Piccinino puso al Conde en grande aprieto, y habría sido vencido, de no determinar el duque de Milán contrarrestar los propósitos de Piccinino. Rogóle Visconti que fuera inmediatamente á verle, porque tenía que decirle de palabra cosas importantísimas. Ansioso Piccinino de

escucharle, abandonó por un bien dudoso una segura victoria y, dejando al frente del ejército á su hijo Francisco, fué á Milán.

Súpolo Sforza, y aprovechó la ocasión de atacar al enemigo mientras Piccinino estaba ausente, librando la batalla junto al castillo de Monte Loro, derrotándolo y cogiendo prisionero á Francisco Piccinino.

Llegó Nicolás Piccinino á Milán, y al verse engañado por el duque Visconti y saber la derrota de su ejército y la prisión de su hijo, murió de sentimiento en 1445, á los sesenta y cuatro años de edad. Fué capitán más valeroso que afortunado. Dejó dos hijos, Francisco y Jacobo, que tuvieron menos valor y peor fortuna que el padre, de suerte que este ejército, organizado por Braccio, casi quedó disuelto, y el de Sforza, favorecido siempre por la fortuna, adquirió gran fama.

Al ver el Papa derrotado el ejército de Piccinino y muerto éste, no esperando mucho de la ayuda del rey de Aragón, negoció la paz con el conde Sforza que, por mediación de los florentinos, fué convenida, quedando el Papa con Osimo, Fabriano y Ricanati en la Marca, y el resto del país en poder de Sforza.

IX. Ajustada la paz en la Marca, toda Italia hubiese quedado tranquila, á no impedirlo los de Bolonia. Había en esta ciudad dos poderosas familias, los Canneschi y los Bentivogli. Era el jefe de ésta Aníbal, y el de aquélla, Bautista y, para fiarse mejor una de otra, contrajeron parentesco por medio de matrimonios; pero entre hombres que aspiran á la misma grandeza se puede contraer fácilmente parentesco, no amistad.

Tenía alianza Bolonia con los venecianos y los florentinos, ajustada por Aníbal Bentivoglio después que

arrojó de aquella ciudad á Francisco Piccinino; y sabiendo Bautista lo mucho que deseaba el duque de Milán la amistad de aquella ciudad, trató con él de matar á Aníbal y de establecer su dominación en Bolonia. Convenido el modo de realizarlo, el 24 de Junio de 1445 atacó Bautista Canneschi con su gente á Aníbal y le mató, recorriendo en seguida la ciudad y proclamando al duque de Milán.

Había entonces en Bolonia Comisarios venecianos y florentinos que, al principiar el alboroto, se retiraron á sus casas; pero viendo después que el pueblo no favorecía á los asesinos, y que, reunidos en gran número y armados los boloñeses en la plaza, se dolían de la muerte de Aníbal, cobraron ánimo y, con las tropas que tenían, uniéndose al pueblo, atacaron á los Canneschi, venciéndoles en seguida, matando á muchos y arrojando de la ciudad á los demás. No pudo escapar Bautista Canneschi, ni sus enemigos matarle, escondiéndose en su casa en una fosa destinada á conservar grano. Buscáronle sus enemigos todo el día, sabiendo que no había salido de la ciudad y, tanto asustaron á sus criados, que un muchacho de los que servían en la casa declaró el escondite, de donde le sacaron cubierto aún con la armadura; matáronle y arrastraron y quemaron su cadáver.

Fué bastante la autoridad del duque Visconti para hacerle acometer aquella empresa, pero no su poder para socorrerle á tiempo.

X. Terminado el tumulto por la muerte de Bautista y la fuga de los Canneschi, quedaron los boloñeses en gran confusión, por no haber ninguno de la casa de los Bentivogli apto para desempeñar el gobierno, pues Anibal

sólo había dejado un hijo de seis años de edad, llamado Juan. Temíase, pues, que entre los partidarios de los Bentivogli hubiera discordias capaces de facilitar la vuelta de los Canneschi, causando la ruina del partido contrario á ellos y de la patria.

Estando en estas dudas, Francisco, que había sido conde de Poppi y se encontraba en Bolonia, manifestó á los principales de la ciudad que si querían ser gobernados por un descendiente del linaje de Aníbal, él lo mostraría, y dijo que, estando Hércules, primo de Aníbal, hacía unos veinte años en Poppi, tuvo amores con una joven de este pueblo y de ella un hijo llamado Santi, que Hércules le aseguró ser suyo, lo cual además no podía negar, por la extraordinaria semejanza de ambos.

Creyeron los ciudadanos á Francisco, y enviaron á Florencia emisarios para reconocer al joven y pedir á Cosme de Médicis y á Neri que se le concedieran.

El que figuraba como padre de Santi había muerto, y vivía el joven con un tío suyo llamado Antonio de Cascese, hombre rico, sin hijos y amigo de Neri quien, al saber el caso, juzgó que no era prudente despreciar la oferta, ni temerariamente aceptarla, opinando que Santi hablara con los enviados de Bolonia á presencia de Cosme de Médicis. Así se convino, y los boloñeses no sólo honraron, sino casi adoraron á Santi: ¡tanto podía en ellos el espíritu de partido!

No se convino, por lo pronto, nada. Cosme llamó aparte á Santi y le dijo: «Nadie mejor que tú mismo puede aconsejarte en este caso, porque has de adoptar la determinación á que tu ánimo te incline. Si eres hijo de Hércules Bentivoglio, acometerás las empresas dignas

de esta casa y de tu padre, y si lo eres de Agnolo de Cascese, continuarás en Florencia consumiendo tu vida en un vil telar de lana.»

Estas palabras conmovieron al joven y, aunque al principio se había negado á acceder á la pretensión de los boloñeses, ofreció hacer lo que Cosme y Neri determinaran. Pronto se llegó á un acuerdo con los Comisarios de Bolonia y, provisto de trajes, caballos y servidores, fué Santi, acompañado de muchos á esta ciudad, donde le entregaron la guarda del hijo de Aníbal y el gobierno de Bolonia. Tanta fué su prudencia en la gobernación que, habiendo muerto todos sus antepasados á manos de sus enemigos, él vivió en paz y respetado por todos hasta su muerte.

XI. Después de la muerte de Nicolás Piccinino y de la paz ajustada en la Marca, deseaba tener Felipe Visconti un general para su ejército, y negoció secretamente con Ciarpellone, uno de los mejores tenientes de Sforza, llegando á un acuerdo.

Pidió Ciarpellone licencia al conde Sforza para ir á Milán y tomar posesión de algunos castillos que en las pasadas guerras le había donado Visconti. Sospechó Sforza el motivo del viaje y, para que el duque de Milán no se sirviera de Ciarpellone contra él, hizo prender á éste y, al poco tiempo, matarle pretextando que le hacía traición.

Mucho indignó á Felipe este suceso, y no poco satisfizo á los venecianos y florentinos, temerosos de que se uniera al poder del duque de Milán el ejército de Sforza. Aquella indignación produjo nueva guerra en la Marca.

Era señor de Rímini Gismondo Malatesta que, por ser yerno de Sforza, esperaba la Señoría de Pésaro; pero al

ocupó éste y la dió á su hermano Alejandro. Tal preferencia irritó el ánimo de Gismondo, aumentando su indignación el ver que Federico Montefeltro, su enemigo, por el favor del conde Sforza había ocupado la Señoría de Urbino.

Por tales motivos tomó Gismondo el partido del duque de Milán, y excitaba al Papa y al rey de Nápoles para que declararan la guerra al conde Sforza. Este, á fin de que conociera Gismondo los primeros frutos de la guerra que tanto deseaba, determinó prevenir el ataque y le acometió de improviso. La perturbación fué inmediata en la Romaña y en la Marca, porque Visconti, el rey de Nápoles y el Papa enviaron poderoso auxilio á Gismondo, y los florentinos y venecianos dieron al conde Sforza, si no gente, dinero.

No bastó á Visconti la guerra en la Romaña, é intentó quitar á Sforza Cremona y Pontremoli; pero los florentinos defendieron esta plaza, y los venecianos aquélla.

De esta suerte se renovó la guerra en Lombardía y, después de algunos combates en los alrededores de Cremona, los florentinos, al mando de Micheletto, y los venecianos derrotaron en Casale á Francisco Piccinino, que mandaba el ejército del duque de Milán (1446).

Esperando los venecianos, por esta victoria, quitar al duque sus Estados, enviaron un Comisario á Cremona, é invadieron la Ghiaradadda, ocupando todo aquel territorio, menos Crema. Pasaron después el Adda y llegaban en sus correrías hasta Milán.

El duque Visconti acudió á Alfonso, rey de Nápoles, rogándole que le socorriera, y mostrándole el peligro que correría aquel reino si los venecianos se apoderaban de

Lombardía. Prometió Alfonso enviarle auxilio, que difícilmente podía pasar sin consentimiento del conde Sforza.

XII. Rogó Felipe Visconti al Conde que no abandonara á su suegro, viejo ya y ciego. El Conde estaba ofendido con el Duque por haberle éste movido la guerra; mas, por otra parte, no le agradaba el engrandecimiento de los venecianos. Además, empezaba á faltarle dinero, y la Liga era parca en dárselo, porque los florentinos no tenían ya al Duque el miedo que les obligaba á estimar á Sforza, y los venecianos deseaban la ruina de éste, por creer que era el único capaz de poderles quitar la Lombardía. Sin embargo, mientras Visconti procuraba atraérsele, ofreciéndole el mando de todas sus tropas si restituía la Marca al Papa y abandonaba á los venecianos, éstos le enviaron embajadores, prometiéndole Milán si lo tomaban, y el mando de todo su ejército á perpetuidad, con tal que continuara la guerra en la Marca é impidiera la llegada á Lombardía de las tropas del rey Alfonso.

Grandes eran las promesas de los venecianos y grandísimos sus servicios, por haber intervenido en aquella guerra para salvar á Cremona, que era de Sforza. En cambio las injurias del duque de Milán eran recientes, y sus ofrecimientos no grandes y nada dignos de fe. Estaba, sin embargo, dudoso el Conde acerca del partido que debería tomar, porque de una parte le obligaban sus compromisos con la Liga, la fidelidad jurada, los recientes servicios que la Liga le había hecho y las promesas para lo futuro; de otra le detenían los ruegos de su suegro, y, sobre todo, el veneno que sospechaba encubrían los venecianos con sus promesas; comprendiendo que, si eran vencedores, á discreción suya quedaba el realizar-

las, y á este peligro sólo por necesidad debía exponerse un hombre prudente.

Con la incertidumbre de Sforza en resolverse acabaron por ambición los venecianos, quienes, esperando ocupar á Cremona por secretas negociaciones que tenían con gente de dicha plaza, con distinto pretexto acercaron á ella su ejército. Pero los que á nombre de Sforza guardaban á Cremona descubrieron el complot y fracasó, resultando que no se apoderaron de Cremona y perdieron la ayuda del conde Sforza, que, dejando á un lado todo género de consideraciones, se unió al duque de Milán (1447).

XIII. Había muerto el papa Eugenio y sido elegido para sucederle Nicolás V.

El conde Sforza tenía ya reunido todo su ejército en Cotignola para pasar á Lombardía, cuando recibió la noticia de la muerte de Felipe Visconti, ocurrida á fines de Agosto de 1447.

Este suceso alarmó á Sforza, porque debía pagas á sus tropas y no estaba seguro de la subordinación del ejército. Temía á los venecianos, que contaban entonces con numerosas fuerzas, y de los cuales se había separado recientemente para unirse al duque de Milán; temía también al rey Alfonso, su perpetuo enemigo; nada esperaba del Papa, porque ocupaba tierras de la Iglesia, y nada de los florentinos, aliados con los venecianos.

Determinó, sin embargo, arrostrar la mala fortuna y dejarse guiar por los sucesos, porque en la actividad se encuentran oportunidades que en la quietud nunca se hallan.

Le infundía grandes esperanzas la creencia de que, si los milaneses querían defenderse de la ambición de los

venecianos, sólo del ejército que él mandaba podían valerse. Por ello, cobrando ánimo, pasó al territorio de Bolonia, y después á Módena y Reggio, deteniéndose con el ejército junto al río Lenza, y ofreciendo desde allí sus servicios á los milaneses.

Éstos á la muerte del Duque se dividieron, queriendo unos vivir libres, y otros bajo el mando de un príncipe. De los que preferían un príncipe, unos deseaban al conde Sforza y otros al rey Alfonso. Estando los que amaban la libertad unidos, prevalecieron de sus adversarios, y organizaron un gobierno republicano, que no obedecieron muchas ciudades del Ducado, porque cada una deseaba gozar de su libertad como Milán, y las que no aspiraban á ser repúblicas independientes, rechazaban la soberanía de los milaneses. Lodi y Piacenza se entregaron á los venecianos; Pavía y Parma se declararon independientes y, viendo Sforza esta desorganización, marchó á Cremona, donde sus comisionados llegaron á un acuerdo con los de Milán para que Sforza fuera jefe de todo el ejército, con las mismas condiciones que había pactado con el Duque Visconti, añadiendo que Brescia fuera del Conde y, si conquistaba Verona, se quedase con esta ciudad, restituyendo Brescia á los de Milán.

XIV. Antes de que muriera el duque de Milán, el papa Nicolás, al ocupar el solio pontificio, procuró restablecer la paz entre los príncipes italianos. Al efecto negoció con los embajadores que le enviaron los florentinos para felicitarle por su elección, que se reuniera una Dieta en Ferrrara, á fin de convenir larga tregua ó ajustar la paz.

Reuniéronse, pues, en Ferrara el legado del Papa y los embajadores venecianos, milaneses y florentinos,

pero no fueron los del rey de Nápoles. Encontrábase éste en Tivoli con bastante gente de á pie y á caballo, y desde allí favorecía al duque de Milán, creyéndose que, por haber atraído á su causa al conde Sforza, pretendían atacar abiertamente á venecianos y florentinos y, mientras lograban que el ejército de Sforza pasara á Lombardía, entretener el tiempo con las negociaciones de la paz en Ferrara, donde el rey Alfonso no envió embajadores, prometiendo ratificar lo que conviniera el duque de Milán.

Duraron estas negociaciones muchos dias y, después de larga discusión, se convino ó en una paz perpetua ó en una tregua por cinco años á voluntad del duque Visconti. Pero cuando sus embajadores volvieron á Milán para saber su opinión, le encontraron muerto.

A pesar de la muerte de Visconti los milaneses deseaban observar el acuerdo; pero no quisieron los venecianos, por su grande esperanza de apoderarse del Estado de Milán, mayormente al ver que Lodi y Piacenza, tan pronto como murió el Duque, se unieron á ellos. Creían, pues, que en breve tiempo, ó por fuerza ó por convenio, despojarían á Milán de todo el Ducado y después, oprimir de tal modo á los milaneses, que aun ellos tuvieran que rendirse antes de que alguien les socorriera. Pesuadiéronse de esto mucho más al ver que los florentinos se empeñaban en guerra con el rey de Nápoles.

XV. Estaba el Rey en Tivoli; quería emprender la guerra en Toscana, como con Visconti había convenido y, juzgando que la empezada en Lombardía le daba tiempo y comodidad para ello, deseó tener una posición en territorio florentino antes de emprender abiertamente las hostilidades. Al efecto, entabló tratos secretos con

los del castillo de Cennina, en el valle del Arno, y lo ocupó.

Sorprendió á los florentinos este inesperado ataque, y al ver que el Rey iba contra ellos, tomaron tropas á sueldo, crearon el Consejo de los Diez y, según su costumbre, se prepararon á la guerra.

Encontrábase ya Alfonso con su ejército cerca del territorio de Siena, y se esforzaba por que esta ciudad se adhiriera á su causa; pero los sieneses permanecieron fieles á la amistad con los florentinos, y no recibieron al Rey ni en Siena, ni en ninguna de las poblaciones de su territorio, aunque le proveían de víveres, porque su impotencia y la fuerza del enemigo no les permitía hacer otra cosa.

No tomó el Rey para la invasión en Toscana el camino del valle del Arno, como al principio había determinado, ó por haber perdido á Cennina, ó porque los florentinos tenían reunido ya bastante ejército; dirigióse, pues, hacia Volterra, ocupando varios castillos en el Volterrano. Desde allí fué á la comarca de Pisa y, por la ayuda que le dieron Arrigo y Fazio, de la familia de los condes de la Gherardesca, tomó algunas plazas y atacó á Campiglia, de la cual no pudo apoderarse por la defensa de los florentinos y por el rigor del invierno.

Dejó el Rey en la comarca conquistada guarnición para custodiarla y hacer correrías, y con el resto del ejército se acuarteló en el territorio de Siena.

Los florentinos entretanto, aprovechando la estación, organizaron un ejército, dando el mando á Federico, señor de Urbino, y á Gismondo Malatesta, de Rímini; y, aunque hubo discordia entre ambos, por la prudencia de Neri de Gino y de Bernardino de Médicis, que eran los

Comisarios, continuaron unidos de tal modo que, siendo aún grande el frío, salieron á campaña (1448) recobrando las poblaciones perdidas en el territorio de Pisa y el Pomarance en el de Volterra. Los soldados del Rey, que antes hacían correrías por la costa, fueron contenidos hasta el punto de defender, no sin trabajo, las plazas cuya guarda se les había confiado.

Llegada la primavera, acamparon los Comisarios con todo el ejército en Spedaletto, en número de cinco mil caballos y dos mil infantes, y el Rey llegó con el suyo de quince mil hombres á tres millas de Campiglia.

Cuando se esperaba que volviera á atacar esta plaza, acometió á Piombino, creyendo conquistarlo fácilmente, por estar aquella comarca mal provista y por juzgar que su ocupación le era utilísima y muy dañosa á los florentinos, pues, desde aquella comarca, podía sostener larga guerra contra ellos, á causa de recibir las provisiones por mar, y perturbar todo el país de Pisa.

Por ello alarmó á los florentinos este ataque y, después de deliberar lo que convenía hacer, acordaron acampar con el ejército en los bosques de Campiglia, esperando, con este movimiento, batirle ú obligarle á vergonzosa retirada. Armaron pues cuatro galeones que tenían en Liorna, y en ellos llevaron trescientos infantes á Piombino. El ejército, por considerar peligroso situarse en los bosques de la llanura, acampó en Caldane, posición de muy difícil ataque.

XVI. Sacaban los florentinos los víveres de las comarcas inmediatas que, por ser estériles y poco habitadas, les proveían con dificultad. Había, pues, escasez, y sobre todo faltaba el vino, porque ni se recolectaba en aquella tierra, ni se podía llevar de más lejos, siendo im-

posible dar á cada cual su ración. El ejército del Rey, en cambio, aunque estrechado por los florentinos, estaba abundantemente provisto de todo, hasta de paja para los caballos, porque recibía por mar las provisiones.

Intentaron los florentinos proveerse del mismo modo, cargando de víveres sus galeones y haciéndoles ir; pero los encontraron siete galeras del Rey, y dos de aquéllos fueron cogidos, huyendo los otros dos. Esta pérdida quitó la esperanza al ejército florentino de tener víveres frescos, y doscientos ó más hombres, por la falta de provisiones, especialmente de vino, desertaron, pasándose al rey Alfonso; las demás tropas murmuraban, diciendo que en el sitio donde acampaban, sin vino y con mala agua, era excesivo el calor. Tantas fueron estas murmuraciones, que los Comisarios determinaron abandonar aquel lugar, y se dirigieron á recuperar algunas poblaciones que todavía estaban en poder del Rey, quien, aun cuando contaba con víveres y con ejército más numeroso, nada podía emprender, por las numerosas enfermedades que en esta época del año producen las marismas, dolencias tan perniciosas, que muchos morían y casi todos estaban enfermos.

Empezaron negociaciones para la paz, pidiendo el Rey cincuenta mil florines y que dejaran á su discreción Piombino. Enviadas estas condiciones á Florencia, muchos que deseaban la tranquilidad las aceptaban, asegurando no saber cómo se podría alcanzar la victoria en una guerra que tanto costaba mantenerla. Pero Neri Capponi fué á Florencia, y de tal modo animó á los ciudadanos con sus discursos que, de común acuerdo, convinieron en no aceptarlas, tomando bajo la protección de la República al Señor de Piombino, con obligación de sostenerle en

paz y en guerra, con tal de que no se entregara al Rey, defendiéndose, como hasta entonces, del enemigo.

Supo Alfonso esta determinación, y viendo que su ejército, debilitado por las enfermedades, no podía tomar la plaza, levantó el sitio casi como en derrota, dejando allí más de dos mil muertos. Con el resto del enfermo ejército se retiró á la comarca de Siena, y desde allí al reino de Nápoles, indignado contra los florentinos y amenazándoles que, en mejor tiempo, emprendería de nuevo la guerra.

XVII. Mientras ocurrían estos sucesos en Toscana, habiendo llegado el conde Sforza en Lombardía á ser general de los milaneses, antes que toda otra cosa se hizo amigo de Francisco Piccinino, que á sueldo de aquéllos militaba, para que le favoreciese en su empresa ó se contuviera en contrariarla.

Salió con su ejército á campaña. Comprendieron los de Pavía que no podían defenderse de esta fuerza, pero, no queriendo obedecer á los milaneses, le ofrecieron la ciudad á condición de que no la pusiera bajo el poder de Milán.

Deseaba Sforza la posesión de Pavía, pareciéndole que era buen principio para realizar sus proyectos; y no le contenía el temor y la vergüenza de faltar á su palabra, porque los grandes hombres llaman vergüenza el perder y no el adquirir con engaño; pero dudaba si al ocupar á Pavía se indignarían los milaneses hasta el extremo de entregarse á los venecianos. No apoderándose de ella, temía que cayera en poder del duque de Saboya, á quien muchos ciudadanos deseaban entregarse, de modo que en uno ú otro caso podía verse privado de la posesión de Lombardía.

Juzgó menor peligro apoderarse de Pavía que dejarla tomar á otro, y determinó aceptar el ofrecimiento, esperando convencer á los milaneses, á quienes hizo ver que, si no la ocupaba, corrían peligro de que sus habitantes la entregaran á los venecianos ó al duque de Saboya, siendo en cualquiera de ambos casos perdida para ellos; de suerte que debían preferir tenerle por vecino y amigo, á un vecino poderoso y enemigo como lo eran los venecianos y el duque de Saboya.

Los milaneses se alarmaron mucho al saber esto, creyendo descubrir la ambición del Conde y lo que se proponía; pero disimularon sus sospechas, porque, aparte de Sforza, no veían refugio más que en los venecianos, cuya soberbia y gravosas condiciones les espantaban; por lo cual determinaron no apartarse del Conde, y valerse de sus fuerzas para librarse de los males que les amenazaban y, si podían conseguirlo, librarse después de él.

No solamente les atacaban entonces los venecianos, sino también los genoveses y el duque de Saboya á nombre de Carlos de Orleans, hijo de una hermana de Felipe Visconti. A los genoveses y al Duque los contuvo fácilmente Sforza. Quedaban sólo como enemigos los venecianos que, con poderoso ejército, querían ocupar el Estado de Milán y tenían á Lodi y Piacenza. Sforza sitió esta última plaza y, después de largo trabajo, la tomó y saqueó. Llegado el invierno, puso á su ejército en alojamiento, y él se fué á Cremona, donde pasó con su mujer el resto de la estación.

XVIII. Al empezar la primavera, salieron á campaña los ejércitos veneciano y milanés. Deseaban los milaneses recuperar á Lodi, y después ajustar la paz con los venecianos, porque los gastos de la guerra habían au-

mentado considerablemente y la fidelidad del general era sospechosa, de suerte que deseaban con vehemencia la paz para descansar y precaverse de Sforza. Determinaron, pues, que su ejército fuese á la conquista de Caravaggio, esperando que Lodi se rindiera cuando aquel castillo fuese tomado.

Obedeció el Conde á los milaneses, aunque su opinión era pasar el Adda é invadir el territorio de Brescia.

Púsose el cerco á Caravaggio y con fosos y bastiones se fortificaron los sitiadores, para que, si los venecianos querían hacerles levantar el asedio, tuvieran que acometerles con desventaja.

Vinieron las tropas de Venecia á las órdenes de Micheletto, á situarse á dos tiros de arco del ejército de Sforza, permaneciendo en estas posiciones muchos días y teniendo muchas escaramuzas. Pero el Conde continuaba el asedio del castillo en términos que los sitiados no podían resistir más. Su rendición desagradaba mucho á los venecianos, por creer que la pérdida de Caravaggio equivalía á la pérdida de la campaña.

Hubo, pues, entre sus capitanes grandísima discusión sobre el modo de socorrerlo, sin que se viera otro camino que el de acometer al enemigo dentro de sus trincheras, con grandísima desventaja; pero tanto estimaban la posesión de aquel castillo, que el Senado veneciano, naturalmente tímido y opuesto á toda empresa dudosa ó de peligro, prefirió ponerlo todo en riesgo, á perder á Caravaggio y, con él, la campaña.

Determinaron, pues, atacar de cualquier modo al Conde y, al amanecer de un día, le acometieron por la parte menos guardada. Al primer ímpetu el ejército de Sforza, que no esperaba el ataque, se desorganizó; pero

el Conde restableció en seguida el orden, de tal suerte, que los enemigos, después de grandes esfuerzos, no sólo fueron rechazados, sino derrotados y dispersos, hasta el punto que, de doce mil caballos que tenía el ejército, apenas se salvaron mil, perdiéndose todos los carros y bagajes. No habían sufrido hasta entonces los venecianos mayor y más espantosa ruina.

Entre el botín y los prisioneros encontraron consternadísimo un proveedor veneciano, que antes de la batalla y durante la campaña hablaba del Conde ultrajándole, llamándole bastardo y vil. Al verse prisionero, y recordando sus insultos, temeroso de que le premiaran cual merecía, llegó ante Sforza tímido y asustado, como es natural en los soberbios y viles, que en la prosperidad son insolentes y en la adversidad humildes hasta la abyección y, llorando se arrodilló, pidiéndole perdón de sus injurias. El Conde le levantó y, tomándole del brazo le animó, haciéndole concebir buena esperanza. Después añadió que se maravillaba de que un hombre de tanta prudencia y gravedad, como él pretendía tener, hubiese incurrido en el error de hablar tan indignamente de quien no lo merecía, y en cuanto á lo que le achacaba, él no sabía lo ocurrido entre Sforza su padre y doña Lucía su madre, porque no estaba allí; ni había podido influir en la forma de su unión, no creyendo, por tanto, que le cupiese por ella elogio ó censura; pero sabía bien que en todos sus actos se había portado de modo que nadie debiera censurarle, de lo cual él y su Senado podían dar reciente y verdadero testimonio. Aconsejóle que en lo sucesivo fuera más prudente al hablar de otros y más cauto en sus empresas.

XIX. Después de este triunfo, el Conde con su vic-

torioso ejército pasó al territorio de Brescia y ocupó todo aquel condado, acampando á dos millas de Brescia.

Por su parte, los venecianos, al saber la derrota, temiendo, como sucedió, que Brescia fuese la primera población atacada, la guarnecieron con las fuerzas que mejor y más pronto reunieron, y después, con gran diligencia, tomaron á sueldo tropas, uniéndolas á los restos del dispersado ejército que pudieron recoger. Además, en cumplimiento de la Liga, pidieron á los florentinos auxilio, y libres ya éstos de la guerra con el rey Alfonso, les enviaron mil infantes y dos mil caballos. Este refuerzo les permitió aguardar ocasión propicia para hacer la paz.

Fué siempre destino de la república veneciana ser vencida en las batallas y victoriosa en las negociaciones; y lo que perdía en la guerra, con creces lo recobraba al ajustar la paz. Sabía las sospechas que á los milaneses inspiraba Sforza, y que éste deseaba ser, no capitán, sino Señor de Milán. Estando en su arbitrio pactar la paz con Sforza ó los milaneses, puesto que aquél la deseaba por ambición y éstos por miedo, eligieron los venecianos hacerla con el Conde y ofrecerle auxilio para la conquista que proyectaba, comprendiendo que, al verse los milaneses engañados por Sforza, querrían, por resentimiento, someterse al yugo de cualquier otro que al suyo y, reducidos al extremo de no poder defenderse por sí mismos ni fiarse del Conde, veríanse obligados, por no saber á quién acogerse, á echarse en brazos de los venecianos.

Tomada esta determinación, tantearon el ánimo del Conde, encontrándole sumamente dispuesto á la paz, porque deseaba que la victoria de Caravaggio fuera suya

y no de los milaneses. Ajustaron, pues, un acuerdo, obligándose los venecianos á pagar al Conde, hasta que se apoderase de Milán, trece mil florines mensuales y á auxiliarle durante la guerra con cuatro mil caballos y dos mil infantes. Sforza se comprometió á devolver á los venecianos las ciudades, los prisioneros y cuanto les había ocupado en la guerra, contentándose con el territorio que el duque Visconti poseía cuando murió.

XX. Al saber este acuerdo los milaneses, les contristó mucho más que les había alegrado la victoria de Caravaggio. Los grandes estaban desolados, el pueblo furioso, las mujeres y los niños lloraban, y todos acusaban al Conde de traidor y desleal. Aunque no esperaban apartarle de su determinación con ruegos ni promesas, enviáronle embajadores para ver con qué semblante y con cuáles razones explicaba su maldad. Al presentarse al Conde, le habló uno de ellos de esta manera:

«Los que desean conseguir de alguien alguna cosa, acuden á él con ruegos, ofertas ó amenazas, para que, movido por la misericordia, la conveniencia ó el miedo, acceda á lo que se pide. Pero con los hombres crueles y ávidos, ó que se juzgan poderosos, no se pueden emplear ninguno de aquellos tres medios, porque ni los ruegos les ablandan, ni las promesas les seducen, ni las amenazas les asustan. Por tanto, nosotros, que al presente conocemos, aunque tarde, tu crueldad, ambición y soberbia, venimos á ti, no para pedirte nada, ni con esperanza de obtener nada, aunque pidiéramos, sino para recordarte los beneficios que has recibido del pueblo milanés, y demostrarte con cuánta ingratitud los has pagado, á fin de que, entre tantos males como sufrimos, tengamos el placer de vituperar tus hechos.

»Recordarás bien cuál era tu situación á la muerte del duque Felipe. Eras enemigo del rey de Nápoles y del Papa; habías abandonado á los florentinos y á los venecianos, quienes por justa y reciente indignación, y por no necesitar de ti, eran tus enemigos; tenías agotado tus recursos en la guerra contra la Santa Sede: sin tropas, sin amigos, sin dinero y privado de toda esperanza de poder conservar tus Estados y mantener tu antigua fama, tu ruina era segura, á no ser por nuestra insensata confianza. Sólo nosotros te abrimos las puertas por respeto á la memoria de nuestro Duque, de quien eres pariente y con quien habías hecho nueva alianza, creyendo que conservarías el mismo afecto á sus herederos, y que si, á sus beneficios se unían los nuestros, esta amistad no sólo sería íntima, sino perpetua; por ello añadimos á las condiciones de tu alianza con el Duque, la de darte Verona y Brescia.

»¿Qué más podíamos darte ú ofrecerte? ¿Qué más podías lograr ó desear, no digo de nosotros, sino de cualquier otro en tiempo alguno? De nosotros recibiste inesperado bien, y en recompensa recibimos de ti inesperado mal.

»Y no es ahora cuando has empezado á mostrarnos tu malevolencia porque, tan pronto como fuiste general de nuestro ejército, contra toda justicia, te quedaste con Pavía, lo cual debió advertirnos del fin que tu amistad tendría. Sufrimos entonces la ofensa, creyendo que esta adquisición colmaría, por su grandeza, tu ambición. Pero ¡ah! los que desean el todo no se satisfacen con parte. Prometiste que tus futuras conquistas serían para nosotros, porque sabes bien que lo que se da en muchas veces se puede quitar de una. Así lo has hecho después de

la victoria de Caravaggio que, preparada con nuestra sangre y nuestro dinero, para nuestra ruina la has conseguido.

»¡Infelices ciudades las que necesitan defender su libertad contra la ambición de quien quiere oprimirlas; pero más infelices las que necesitan defenderse con armas mercenarias y desleales, como las tuyas! Sirva, al menos, nuestro ejemplo á la posteridad, puesto que no nos ha servido á nosotros el de los tebanos y Filipo de Macedonia quien, después de ser su general y vencer á sus enemigos, volvióse contra ellos y se convirtió en su Señor.

»No podemos ser acusados de otra culpa que de la de confiar mucho en quien debimos confiar poco, porque tu vida pasada, tu insaciable ambición no satisfecha con ningún cargo ni estado, nos debieron servir de advertencia y no cifrar esperanzas en quien engañó al Señor de Luca, sacó tributos á florentinos y venecianos, trató sin consideración al duque de Milán, insultó á un rey, y sobre todo, persiguió con tantas injurias á Dios y á la Iglesia.

»Jamás debimos creer que los milaneses tuvieran en el ánimo de Francisco Sforza más autoridad que tantos soberanos y que con nosotros guardara la fe que con tantos otros había violado.

»Sin embargo, esta escasa prudencia nuestra no excusa tu perfidia ni borra la infamia que nuestras justas quejas harán caer sobre ti en todo el mundo; ni evitará que te remuerda la conciencia cuando vuelvas contra nosotros, para herirnos, las mismas armas que preparamos para ofender y amedrentar á otros, porque tú mismo te juzgarás digno del castigo que los parricidas

merecen. Y aunque la ambición te ciegue, todo el mundo, testigo de tu iniquidad, te hará abrir los ojos; te los hará abrir Dios, si detesta el perjurio, la fe violada y la traición; si, como ha hecho hasta ahora con algún designio providencial, se muestra enemigo de los malvados.

»No te prometas, pues, segura la victoria, porque la justa ira de Dios la impedirá, y estamos resueltos á defender hasta morir nuestra libertad: cuando no podamos defenderla, antes nos someteremos á cualquier otro príncipe que á ti. Y si nuestros pecados fueran tales que, contra todo nuestro deseo, cayéramos en tus manos, ten por cierto que el reinado que tú empieces con engaño é infamia, acabará en ti ó en tus hijos con daño y vituperio.»

XXI. El conde Sforza, aunque se sintiera ofendido en todos conceptos por los milaneses, sin mostrar en sus palabras ni en su semblante alteración extraordinaria, respondió que de buen grado atribuía al estado iracundo de sus ánimos las graves injurias de sus impremeditadas frases, á las que contestaría particularmente, de estar ante alguno que debiera ser juez en esta cuestión, para que se viera que no había ofendido á los milaneses, sino precavido sus ofensas, porque bien sabían de qué modo se condujeron después de la victoria de Caravaggio; cuando en vez de premiarle con Verona y Brescia, procuraban hacer la paz con los venecianos, á fin de que sobre él cayeran las culpas de la enemistad, y para ellos fuera el fruto de la victoria, el mérito de la paz y las ventajas conseguidas en esta guerra. De suerte que no podían quejarse de que se adelantara él á hacer la paz que ellos intentaban ajustar; y de tardar él en convenirla, tendría ahora que acusar á los milaneses de la ingratitud que

le echaban en cara; que si esto era ó no cierto, lo demostraría, con el fin de la guerra, el mismo Dios, á quien ellos apelaban para ser vengador de sus ofensas, y que sabía quiénes eran sus amigos y quiénes defendían mayor justicia.

Cuando partieron los embajadores, preparóse Sforza á atacar á los milaneses, y éstos se dispusieron á la defensa, con ayuda de Francisco y Jacobo Piccinino que, por la antigua rivalidad entre los ejércitos de Braccio y de Sforza, permanecieron fieles á los milaneses. Estos pensaron defender su libertad, al menos hasta que pudieran separar á los venecianos del Conde, cuya alianza y amistad no creían fuese muy duradera.

Por otra parte, Sforza, que comprendía lo mismo, juzgó atinado, para cuando el compromiso no bastara, mantener por el interés la alianza de los venecianos, y por ello, al convenir las operaciones de la guerra, consintió que éstos atacaran á Crema, mientras él con sus tropas ocupaba el resto del Ducado. Dicho convenio cegó la prudencia de los venecianos, durando tanto su alianza con el Conde, que éste ocupó todo el Estado de Milán y estrechó á la capital de tal suerte, que de nada podía proveerse.

Desesperados los milaneses de cualquier otro socorro, enviaron embajadores para rogar á los venecianos que se compadecieran de su situación, y que, según costumbre de las repúblicas, tuvieran á bien favorecer su libertad y no á un tirano que, si lograba enseñorearse de aquella ciudad, no podrían reprimir; añadían que no creyeran se contentase Sforza con las condiciones estipuladas, pues reclamaría pronto los antiguos límites del Ducado.

Aun no se habían apoderado los venecianos de Crema,

y, queriendo tomarla antes de cambiar de partido, respondieron públicamente no poder ayudarles, por el convenio hecho con el Conde; pero privadamente les dieron á entender que podían contar con su alianza y hacerlo esperar á sus conciudadanos.

XXII. Estaba ya el Conde con su ejército tan inmediato á Milán, que combatía los barrios extramuros, cuando los venecianos, poseedores ya de Crema, juzgaron oportuno no diferir su alianza con los milaneses, con quienes hicieron un tratado, prometiendo en los primeros artículos del mismo defender la libertad de Milán. Inmediatamente después ordenaron á las tropas suyas, que estaban con el Conde, dejar el campamento de éste, y retirarse á las posesiones venecianas.

También dieron cuenta al Conde de la paz hecha con los milaneses, ofreciéndole el término de veinte días para aceptarla.

No admiró al Conde lo hecho por los venecianos, pues de mucho tiempo atrás lo tenía previsto y esperaba ocurriese cualquier día. Sin embargo, no por ello dejó de dolerse, sintiendo el mismo disgusto que habían tenido los milaneses cuando él les abandonó. Tardó dos días en contestar á los embajadores venecianos que habían ido á notificarle el acuerdo, y en este tiempo determinó entretener á los venecianos y no abandonar la empresa, para lo cual decía públicamente que aceptaba la paz, enviando embajadores á Venecia con amplias facultades para ratificarla, pero encargándoles privadamente que en modo alguno lo hicieran, sino que, inventando dificultades, difiriesen el firmarla. Y para que los venecianos creyesen que decía la verdad, pactó tregua con los milaneses por un mes, se apartó de Milán, y puso su ejército dividido

en alojamientos en los lugares que alrededor de aquella capital había ocupado.

Esta determinación fué causa de la ruina de los milaneses y de la victoria de Sforza, porque, confiando los venecianos en la paz, procedieron con lentitud en las provisiones de la guerra, y fiando los milaneses en la tregua, viendo apartado al enemigo y aliados á los venecianos, creyeron que Sforza abandonaba por completo la empresa. Esta creencia les perjudicó en dos sentidos: uno, porque descuidaron los medios de defensa; y otro, porque, libre el país de enemigos y siendo la época de la siembra, sembraron mucho grano, con lo cual pudo Sforza más pronto sitiarles por hambre. Todas estas cosas que perjudicaban á sus enemigos, le eran útiles, y la tregua le permitió dar descanso á su ejército y proveerse de refuerzos.

XXIII. En esta guerra de Lombardía los florentinos no se habían declarado partidarios de ninguno de los contendientes, ni habían prestado auxilio á Sforza cuando defendía á los milaneses, ni después, porque el Conde, que no tuvo necesidad de él, tampoco había hecho instancia alguna por que se lo prestaran. Sólo después de la derrota de Caravaggio y, por las obligaciones que la alianza les imponía, dieron auxilio á los venecianos.

Pero cuando Sforza quedó sólo, no sabiendo á quién recurrir, vióse obligado á pedir ayuda á los florentinos, públicamente al Estado de Florencia, y privadamente á los amigos, sobre todo á Cosme de Médicis, con quien siempre había tenido amistad y que, en todas sus empresas, le había aconsejado lealmente y auxiliado con esplendidez.

No le abandonó Cosme en este apuro, pues, como par-

ticular, le entregó gruesas cantidades de dinero, animándole á continuar la empresa. También procuró que el gobierno florentino le ayudara; pero éste tropezaba con dificultades.

Era en Florencia potentísimo Neri de Gino Capponi (1449), á quien no parecía beneficioso para su patria que Sforza ocupara á Milán, y creía más conveniente para la tranquilidad de Italia la ratificación de la paz por el Conde, que la continuación de la guerra.

Primeramente temía que los milaneses, por su indignación contra Sforza, se entregaran completamente á los venecianos, lo cual sería ruinoso para todos, y después, si Sforza lograba apoderarse de Milán, parecíale que, unidos tanto ejército y Estado tan importante, llegarían á ser formidables, y si el conde Sforza era ya por su ambición insufrible, lo sería mucho más al convertirse en Duque de Milán. Por todo esto aseguraba que lo mejor para la república de Florencia y para Italia era que el Conde quedara con su fama de general y se dividiera la Lombardía en dos repúblicas, las cuales jamás se unirían para atacar á sus vecinos y, separadamente, no podrían ofenderles. Para conseguir esto, lo mejor era no auxiliar al Conde, y mantener la antigua alianza con los venecianos.

Los partidarios de Cosme de Médicis rechazaban estos argumentos, por creer que los consejos de Neri no eran por el bien de la República, sino porque, siendo Sforza amigo de Médicis, no quería que llegara á ser duque de Milán, para impedir que Cosme fuera sobradamente poderoso.

Por su parte, Cosme de Médicis mostraba, con razones, que el ayudar al Conde sería para Florencia y para

Italia utilísimo, porque no era acertado creer que los milaneses pudieran vivir en república, pues sus inclinaciones, su manera de vivir, los partidos que de antiguo dividían la ciudad, eran contrarios á la forma de gobierno republicana; de suerte que precisamente, ó el Conde llegaba á ser Duque de Milán, ó los venecianos dueños de este Ducado; y en tal alternativa nadie era tan ciego que dudara de cuál era el mejor partido, entre tener por vecino un amigo ó un enemigo poderoso.

No creía en la sospecha de que los milaneses, por su guerra con Sforza, se sometieran á los venecianos, porque el Conde tenía partidarios dentro de Milán, y éstos no; de suerte que, si no podían defenderse como libres, antes se someterían al Conde que á Venecia.

Esta diversidad de opiniones mantuvo indeciso al gobierno florentino, y al fin determinó enviar embajadores al Conde para tratar de la forma del acuerdo, recomendándoles, si le hallaban con fuerzas para poder esperar que triunfase, hacer el tratado, y si no, alargar las negociaciones y diferirlo.

XXIV (1450). Encontrábanse estos embajadores en Reggio, cuando supieron que el Conde era ya Señor de Milán porque, al terminar la tregua, sitió con su ejército la ciudad, esperando tomarla en breve, á despecho de los venecianos, porque éstos no la podían socorrer sino por la parte del río Adda, paso que fácilmente cerraría. Por estar en el rigor del invierno no temía que los venecianos fueran á guerrear contra él, y esperaba conseguir la victoria antes de la primavera, sobre todo habiendo muerto Francisco Piccinino y quedando su hermano Jacobo como general de los milaneses.

Los venecianos enviaron embajadores á Milán para

animar á los ciudadanos á la defensa, prometiéndoles grande y pronto socorro.

Hubo durante el invierno, entre las tropas venecianas y las de Sforza, algunos combates de escasa importancia; pero, al llegar el buen tiempo, el ejército veneciano, á las órdenes de Pandolfo Malatesta, estaba á orillas del Adda. Deliberóse allí si, para socorrer á Milán, debían atacar al Conde y arriesgar la fortuna de una batalla. Malatesta opinó que, conocido el valor del Conde y de su ejército, era muy peligroso este partido, y creyó que, sin pelear, se podia vencer seguramente, porque la falta de víveres y forrajes obligarían á Sforza á marcharse. Aconsejó, por tanto, permanecer en aquel alojamiento para dar esperanzas de socorro á los milaneses y evitar que, por desaliento, se entregaran al Conde.

Aprobaron esta determinación los venecianos, por creerla segura y por esperar que, teniendo á los milaneses en aquel apuro, veríanse precisados á someterse á su dominio; suponiendo que jamás se entregarían al Conde, á causa de las ofensas que de él habían recibido.

Entretanto, los milaneses habían llegado á extrema miseria. Los pobres, que en esta ciudad abundan siempre, moríanse de hambre por las calles. Suscitábanse murmuraciones y quejas en distintos puntos de la ciudad, causando gran temor á los magistrados, que procuraban por todos los medios evitar los tumultos.

Es difícil inducir á la multitud á las revueltas; pero cuando está dispuesta á ellas, el menor accidente las suscita. Dos hombres de escasa posición social hablaban junto á la Puerta Nueva de las calamidades de la ciudad, de la miseria y de los medios de conjurarlas. Reuniéronse á ellos otros, hasta formar un grupo numeroso.

Corrió la noticia por la ciudad de que en la Puerta Nueva se habían sublevado contra los magistrados; y la multitud, que esperaba cualquier excitación, acudió á las armas. Nombraron los amotinados jefe á Gaspar de Vicomercato, y fueron á donde estaban reunidos los magistrados, atacándoles con tal violencia que, los que no pudieron huir, fueron muertos, entre éstos Leonardo Veniero, embajador veneciano, á quien consideraban causa del hambre y la miseria.

Quedaron los amotinados dueños de la ciudad y deliberaron acerca de lo que convenía hacer para salir de tantos trabajos y disfrutar de algún descanso. Todos convenían en que, no pudiendo subsistir la forma republicana, convenía someterse á la dominación de un príncipe que les defendiera. Unos querían por Señor al rey Alfonso, otros al duque de Saboya, otros al rey de Francia. Ninguno nombró á Sforza. ¡Tan grande era la indignación que aun sentían contra él!

No pudiendo ponerse de acuerdo acerca del príncipe que había de ser su Señor, Gaspar Vicomercato fué el primero que nombró al Conde y demostró, en largo discurso que, queriéndose quitar la guerra de encima, el único recurso era llamar á Sforza, porque el pueblo de Milán necesitaba pronta y segura paz, no larga esperanza de futuro socorro. Procuró excusar la conducta del Conde y acusó á los venecianos y á todos los demás príncipes de Italia de no haber querido, unos por ambición y otros por avaricia, que los milaneses vivieran libres. Puesto que necesitaban hacer el sacrificio de la libertad, debían ponerla en manos de quien supiese y pudiera defenderla, para que al menos la servidumbre produjera la paz y no mayores daños y guerra más peligrosa.

Oyéronle con profunda atención, y terminado su discurso, gritaron que llamaran á Sforza, nombrando á Vicomercato embajador para decírselo. Por mandato del pueblo fué en busca del Conde, dándole tan satisfactoria noticia, que Sforza oyó alegremente; y entrando en Milán como soberano el 26 de Febrero de 1450, con grande y maravillosa alegría le recibieron los mismos que poco antes con tanto odio le habían infamado.

XXV. Al llegar á Florencia la noticia de este suceso, dieron órdenes á los embajadores florentinos, que estaban en camino, para que, en vez de ir á negociar tratado con el conde Sforza, fueran á felicitar á Sforza, duque de Milán.

Recibió el Duque con mucho agasajo á los embajadores y les colmó de honores, porque sabía bien que, contra el poder de los venecianos no tendría en Italia amigos más fieles y resueltos que los florentinos, quienes, depuesto ya el temor á la casa Visconti, comprendían á su vez la necesidad de combatir contra el rey Alfonso y los venecianos, porque aquél era su enemigo á causa de la amistad que Florencia tuvo siempre con la Casa de Francia, y éstos tendrían ahora á Sforza el mismo temor que tuvieron antes á los Visconti, de suerte que, conocida la tenacidad con que persiguieron á éstos, esperábase hicieran lo mismo con Sforza.

Buscaban, pues, todos los medios de aminorar el poder de Venecia, y por ello el nuevo Duque estrechó fácilmente su amistad con los florentinos, mientras los venecianos se ponían de acuerdo con el rey de Nápoles contra los comunes enemigos, obligándose á mover sus ejércitos al mismo tiempo, atacando el Rey á los florentinos y los venecianos al Duque, que, en opinión de

aquéllos, por lo reciente de su elevación al mando del Estado de Milán, ni con sus fuerzas propias ni con las de sus aliados podría sostenerse.

Pero duraba la alianza entre florentinos y venecianos, y el Rey, después de la guerra de Piombino, había hecho la paz con aquéllos, no juzgando oportuno quebrantarla si no había motivo que justificara la guerra (1451). Por esto los venecianos y Alfonso enviaron embajadores á Florencia que, á nombre de sus respectivos gobiernos, declararon haber hecho alianza, no para ofender á otros, sino para defensa de sus propios Estados.

Quejáronse después los venecianos de que los florentinos habían permitido el paso á Alejandro, hermano del Duque, por la Lunigiana, para ir con tropas á la Lombardía, y además, de que habían sido autores y consejeros del acuerdo del Duque con el marqués de Mantua, cosas ambas que aseguraban ser contrarias á Venecia y á la amistad existente entre venecianos y florentinos. Recordaban, por tanto, benévolamente que, quien ofende sin motivo, provoca á que con razón le ofendan, y quien quebranta la paz, debe esperar la guerra.

La Señoría encargó á Cosme de Médicis responder á estos cargos, quien, en largo y hábil discurso, enumeró los beneficios hechos por Florencia á la República veneciana, mostró el poder que ésta había adquirido con el dinero, los soldados y los consejos de los florentinos, y recordó que, habiendo sido los florentinos iniciadores de la amistad con los venecianos, no lo serían de la enemistad y, amantes siempre de la paz, celebraban el acuerdo hecho entre ellos, puesto que para la paz y no la guerra lo habían ajustado. Añadió que en verdad se maravillaba de las quejas expuestas, viendo que tan gran Re-

pública tomara en cuenta cosas tan ligeras y vanas; pero aunque fueran dignas de consideración, sólo probarían que el paso por su República era libre y estaba abierto á todo el mundo, y que el duque de Milán era tan poderoso, que no necesitaba consejos ni favores para trabar amistad con el marqués de Mantua; por todo lo cual sospechaba que las quejas encerraran algún veneno oculto, y que, en cualquier eventualidad, fácilmente harían saber á todos que la amistad de los florentinos era tan útil, como dañosa su enemistad.

XXVI. Este altercado no tuvo por entonces consecuencias, y pareció que los Embajadores se retiraban satisfechos. Sin embargo, la alianza y el comportamiento de los venecianos y del rey de Nápoles, más bien hacían temer á los florentinos y al duque de Milán próxima guerra, que confiar en la continuación de la paz. Por tanto, los florentinos pactaron alianza con el Duque y, mientras tanto, quedó de manifiesto la mala voluntad de los venecianos, porque hicieron liga con los de Siena, y expulsaron de sus dominios á todos los florentinos y súbditos de esta República, haciendo lo mismo al poco tiempo el rey Alfonso, sin consideración ninguna á la paz que el año anterior habían pactado, y sin razón ni pretexto para ello.

Procuraron los venecianos atraerse á los de Bolonia y, armando á los desterrados de aquella ciudad, y con bastantes soldados, entraron de noche en ella por las cloacas. No fueron descubiertos hasta que dieron los primeros gritos. Santi Bentivoglio levantóse inmediatamente, y supo que toda la ciudad estaba ocupada por los rebeldes. Aunque le aconsejaron muchos que salvara su vida con la fuga, puesto que, quedándose, no po-

día salvar la población, quiso, sin embargo, hacer frente á la mala fortuna y, empuñando las armas, animó á los suyos. Poniéndose al frente de algunos amigos, atacó y derrotó á los rebeldes, matando á muchos y arrojando de la ciudad á los demás. En vista de ello juzgaron todos que había dado prueba indudable de ser de la raza de los Bentivogli.

Estos sucesos produjeron en Florencia el convencimiento de la futura guerra, y por ello acudieron á sus antiguos y constantes medios de defensa. Crearon la magistratura de los Diez, tomaron á sueldo nuevas tropas, y enviaron embajadores á Roma, Nápoles, Venecia, Milán y Siena, para pedir ayuda á los amigos, averiguar los intentos de los sospechosos, ganarse los dudosos, y descubrir los proyectos de los enemigos.

Del Papa sólo obtuvieron frases vagas, buena disposición y consejos de paz. Del Rey vanas excusas por haber expulsado á los florentinos, ofreciendo dar salvoconducto á quien lo pidiera, y aunque cuidadosamente ocultó sus proyectos de nueva guerra, sin embargo los embajadores conocieron sus intenciones y descubrieron muchos de sus preparativos para atacar á la República florentina. La alianza con Sforza la estrecharon con nuevas obligaciones, y, por su intervención, se pactó un tratado de amistad con los genoveses, terminando las cuestiones antiguas con esta República por represalias y otros asuntos, aunque los venecianos apelaron á diferentes medios para impedirlo, acudiendo, además, al Emperador de Constantinopla para que expulsara de su imperio á los florentinos (tanto era el rencor con que emprendían esta guerra, y tanto podía en ellos la ambición de dominar, que, sin consideración alguna, deseaban des-

truir al pueblo que había sido principal origen de su grandeza); pero el Emperador no atendió su petición.

El Senado de Venecia prohibió á los embajadores florentinos entrar en el territorio de aquella República, alegando que, por su alianza con el rey de Nápoles, no podían, sin participación de éste, oirles.

Los de Siena recibieron amablemente á los embajadores, temiendo que los florentinos les derrotaran antes de que la Liga pudiera defenderles. Por ello procuraron adormecer la fuerza que no podían resistir.

Quisieron los venecianos y el rey Alfonso, según se creyó entonces, enviar embajadores á Florencia para justificar la guerra; pero los florentinos prohibieron á los de Venecia entrar en su territorio y, no queriendo los del Rey ir solos, quedó sin realizar aquella embajada. Con esto conocieron los venecianos que Florencia no temía tratarles de igual modo que ellos habían tratado á los embajadores florentinos.

XXVII. En medio del temor que estos movimientos inspiraban, el emperador Federico III vino á Italia á coronarse, y el 30 de Enero de 1451 entró en Florencia con mil quinientos caballos, recibiéndole la Señoría con grandes honras. Permaneció en esta ciudad hasta el 6 de Febrero, en que se trasladó á Roma para la coronación. Coronado solemnemente y celebrada la boda con la Emperatriz, que por mar había ido á Roma, volvió á Alemania, y en Mayo pasó de vuelta por Florencia, donde le hicieron los mismos honores que á la ida. Entonces ó cuándo, en recompensa de los servicios que le había prestado el marqués de Ferrara, concedió á éste Módena y Reggio.

No dejaron, entretanto, los florentinos de prepararse

á la guerra inminente, y para mayor crédito suyo y temor del enemigo, ellos y el duque de Milán hicieron liga con el rey de Francia para defensa de sus Estados, cosa que, con grande alegría y solemnidad, publicaron en toda Italia.

Había llegado el mes de Mayo del año 1452 cuando á los venecianos pareció oportuno el momento de romper las hostilidades contra el duque de Milán, y con diez y seis mil caballos y seis mil infantes acometieron por la parte de Lodi.

Al mismo tiempo, el marqués de Monferrato, ó por propia ambición, ó por sugestiones de los venecianos, le atacó también por la parte de Alejandría.

El Duque había reunido diez y ocho mil caballos y tres mil infantes, y después de proveer de tropas Alejandría y Lodi, y todas las demás plazas que podía atacar el enemigo, invadió con su ejército el territorio de Brescia, haciendo grandísimo daño á los venecianos. Las tropas de ambas partes arrasaban los campos y saqueaban los pueblos indefensos.

Derrotado el marqués de Monferrato en Alejandría por las tropas del Duque, pudo éste disponer de mayores fuerzas contra los venecianos é invadir su territorio.

XXVIII. Mientras la guerra continuaba en Lombardía con varios sucesos poco dignos de memoria, empezó en Toscana, entre el rey Alfonso y los florentinos, no ofreciendo, ni mayores pruebas de valor y pericia, ni mayores peligros que la de Lombardía.

Vino á Toscana Fernando, hijo ilegítimo de Alfonso, con doce mil soldados, al mando de Federico, Señor de Urbino. Su primera empresa fué atacar á Fojano en Val de Chiana porque, contando con la amistad de los siene-

ses, entraron por aquella parte en el territorio florentino. Era este castillo débil de muros, pequeño, y por tanto, con escasa guarnición, pero, para aquellos tiempos, valerosa y fiel. Constaba de doscientos soldados, enviados por la Señoría para guardar aquel punto. Junto á este castillo acampó Fernando, y fué tanto el valor de los de dentro, ó tan poco el de los suyos, que tardó treinta y seis días en apoderarse de la fortaleza, durante los cuales tuvo tiempo el gobierno florentino para guarnecer los puntos más en peligro, reunir todas sus fuerzas y disponerlas á la defensa.

Tomado el castillo de Fojano, pasaron los enemigos al Chianti, donde no pudieron tomar dos pequeños castillos defendidos por sus habitantes y, saliendo de aquella comarca, acamparon junto á la Castellina, castillo situado en los confines de Chianti, á diez millas de Siena, débil de defensa y debilísimo por su situación; pero ambas debilidades no superaban á la del ejército que lo atacó, porque, después de cuarenta y cuatro días que estuvo combatiéndolo, se retiró vergonzosamente.

Tan poco formidables eran entonces los ejércitos, y tan poco peligrosa la guerra, que poblaciones que hoy se abandonan por la imposibilidad de defenderlas, considerábanse entonces inexpugnables.

Mientras Fernando estuvo acampado en Chianti, hizo bastantes correrías y presas en el Florentino, llegando hasta á seis millas de Florencia, con bastante daño y temor de los habitantes de esta ciudad.

Éstos habían concentrado su ejército de ocho mil hombres al mando de Astorre de Faenza y de Gismondo Malatesta hacia el castillo de Colle, teniéndolo apartado del enemigo por temor á dar la batalla, porque creían

que, no corriendo éste peligro, estaban seguros del resultado de la guerra, á causa de que los pequeños castillos que perdiesen, con la paz los recuperarían. De las plazas fuertes estaban seguros, por saber que el enemigo no era capaz de tomarlas.

Tenía, además, el Rey una armada de cerca de veinte barcos, entre galeras y fustas, en las aguas de Pisa y, mientras por tierra atacaba la Castellina, atacó por mar el castillo de Vada, tomándolo por negligencia de su gobernador. Desde este castillo el enemigo hacía correrías por la comarca inmediata; pero pronto se puso remedio á ellas, enviando algunos soldados de Campiglia, que impidieron al enemigo apartarse de la orilla del mar.

XXIX. El Pontífice no se mezclaba en esta guerra, sino para tratar de poner de acuerdo á los contendientes; pero si se abstuvo de la guerra exterior, túvola en el interior más peligrosa.

Vivía entonces maese Esteban Porcari, ciudadano romano, ilustre por su origen, sus conocimientos y sobre todo por la elevación de su carácter. Deseaba, como desean todos los hombres que apetecen fama, hacer ó proyectar al menos algo digno de memoria, y juzgó no poder intentar otra cosa que el librar á su patria de manos del clero y restablecer el antiguo régimen, esperando, si lo conseguía, ser llamado nuevo fundador y segundo padre de Roma.

Infundíanle esperanza de buen éxito las malas costumbres del clero y lo descontentos que estaban los barones y el pueblo; pero sobre todo los versos de Petrarca en la canción que empieza: *Spirto gentil che quelle membra reggi*, donde dice:

Sopra il monte Tarpeo, Canzon, vedrai
Un cavalier ch' Italia tutta onora,
Pensoso più d'altrui che di sè stesso (1).

Sabía maese Esteban que muchas veces inspira á los poetas espíritu divino y profético, y juzgaba que le correspondía acometer la empresa profetizada por Petrarca en aquella canción, siendo el ejecutor de tan gloriosa empresa, por ser, en su concepto, por la elocuencia, el saber, el crédito y el número de amigos superior á los demás romanos.

Dominado por esta idea, no tuvo prudencia, y con palabras, gestiones y modo de vivir dió á conocer sus propósitos, hasta el punto de ser sospechoso al Pontífice, quien lo confinó á Bolonia, encargando al gobernador de esta ciudad que diariamente le hiciera comparecer á su presencia.

No asustó á Porcari esta primera contrariedad, y con mayor empeño prosiguió sus designios, gestionando cautelosamente con sus amigos, y yendo muchas veces á Roma, con tanta celeridad, que siempre volvía á Bolonia á tiempo de presentarse al gobernador á la hora fijada.

Cuando creyó contar con bastantes conjurados para realizar su intento, determinó ponerlo inmediatamente en práctica, encargando á sus amigos de Roma que, en un día determinado, prepararan espléndida cena, á la cual acudieran todos los conjurados, llevando cada cual

(1) Sobre la roca Tarpeya verás, Musa, un caballero á quien Italia entera honra; cuidadoso de sus conciudadanos más que de sí mismo.

Petrarca alude á Nicolás Rienzi.

sus amigos más fieles, y prometió estar con ellos antes de que la cena terminara. Hízose todo como lo había ordenado, y Porcari llegó á la casa donde se cenaba tan á tiempo, que antes de que la cena terminase, presentóse á los conjurados vestido con paño de oro, con collares y otros adornos que le daban aire majestuoso y solemne. Abrazáronle los conjurados, y él, en largo discurso, les animó para la gloriosa empresa. Dijo después lo que cada cual debía hacer. Á la mañana siguiente algunos de ellos debían ocupar el palacio del Papa y los otros distribuirse por Roma, llamando al pueblo á las armas.

Aquella misma noche llegó la conjuración á noticia del Pontífice, según unos por mala fe de algunos conjurados; según otros, porque se supo la vuelta á Roma de maese Porcari. Sea de ello lo que quiera, después de la cena fueron presos Porcari y la mayoría de sus compañeros, y condenados todos á muerte, como merecía su delito. Tal fué el fin de la conspiración de Porcari, cuyo intento acaso elogie alguno, pero nadie el propósito de realizarlo, porque tales empresas, aunque al idearlas tengan alguna sombra de gloria, al realizarlas producen siempre funestos resultados.

XXX. Duraba ya un año la guerra en Toscana (1453) y había llegado la estación para que se acuartelaran los ejércitos, cuando vino en socorro de los florentinos el señor Alejandro Sforza, hermano del duque de Milán, con dos mil caballos. Aumentado con este refuerzo su ejército y disminuído el del Rey, desearon los florentinos ir á recobrar lo que el enemigo les había quitado y, sin gran trabajo, recuperaron algunas plazas.

Atacaron en seguida á Fojano que, por negligencia de los Comisarios, fué saqueado, dispersándose los habitan-

tes, que no volvieron allí sino con mucha dificultad y después de prometerles exenciones de tributos y otras recompensas. También recobraron el castillo de Vada porque, viendo el enemigo que no lo podía defender, lo abandonó y quemó.

Mientras realizaban estas cosas los florentinos, el ejército del rey de Nápoles, no atreviéndose á acercarse al enemigo, había acampado junto á Siena y hacía muchas correrías por las tierras de Florencia, arrasando el país y causando grandes daños y terror.

No descuidó el rey Alfonso ver si podía por otros caminos atacar al enemigo y dividir su fuerza, debilitando, con nuevas agresiones, su resistencia. Era señor de Val de Bagno Gerardo Gambacorti quien, por amistad ú obligación, había estado siempre, como sus antepasados, ó á sueldo ó protegido por los florentinos.

El rey Alfonso le propuso que le cediese su Estado, á cambio de otro que él le daría en el reino de Nápoles. Supieron los florentinos estas negociaciones, y para conocer los propósitos de Gambacorti, le enviaron un embajador que le recordase los deberes de él y de sus antecesores con Florencia, y le exhortara á que permaneciera fiel á esta República.

Mostró Gerardo sorprenderse mucho y, con los mayores juramentos afirmó no haber abrigado jamás tan perversa idea, añadiendo que iría en persona á Florencia para que no cupiese duda de su fidelidad; pero, no pudiendo hacerlo por estar enfermo, enviaría á su hijo, y lo entregó en rehén al embajador para que lo llevara á Florencia. Estas palabras y demostraciones hicieron creer á los florentinos que Gerardo decía la verdad y que su acusador había mentido, no ocupándose más de este asunto.

Pero Gerardo continuó con más instancia las negociaciones con el Rey y, una vez terminadas, mandó Alfonso á Val de Bagno á fray Puccio, caballero de Jerusalén, con bastantes tropas, para tomar posesión del castillo y del Estado de Gambacorti.

El pueblo de Bagno, que era fiel á la República florentina, prometía, contra su voluntad, obediencia á los Comisarios del Rey.

Ya había tomado posesión fray Puccio de casi todo el Estado, y sólo le faltaba apoderarse del castillo de Corzano. Entre los que acompañaban á Gambacorti al tiempo de hacer entrega de este castillo, estaba Antonio Gualandi, pisano, joven valeroso, á quien indignaba la traición de Gerardo; y observando la fortaleza del sitio y, por los gestos y ademanes, el espíritu de la guarnición, al llegar Gerardo á la puerta para dar entrada á los del Rey, se adelantó á él Gualandi, y con ambas manos le empujó fuera del castillo, mandando á la guardia que cerrase, dando con la puerta en rostro á aquel malvado, y conservara la fortaleza á la República florentina.

Al saberse esto en Bagno y en los puntos inmediatos, todos los pueblos tomaron las armas contra los napolitanos, desplegaron la bandera de Florencia y les arrojaron de allí.

Cuando se supo en Florencia lo ocurrido, prendieron al hijo de Gambacorti, que había sido dado en rehén, y mandaron tropas á Bagno para que defendieran, á nombre de la República florentina, aquel Estado, que no fué ya gobernado por ningún Señor, sino convertido en Vicariato. En cuanto á Gambacorti, traidor á su soberano y á su hijo, pudo escapar con grandes dificultades, dejando su mujer, su familia y sus bienes en poder del enemigo

Este suceso causó grande alegría en Florencia, porque si el Rey se hubiera apoderado de Val de Bagno, sin grandes obstáculos ni gastos se corriera á Val de Tiber y al Casentino, molestando tanto á la República, que fuera á ésta imposible oponer todo su ejército al de Alfonso, acampado junto á Siena.

XXXI. Además de lo hecho en Italia, para contrarrestar los esfuerzos de la liga enemiga enviaron los florentinos, como embajador, á Agnolo Acciajuoli para tratar con el rey de Francia de que autorizase al rey Renato de Anjou á venir á Italia en favor de Florencia y del duque de Milán, á fin de que, después de defender á sus aliados, estando en Italia, procurase la conquista del reino de Nápoles, prometiendo para ello ayuda de gente y de dinero.

Mientras en Toscana y Lombardía continuaba la guerra, según hemos dicho, el embajador florentino hizo el tratado con el rey Renato, conforme al cual éste vendría á Italia durante todo el mes de Junio, con 2.400 caballos. Los aliados debían darle, al llegar á Alejandría, 30.000 mil florines y 10.000 más cada mes, durante la guerra.

Al querer el rey Renato, en virtud de este tratado, pasar á Italia, se lo impidieron el duque de Saboya y el marqués de Monferrato, que, por ser amigos de los venecianos, le negaban el paso.

En vista de ello, el embajador florentino le indujo á que volviera á Provenza, y por mar, con algunos de los suyos, fuera á Italia para aumentar el crédito de los aliados, y al mismo tiempo procurase que el rey de Francia influyera con el duque de Saboya á fin de que el resto de sus tropas pasara por este ducado. Como fué acon-

sejado se hizo, porque Renato llegó por mar á Italia, y á sus soldados, por consideraciones al rey de Francia, les dejó pasar el duque de Saboya.

El duque Francisco Sforza recibió al rey Renato con grandes honores y, juntos los ejércitos italiano y francés, atacaron con tanto ímpetu á los venecianos, que al poco tiempo recuperaron todas las poblaciones que éstos habían tomado en el Cremonés. No contentos con esto, ocuparon casi todo el territorio de Brescia, y el ejército veneciano, no considerándose seguro en campo abierto, se concentró junto á los muros de esta ciudad.

Llegó el invierno, determinó el Duque alojar su ejército, y al de Renato dió por alojamiento á Piacenza. Así pasó el invierno de 1453 sin realizar ninguna empresa.

Al empezar la primavera, cuando el Duque se disponía á entrar en campaña y quitar á los venecianos todos sus Estados de tierra firme, el rey Renato le envió á decir que necesitaba volver á Francia.

Esta resolución, inesperada para el Duque, le causó grandísimo desagrado y, aunque inmediatamente fué á donde el Rey estaba para disuadirle de la partida, no pudo conseguirlo ni con ruegos ni con promesas, accediendo sólo á dejar parte de sus tropas y á enviar á su hijo Juan para que estuviera al servicio de los aliados.

No desagradó á los florentinos que se fuera el rey Renato, porque, habiendo recobrado todas sus plazas y castillos no temían ya al rey de Nápoles y, por otra parte, deseaban que el duque de Milán no adquiriese más que sus tierras de Lombardía.

Partió Renato y envió á su hijo, como había prometido, á Italia, quien no se detuvo en Lombardía, viniendo

á Florencia, donde fué recibido con grandes honras.

XXXII. La partida del rey Renato ocasionó que el duque de Milán se inclinara á la paz. Deseábanla también los venecianos, el rey Alfonso y los florentinos, agobiados por los gastos, y el Papa había hecho y hacía todo género de gestiones para conseguirla, porque en este mismo año el sultán Mahomet había tomado á Constantinopla y dominado toda la Grecia. Estas conquistas asustaron á todos los cristianos y, más que á los otros, á los venecianos y al Papa, que creían ver ya las armas turcas en Italia.

Rogó, pues, el Papa á los gobiernos de Italia que le enviaran embajadores para hacer una paz universal. Todos obedecieron este deseo; pero, al llegar á las negociaciones, se tropezaba con muchas dificultades para ajustarla.

Quería el rey Alfonso que los florentinos le abonaran los gastos de la guerra, y los florentinos querían que se los abonaran á ellos. Los venecianos pedían al duque de Milán Cremona, y el Duque á ellos Bérgamo, Brescia y Crema; de suerte que parecía imposible encontrar arreglo de estas encontradas pretensiones.

Pero lo que en Roma parecía á muchos difícil de hacer, en Milán y Venecia entre los dos contendientes fué facilísimo; porque mientras en Roma se gestionaba la paz, el Duque y los venecianos el 9 de Abril de 1454 la ajustaban, conviniendo en que cada cual quedara con las poblaciones y territorio que poseía antes de la guerra, concediéndose al Duque que recobrara todo lo que le habían tomado el marqués de Monferrato y el duque de Saboya y fijando un mes á los demás príncipes italianos para adherirse á esta paz.

Dentro de este plazo se adhirieron el Papa, los floren-

tinos, los sieneses y otros potentados de menor importancia.

No contentos con esto, el duque de Milán, los florentinos y los venecianos pactaron paz por veinticinco años.

El único soberano de Italia á quien disgustó esta paz fué el rey Alfonso por creer que se había pactado sin consideración á él, puesto que debía entrar en ella su reino, no como potencia contratante, sino como secundaria y adherente. A causa de ello estuvo mucho tiempo sin manifestar sus designios. Pero el Papa y los demás soberanos le enviaron varias solemnes embajadas, y de ellas, y principalmente del Pontífice, se dejó persuadir, entrando en la liga con su hijo por treinta años. Además hizo un tratado especial con el duque de Milán, con doble parentesco y dobles bodas, casando recíprocamente sus hijas con sus hijos. Mas para que en Italia quedase siempre semilla de guerra, no consintió Alfonso en ratificar la paz hasta que los aliados le permitieron que, sin ofensa de ellos, pudiera hacer la guerra á los genoveses, á Gismondo Malatesta y á Astorre, señor de Faenza.

Realizado este acuerdo, su hijo Fernando, que se encontraba en Siena, volvió á Nápoles, no habiendo hecho en su expedición á Toscana ninguna conquista y sí perdido mucha gente.

XXXIII. Ajustada la paz general, temíase que el rey de Nápoles, por su enemistad con los genoveses, la turbara; pero el destino lo dispuso de otro modo, porque la turbó, no el Rey abiertamente, sino, como de antiguo ocurría, la ambición de los soldados mercenarios.

Terminada la guerra, los venecianos, según costumbre, licenciaron á Jacobo Piccinino, su general, y á sus tropas. Uniéronse á éste otros capitanes sin sueldo; pasa-

ron á la Romaña y de aquí al territorio de Siena, á cuya República declaró la guerra Jacobo, ocupando algunas plazas.

Al comenzar estos disturbios y al principio del año 1455, murió el papa Nicolás, siendo elegido por sucesor Calixto III.

Este Pontífice, para sofocar aquella guerra vecina á los Estados de la Iglesia, reunió inmediatamente cuantos soldados pudo á las órdenes de su general Juan Ventimiglia y, con tropas de los florentinos y del duque de Milán, que concurrieron á terminar y reprimir aquel movimiento, los envió contra Piccinino. Dióse la batalla junto á Bolsena, y aunque Ventimiglia cayó prisionero, Piccinino fué batido, retirándose casi en derrota á Castiglione de la Pescaia y, á no enviarle el rey Alfonso, como le envió, socorro de dinero, su destrucción fuera completa.

Esta conducta del Rey hizo creer á todos que Piccinino había promovido aquella guerra por orden de Alfonso, quien, viéndose descubierto, para restablecer la paz y reconciliarse con los aliados, cuya confianza casi se había enajenado con esta pequeña guerra, hizo que Piccinino restituyese á Siena las plazas ocupadas, á condición de que esta República le daría 20.000 florines. Hecho el pacto recibió á Piccinino con sus tropas en su reino.

Mientras el Papa procuraba contener la revuelta de Jacobo Piccinino, atendía á prevenir los peligros de la cristiandad, amenazada de caer bajo el yugo de los turcos, y para ello mandó á todas las naciones cristianas embajadores y predicadores á fin de persuadir á los soberanos y á los pueblos á que se armasen en defensa de su religión, y con dinero y con gente favorecieran la empresa contra

el enemigo común. En Florencia se recaudaron cuantiosas limosnas, y muchos se pusieron la cruz roja como señal de estar dispuestos á contribuir con sus personas. También se hicieron solemnes procesiones, y pública y privadamente se demostró que los florentinos querían ser de los primeros cristianos que con sus consejos, su dinero y sus personas acudieran á tal empresa.

Este entusiasmo por la Cruzada se entibió, sin embargo, al llegar la noticia de que al ejército turco que sitiaba á Belgrado, fortaleza de Hungría situada á orillas del Danubio, lo habían derrotado los húngaros; triunfo que al Pontífice y á la cristiandad quitó el miedo que les infundió la pérdida de Constantinopla. Procedióse, pues, desde entonces con lentitud á los preparativos de la guerra, y hasta los mismos húngaros se enfriaron, por la muerte del vaivoda Juan que había ganado aquella victoria (1).

(1) Refiérese á Juan Corvino, vaivoda de Transilvania, que mandaba á los húngaros en tiempo del rey Ladislao, y fué el más famoso general de su tiempo. Derrotó á los turcos en 1442 y 1443, obligándoles á levantar el sitio de Belgrado. Nombrado gobernador de Hungría, tanto le temían los turcos, que era considerado por ellos como una plaga enviada por el cielo para castigar su nación. Fué derrotado en 1448; pero diez años después obligó á Mahomet II á levantar precipitadamente el sitio de Belgrado, á pesar de que contaba con un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, que derrotó, quedando en el campo cuarenta mil muertos ó heridos.

En este mismo año de 1458 murió en Zemplin, ciudad de la Alta Hungría, y Mahomet, que le estimaba como el mejor capitán de su tiempo, mostró sentir su muerte, quejándose de que la fortuna le privase del único general con quien le fuera glorioso medir las armas. Después de su muerte pasó la corona de Hungría á la casa de Austria, siendo elegido Ladislao Alberto.

XXXIV. Volviendo á las cosas de Italia, corría el año 1456 cuando acabaron los disturbios promovidos por Jacobo Piccinino y, quedando en reposo las armas de los hombres, pareció que Dios las empuñaba: tan grande fué el huracán que ocurrió, ocasionando en Toscana efectos desconocidos hasta entonces y que, en lo porvenir, se considerarán memorables y maravillosos. El 24 de Agosto, una hora antes de amanecer, se elevó del mar Adriático, hacia Ancona, atravesando Italia para entrar en el Mediterráneo por las inmediaciones de Pisa, un enorme remolino de nubes que en todos sentidos ocupaba unas dos millas de extensión. Empujado este torbellino por fuerza natural ó sobrenatural, combatía y se destrozaba, llevando las nubes unas veces hacia el cielo y hacia la tierra otras; hacíalas chocar unas contra otras, y á veces giraban con grandísima velocidad, precediéndolas un vendaval impetuosísimo y produciendo con su choque grandes relámpagos y exhalaciones.

Estas nubes al desgarrarse, este huracán terrible, estos repetidos relámpagos, producían un ruido mil veces más espantoso que el del terremoto y el trueno, causando tanto terror, que los que lo oían juzgaban llegado el fin del mundo, y que la tierra, el agua, el resto del cielo y del mundo, mezclándose y confundiéndose, volvían al antiguo caos.

Produjo este espantoso huracán por donde pasó inauditos y maravillosos efectos; pero más notables que en ninguna otra parte, en las inmediaciones del castillo de San Casciano.

Está situado este castillo á ocho millas de Florencia, sobre la colina que separa los valles de Pesa y de Grieve. Por entre este castillo y la aldea de San Andrés, si-

tuada en la misma colina, pasó la furiosa tempestad. No causó daño en San Andrés, y en San Casciano sólo derribó algunas canales y chimeneas; pero en el espacio comprendido entre ambos puntos, gran número de casas quedaron completamente destruídas. Los techos de las iglesias de San Martín, en Bagnuolo, y de Santa María de la Paz, fueron arrancados de cuajo y transportados enteros á más de una milla de distancia. Un arriero fué arrastrado con sus mulas fuera del camino, encontrándole muerto en las profundidades inmediatas. Las mayores encinas, los más corpulentos árboles que no se encorvaban ante el huracán, fueron arrancados y arrastrados lejos de donde tenían sus raíces.

Cuando pasó la tempestad y vino la luz del día, quedaron los hombres mudos de terror y espanto. Toda la campiña estaba arrasada; las casas y las iglesias en ruinas. Oíanse los llantos de los que miraban sus posesiones destruídas y sus parientes y animales aplastados bajo los escombros. Cuanto se veía y oía llenaba de miedo y compasión.

Quiso Dios, sin duda, más bien amenazar que castigar á Toscana, porque si aquel huracán penetra por entre las casas de una ciudad populosa, como penetró entre los árboles y pocos y aislados edificios, no puede calcular la imaginación los destrozos que hubiera causado. Pero Dios se contentó con que, por entonces, bastara aquel ejemplo, para que los hombres no olvidaran su poder.

XXXV. Dije, en el punto en que dejé esta historia, que el rey Alfonso no quedó satisfecho de la paz; y después de ver que la guerra promovida, á instigación suya, por Jacobo Piccinino contra los de Siena, sin motivo alguno justificado, no produjo ningún efecto importante,

resolvió intentar si podía sacar algún partido de la agresión á que los artículos del tratado le autorizaban. Así, pues, en el año 1456 atacó por mar y tierra á los genoveses, deseoso de dar el mando en esta República á los Adorno y quitárselo á los Fregoso, que la gobernaban. Además, hizo pasar el río Tronto á Jacobo Piccinino para atacar á Gismondo Malatesta; pero éste, que había fortificado bien sus plazas, desdeñó la invasión de Piccinino, de suerte que la empresa no produjo resultado alguno. Pero el ataque á los genoveses ocasionó á Alfonso y á su reino más daño del que pudiera imaginar.

Era entonces dux de Génova Pedro Fregoso, quien, dudando poder resistir el ímpetu del ejército del Rey, determinó dar lo que no podía defender á alguno capaz de protegerle contra los enemigos y, en cualquier ocasión, recibir de él la recompensa por tan gran servicio. Envió, por tanto, embajadores á Carlos, rey de Francia, ofreciéndole la soberanía de Génova. Aceptó el rey Carlos la oferta, y envió para tomar posesión de aquella ciudad á Juan de Anjou, hijo de Renato (1458), que poco antes había salido de Florencia, de vuelta á Francia.

Creía el rey Carlos que Juan de Anjou, por haber adquirido ya las costumbres italianas, podría, mejor que ningún otro, gobernar la ciudad, y además que, desde allí, acometería la empresa contra Nápoles, de cuyo reino había despojado Alfonso á su padre Renato. Fué, pues, Juan de Anjou á Génova, donde le recibieron como príncipe, poniendo á su disposición la fortaleza y el Estado.

XXXVI. Este suceso alarmó á Alfonso, por comprender que se había proporcionado un enemigo sobradamente importante; pero no se asustó, continuando con

vigor su empresa; y tenía ya su armada en Villamarina y Portofino, cuando, acometido de súbita enfermedad, murió.

Por su muerte quedaron Juan de Anjou y los genoveses libres de la guerra, y Fernando, que sucedió á su padre Alfonso en el trono, vivía temeroso por tener un enemigo de tanta consideración en Italia y por dudar de la fidelidad de muchos de sus barones que, ávidos de novedades, podían declararse en favor de los franceses.

Temía, además, del Papa, cuya ambición conocía, que, por ser rey nuevo, intentara despojarle del reino. Sus esperanzas las cifraba en el duque de Milán, tan cuidadoso de las cosas del reino de Nápoles como el mismo Fernando, porque temía que, si los franceses se apoderaban de él, intentaran hacer lo mismo con su Ducado, sabiendo que creían poder dominar en él como en cosa suya. Envió por tanto el duque Sforza, inmediatamente después de la muerte de Alfonso, cartas y tropas á Fernando, éstas para aumentar su crédito y sus fuerzas, aquéllas para animarle con la seguridad de que en ningún apuro le abandonaría.

Al morir Alfonso, intentó el Pontífice dar aquel reino á su sobrino Pedro Luis Borgia y, para disfrazar este designio y procurarse el concurso de los demás príncipes de Italia, publicó que quería poner el reino de Nápoles bajo la dominación de la Iglesia. Por ello persuadía al duque de Milán de que no debía dar auxilio alguno á Fernando, ofreciéndole respetar las plazas que ya poseía en el reino de Nápoles.

Pero durante estos proyectos y negociaciones murió Calixto III, sucediéndole en el pontificado Pío II, natural de Siena, de la familia de los Piccolomini, llamado

Eneas. Este Pontífice, cuidadoso sólo de beneficiar á los cristianos y de honrar la Iglesia, dejando á un lado toda pasión privada y, á ruegos del duque de Milán, coronó á Fernando rey de Nápoles; pues juzgaba llegar más pronto á la paz en Italia manteniendo la posesión del reino en Fernando, que favoreciendo á los franceses para que lo ocuparan, ó queriendo, como Calixto III, tomarlo para sí.

Por este beneficio hizo Fernando príncipe de Amalfi á Antonio, sobrino del Papa, casando con él á una hija natural suya, y además devolvió á la Iglesia Benevento y Terracina.

XXXVII. Parecía, pues, asegurada la tranquilidad en Italia, y preparábase el Pontífice á mover á la cristiandad contra los turcos, siguiendo la empresa comenzada por su antecesor Calixto III, cuando ocurrió una disensión entre los Fregoso y Juan de Anjou, Señor de Génova, de donde nació mayor y más importante guerra que las anteriores.

Encontrábase Pedro Fregoso en uno de sus castillos en la ribera de Génova, disgustado por creer que Juan de Anjou no le había recompensado conforme á sus servicios y á los de su casa, por los cuales era Señor de aquel Estado, y llegaron por tanto á manifiesta enemistad.

Agradó este suceso al rey Fernando, considerándolo único remedio y única vía para su salvación, y ayudó á Fregoso con gente y dinero, esperando por medio de él la expulsión de Juan de Anjou. Comprendiéndolo Anjou, pidió socorro á Francia, con el cual atacó á Fregoso; pero los auxilios que éste había recibido le daban mucha fuerza, y Juan de Anjou se vió obligado á encerrarse en la ciudad, donde una noche entró Fregoso, apoderándose de algunos puntos de ella; más, al llegar el día, las

tropas de Anjou le batieron y mataron, quedando todos sus soldados muertos ó prisioneros.

Esta victoria animó á Juan de Anjou á invadir el reino de Nápoles, y en Octubre de 1459 partió de Génova con poderosa armada en dirección á Nápoles, desembarcó en Baïa, y de allí fué á Sessa, donde le recibió el Duque de este nombre.

Uniéronse á Juan de Anjou el príncipe de Tarento, los habitantes de Aquila y muchas otras ciudades y príncipes, de suerte que la ruina de Fernando parecía inevitable.

El Rey pidió auxilio al Papa y al duque de Milán y, para tener menos enemigos, hizo un tratado de paz con Gismondo Malatesta (1460), por lo cual se indignó tanto Jacobo Piccinino, enemigo acérrimo de Gismondo, que abandonó al Rey y entró á sueldo de Juan de Anjou.

Fernando envió también dinero á Federico, Señor de Urbino y, en cuanto pudo, reunió lo que en aquellos tiempos podía llamarse un buen ejército, haciendo frente al enemigo junto al río Sarni. Dada la batalla, fué derrotado el rey Fernando, cayendo prisioneros muchos de sus mejores capitanes. Después de esta derrota permaneció fiel á Fernando la ciudad de Nápoles, y pocos príncipes y pueblos, pues la mayoría se entregaron á Juan de Anjou.

Deseaba Jacobo Piccinino que Juan de Anjou, victorioso, se dirigiera á Nápoles, apoderándose de la cabeza del reino; pero éste no quiso, manifestando que su plan era quitar á Fernando todos los Estados, y después sitiarle en la capital, por creer que, privado de todas las demás plazas, la conquista de Nápoles sería más fácil. Esta determinación le hizo perder la empresa, por no

comprender que más fácilmente siguen los miembros á la cabeza que la cabeza á los miembros.

XXXVIII. Después de la derrota refugióse el rey Fernando en Nápoles, donde recibía á los expulsados de sus Estados, y con los procedimientos más humanos logró, reuniendo algún dinero, organizar una base de ejército.

Pidió nuevamente ayuda al Papa y al duque de Milán, y ambos le socorrieron en seguida, y más copiosamente que la primera vez, porque temían mucho que perdiera su reino.

Reunidas numerosas fuerzas, salió el rey Fernando de Nápoles y, comenzando á adquirir fama, reconquistaba las ciudades perdidas.

Mientras estaba empeñada la guerra en el reino de Nápoles, ocurrió un suceso que privó á Juan de Anjou de toda su preponderancia y de la posibilidad de vencer en aquella empresa.

Tanto irritaba á los genoveses el gobierno avaro y orgulloso de los franceses, que tomaron las armas contra el gobernador puesto por el rey de Francia, obligándole á refugiarse en el Castelletto. En esta empresa estuvieron de acuerdo Fregosos y Adornos, y les ayudó el duque de Milán con dinero y gente, no sólo para reconquistar la independencia, sino para mantenerla, tanto, que el rey Renato, que vino después con una armada en socorro de su hijo, esperando reconquistar á Génova por tener aún los franceses el Castelletto, al saltar con sus tropas en tierra fué vencido de tal modo que volvió avergonzado á Provenza.

Al llegar al reino de Nápoles las noticias de estos sucesos, desanimaron bastante á Juan de Anjou, pero no

le hicieron abandonar la empresa, y mantuvo algún tiempo la guerra ayudado por los barones que, por su rebelión, nada esperaban del rey Fernando. Finalmente, después de muchos y diversos accidentes, ambos ejércitos vinieron á las manos, y el de Juan de Anjou fué derrotado cerca de Troïa, en el año de 1463.

No le perjudicó tanto este desastre como la separación de Jacobo Piccinino, que se pasó al rey Fernando; porque, quedando sin fuerzas, se retiró á Ischia, y poco después volvió á Francia.

Duró esta guerra cuatro años, y perdió la campaña Anjou por su negligencia, pues por el valor de sus soldados la hubiera ganado muchas veces. No intervinieron en ella los florentinos de un modo ostensible: verdad es que el rey Juan de Aragón, elevado al trono por muerte de Alfonso, les envió una embajada, pidiéndoles que socorriesen á su sobrino Fernando, según estaban obligados por el tratado hecho con el rey Alfonso, á lo cual respondieron que no tenían ninguna obligación con Fernando, ni ayudarían al hijo en una guerra que promovió el padre con sus tropas y que, habiéndola emprendido sin su consejo ni conocimiento, la siguiera y terminara el hijo sin su auxilio. Los embajadores protestaron contra esta violación de la fe jurada, declarando responsable al gobierno florentino de los daños, y partieron indignados contra la república de Florencia.

Durante esta guerra los florentinos tuvieron paz en el exterior y disturbios interiores que detalladamente referiré en el libro siguiente.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

I. Relación que tienen con la historia de los florentinos los negocios de los demás príncipes de Italia. Discordias que dañan á la República. Carácter de estas discordias.—II. Cosme de Médicis y Neri Capponi llegan por diverso camino á ser poderosos. Reforma en la elección de los magistrados favorable á Cosme. Descontenta á los poderosos esta reforma.—III. (1458) Acudenéstos á Cosme que les niega su apoyo, con el intento de hacerse más necesario.—IV. Tiranía y soberbia de Lucas Pitti y de su partido.—V. Muerte de Cosme de Médicis (1464). Su magnificencia. Su política.—VI. Su elogio.—VII. El duque de Milán toma á Génova. Fernando de Aragón se apodera por traición de los barones que le eran enemigos.—VIII. Jacobo Piccinino es preso y muerto.—IX. Esfuerzos infructuosos del papa Pío II para excitar á los cristianos contra los turcos (1465). Muerte del duque Francisco Sforza (1466).—X. Conjuración de Diotisalvi Neroni contra Pedro de Médicis.—XI. Prosigue el mismo asunto.—XII. Fiesta en Florencia.—XIII. Inconstancia de los florentinos con Pedro de Médicis.—XIV. Nicolás Soderini elegido confaloniero. Grandes esperanzas que en él se tienen para el restablecimiento de la tranquilidad.—XV. Los dos partidos toman las armas.—XVI. La mayoría de los ciudadanos se pone del lado de Médicis.—XVII. Reforma del gobierno á favor de Pedro de Médicis. Dispersión de sus enemigos. Decadencia de Lucas Pitti.—XVIII. Carta de Agnolo Ac-

ciaiuoli á Pedro de Médicis.—XIX. Los desterrados florentinos excitan á los venecianos á declarar la guerra á Florencia.—XX. Guerra entre venecianos y florentinos (1467), terminada con la paz (1468). Muerte de Nicolas Soderini.—XXI. Casamiento de Lorenzo de Médicis con Clarice Orsini.—XXII. Sixto IV elegido papa. Su carácter.—XXIII. Intenta Pedro de Médicis refrenar las violencias que se cometían en Florencia, pero sus esfuerzos los interrumpe la muerte (1469).—XXIV. Maese Tomás Soderini, ciudadano de gran reputación, se declara partidario de los Médicis.—XXV. Tumulto que en Prato mueve Bernardo Nardi.—XXVI. Bernardo hace prender al podestá de Prato, Petrucci, pero deja á medio ejecutar su empresa.—XXVII. Es preso y se restablece la tranquilidad (1470).—XXVIII. Relajación de las costumbres en Florencia. Incendio de la iglesia del Espíritu Santo (1471).—XXIX. Rebelión de Volterra.—XXX. Es tomada Volterra por fuerza y saqueada (1472).—XXXI. Origen de la enemistad entre Sixto IV y Lorenzo de Médicis (1473).—XXXII. Carlos de Braccio, de Perusa, ataca á los sieneses, y después, por consejo de los florentinos, se retira (1476).—XXXIII. Conjuración contra Galeazzo, duque de Milán.—XXXIV. Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato matan al duque en San Esteban, y ellos son muertos, los dos primeros por los soldados del Duque y el último decapitado por el verdugo.

I. Parecerá á los lectores del libro anterior que un escritor de la historia de Florencia se detiene demasiado en narrar sucesos ocurridos en Lombardía y en el reino de Nápoles; pero no he prescindido ni prescindiré en adelante de estas narraciones, porque, sin propósito de historiar los sucesos de Italia, debo, sin embargo, referir los más notables, sin lo cual nuestra historia sería menos inteligible y menos grata; y, además, porque los hechos de otros pueblos y otros príncipes italianos promueven muchas veces las guerras en que, por necesidad, intervienen los florentinos.

Así, por ejemplo, de la guerra de Juan de Anjou con el rey Fernando de Nápoles nacieron los odios y graves enemistades que hubo después entre Fernando y los florentinos; particularmente con la familia Médicis, porque el rey Fernando se quejaba de que, en dicha guerra, no sólo no le ayudaron, sino favorecieron á su enemigo; enemistad que causó grandísimos males, como en esta narración demostraremos.

Escribiendo los asuntos exteriores á Florencia, he llegado á 1463; pero al referir los interiores en esta época, necesito retroceder muchos años.

Ante todo, y siguiendo mi costumbre, quiero demostrar cuánto se engañan los que esperan que una república pueda mantenerse unida. En verdad, hay divisiones que perjudican á las repúblicas y otras que les son útiles: son aquéllas las que van acompañadas de sectas ó partidos; éstas las que sin sectas ni bandos se mantienen.

El fundador de una república no puede impedir las enemistades en ella; pero debe procurar que no se formen bandos, para lo cual conviene saber que los ciudadanos pueden lograr fama y autoridad por dos caminos: uno público, y otro privado. Públicamente se consigue venciendo en una batalla, conquistando una plaza, realizando con prudencia una negociación diplomática, aconsejando á la república con sabiduría y buen éxito; privadamente se conquista beneficiando á unos ú otros ciudadanos, defendiéndoles de la arbitrariedad de los magistrados, socorriéndoles con dinero, concediéndoles inmerecidos honores y gratificando á la plebe con fiestas y donativos.

De este modo de proceder nacen las sectas y los partidos, y cuanto más dañosa es la fama así adquirida,

tanto más favorece la que se funda en el bien público y no en los bandos y en los intereses privados. Los que la gozan no pueden evitar que nazcan contra ellos grandes odios; pero, no habiendo partidarios que por utilidad propia les sigan, tampoco pueden perjudicar á la república, conviniéndoles, para triunfar de sus enemigos, trabajar por el engrandecimiento de su patria y vigilarse particularmente unos á otros, para que ninguno adquiera más poder del que las leyes permiten.

Las discordias en Florencia fueron siempre acompañadas de facciones y bandos y, por tanto, siempre dañosas. Jamás un partido vencedor permaneció unido, sino mientras lo combatía el partido opuesto; pero cuando éste era aniquilado, no teniendo el vencedor miedo que lo detuviese, ni autoridad dentro de sí que lo refrenase, se fraccionaba.

El partido de Cosme de Médicis triunfó en 1434; pero como el vencido era numeroso y contaba con muchos hombres poderosísimos, estuvo durante algún tiempo unido, por temor, y fué condescendiente, no cometiendo ninguna falta perjudicial á sus intereses, ni haciéndose odiar del pueblo por acto alguno que le ofendiera, tanto, que, cuantas veces tuvo el gobierno necesidad del pueblo para recobrar la autoridad, siempre le encontró dispuesto á conceder á los jefes toda la Balía y poder que deseaban. Por ello, en los veintiún años que median desde 1434 al 55 seis veces, y ordinariamente por los Consejos, asumió la autoridad de la Balía.

II. Vivían en Florencia, como hemos dicho muchas veces, dos ciudadanos potentísimos, Cosme de Médicis y Neri Capponi. Neri era uno de los que habían conquistado su fama con públicos servicios, de suerte que tenía

bastantes amigos y pocos partidarios. Cosme la debía á servicios públicos y privados, y sus amigos y partidarios eran numerosos.

Mientras ambos vivieron unidos, siempre obtuvieron del pueblo lo que querían sin ninguna dificultad, porque reunían el poder y la benevolencia. Pero al llegar el año 1455, muerto Neri y destruído el partido opuesto, encontró dificultades el gobierno para mantener su autoridad. Los mismos amigos de Cosme, que eran poderosísimos, contribuyeron á ello, porque, no temiendo á la facción enemiga, que habían aniquilado, deseaban disminuir el poder de Cosme de Médicis.

Esta disposición de los ánimos originó las discordias que ocurrieron en 1464, de suerte que á los que desempeñaban el gobierno aconsejaban en las asambleas, donde se discutía públicamente la administración del Estado, que era conveniente no resumir la potestad de la Balía, ó Consejo extraordinario, sino cerrar las bolsas de las elecciones, y que, como en los pasados escrutinios, se eligieran por suerte los magistrados.

Para refrenar estos deseos tenía Cosme dos medios: ó apoderarse por fuerza del gobierno con los partidarios que le quedaban y derribar á sus adversarios, ó dejar que las cosas siguieran así y hacer comprender oportunamente á sus amigos que no era á él, sino á ellos á quienes privaban de la autoridad y del poder.

De estos dos medios eligió el último, porque sabía bien que en esta forma de elección, por estar las bolsas llenas de nombres de amigos suyos, no corría ningún peligro, y podría recobrar el poder cuando quisiera.

Restablecida la organización de elegir por suerte los magistrados, parecía á la generalidad de los ciudadanos

haber recobrado su libertad. Los magistrados juzgaban con arreglo á su propio criterio y no según los deseos de los poderosos, de modo que á veces resultaba el juicio en contra del amigo de cualquier personaje, por lo cual los que estaban acostumbrados á ver sus casas llenas de visitas y de pretendientes, veíanlas vacías de gente y de pretensiones. Advertían muchos que llegaban á ser sus iguales los que, desde hacía largo tiempo, consideraban inferiores, y que sus iguales ascendían á superiores. Lejos de ser respetados y honrados, eran objeto de burla y befa, hablándose de ellos sin consideración alguna en calles y plazas, de suerte que conocieron pronto no ser Cosme, sino ellos los que habían perdido la influencia.

Cosme de Médicis aparentaba no saber lo que ocurría, y siempre que se proponía un proyecto favorable al pueblo él era el primero en apoyarlo.

Pero lo que más asustó á los poderosos y dió mejor ocasión á Cosme para hacerles comprender su error, fué que se restableció la forma de catastro de 1427, según la cual era la ley la que fijaba los impuestos y no la voluntad de los hombres.

III (1458). Aprobada esta ley, á pesar de los magnates y nombrado el magistrado que la ejecutara, obligóles á unirse más estrechamente y á rogar á Cosme que les sacara y saliese él de las manos de la plebe, reorganizando el gobierno de modo que él recobrara su poder y ellos su consideración. Respondióles Cosme que consentía en ello, con tal que la reforma se hiciera ordenadamente y con la voluntad del pueblo, no por la fuerza, de la cual en manera alguna le hablaran.

Se propuso en los Consejos la ley para nueva Balía, ó Consejo extraordinario, y no se aprobó, por lo cual los

grandes acudieron de nuevo á Cosme y le rogaron en humildes términos consintiera en una asamblea general, á lo cual se negaba Médicis, para reducirles á extremo tal que conocieran plenamente su error; y porque Donato Cocchi, que era Confaloniero de justicia, quiso reunir dicha asamblea sin su consentimiento, hizo Cosme que sus colegas en la Señoría se burlaran de él de tal modo, que perdió el juicio y, en estado de idiotismo, le llevaron á su casa.

Sin embargo, no siendo conveniente dejar correr los asuntos de modo que fuera difícil recobrar su dirección, y habiendo sido elegido Confaloniero de justicia Lucas Pitti, hombre audaz y animoso, pareció á Médicis que era ocasión de que éste dirigiera la empresa, para que, si se incurría en censuras, fuera de él la responsabilidad.

Al empezar á ejercer su cargo, propuso Lucas muchas veces al pueblo restablecer la Balía y, por no conseguirlo, amenazó á los que tenían asiento en los Consejos con frases injuriosas y soberbias, á las que poco después unió los hechos; porque en Agosto de 1458, la víspera de San Lorenzo, estando el Palacio lleno de hombres armados, llamó al pueblo á la plaza, y por fuerza, con las armas en la mano, le hizo consentir en lo que antes voluntariamente no había aceptado.

Apoderados del gobierno, creada la Balía, y nombrados después los principales magistrados á gusto de unos cuantos ciudadanos, para que empezara con el terror la autoridad que por la fuerza tenían, confinaron á maese Jerónimo Machiavelli y á otros, y privaron á muchos más de sus honores. Machiavelli, por no permanecer en el punto donde había sido confinado, fué declarado rebelde, y recorría Italia excitando á los príncipes á la guerra

contra su patria, pero en la Lunigiana, por traición de uno de aquellos Señores, fué preso, y conducido á Florencia, donde murió en la cárcel.

IV. La condición de este gobierno, en los ocho años que duró, fué violenta é insoportable; porque Cosme de Médicis, viejo y achacoso, no podía atender como antes á los asuntos públicos, y la ciudad era presa de la codicia de unos cuantos ciudadanos.

Lucas Pitti fué hecho caballero en recompensa del servicio que había prestado á la República, y por no mostrarse á ésta menos agradecido que la República lo había sido con él, determinó que los Priores de las artes se llamaran en adelante Priores de la libertad, para que conservaran al menos el título de lo que habían perdido. También estableció que el Confaloniero, que se sentaba á la derecha de los Rectores, se sentase en adelante en medio de ellos y, á fin de que pareciese que Dios era partícipe en aquella empresa, hizo procesiones públicas y oficios solemnes para darle gracias por los honores recobrados.

La Señoría y Cosme de Médicis hicieron á Lucas Pitti ricos regalos, y toda la ciudad imitó este ejemplo, siendo creencia general que tales obsequios llegaban á la suma de veinte mil ducados. Su autoridad creció hasta el punto de que no era Médicis, sino Pitti, quien gobernaba la República.

Tanto confiaba en ejercer el poder, que comenzó dos edificios, uno en Florencia y otro en Ruciano, lugar que dista una milla de la ciudad, ambos de una magnificencia verdaderamente regia. El de la ciudad era mayor que cuantos, hasta entonces, habían construído para sí los ciudadanos y, á fin de terminar pronto la construcción,

no perdonaba ningún medio extraordinario, porque, no sólo los ciudadanos y los particulares le hacían regalos de cuanto podía ser útil para la edificación, sino hasta las municipalidades vecinas y pueblos enteros le auxiliaban. Además, todos los desterrados, y los que hubieran cometido homicidio ó robo, ó cosa alguna por la cual temieran condena, con tal de que supieran trabajar, encontraban asilo seguro dentro de aquel palacio.

Los demás compañeros de Pitti, si no edificaban palacios, eran tan violentos y rapaces como él; de suerte que, si Florencia no tenía ninguna guerra exterior que agotara sus recursos, acababan con ellos los mismos florentinos.

Por entonces hubo las guerras en el reino de Nápoles, de que antes hemos hablado, y alguna que hizo el Pontífice en la Romaña contra los Malatesti, porque deseaba quitarles Rímini y Cesena, que poseían.

Durante estas empresas y, proyectando siempre la cruzada contra el turco, murió Pío II.

V. Continuaban las discordias en Florencia. Empezaron en el partido de Cosme de Médicis, en 1455, por los motivos ya dichos, y por su prudencia, según hemos manifestado, se aquietaron entonces. Pero al llegar el año 1464, agravóse de tal modo la enfermedad de Cosme, que pasó á mejor vida.

Sintieron su muerte amigos y enemigos, porque los que, á causa de ser adversarios del gobierno, no le amaban, viendo la rapacidad de los gobernantes en vida suya, á pesar de contenerles en parte el respeto que le debían, sospechaban que, por su muerte, serían arruinados y destruídos.

No confiaban gran cosa en su hijo Pedro de Médicis,

porque, aun cuando era hombre bueno, por estar enfermo y ser nuevo en el gobierno, le creían obligado á contemporizar con los que, sin freno, se entregaban á la rapiña. Todos, pues, sintieron grandemente la falta de Cosme.

De todos los hombres célebres que no han ejercido la profesión militar, fué el más ilustre y famoso, no sólo en Florencia, sino en cualquier otra ciudad de que haya memoria; porque, no sólo superó en autoridad y riquezas á cualquier otro de su tiempo, sino en prudencia y liberalidad; y de todas las cualidades que le hicieron el primero en su patria, la mejor fué el ser superior á todos en liberalidad y magnificencia. Su generosidad se supo mejor después de su muerte, cuando su hijo Pedro se hizo cargo de los bienes, porque no había ciudadano alguno de importancia á quien no hubiera prestado Cosme cantidad crecida de dinero, siendo muchas las veces que, sin que le pidieran, al saber los apuros de un noble, le auxiliaba. Su magnificencia aparece en la cantidad de edificios que mandó construir, porque restauró ó construyó de cimientos en Florencia los conventos y los templos de San Marcos y San Lorenzo, y el monasterio de Santa Verdiana; en el monte de Fiesole San Jerónimo y la Abadía, y en el Mugello un convento de frailes menores. En las iglesias de Santa Cruz de los Servitas, de los Angeles y de San Miniato, hizo altares y capillas espléndidas; y además de edificar templos y capillas, los llenó de ornamentos y de todo lo necesario para el culto divino.

A estos edificios sagrados hay que añadir sus casas, las cuales son: en Florencia, una tan suntuosa como merecía el personaje; cuatro fuera de la ciudad, en Careggi,

en Fiesole, en Cafaggiuolo y en Trebbio. Todas ellas, más que casas de ciudadanos, eran palacios regios.

Y como si no le bastase ser conocido en Italia por la magnificencia de sus edificios, construyó también en Jerusalén un asilo para los peregrinos pobres y enfermos. En todas estas edificaciones gastó un caudal considerable.

Aunque sus palacios, sus gastos y sus acciones fuesen regios, y en Florencia estuviera como príncipe, sin embargo, fué tan prudente, que jamás traspasó los límites modestos del ciudadano y hombre civil; porque en las conversaciones, en la servidumbre, en los trenes, en toda su manera de vivir, en sus alianzas de parentesco, fué siempre igual á cualquier modesto ciudadano. Sabía que el extraordinario esplendor que á todas horas se presenta al público, vale menos que las envidias que excita, y que conviene cubrirlo con sabia moderación.

Cuando tuvo que dar esposas á sus hijos, no trató de emparentar con príncipes, sino casó á Juan con Cornelia Alexandri, y á Pedro con Lucrecia Tornabuoni. De los nietos que tuvo de su hijo Pedro, casó á Blanca con Guillermo Pazzi, y á Nannina con Bernardo Rucellai.

En su tiempo no hubo príncipe ni república que mostrara más inteligencia que él; de aquí que, á pesar de la variedad de la fortuna y de la versatilidad de los ciudadanos, gobernó la República durante treinta y un años, porque siendo prudentísimo, preveía los males y acudía á tiempo para no dejarlos crecer, ó se preparaba de suerte que, si crecían, no le ofendieran. De aquí que, no sólo venciera la ambición de sus rivales en Florencia, sino que en el exterior triunfara de muchos príncipes con tanta felicidad y prudencia, que los que se coligaban

con Florencia, llegaban á ser iguales ó superiores al enemigo, y los que se ponían enfrente de la República florentina, ó perdían el tiempo y el dinero, ó sus Estados.

Buen testimonio pueden dar de ello los venecianos, que, unidos á los florentinos contra el duque de Milán, Felipe Visconti, siempre fueron superiores al enemigo, y, separados de Florencia, fueron vencidos y derrotados, primero por Visconti y después por el conde Sforza. Y cuando se aliaron con el rey Alfonso de Nápoles contra Florencia, Cosme de Médicis, con su crédito, dejó tan exhaustos de dinero á Venecia y á Nápoles, que los aliados se vieron precisados á aceptar las condiciones de paz impuestas por él.

Cuantas dificultades se le presentaron á Cosme de Médicis dentro y fuera de Florencia, tuvieron término glorioso para él y perjudicial para sus enemigos; por lo cual las discordias civiles aumentaron su poder y las guerras exteriores su reputación y fama, engrandeciendo el territorio de la República florentina con el Borgo de San Sepolcro, Montedoglio, el Casentino y Val de Bagno. Su mérito y fortuna anonadaron á todos sus enemigos y exaltaron á sus amigos.

VI. Nació en 1389, el día de San Cosme y San Damián. En su juventud sufrió grandes trabajos, como lo demuestran su destierro, su prisión y el peligro de muerte á que estuvo expuesto cuando acompañó á Juan XXIII al Concilio de Constanza, de donde, cuando fué depuesto este Papa por el Concilio, tuvo que huir disfrazado. Pero desde que cumplió los cuarenta años, vivió felicísimo, tanto que, no sólo los que se unieron á él para los negocios públicos, sino los que administraban sus tesoros, participaron de su buena suerte.

Esto produjo la riqueza de muchas familias de Florencia, como las de los Tornabuoni, los Benci, los Portinari y los Sassetti; y además, los que de su consejo ó fortuna dependían se enriquecieron también considerablemente.

Aunque en la construcción de templos y en las limosnas gastaba de continuo, se quejaba algunas veces con sus amigos de no haber podido gastar en honor de Dios tanto que dejara de aparecer como deudor á la divinidad en sus libros de comercio.

Fué Cosme de Médicis de talla ordinaria, de color verdoso, y de venerable presencia. No era sabio, pero sí elocuentísimo y de sano juicio y natural prudencia. Por esto fué obsequioso con los amigos, misericordioso con los pobres, interesante en la conversación, cauto en aconsejar, pronto en la ejecución, y agudo y digno en sus dichos y respuestas.

Mandó á decirle Rinaldo de Albizzi al principio de su destierro «*que la gallina empollaba*», y le respondió Cosme «*que mal podía empollar estando fuera del nido*». Dándole á entender otros rebeldes que no dormían, dijo «*que lo creía, puesto que él les había quitado el sueño*». Dijo del papa Pío II, cuando excitaba á los príncipes cristianos á la cruzada contra el Turco: «*Es un viejo que se mete en empresas de joven.*» A los embajadores venecianos que, con los del rey Alfonso, vinieron á Florencia á quejarse de la República, mostró la cabeza descubierta, y les preguntó de qué color tenía los cabellos. Respondieron: «Blancos», y él añadió: «*Dentro de poco tiempo vuestros Senadores los tendrán tan blancos como yo.*» Preguntándole su esposa, pocas horas antes de morir, por qué tenía los ojos cerrados, respondió: «*Para que se*

habitúen.» Dijéronle algunos ciudadanos, cuando volvió del destierro, que arruinaba la ciudad y ofendía á Dios expulsando de Florencia tantos hombres honrados; y él contestó «*que era mejor una ciudad arruinada que perdida; que dos canas de paño rojo hacían un hombre de bien, pero los Estados no se gobernaban con el rosario en la mano*».

Estas frases dieron materia á sus enemigos para calumniarle, suponiéndole hombre que se amaba más á sí mismo que á su patria, y más este mundo que el otro.

Pudieran citarse otras muchas frases suyas que, por no ser necesarias, omitimos.

También fué Cosme amante y protector de los literatos, y por ello llamó á Florencia al griego Argyropolo, literato famoso en aquel tiempo, para que enseñara á la juventud veneciana la lengua griega y sus demás conocimientos.

Mantenía en su casa y profesaba íntima amistad á Marsilio Ficino, segundo padre de la filosofía platónica (1); y para que pudiera con más comodidad proseguir sus estudios literarios y disfrutar más holgadamente de su amistad, le regaló una finca inmediata á la suya de Careggi.

Su prudencia, sus riquezas, su modo de vivir y su fortuna, hacían que los florentinos le temieran y amaran, y que le estimaran extraordinariamente los príncipes, no sólo de Italia, sino de toda Europa, dejando á sus descendientes tan sólidos fundamentos de la fortuna de su

(1) Marsilio Ficino era un canónigo de Florencia que hizo una traducción de Platón y de los defensores de su filosofía, como Plotino, Jamblico, etc.

casa que, igualándole en mérito, tuvieron mayor poder (1). La autoridad que Cosme de Médicis tuvo en Florencia, mereció tenerla en toda la cristiandad.

En los últimos años de su vida sufrió grandes penas, porque de sus dos hijos, Pedro y Juan, éste, que era en quien más confiaba, murió. Pedro era enfermizo y, por la debilidad de su cuerpo, poco apto para los negocios públicos y privados. Así, pues, al hacerse llevar por las habitaciones de su casa, después de la muerte de su hijo, exclamó suspirando: «*Esta casa es demasiado grande para tan poca familia.*»

Angustiaba, además, su espíritu la idea de que no había aumentado los dominios de Florencia con alguna conquista importante, y se dolía mucho más por parecerle que Francisco Sforza le había engañado; porque cuando era conde le prometió que, al llegar á ser duque de Milán, haría la empresa de Luca para los florentinos; lo cual no realizó, porque, al mudar de fortuna, mudó también de opinión, y al ser Duque, quiso gozar

(1) La Casa de Médicis dió tres pontífices á la Iglesia, León X, Clemente VII y León XI, y muchos cardenales. Á Francia dos reinas, Catalina de Médicis, casada con Enrique II, y María de Médicis, esposa de Enrique IV. También contrajo parentesco con otras familias reinantes en Europa. Después de gobernar durante más de un siglo la República florentina por la influencia que sus riquezas, su crédito y sus talentos le daban, obtuvo la soberanía hereditaria. En 1531 el emperador Carlos V dió el título de Duque de Florencia á Alejandro de Médicis, y el mismo título le dió el papa Clemente VII en 1552. Su sucesor, Cosme el Grande, recibió en 1569 el de Gran Duque de Toscana, y tuvo siete sucesores. De Juan Gastón de Médicis, muerto sin sucesión en 1737, pasó este ducado á Francisco, duque de Lorena por el tratado de 1735 entre el emperador Carlos VI, Francia y España.

en paz los Estados que por la guerra había adquirido. Negóse, pues, á toda empresa en favor de Cosme de Médicis ó de otro alguno, y no hizo después de ser duque de Milán más guerras que las necesarias para defenderse. Esta conducta causó gran disgusto á Cosme de Médicis, pareciéndole que había empleado esfuerzos y hecho gastos para engrandecer á un hombre ingrato é infiel.

Sentía, además, que sus dolencias le impidieran atender con la misma actividad que anteriormente á los asuntos públicos y privados, marchando unos y otros en decadencia, porque los ciudadanos arruinaban la República, y sus hijos y administradores consumían su fortuna. Todas estas cosas inquietaron su espíritu en los últimos años de su vida; pero murió lleno de gloria y con grandísima fama, y en Florencia y fuera de ella, ciudadanos y príncipes cristianos mostraron el sentimiento por su muerte á su hijo Pedro, siendo acompañado su entierro con grandísima pompa por todos los ciudadanos, y sepultado en la iglesia de San Lorenzo, poniendo por decreto público en su sepulcro: *Padre de la patria.*

Nadie se admire de que, al narrar yo los hechos de Cosme de Médicis, haya imitado á los que escriben la vida de los príncipes y no la historia general; porque, siendo hombre de raro mérito en nuestra ciudad, he necesitado elogiarle por modo extraordinario.

VII. Cuando Florencia é Italia se encontraban en estas condiciones, Luis XI, rey de Francia, estaba empeñado en gravísima guerra que le habían suscitado la nobleza apoyada por Francisco, duque de Bretaña, y por Carlos, duque de Borgoña. De tal modo le preocupaba esta guerra, que no pudo pensar en favorecer al

duque Juan de Anjou en la empresa de Génova y del reino de Nápoles. Pensando, al contrario, necesitar auxilio ajeno, y teniendo los franceses en su poder la ciudad de Savona, la dió á Francisco, duque de Milán, y le hizo entender que no se opondría á que se apoderara de Génova.

Todo ello lo aceptó el Duque, y, con la reputación que le daba su amistad con el Rey y el apoyo de los Adorno, tomó á Génova.

Para no mostrarse ingrato con Luis XI por los favores recibidos, envió á Francia en su socorro mil quinientos caballos, capitaneados por su primogénito Galeazzo.

Siendo, pues, Fernando de Aragón y Francisco Sforza, éste, duque de Lombardía y príncipe de Génova, y aquél, rey de todo el reino de Nápoles, y habiendo contraído parentesco por enlaces matrimoniales, meditaban la manera de asegurar sus Estados para gozar de ellos tranquilamente en vida, y, al morir, dejarlos á sus herederos.

Para ello creyeron necesario que el Rey se apoderase de los barones que le fueron contrarios en la guerra con Juan de Anjou, y el Duque procurase destruir el ejército que organizó Braccio, que era el natural enemigo de su familia y que, á las órdenes de Jacobo Piccinino, había llegado á su mayor reputación; porque á este Piccinino, siendo entonces el primer capitán de Italia, y careciendo de Estados, debían temerle todos los que los tenían, principalmente el duque de Milán, á quien su propio ejemplo persuadía de que ni tendría seguro el Ducado, ni seguridad para dejarlo á sus hijos, mientras viviera Jacobo.

El rey de Nápoles procuró astutamente un acuerdo con los barones, y empleó todo su ingenio en inspirarles confianza; lo que consiguió fácilmente, porque estos Señores veían su pérdida segura si continuaban la guerra contra el Rey, y la consideraban dudosa si, aceptando sus promesas, trataban con él. Como los hombres procuran huir del mal seguro, los príncipes pueden engañar fácilmente á quienes son menos poderosos que ellos.

Creyeron los barones en la paz que el Rey les ofrecía, al ver el peligro manifiesto si continuaban la guerra, y se pusieron en sus manos, siendo después, de varios modos y con diferentes pretextos, muertos.

Asustó este suceso á Jacobo Piccinino que, con sus tropas, se encontraba en Sulmona, y para quitar al Rey ocasión de oprimirle, gestionó, por medio de sus amigos, con el duque de Milán á fin de reconciliarse con él. Hízole el Duque las mayores ofertas que pudo y determinó Jacobo ponerse en sus manos, yendo con cien caballos á verle en Milán.

VIII (1465). Había Jacobo militado largo tiempo á las órdenes de su padre y con su hermano, primero por el duque Felipe Visconti y después por el pueblo milanés. Esta circunstancia le obligó á estar frecuentemente en Milán, donde tenía muchos amigos y la general benevolencia que, en el estado actual de las cosas, había aumentado, porque la próspera fortuna y el poder que tenían los Sforza engendraban envidia contra ellos, y en cambio las adversidades y la larga ausencia inspiraban á aquel pueblo misericordia por Jacobo y grandísimo deseo de verle.

Todo esto se advirtió á su llegada, porque muy pocos nobles dejaron de salir á recibirle, y las calles por donde

pasó estaban llenas de gente que deseaba verle, gritando en su favor y deseando su prosperidad y la de los suyos. Tales honores apresuraron su pérdida, porque aumentaron los temores del Duque y el deseo de matarle. Para realizar este propósito con mayor disimulo quiso que se celebrara la boda de Drusiana, su hija natural, con Jacobo, á quien hacía tiempo la había prometido por esposa.

Convino después con el rey Fernando que le tomara á su servicio, con título de general de su ejército y cien mil florines de sueldo; hecho lo cual, fué á Nápoles Jacobo con su esposa Drusiana y un embajador del Duque, donde le recibieron honrosa y satisfactoriamente, festejándole durante muchos días; pero habiendo pedido licencia para ir á Sulmona, donde tenía sus tropas, le convidó el Rey á un festín en el castillo, y terminado el convite, fué preso con su hijo Francisco y, al poco tiempo, muerto.

De esta suerte, nuestros príncipes italianos acababan con el mérito que ellos no tenían y temían en otros, hasta el punto de que, no quedando ya ninguno, expusieron aquel reino á los desastres que poco tiempo después lo afligieron y desolaron.

IX. Entretanto, el papa Pío había arreglado los asuntos de la Romaña, y creyó que era tiempo oportuno, en vista de la paz general, de mover á los cristianos contra los turcos. Para lograrlo siguió la misma vía que sus antecesores, y todos los monarcas ofrecieron dinero ó gente. Matías, rey de Hungría, y Carlos, duque de Borgoña, prometieron ir personalmente, y el Papa les nombró jefes de la empresa.

Tan confiado estaba el Pontífice en la realización de

esta cruzada, que de Roma fué á Ancona, donde debía concentrarse el ejército, habiendo prometido barcos los venecianos para trasladarlo á Esclavonia. Reunióse, pues, en aquella ciudad, después de la llegada del Pontífice, tanta gente que, á los pocos días, acabó con todos los víveres de la población y con los que podían ser conducidos de las inmediaciones, haciéndose general el hambre. Además, no había dinero para los que lo necesitaban, ni armas para los que carecían de ellas.

No fueron á Ancona ni el rey Matías ni el duque de Borgoña, y los venecianos enviaron un general con algunas galeras, más para hacer alarde de pompa y demostrar que cumplían su promesa que para trasportar aquel ejército.

Siendo el Papa viejo y estando enfermo, en medio de estos apuros y desórdenes, murió, y después de su muerte cada cual volvió á su casa.

Al morir el Papa en 1465, fué elegido pontífice Paulo II, de origen veneciano y, para que casi todos los Estados de Italia cambiaran de gobierno, al año siguiente murió Francisco Sforza, duque de Milán, después de estar al frente de aquel Ducado diez y seis años, siendo proclamado Duque su hijo Galeazzo.

X. La muerte del duque de Milán aumentó las divisiones entre los florentinos, y éstas produjeran más pronto su natural efecto. Porque muerto Cosme de Médicis, su hijo Pedro heredó los bienes y la influencia del padre en la República, y llamó junto á sí á maese Diotisalvi Neroni, hombre de gran autoridad y, en concepto de los demás ciudadanos, reputadísimo, en quien confiaba tanto Cosme de Médicis, que, al morir, encargó á su hijo Pedro que, en lo relativo á su hacienda y en

lo concerniente al gobierno, se guiara siempre por sus consejos.

Tuvo, pues, Pedro de Médicis, en Diotisalvi la misma confianza que le había demostrado Cosme, y porque quería obedecer á su padre, después de muerto, como le había obedecido en vida, deseaba aconsejarse de él en cuanto se refería á sus bienes y al gobierno de la ciudad. Comenzando por lo primero, hizo entregarle todos los libros de cuentas de su casa para que se enterase del buen ó mal estado de sus negocios, y, enterado, le aconsejara conforme á su prudencia.

Prometióle Diotisalvi emplear actividad y buena fe en todas las cosas y, examinados los libros, reconoció que en muchos asuntos había bastante desorden; pero arrastrado más por propia ambición que por amor á Pedro y agradecimiento á los antiguos beneficios de Cosme, juzgó fácil quitarle la reputación y privarle de la autoridad que, como herencia del padre, le había quedado. Dió, pues, maese Diotisalvi á Pedro un consejo que, pareciendo razonable y honrado, ocultaba su pérdida. Demostróle el desorden de su hacienda y el dinero que necesitaba, si no quería perder, con su crédito, la opinión de su riqueza y de su poder. Añadió después que no veía más honrado remedio á estos desarreglos que pedir la restitución del dinero dado por su padre á muchos ciudadanos y forasteros, porque Cosme, para conquistarse partidarios en Florencia y amigos fuera, fué liberalísimo en prestarles parte de su fortuna, de modo que sus créditos, por este concepto, ascendían á considerable suma.

Pareció á Pedro el consejo bueno y honrado, puesto que remediaba, con lo que era suyo, el desorden de su

fortuna; pero tan pronto como pidió la devolución de los préstamos, los deudores, como si les quisieran quitar lo que era suyo, se enfadaron y, sin consideración alguna, hablaban mal de él, tachándole de ingrato y avaro.

XI. Al ver Diotisalvi Neroni la común y popular desgracia en que, por su consejo, había caído Pedro de Médicis, se reunió con Lucas Pitti, Agnolo Acciajuoli y Nicolás Soderini, determinando privar á Médicis de la autoridad que tenía en la República. Moviéronles á esto diversas aspiraciones. Lucas Pitti ambicionaba la posición que tuvo Cosme de Médicis, pues había llegado á tanto poder que menospreciaba ser deferente con Pedro. Diotisalvi, que conocía la incapacidad de Pitti para jefe del gobierno, creía que necesariamente, suplantado Pedro de Médicis, la autoridad caería pronto en sus manos. Nicolás Soderini deseaba que la ciudad viviera más libremente y que los magistrados la gobernaran según su voluntad. Maese Agnolo quería mal á los Médicis por motivos particulares; hacía algún tiempo que su hijo Rafael se había casado con Alejandra de Bardi, con grandísima dote; á ésta, ó por faltas suyas, ó por culpas de otros, la maltrataban el suegro y el marido, por lo cual su pariente Lorenzo de Harione, compadecido de la joven, fué con gente armada y la sacó de casa de Agnolo. Quejáronse los Acciajuoli de esta injuria de los Bardi y, llevado el pleito á decisión de Cosme de Médicis, falló éste que los Acciajuoli debían restituir su dote á Alejandra, y que quedara al arbitrio de ella volver ó no al lado de su marido.

Pareció á Agnolo que Cosme no le había tratado como amigo en este juicio y, no pudiendo tomar venganza de

él porque había muerto, determinó tomarla de su hijo.

Estos conjurados por tan diversos motivos, publicaban una sola aspiración: la de que la ciudad fuera gobernada por los magistrados y no por el consejo de unos cuantos poderosos.

Aumentó la aversión á Pedro de Médicis y los motivos de murmurar de él, el hecho de quebrar entonces muchos comerciantes; pues se le acusaba públicamente de que, por recobrar su dinero sin dar plazos, había ocasionado las quiebras, con deshonra y daño de la ciudad.

Añadíase á esto que estaba en negociaciones para que su primogénito Lorenzo se casara con Clarice Orsini; lo que dió amplio motivo á todos para calumniarle, diciendo que se veía claramente, no queriendo casar á su hijo con una florentina, tener á menos ser ciudadano de Florencia, y que se preparaba á ser príncipe; porque quien no quiere á sus conciudadanos por parientes, los quiere por siervos, siendo por tanto justo que no tenga amigos.

Creían los jefes de la conjuración tener la victoria en la mano, porque la mayoría de los ciudadanos, engañados con el nombre de libertad que aquéllos, para excusar su empresa, habían tomado por bandera, les seguían.

XII. Fermentando estos disgustos en la ciudad, algunos, que eran enemigos de discordias civiles, intentaron distraer de ellas al pueblo con públicas fiestas, porque muchas veces los pueblos ociosos son instrumento de los que desean alterar la paz. Para interrumpir este ocio, y que cada cual pensara en otra cosa que en el gobierno, habiendo transcurrido un año desde la muerte

de Cosme, aprovecharon la terminación del duelo para que hubiera regocijos públicos, y organizaron dos fiestas tan solemnes como las demás que se hacen en Florencia.

Representaba la una el viaje de los tres reyes magos que vinieron de Oriente guiados por la estrella que señalaba el nacimiento de Cristo; fiesta tan pomposa y magnífica que, para ordenarla y realizarla, debía estar ocupada muchos meses toda la ciudad. La otra fué un torneo (que así se llamaba el espectáculo representando un combate de hombres á caballo), en el cual los principales jóvenes de la ciudad tomaron parte con los más famosos caballeros de Italia. Entre los jóvenes florentinos el más notable fué Lorenzo de Médicis, primogénito de Pedro, quien, no por favor, sino por su propio mérito, ganó el primer premio.

Terminados estos espectáculos, volvieron á los ánimos los anteriores propósitos, y cada cual seguía con más empeño que antes su propia opinión, resultando gran disparidad de ideas y grandísima agitación que aumentaron dos accidentes por modo extraordinario. Fué el uno que, por expirar el plazo, faltó la autoridad de la Balía, y el otro la muerte de Francisco Sforza, duque de Milán.

El nuevo duque Galeazzo envió embajadores á Florencia para confirmar los tratados que Francisco Sforza tenía con aquella República, en los cuales, entre otras cosas, estaba pactado que se pagara al Duque anualmente cierta cantidad de dinero. Los principales enemigos de los Médicis aprovecharon esta cuestión y se opusieron públicamente en el Consejo á la entrega del dinero, alegando que tal obligación la había pactado Florencia, no con Galeazzo, sino con su padre Francisco y,

al morir éste, cesaba aquélla, no habiendo motivo para renovarla, porque Galeazzo no tenía las meritorias condiciones de su padre, y, por tanto, no se podía esperar de él nada útil; de suerte que, si Francisco Sforza había favorecido poco á Florencia, éste la favorecería menos, y si algún ciudadano quería tenerlo á sueldo porque auxiliara su poder, haría cosa opuesta á las leyes y á la libertad de Florencia.

Pedro de Médicis defendía lo contrario, asegurando que no era conveniente perder, por avaricia, tan necesaria amistad, y que nada había más saludable á la República y á toda Italia que continuar la alianza con el duque de Milán, para que los venecianos, viéndoles unidos, no esperaran, ó por fingida amistad ó por abierta guerra, oprimir aquel Ducado; pues tan pronto como supieran que los florentinos se apartaban del duque de Milán, empuñarían las armas contra ellos. Siendo el Duque joven, nuevo en el gobierno y sin amigos, fácilmente se lo atraerían ó por astucia ó por fuerza y, en uno ú otro caso, la pérdida de la República florentina era segura.

XIII. Estas razones de Pedro de Médicis no fueron aceptadas, y la rivalidad empezó á mostrarse abiertamente. Cada partido se reunía por las noches en punto distinto; los amigos de los Médicis en la Crocetta, y sus adversarios en la Pietà. Deseosos éstos de la ruina de Pedro, habían hecho suscribir á muchos ciudadanos declaraciones favorables á sus designios.

Una, entre otras, de las noches en que se reunieron, celebraron consejo sobre el modo de proceder, porque si todos querían disminuir el poder de Médicis, diferían en el modo de conseguirlo. Un grupo, el más templado y juicioso, deseaba que, habiendo acabado la autoridad de la

Balía, se atendiera á no restablecerla y, conseguido esto, como lo querían todos los ciudadanos, los Consejos y los magistrados gobernarían la ciudad, lográndose en poco tiempo acabar con la autoridad de Pedro de Médicis, quien, según se vería, al perder su influencia en el gobierno y su intervención en los negocios públicos, perdería también su crédito en el comercio; porque sus negocios se encontraban en tal situación que, si se le impedía con eficacia el aprovecharse del tesoro público, necesariamente se arruinaba. Cuando esto ocurriera, ningún peligro podía ofrecer, consiguiéndose, sin destierros ni sangre, recobrar la libertad, que era á lo que debía aspirar todo buen ciudadano. En cambio si se apelaba á la fuerza era grandísimo el riesgo, porque quien no socorre al que cae por sí mismo, le ayuda para que no le derribe la violencia ajena. Además, no acudiéndose á ningún medio extraordinario contra él, no habría motivo de armarse ni de buscar partidarios, y si él lo hacía, sería tanta su responsabilidad é infundiría en todos tantas sospechas, que él mismo facilitaría su ruina y daría á los demás justo motivo para consumarla.

Á muchos otros de los reunidos no parecían bien estas dilaciones, asegurando que favorecerían á Pedro de Médicis y no á ellos, porque, si se contentaban con las vías ordinarias, no habría para Pedro de Médicis peligro alguno y para ellos muchos, á causa de que los magistrados adversarios de Pedro le dejarían gozar de su influencia, y sus amigos le facilitarían la dominación, ocasionando la pérdida de los conjurados, como sucedió en 1458; que si aquel consejo era de hombres buenos, éste era de hombres previsores; por tanto, ahora que la opinión pública se le mostraba contraria, convenía arruinarle.

El procedimiento para conseguirlo consistía en armarse dentro de la ciudad y tomar á sueldo al marqués de Ferrara para tener socorros seguros, y cuando la elección por suerte les diera una Señoría amiga, estando preparados, realizar el complot.

Conforme á esta opinión, convinieron esperar la elección de la nueva Señoría y obrar según como resultara.

Entre los conjurados estaba Nicolás Fedini, que era como secretario de la conjuración. Este Fedini, arrastrado por esperanzas más seguras, reveló á Pedro cuanto sus enemigos habían acordado, entregándole la lista de los conjurados y la de los que, por escrito, habían ofrecido ayudarles.

Asustó á Pedro el número y la condición de los ciudadanos contrarios á él y, aconsejándose de sus amigos, determinó reunir también las firmas de sus partidarios. Encargó este trabajo á uno de sus amigos más fieles, encontrando tanta versatilidad en el ánimo de los ciudadanos, que muchos de los que habían suscrito contra él suscribieron también en su favor.

XIV. Mientras ocurrían estas cosas llegó la época en que se renovaba la primera magistratura, siendo nombrado Confaloniero de justicia Nicolás Soderini; y fué cosa maravillosa ver el concurso de ilustres ciudadanos y de todo el pueblo que le acompañó al Palacio, poniéndole en el camino una corona de olivo en la cabeza, para demostrar que de él dependía la salud y la libertad de la patria.

Vióse por este ejemplo y por otros que no debe desearse llegar á una magistratura ó á un cargo con extraordinaria reputación, porque, no pudiendo corresponder á ésta con las obras, pues los hombres desean más

de lo que cabe hacer, produce con el tiempo descrédito y desprecio.

Los Soderini eran dos hermanos, Tomás y Nicolás. Éste más bravo y animoso que aquél, y Tomás más prudente y entendido. Conocía éste, que era amigo íntimo de Pedro de Médicis, el carácter de su hermano y, sabiendo que deseaba sólo la libertad de Florencia, y que, sin ofensa de nadie, se consolidara el gobierno, le aconsejó hiciera nuevo escrutinio, mediante el cual las bolsas electorales se llenaran con los nombres de los ciudadanos amantes de la libertad, y que, hecho esto, se vería el medio de consolidar el gobierno y de asegurarlo, según su voluntad, sin tumultos ni agravios á nadie.

Creyó fácilmente Nicolás el consejo de su hermano, é invirtió en estos vanos proyectos el tiempo de su magistratura, con beneplácito de los jefes de la conjuración, sus amigos, pues, por envidia, no querían fuese Soderini el autor de la reforma del gobierno, creyendo que siempre sería tiempo oportuno para que otro Confaloniero la realizara.

Llegó, por tanto, el término de la magistratura, y Nicolás, habiendo empezado muchas cosas, sin terminar ninguna, dejó el cargo con más descrédito que honra le dispensaron al recibirlo.

XV. Este asunto animó á los partidarios de Pedro de Médicis, cobrando sus amigos mayores esperanzas. Los neutrales se adhirieron á Médicis y, siendo por ello los dos bandos casi iguales en fuerzas, durante algunos meses contemporizaron, no promoviendo ningún tumulto.

El partido de Médicis seguía ganando fuerzas. Á causa de ello sus enemigos, viendo el peligro, se reunieron y

acordaron hacer por fuerza lo que no habían podido ó sabido ejecutar fácilmente por medio de los magistrados. Determinaron, pues, matar á Pedro de Médicis, que estaba enfermo en Careggi, para lo cual debía venir el marqués de Ferrara con tropas hacia la ciudad. Muerto Pedro, presentarse armados en la plaza y hacer que la Señoría organizara el gobierno como ellos quisieran, porque aun cuando todos los Señores no eran amigos suyos, aspiraban á que los contrarios cedieran por temor.

Maese Diotisalvi, para ocultar mejor sus designios, visitaba con frecuencia á Pedro, hablando con él de la unión de los ciudadanos y dándole consejos.

Todas estas tramas habían sido reveladas á Pedro de Médicis, y además Domingo Martelli le hizo saber que Francisco Neroni, hermano de Diotisalvi, había procurado atraerle al partido de los conjurados, mostrándole segura la victoria contra el de Médicis. Por esto determinó Pedro ser el primero en tomar las armas, y aprovechó la ocasión de las gestiones de sus enemigos con el marqués de Ferrara, fingiendo haber recibido una carta de maese Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, en la que le decía que el Marqués se encontraba junto al río Albo con tropas, asegurando públicamente que iba á Florencia.

Por este supuesto aviso tomó Pedro las armas, y en medio de gran multitud armada llegó á Florencia. A su llegada, todos los de su partido se armaron también, y los del bando contrario hicieron lo mismo; pero los de Médicis, por haberse preparado, estaban en mejor orden que sus adversarios, no dispuestos aún al alzamiento.

Diotisalvi Neroni, que tenía su casa inmediata á la de Médicis, no se creía seguro en ella, y andaba, ora al Palacio para excitar á la Señoría á que obligase á Mé-

dicis á dejar las armas, ora en busca de Lucas Pitti para recomendarle que continuara en su partido.

Pero, de todos los conjurados, el que mostró más actividad fué Nicolás Soderini que, armado y seguido de casi toda la plebe de su barrio, fué á casa de Lucas Pitti, y le rogó montara á caballo y acudiera á la plaza en favor de la Señoría que estaba por ellos, donde tenía segura la victoria, mientras quedándose en casa, se exponía á tener que entregarse cobardemente á sus enemigos armados, ó á ser vergonzosamente abandonado por sus amigos sin armas. Advirtióle que se arrepentiría de no haber hecho lo que ahora era tiempo de hacer; que si quería, con la guerra, arruinar á Pedro de Médicis, fácilmente podría conseguirlo, y si prefería la paz, valía mucho más ponerse en condiciones de dictarla que de aceptarla.

No convencieron estas razones á Lucas Pitti, por haber cesado sus resentimientos contra Pedro de Médicis, quien le atrajo á su partido con promesa de nuevas alianzas matrimoniales y otras ventajas, y ya había casado á una de sus sobrinas con Juan Tornabuoni. Aconsejó, pues, á Soderini que depusiera las armas y volviese á su casa, porque debía ser para él bastante que la ciudad fuera gobernada por los magistrados, como seguiría siéndolo; que todos depondrían las armas, y que los Señores, cuya mayoría era de sus amigos, serían jueces de la cuestión entre ambos bandos.

No consiguiendo Soderini hacerle cambiar de resolución, volvió á su casa, pero diciéndole antes: «No puedo yo sólo hacer el bien de mi ciudad, pero puedo pronosticarle el mal. La determinación que tomáis hará que Florencia pierda la libertad; vos el poder y los bienes, y yo y otros, la patria.»

XVI. Mientras duraba este desorden, la Señoría mandó cerrar el Palacio, reuniendo en él á los magistrados y no mostrándose en favor de ninguno de los dos bandos.

Los ciudadanos, especialmente los del partido de Lucas Pitti, viendo á Pedro de Médicis armado y á sus enemigos sin armas, comenzaron á pensar, no cómo atacarían á los de Médicis, sino cómo podrían hacerse amigos suyos.

Los principales de la ciudad, jefes de bandos, acudieron al Palacio y, á presencia de la Señoría, discutieron muchas cosas relativas al gobierno de Florencia y á la reconciliación de los partidos. Porque Pedro de Médicis, á causa de su mala salud, no podía asistir, fueron de común acuerdo á su casa, excepto Nicolás Soderini, que, después de recomendar sus hijos y su casa á su hermano Tomás, se retiró á una quinta suya para aguardar allí el término de aquellos sucesos, que consideraba fatal para él y dañoso para su patria.

Llegaron los demás ciudadanos á presencia de Pedro de Médicis y, el encargado de hablar por todos, se quejó de los desórdenes ocurridos en la ciudad, asegurando que la mayor culpa era de quienes primero habían tomado las armas; y, no adivinando lo que quería Pedro, que fué el primero en apelar á ellas, venían á saber su voluntad, para, si se acomodaba al bien de la ciudad, seguirla.

A estas frases contestó Pedro de Médicis que el primero que acude á las armas no es el responsable de los escándalos, sino el primero que da motivo para empuñarlas; y si recordaban cómo se habían portado con él, se admirarían menos de lo que había hecho para salvarse, porque verían que los conciliábulos nocturnos, las suscripciones y la determinación de quitarle sus derechos

de ciudadanía y hasta la vida, le habían obligado á armarse; y el no haber ido la gente armada á casa de sus enemigos, era señal manifiesta de que no tomó las armas para ofenderles, sino para defenderse. Añadió que no quería ni deseaba más que vivir en paz y seguridad, ni jamás había demostrado querer otra cosa, porque, al terminar la autoridad de la Balía, no pensó en ningún medio extraordinario para restablecerla, y estaba muy satisfecho con que los magistrados gobernaran la ciudad, contentándose con ello. Que debían recordar cómo Cosme de Médicis y sus hijos sabían vivir respetados en Florencia con la Balía y sin la Balía, y que en 1458 fueron ellos, y no la casa de Médicis, los que establecieron este poder extraordinario. Si ahora no lo querían, tampoco él lo deseaba; pero que esto no le satisfacía, por haber visto que se consideraban incompatibles con él en Florencia. Jamás hubiera creído ni pensado que sus amigos y los de su padre juzgaran no poder vivir en Florencia con él, no habiendo dado nunca otra señal de su presencia que la de su amor á la paz y tranquilidad.

Después dirigió sus palabras á Diotisalvi Neroni y sus hermanos, que estaban presentes, y les echó en cara con tono severo y lleno de indignación los beneficios que habían recibido de Cosme, la confianza que en ellos tenía y su grande ingratitud. Fueron tan sentidas sus palabras, que algunos de los oyentes se indignaron hasta el punto de haber matado á los Neroni, si Pedro de Médicis no les contuviera.

Terminó Pedro diciendo que aprobaría todo lo que ellos y la Señoría acordaran, y que sólo pedía vivir tranquilo y seguro. Hablaron después mucho de otras cosas, pero sin decidir nada, conviniendo en términos generales

en la necesidad de reformar el gobierno y establecer nuevo orden de cosas.

XVII. Era entonces Confaloniero de justicia Bernardo Lotti y, sabiendo Pedro de Médicis que no podía contar con su amistad, parecióle inoportuno intentar cualquier reforma mientras aquél desempeñara el cargo, cosa de poca importancia, pues el término de su autoridad estaba cercano. Pero al llegar la elección de los Señores que debían ejercer el cargo en los meses de Septiembre y Octubre de 1466, fué elegido para la suprema magistratura Roberto Lioni, quien, inmediatamente que tomó posesión, estando lo demás preparado, llamó al pueblo á la plaza, hizo nueva Balía, que era toda del partido de Médicis, y ésta nombró todos los magistrados del mismo bando.

Tal suceso espantó á los jefes del partido enemigo. Maese Agnolo Acciajuoli se fugó á Nápoles, y Diotisalvi Neroni y Nicolás Soderini á Venecia. Quedó en Florencia Lucas Pitti, confiando en las promesas de Pedro de Médicis y en el nuevo parentesco que, por casamiento de una de sus sobrinas, había contraído con él.

Los fugados fueron declarados rebeldes, y dispersada toda la familia Neroni. Maese Juan Neroni, que era entonces arzobispo de Florencia, para huir de mayor mal, se desterró voluntariamente á Roma. A muchos otros ciudadanos los desterraron á diversos puntos, para donde partieron inmediatamente.

No bastó esto. Se ordenó una procesión para dar gracias á Dios por la conservación de la República y la unión de los ciudadanos y, durante esta solemnidad, prendieron y atormentaron á algunos florentinos, siendo después varios de ellos muertos y otros desterrados.

Fué ejemplo notable en esta variación de las cosas Lucas Pitti, porque inmediatamente se conoció la diferencia de la victoria á la derrota, y de la honra á la deshonra. Su casa, frecuentada antes por numerosos ciudadanos, quedó en grandísima soledad. En las calles, los amigos y parientes, no sólo no le acompañaban, sino hasta temían saludarle, porque unos habían sido despojados de sus dignidades, otros de sus bienes, y todos igualmente amenazados. Los constructores del soberbio palacio que había comenzado, abandonaron la obra; los beneficios que anteriormente le hacían, se convirtieron en injurias; los honores en vituperio; muchos de los que le habían regalado algún objeto de gran precio, se lo reclamaban, á pretexto de que era un préstamo, y otros muchos que acostumbraban á elevarle hasta las nubes, motejábanle ahora de ingrato y violento.

Tal se pusieron para él las cosas, que se arrepintió, aunque tarde, de no haber dado crédito á Nicolás Soderini, y buscó pronto el medio de morir honrado con las armas en la mano, como preferible á vivir humillado en medio de sus enemigos victoriosos.

XVIII. Entre los desterrados empezaron los proyectos para reconquistar en Florencia la posición que no habían sabido defender.

Maese Agnolo Acciajuoli, que se encontraba en Nápoles, antes de pensar en ninguna otra cosa, quiso tantear el ánimo de Pedro de Médicis, para saber si podría reconciliarse con él, y le escribió una carta concebida en estos términos:

«Ríome de los caprichos de la fortuna, que convierte á su gusto los amigos en enemigos, y los enemigos en amigos. Recordarás que, cuando el destierro de tu padre,

estimando en más aquella injuria que mis peligros, fuí también desterrado, y á punto estuve de perder la vida. Mientras viví con tu padre Cosme siempre honré y favorecí vuestra casa, y nunca tuve, desde que murió, propósito de ofenderte.

»Verdad es que tu naturaleza enfermiza, y la tierna edad de tus hijos, me asustaron de tal suerte, que juzgué oportuno dar al gobierno forma á propósito para que, si morías, no se arruinara la patria.

»De aquí han nacido las cosas ocurridas, no contra ti, sino en beneficio de mi patria, en lo cual, si cometí error, merece, por mi buena intención y por mis actos pasados, que se olvide. No puedo creer, habiendo encontrado en mí tu casa por tanto tiempo tanta fidelidad, que me niegues ahora misericordia y que todos mis méritos los extinga una sola falta.»

Cuando Pedro de Médicis recibió dicha carta, respondió en estos términos:

«Tu risa es causa de que yo no llore, porque si tú rieras en Florencia, lloraría yo en Nápoles. Confieso que quisiste servir á mi padre, y tú confesarás que fuiste servido por él, de suerte que en nuestras respectivas obligaciones existía la diferencia que hay entre las palabras y los actos. Habiendo recibido tú la recompensa de tus servicios, no te debe maravillar el recibir el justo premio de tus daños. No te excusa el amor de la patria, porque nadie habrá capaz de creer que los Médicis aman y contribuyen á la prosperidad de Florencia menos que los Acciajuoli. Vive, pues, desacreditado en el destierro, ya que no has sabido vivir con crédito en Florencia.»

XIX. Desesperado, por tanto, Acciajuoli de alcanzar perdón, vino á Roma y, de acuerdo con el arzobispo de

Florencia y otros desterrados que allí vivían, hicieron todo lo posible por quitar el crédito comercial á la casa Médicis. Difícilmente pudo Pedro conjurar este peligro; pero, auxiliado por algunos amigos, inutilizó los esfuerzos de los desterrados.

Por su parte Diotisalvi y Nicolás Soderini procuraron con actividad excitar al Senado veneciano contra su patria, creyendo que, si era atacada por Venecia, por ser el gobierno nuevo y odiado, no podría sostener la guerra.

Encontrábase entonces en Ferrara Juan Francisco, hijo de Palla Strozzi, expulsado de Florencia con su padre, cuando los cambios ocurridos en 1434. Tenía éste gran crédito y entre los demás comerciantes fama de riquísimo.

Los nuevos rebeldes demostraron á Juan Francisco la facilidad de volver á Florencia cuando los venecianos emprendieran la guerra, y la probabilidad de que éstos la hicieran, si de algún modo se podía contribuir á los gastos, en cuyo caso era indudable.

Juan Francisco, que deseaba vengarse de las injurias recibidas, dió ingenuamente crédito á estos consejos, y prometió concurrir á aquella empresa con todos sus medios. Conseguido esto, fueron los conjurados al Dux de Venecia, quejándose á él de su destierro, causado no por otro error, según decían, que por haber querido que en su patria imperasen las leyes y que la gobernaran los magistrados y no unos cuantos ciudadanos; porque Pedro de Médicis y algunos de sus secuaces, acostumbrados á la vida de la tiranía, habían tomado las armas pérfidamente, se las hicieron deponer á ellos con engaño, y engañándoles también les arrojaron de su patria; que, no contentos con este proceder, emplearon la mediación

de Dios para oprimir á otros muchos que, confiando en las promesas hechas, habían permanecido en Florencia y, durante públicas y sagradas ceremonias y solemnes preces, para hacer á Dios cómplice en su infamia, fueron varios ciudadanos presos y muertos, dando con ello impío y nefando ejemplo. Añadieron que, para vengarse, no veían á quién acudir más que al Senado veneciano, que, por ser siempre libre, debería compadecerse de que ellos hubieran perdido su libertad. Apelaban, pues, contra los tiranos á los hombres libres, contra los impíos á los piadosos, y si recordaban cómo la familia Médicis les había quitado el imperio de Lombardía, cuando Cosme, sin la aquiescencia de los otros ciudadanos, favoreció y socorrió á Francisco Sforza, ya que no les moviese la justa causa que ellos defendían, deberían moverles el justo odio y el justísimo deseo de vengarse.

XX. Estas últimas palabras conmovieron á todo el Senado, el cual determinó que su general, Bartolomé Colione, atacara el Estado florentino. Reunióse aceleradamente el ejército (1467), al cual se unió Hércules de Este, enviado por Borso, marqués de Ferrara.

No estando aún los florentinos en estado de defensa, el ejército, en el primer ataque, quemó el burgo de Dovadola y causó algún daño en las comarcas próximas.

Expulsados de Florencia todos los enemigos de Pedro de Médicis, el gobierno hizo nueva alianza con Galeazzo, duque de Milán, y con el rey Fernando de Nápoles, y nombró su general á Federico, conde de Urbino. Cuando reunió estos aliados hizo menos caso de sus enemigos, porque el rey Fernando envió á su primogénito Alfonso, y Galeazzo vino en persona, cada uno de ellos con fuerza conveniente, acampando el ejército en

Castrocaro, fortaleza de los florentinos, situada en la falda de los Alpes que descienden de la Toscana á la Romaña.

Entretanto, los enemigos se habían retirado á Imola, habiendo entre ambos ejércitos, según las costumbres de la época, ligeras escaramuzas, sin que ni uno ni otro asaltaran ó sitiaran ninguna plaza, ni trataran de librar batalla, pues cada cual estaba en sus tiendas, siendo dirigida aquella campaña con maravillosa cobardía.

Todo esto desagradaba mucho en Florencia, obligada á mantener una guerra costosa y de escasas esperanzas. Quejáronse los magistrados á los ciudadanos que eran Comisarios en aquella empresa, quienes respondieron ser causa de todo el duque Galeazzo que, por tener sobrada autoridad y poca experiencia no sabía tomar ninguna resolución útil, ni tenía confianza en los que podían tomarla, siendo, por tanto, imposible, mientras él estuviera en el ejército, lograr nada de provecho.

Los florentinos hicieron comprender al Duque que realmente les había prestado un gran servicio viniendo á ayudarles en persona, porque su fama sólo bastaba para asustar al enemigo; pero que estimaban mucho más su salud y la de su Estado que el provecho propio, porque, asegurada aquélla, todo lo demás sería próspero, y peligrando, temían las mayores adversidades. No juzgaban, pues, tranquilizador que estuviera mucho tiempo ausente de Milán, siendo nuevo en el gobierno de aquel Estado y teniendo vecinos peligrosos y potentes que, si maquinaban algo contra él, con facilidad podrían realizarlo. Por todo lo cual le aconsejaron que volviera á su Ducado, dejando parte de sus tropas para la defensa.

Agradó á Galeazzo el consejo y, sin dilación, volvió á Milán.

Libres de este impedimento los capitanes florentinos, para demostrar que era cierto el motivo alegado de las dilaciones, se acercaron más al enemigo, librando una ordenada batalla, que duró medio día, sin que ninguna de las partes alcanzara la victoria. No hubo en ella ningún muerto, sino algunos caballos heridos y algunos prisioneros de ambos lados.

Había llegado el invierno, época en que los ejércitos acostumbran á tomar cuarteles, por lo cual Bartolomé se retiró hacia Ravena y los florentinos á Toscana, yendo á sus respectivos Estados las tropas del rey de Nápoles y del duque de Milán.

Pero cuando se vió que, por este ataque, no había ocurrido movimiento alguno en Florencia, como prometieron los rebeldes florentinos, y que faltaba el dinero para pagar las tropas tomadas á sueldo, se negoció la paz y, sin grandes dificultades, fué ajustada (1468).

Privados, pues, los rebeldes florentinos de toda esperanza, fueron á varios puntos; Diotisalvi Neroni á Ferrara, donde el marqués Borso le recibió y mantuvo; Nicolás Soderini á Ravena, y allí, con corta pensión que le daban los venecianos, envejeció y murió.

Tuvo éste fama de hombre justo y valeroso, pero vacilante y lento en las resoluciones, lo cual hizo que, siendo Confaloniero de justicia, perdiera aquella ocasión de vencer, ocasión que, después de dejar el mando, quiso recuperar y no pudo.

XXI. Hecha la paz, el partido que quedó mandando en Florencia no creyó completa la victoria sino después de perseguir de todos modos á sus enemigos y

hasta á los sospechosos, y procuró que Bardo Altoviti, Confaloniero de justicia entonces, quitara nuevamente á muchos ciudadanos sus honores y desterrara á muchos otros, cosa que aumentó el poder de los victoriosos y aterró á los demás. Este poder lo ejercían sin consideración alguna, portándose de modo que parecía que Dios y la fortuna les habían entregado aquella ciudad á su discreción. De tales desmanes, pocos llegaban á oídos de Pedro de Médicis, y los que sabía, por causa de su enfermedad, quedaban sin remedio, porque, tullido de todos sus miembros, sólo podía valerse de la lengua; y con ella reprenderles ó suplicarles que vivieran honradamente y prefiriesen la salud de la patria á su destrucción.

Para alegrar la ciudad determinó celebrar magníficamente la boda de su hijo Lorenzo con Clarice, de la casa Orsini, y en efecto, se verificó con la pompa y magnificencia dignas de la riqueza y posición de los Médicis, empleando muchos días en bailes, festines y representaciones de asuntos antiguos. Añadióse á esto, para demostrar la grandeza de los Médicis y de Florencia, dos espectáculos militares: una batalla campal de caballería, y el asalto de una fortaleza; ejecutado todo con el mayor orden y habilidad.

XXII. Mientras ocurrían tales cosas en Florencia, el resto de Italia vivía en paz, pero con gran temor al poder de los turcos, que continuaban combatiendo á los cristianos, habiéndose apoderado de Negroponto, con no poca vergüenza y daño del nombre cristiano.

Murió entonces Borso, marqués de Ferrara, sucediéndole su hermano Hércules. Murió también Gismondo de Rimini, constante enemigo de la Santa Sede, y heredó su Estado su hijo natural Roberto, que llegó á ser en-

tre los generales italianos famosísimo. Murió el papa Paulo II, y fué elegido sucesor Sixto IV, que se llamaba antes Francisco de Savona, hombre de humildísimo origen que llegó á ser, por su virtud, general de la Orden de San Francisco y después cardenal.

Fué este Papa el primero que empezó á mostrar el gran poder del Pontificado, y cómo muchas cosas, que anteriormente eran calificadas de errores, podían cubrirse con la autoridad pontificia.

Entre su familia tenía á Pedro y Jerónimo, quienes, en opinión general, eran hijos suyos, pero él daba á su parentesco nombre más honesto. Á Pedro, que era fraile, le hizo cardenal, con el título de cardenal de San Sixto, y á Jerónimo le dió la ciudad de Forli, quitándosela á Antonio Ordelaffi, cuyos ascendientes habían sido Señores de ella hacía largo tiempo.

Esta ambiciosa manera de proceder le acreditó con los Señores de Italia, queriendo cada cual hacerse amigo suyo. Para ello el duque de Milán dió á su hija natural Catalina por mujer á Jerónimo, y en dote la ciudad de Imola, de la que había despojado á Tadeo Alidosi.

El citado Duque y el rey Fernando de Nápoles contrajeron nuevo parentesco, porque Isabel, hija de Alfonso, primogénito de Fernando, casó con Juan Galeazzo, primogénito del duque de Milán.

XXIII (1469). Vivíase, pues, en Italia con bastante tranquilidad, y el mayor cuidado de los príncipes era el de observarse mutuamente y asegurarse unos de otros con alianzas matrimoniales y tratados de coalición.

Pero, en medio de esta paz, Florencia era grandemente desolada por sus propios hijos, sin que Pedro de Médicis, por su dolencia, pudiera reprimir los excesos. Sin

embargo, para descargo de su conciencia, y ver si podía avergonzar á los autores de los abusos, los reunió en su casa, y hablóles en estos términos:

«Jamás creí que pudiera llegar tiempo en que los actos y procedimientos de mis amigos me hicieran amar y desear á los enemigos y preferir á la victoria la derrota, porque creía tener á mi lado hombres que en sus pasiones tuvieran límite ó medida, y á quienes bastaría vivir en su patria seguros, honrados y vengados de sus enemigos. Pero ahora comprendo cuán engañado he vivido largo tiempo, por no conocer la natural ambición de todos los hombres, y menos la vuestra; porque no os basta ser los primeros en una ciudad tan importante, y repartir entre vosotros, siendo pocos, los honores, dignidades y cargos lucrativos, que antes se distribuían entre muchos ciudadanos; no os basta haber dividido entre vosotros los bienes de vuestros enemigos; no os basta agobiar á todos los demás con las cargas públicas, y vosotros, libres de ellas, tener todas las públicas utilidades, que os es, además, preciso afligir á cada ciudadano con toda clase de vejaciones.

»Quitáis sus bienes al vecino, vendéis la justicia, y os sustraéis á los tribunales; oprimís á los hombres pacíficos y exaltáis á los audaces. No creo que haya en toda Italia tantos ejemplos de violencia y de avaricia cuantos se ven en esta ciudad. ¿Nos ha dado la vida nuestra patria para que se la quitemos á ella? ¿Nos ha hecho victoriosos para que la destruyamos? ¿Nos honra para que la llenemos de ignominia?

»Os prometo, por lo más sagrado entre hombres de bien, que si continuáis obrando de modo que me tenga que arrepentir de haber vencido, me he de portar de tal

suerte que os arrepintáis de haber abusado de la victoria.»

La respuesta de aquellos ciudadanos fué acomodada á las circunstancias y al lugar en que estaban; pero continuaron sus abusos y vejaciones, tanto, que Pedro de Médicis hizo venir secretamente á Agnolo Acciajuoli á Cafaggiuolo, y habló con él detenidamente de las condiciones en que estaba Florencia, no dudándose de que, á no impedirlo su muerte, habría llamado á todos los desterrados, para que, al volver á la patria, refrenaran la rapiña de los de dentro.

Á este honradísimo proyecto se opuso la muerte, porque, agobiado por la enfermedad del cuerpo y las angustias del ánimo, falleció á los cincuenta y tres años de edad.

La virtud y bondad de Pedro de Médicis no las pudo conocer su patria por completo, por haber vivido casi hasta el término de su vida al lado de su padre Cosme, y porque los pocos años que le sobrevivió pasólos enfermo y atendiendo á discordias civiles.

Fué enterrado Pedro en la iglesia de San Lorenzo, junto á su padre, haciéndose sus exequias con la pompa que tan gran ciudadano merecía. Dejó dos hijos, Lorenzo y Julián, cuya juventud alarmaba á todos los ciudadanos, aunque ambos daban esperanza de ser utilísimos á la República.

XXIV. Desde hacía largo tiempo figuraba en Florencia, entre los principales miembros del gobierno, maese Tomás Soderini, cuya prudencia y autoridad, no sólo en Florencia, sino de todos los Señores de Italia, era conocida. Desde la muerte de Pedro, todos los ciudadanos fijaron su atención en Soderini, y muchos le visitaban

considerándole jefe de la ciudad, escribiéndole además no pocos príncipes; pero él, que era prudente, y que conocía muy bien su fortuna y la de la casa Médicis, no contestó á las cartas é hizo comprender á los ciudadanos que no era su casa, sino la de Médicis, la que debían visitar; y para demostrar con hechos lo que decía, reunió los principales de las familias nobles en el convento de San Antonio, haciendo ir allí á Lorenzo y Julián de Médicis, y pronunció largo y notable discurso sobre las condiciones en que estaba la ciudad y toda Italia, y el carácter é intereses de los príncipes, deduciendo que, si querían vivir unidos y en paz en Florencia, y seguros de discordias intestinas y guerras exteriores, era preciso mantener la autoridad de aquellos dos jóvenes y de la casa Médicis, porque á nadie duele seguir haciendo lo que tiene por costumbre, y las novedades se acogen con tanta prontitud como se abandonan; siendo siempre preferible mantener un poder constituído que, por el transcurso del tiempo acaba con las envidias, á crear uno nuevo que, por muchísimas causas, puede ser fácilmente destruído.

Después de Soderini habló Lorenzo de Médicis, y, á pesar de su juventud, con tanta gravedad y modestia, que infundió en todos la esperanza de que llegaría á ser lo que en efecto fué. Antes de separarse prometieron bajo juramento los ciudadanos allí reunidos considerar á Lorenzo y Julián de Médicis como hijos suyos y éstos á ellos como padres.

Tomado este acuerdo, Lorenzo y Julián fueron honrados como jefes del Estado, y no se apartaron de los consejos de Tomás Soderini.

XXV. Viviendo, por tanto, en completa paz dentro y fuera de Florencia, sin guerra alguna que perturbara

la tranquilidad, se produjo inesperado desorden, como presagio de futuros daños.

Entre las familias pertenecientes al partido de Lucas Pitti, que habían sido arruinadas, figuraba la de Nardi, porque Silvestre y sus hermanos, jefes de ella, fueron primero desterrados, y después, por la guerra que promovió Bartolomé Colione, declarados rebeldes.

Entre éstos se encontraba Bernardo, hermano de Silvestre, joven audaz y valeroso que, no pudiendo, por la pobreza, sufrir el destierro, ni viendo, por la paz hecha, medio posible de volver á su patria, determinó intentar algo que fuera motivo de nueva guerra; porque muchas veces de motivos pequeños nacen grandes resultados, á causa de que los hombres están más dispuestos á seguir una empresa comenzada, que á promoverla.

Tenía Bernardo Nardi muchas relaciones de amistad en Prato, y en el condado de Pistoya muchísimas, especialmente con la familia Palandra, numerosa en hombres, y que, como campesinos, y al igual de los demás de la comarca de Pistoya, se habían educado en los combates y con las armas en la mano. Sabía que estaban descontentos, porque los magistrados de Florencia aprovechaban sus discordias para maltratarles. Conocía también el disgusto de los de Prato, porque les gobernaban con altanería y avaricia, y que algunos eran enemigos de la dominación florentina.

Todo esto le infundía la esperanza de encender un fuego en Toscana, promoviendo la sublevación de Prato, que, por los muchos que acudirían á alimentarlo, no pudiesen los florentinos apagarlo cuando quisieran.

Manifestó sus proyectos á Diotisalvi Neroni, preguntándole con qué socorros de los príncipes podría

contar, por su mediación, si la empresa de Prato tenía buen éxito.

Pareció á Diotisalvi el proyecto peligrosísimo y casi seguro el fracaso; pero, deseando intentar de nuevo fortuna con peligro ajeno, le animó á realizarlo, prometiéndole auxilio inmediato de Bolonia y Ferrara, siempre que pudiera defenderse en Prato á lo menos quince días.

Confiado en esta promesa, Bernardo Nardi fué ocultamente á Prato (1470) y dió cuenta del proyecto á algunos pratenses, encontrándoles muy dispuestos á realizarlo. Igual deseo y ánimo conoció en los de la familia Palandra. Convenido el momento y forma de estallar la rebelión, dió Nardi cuenta de todo á Diotisalvi.

XXVI. Era podestá de Prato, á nombre del pueblo florentino, César Petrucci. Tienen por costumbre los gobernadores de plazas fuertes guardar las llaves de las puertas en su casa, y algunas veces, sobre todo en épocas tranquilas, cuando algún ciudadano las pide para salir ó entrar de noche, las dan.

Bernardo Nardi, que sabía esta costumbre, se presentó al amanecer con los de Palandra y unos cien hombres armados en la puerta que mira hacia Pistoya, y los que le esperaban dentro se armaron. Uno de éstos pidió al Podestá las llaves fingiendo que uno del pueblo deseaba entrar en él. El Podestá, que nada sospechaba, mandó con ellas á un dependiente suyo, al cual, cuando estuvo lejos del Palacio, se las quitaron los conjurados, y abierta la puerta entró Nardi con su gente. Por acuerdo con los de dentro, se dividieron en dos grupos; uno de ellos, al mando del pratés Silvestre, ocupó la ciudadela; y el otro, con Nardi, tomó el Palacio, confiando á algunos de los suyos la guarda de Petrucci y de toda su familia. Des-

pués se repartieron por las calles gritando *libertad* para excitar al pueblo á la rebelión.

Ya era de día y, al oir aquel alboroto, muchos ciudadanos acudieron á la plaza. Allí supieron que la ciudadela y el Palacio estaban ocupados, y el Podestá con su familia presos, admirándose de que ocurriera tal suceso, cuya causa ignoraban.

Los Ocho ciudadanos que formaban el Consejo Supremo de esta población se reunieron en el Palacio para acordar lo que debían hacer; pero Nardi, que con los suyos anduvo algún tiempo por las calles sin que nadie se les uniera, al saber que los Ocho estaban reunidos, se presentó á ellos y les dijo que aquella empresa tenía por objeto librar á ellos y á su patria de la servidumbre, ponderándoles la gloria que adquirirían los que, tomando las armas, le secundaran, conquistando así paz perpetua y eterna fama. Recordóles la antigua libertad que tenían y su actual situación; les anunció seguro auxilio con tal que resistieran poquísimos días á las fuerzas que los florentinos pudieran reunir contra ellos y aseguró contar con partidarios en Florencia, lo cual se vería tan pronto como allí supieran que Prato estaba por él.

Esta arenga no conmovió el ánimo de los Ocho, quienes respondieron no saber si Florencia vivía libre ó sierva, porque no les importaba, pero que sabían bien que ellos no deseaban otra libertad que la de servir á los magistrados gobernadores de Florencia, de quienes no habían recibido injurias que justificaran tomar las armas contra ellos. Por tanto, le aconsejaban que dejara en libertad al Podestá y libre á la población de su gente, alejándose pronto del peligro á que se exponía con tan poca prudencia.

No alarmaron á Nardi estas palabras, determinando ver si el miedo hacía más efecto en los habitantes de Prato que los ruegos. Para asustarles pensó matar al podestá Petrucci, y sacado de la prisión, mandó que lo ahorcaran en un balcón de Palacio. Estaba ya Petrucci junto al balcón con la cuerda al cuello, cuando vió á Nardi que mandaba apresurar la muerte. Volviéndose á él, le dijo :

«Bernardo, mandas matarme creyendo que después te seguirán los de Prato, y sucederá lo contrario, porque el respeto que este pueblo tiene á las autoridades que envía el pueblo de Florencia es tal, que al ver el ultraje de que soy víctima, te odiará y conseguirá tu ruina. No mi muerte, sino mi vida es la que puede proporcionarte la victoria, porque si yo les mando lo que tú quieras, más fácilmente obedecerán á mí que á ti, y oponiéndome yo á tus órdenes, ellos también lo harán.»

A Nardi, que no sabía qué partido tomar, pareció bueno aquel consejo, y mandó que, asomado Petrucci á un balcón de los que daban á la plaza, ordenase al pueblo obedecerle; hecho lo cual, volvió á la prisión Petrucci.

XXVII. La debilidad de los conjurados era ya notoria, y muchos florentinos que habitaban en Prato se habian puesto de acuerdo. Entre ellos estaba Jorge Ginori, caballero de Rodas, que fué el primero en acudir á las armas contra los rebeldes. Atacó á Nardi, que andaba por la plaza, unas veces rogando y otras amenazando, para que le siguieran y obedecieran, acometiéndole con tal ímpetu con muchos que le seguían, que le hirieron y y prendieron.

Hecho esto, fué cosa fácil librar al Podestá y vencer

á los demás conjurados, porque siendo pocos y divididos en grupos, casi todos perecieron ó quedaron presos.

Entretanto, había llegado á Florencia la noticia del suceso grandemente exagerada. Deciase que estaba tomado Prato, el Podestá y su familia muertos y llena de enemigos la ciudad; que Pistoya estaba en armas y, muchos florentinos comprometidos en aquella conjuración.

Inmediatamente acudieron al Palacio muchos ciudadanos para consultar con la Señoría.

Estaba entonces en Florencia Roberto de San Severino, general famoso, y se acordó fuera con la gente que pudiese reunir á Prato, recomendándole aproximarse á la plaza y, dando detallada noticia de lo ocurrido, hiciera lo que su prudencia le aconsejase.

Apenas había pasado San Severino del castillo de Campi, cuando le encontró un enviado de Petrucci, diciéndole que Nardi estaba preso, sus parciales muertos ó huídos, y restablecida la tranquilidad. En vista de ello volvió á Florencia donde, á los pocos días, fué conducido Nardi, é interrogado por el magistrado acerca de los verdaderos medios de la empresa, y haciéndole observar que eran muy débiles, dijo que la emprendió porque, decidido á morir en Florencia más bien que á vivir desterrado, quería hacer memorable su muerte con algún suceso importante.

XXVIII. Sofocado casi al nacer este desorden, volvieron los ciudadanos á su vida acostumbrada, creyendo poder gozar, sin alarmas, del orden de cosas que habían establecido y afianzado. De ello nacieron en Florencia los males que muchas veces engendra la paz, porque los jovenes, más independientes que de costumbre, hacían excesivos gastos en trajes, convites y orgías y, viviendo

ociosos, consumían el tiempo y su fortuna en el juego y con las mujeres. Su único estudio consistía en la esplendidez del vestido y en la agudeza del lenguaje, y el que más diestramente satirizaba á los demás era más ingenioso y estimado. Estas malas costumbres las viciaron más los cortesanos del duque de Milán, que con su esposa y toda su corte vino á Florencia para cumplir, según decía, un voto (1471), donde fué recibido con la pompa adecuada á un príncipe tan excelso y tan amigo de Florencia.

Vióse entonces lo que no se había visto nunca en nuestra ciudad: que, estando en Cuaresma, cuando la Iglesia prohibe comer carne y manda ayunar, los cortesanos del Duque, sin respeto á la Iglesia ni á Dios, se alimentaban con carne.

Hiciéronse muchas fiestas en honra del Duque, y dentro de la iglesia del Espíritu Santo se representó la bajada del Espíritu Santo á los Apóstoles, causando el mucho fuego que con tal solemnidad se hizo, el incendio del templo. Para muchos fué este incendio señal de la indignación que Dios había querido demostrar contra nosotros.

Si el Duque encontró en Florencia costumbres afeminadas y contrarias á una vida ordenada y buena, la dejó mucho peor, por lo cual los ciudadanos de recto ánimo opinaron que era necesario refrenar tales excesos, y con nuevas leyes pusieron término al lujo en el vestir, en las pompas fúnebres y en los convites.

XXIX. En medio de tan grande tranquilidad ocurrió un nuevo tumulto en Toscana. En el condado de Volterra encontraron varios de sus habitantes una mina de alumbre y, conociendo su valor, por tener quien con el

dinero les ayudase y con la autoridad les defendiera, se unieron á algunos ciudadanos florentinos y les dieron participación en los beneficios.

Como sucede siempre en estas cosas, al principio el pueblo de Volterra hizo poco caso; pero, sabida después la riqueza del descubrimiento, quiso poner tarde y sin el fruto el remedio que, de acudir con oportunidad, fácilmente hubiera conseguido.

Comenzaron á tratar la cosa en sus Consejos, afirmando no ser conveniente que una mina descubierta en terreno público se convirtiera en utilidad privada y, para resolver el asunto, mandaron comisionados á Florencia (1472). Sometido el negocio á la decisión de algunos ciudadanos, por ganarlos las partes interesadas ó por creerlo de justicia, fallaron que no tenía razón el pueblo volterrano al querer privar á algunos de sus ciudadanos del fruto de su trabajo é industria, perteneciendo, pues, la mina á los que la explotaban y no al pueblo; pero que convenía pagaran aquéllos á éste anualmente alguna cantidad de dinero en reconocimiento de dominio.

Este fallo, en vez de apaciguar los ánimos en Volterra, aumentó la agitación y los rencores, no hablándose de otra cosa en los Consejos y en toda la ciudad. La generalidad pedía lo que, en su opinión, le habían quitado; y los dueños de la mina querían conservar la posesión por haber descubierto aquélla, y porque después confirmó su derecho la sentencia de los florentinos.

En este altercado mataron á un ciudadano que allí tenía reputación, llamado Pecorino, y después á otros muchos partidarios suyos, saqueando y quemando sus casas y costando trabajo librar de la muerte á los que des-

empeñaban allí cargo de Rectores á nombre de Florencia.

XXX. Cometidos estos atentados, determinaron ante todo enviar representantes á Florencia, para que hicieran saber á la Señoría que, si les mantenía en sus antiguos derechos, conservarían ellos la antigua dependencia.

Discutióse mucho la respuesta. Maese Tomás Soderini aconsejaba que se debía recibir la sumisión de los volterranos, cualesquiera que fuesen las condiciones, no creyendo oportuno promover un incendio tan inmediato que podía comunicarse á Florencia, porque temía al carácter del Papa, el poder del rey de Nápoles, y no confiaba en la amistad de los venecianos ni en la del duque de Milán, por ignorar la fe que aquélla merecía y el valor de ésta, recordando la proverbial sentencia: «*Más vale mezquina paz que victoriosa guerra.*»

Por otra parte, Lorenzo de Médicis aprovechó la ocasión para demostrar lo que valían su talento y su prudencia en el consejo, estimulándole los que envidiaban la autoridad de Soderini. Opinó que se debía acometer la empresa de Volterra, porque, si los volterranos no eran castigados de un modo ejemplar y memorable, los demás, sin respeto ni temor á Florencia, harían lo mismo con cualquier motivo, por insignificante que fuera.

Resuelta la empresa, contestaron á los de Volterra que no podían pedir la observancia de disposiciones que ellos mismos habían infringido: por tanto, ó se entregaban al arbitrio de la Señoría, ó se les haría la guerra.

Al volver los comisionados con esta respuesta, prepáronse en Volterra á la defensa, fortificando la ciudad y demandando auxilio á todos los Príncipes italianos. Pocos les hicieron caso, porque sólo los de Siena y el Se-

ñor de Piombino les dieron alguna esperanza de socorro.

Los florentinos, por su parte, comprendiendo que la importancia de su victoria dependía de la rapidez, reunieron diez mil infantes y dos mil caballos, y, al mando de Federico, señor de Urbino, se presentaron en el condado de Volterra, ocupando fácilmente toda aquella comarca. Sitiaron después la ciudad que, situada en una altura casi por todos lados cortada á pico, no podía ser acometida sino por la parte donde está la iglesia de San Alejandro.

Los volterranos habían tomado á sueldo para su defensa unos mil hombres, quienes, al ver la valerosa expugnación de los florentinos, desconfiando de poder salvar la ciudad, eran lentos en la defensa y activísimos en las injurias que diariamente hacían á los habitantes; de suerte que estos infelices estaban combatidos por los enemigos de fuera, y oprimidos por los amigos de dentro.

Desesperando salvarse, empezaron á tratar de capitulación, no encontrando nada mejor que ponerse en manos de los Comisarios florentinos, quienes mandaron abrir las puertas, metieron en la ciudad la mayor parte del ejército, entraron en palacio donde estaban los Priores, y les ordenaron que volviesen á sus casas. Uno de ellos fué atacado en el camino por un soldado, que, en señal de desprecio, le despojó de lo que llevaba. Como los hombres son más inclinados al mal que al bien, fué esto principio de la pérdida y saqueo de la ciudad que, durante todo un día, quedó entregada al pillaje, no respetando á las mujeres ni los edificios religiosos. Los soldados, lo mismo los que habían combatido á Volterra que los que tan mal la defendieron, se repartieron los despojos.

La noticia de esta victoria produjo grandísima alegría

en Florencia y, porque la empresa se debía á Lorenzo de Médicis, que la había aconsejado, aumentó extraordinariamente su reputación.

Uno de sus más íntimos amigos recordó á Tomás Soderini el consejo que había dado, diciéndole: «¿Qué diréis ahora que Volterra está tomada?» A lo que respondió Tomás: «Paréceme perdida, porque teniéndola por acuerdo, os sería útil y segura; pero conquistada por la fuerza, en los tiempos adversos debilitará y perjudicará á la República, y en los pacíficos y favorables causará daños y gastos.»

XXXI (1473). En este tiempo, deseoso el Papa de que las posesiones de la Iglesia no se apartaran de su obediencia, hizo saquear á Spoleto que, á causa de los bandos que dividían á sus habitantes, se había rebelado. Después, porque Ciudad del Castillo se rebeló también, la hizo sitiar. Era señor de Ciudad del Castillo Nicolás Vitelli, íntimo amigo de Lorenzo de Médicis, por lo cual éste le dió auxilio, que si no fué bastante para defender á Vitelli, fué suficiente para sembrar las primeras semillas de la enemistad entre el papa Sixto y los Médicis, las cuales produjeron poco después malísimos frutos. Y hubieran fructificado en seguida á no ocurrir la muerte de Fr. Pedro, cardenal de San Sixto, porque este prelado dió la vuelta á Italia, estando en Venecia y en Milán y, con pretexto de honrar las bodas de Hércules, marqués de Ferrara, andaba investigando los ánimos de los príncipes para averiguar cómo se hallaban respecto á los florentinos; pero al volver á Roma murió, no sin sospechas de que le envenenaran los venecianos, para privar del talento y de los servicios de Fr. Pedro al papa Sixto, cuyo poder temían.

Aunque de humildísimo origen, y después pobremente alimentado entre las paredes de un convento, cuando llegó Fr. Pedro á Cardenal mostró tanta soberbia y tan grande ambición, que no ya el cardenalato, el pontificado le parecía poco, pues no titubeó en celebrar en Roma un convite que, dado por un rey, hubiese parecido extraordinario, y en el cual gastó 20.000 florines.

Privado el papa Sixto de este ministro, prosiguió en sus proyectos con más lentitud. Sin embargo, renovada la liga entre los florentinos, los venecianos y el duque de Milán (1474), y dejando al Papa y al rey de Nápoles facultad para entrar en ella, Sixto IV y el Rey se aliaron, dando facultad á los otros príncipes para poder adherirse á esta alianza.

Veíase, pues, Italia dividida en dos grandes partidos, porque diariamente ocurrían motivos de odio entre las dos ligas, como el ocasionado por la isla de Chipre, á cuya posesión aspiraba el rey de Nápoles, y que ocuparon los venecianos, lo cual hizo que el Papa y el Rey estrecharan su unión.

Tenía entonces gran fama entre los generales italianos Federico, señor de Urbino, que había militado mucho tiempo á sueldo de los florentinos. Determinaron el Rey y el Papa, para que la liga enemiga no contara con este general, ganarse á Federico. El Papa le aconsejó y el Rey le rogó que fuera á verles á Nápoles. Obedeció Federico, con admiración y desagrado de los florentinos, que temían le sucediera lo mismo que á Jacobo Piccinino; pero ocurrió lo contrario, porque Federico volvió de Nápoles y de Roma colmado de honores y general de la liga del Papa y el Rey.

Ni el Rey ni el Papa dejaban de sondear los ánimos

de los Señores de la Romaña y de los sieneses, para hacérselos amigos y, mediante ellos, poder ofender mejor á los florentinos. Advirtiéndolo éstos, acudieron con los remedios oportunos, preparándose contra la ambición de sus contrarios. Para reemplazar á Federico de Urbino, tomaron á sueldo á Roberto de Rímini; renovaron la liga con los de Perusa, y se aliaron con el Señor de Faenza.

El Papa y el Rey alegaban como motivo de su malquerencia á los florentinos el deseo de apartarles de los venecianos y de unirles á ellos, porque el Papa juzgaba que la Iglesia no podía mantener su reputación ni el conde Jerónimo tener seguros sus Estados de la Romaña mientras durase la unión de florentinos y venecianos. Los florentinos, por su parte, sospechaban que, si querían enemistarlos con los venecianos, no era para contraer amistad con ellos, sino para poder maltratarles más fácilmente.

Dos años vivió Italia tranquila á pesar de estas sospechas y desconfianzas. El primer desorden que alteró esta paz fué pequeño, y ocurrió en Toscana.

XXXII. De Braccio de Perusa, capitán famosísimo, según dijimos varias veces, quedaron dos hijos, Odón y Carlos. Este era de corta edad, y aquél lo mataron los de Val de Lamona, como ya hemos dicho. Cuando llegó Carlos á edad de poder servir en el ejército, los venecianos, por la memoria de su padre y por la esperanza que en Carlos tenían, le tomaron á sueldo.

Había llegado por entonces el término de su compromiso con Venecia y no quiso renovarlo, determinando ver si con su nombre y la fama de su padre podía recobrar sus Estados de Perusa. De buen grado consintieron en

ello los venecianos, porque siempre, por tales innovaciones, solían aumentar su territorio.

Vino, pues, Carlos á Toscana, y encontró difícil lo de Perusa, porque estaba aliada con los florentinos; pero, deseoso de que su expedición produjera algo digno de memoria, atacó á los sieneses (1476), alegando que eran deudores suyos por servicios que su padre les había prestado en los asuntos de aquella República y quería ser pagado. La acometida fué tan violenta, que casi todo el dominio de Siena quedó en su poder.

Los de Siena al ver tal ultraje, y aficionados á pensar mal de los florentinos, creyeron que todo se había hecho con consentimiento de éstos, y se quejaron amargamente al Papa y al Rey. También enviaron embajadores á Florencia, que se dolieron de tan grande injusticia, indicando diestramente que, sin ser ayudado, no hubiese podido Carlos con tanta seguridad ofenderles. Los florentinos se excusaron, prometiendo hacer lo posible para que Carlos Braccio cesara de hostilizarles, y así lo ordenaron á Carlos según la demanda de los sieneses.

Quejóse Braccio, diciendo que los florentinos, al negarle auxilio, se privaban de una gran gloria y de una conquista considerable, puesto que en poco tiempo les hubiese dado la posesión de Siena y su territorio: ¡tan grande era la cobardía que había observado en los sieneses y tan mala su organización para la defensa!

Partió, pues, Carlos, entrando de nuevo á sueldo de los venecianos. Los de Siena, aunque libres de tanto daño por la mediación de los florentinos, quedaron indignadísimos contra ellos, porque no creían mereciese agradecimiento el librarles de un mal que ellos mismos les habían ocasionado.

XXXIII. Mientras las cosas se encontraban del modo dicho entre el rey de Nápoles y el Papa, y en Toscana, ocurrió un suceso en Lombardía de la mayor importancia, presagio de muchos males. Enseñaba en Milán la lengua latina á los jóvenes de las principales familias de aquella ciudad Nicolás Montano, hombre muy instruído y ambicioso. Bien porque detestara el modo de vivir y las costumbres del Duque, ó por otros motivos, en todos sus discursos inspiraba á sus discípulos odio al gobierno de un mal príncipe, llamando felices y gloriosos á aquellos que la naturaleza y su suerte les había hecho nacer en una república, y mostrando que todos los hombres famosos habían florecido en las repúblicas y no bajo el mando de los príncipes, porque aquéllas favorecen á los hombres de mérito, y éstos acaban con ellos, aprovechando las repúblicas la virtud y el valor de los ciudadanos y temiéndolo los príncipes.

Los jóvenes con quienes había adquirido mayor familiaridad eran Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato. Con ellos hablaba de las pésimas condiciones del Duque y de la infelicidad de ser gobernados por él; y tanta fué su influencia en el ánimo y la voluntad de aquellos jóvenes, que les hizo jurar librarían á su patria de la tiranía del Duque cuando la edad les permitiera hacerlo.

Este deseo, que siempre con los años crece, dominaba á los citados jóvenes. Las malas costumbres del Duque y las ofensas que particularmente les hizo, excitáronles á apresurar la ejecución.

Era Galeazzo libidinoso y cruel, y multiplicados ejemplos de ambas cosas le habían hecho odiosísimo, pues no le bastaba corromper á las damas nobles, sino que le

agradaba publicarlo; y no se contentaba con hacer morir á los hombres si la muerte no iba acompañada de algunos refinamientos de crueldad. Sospechábase de él que había muerto á su madre porque, pareciéndole que no era soberano mientras aquélla viviera con él, dispuso las cosas de modo que quiso ella misma retirarse á su dominio dotal de Cremona y, durante el viaje, atacada de súbita dolencia, falleció, por lo cual creyeron muchos que su hijo le había causado la muerte.

Había deshonrado el Duque á Visconti y á Olgiato abusando de mujeres de sus familias, y á Juan Andres no quiso darle posesión de la abadía de Miramondo, que el Papa había concedido á uno de sus parientes. Estas ofensas particulares avivaron en aquellos jóvenes el deseo de la venganza, librando á su patria de tantos males, y esperando que, si lograban matarle, les seguirían no sólo muchos nobles sino todo el pueblo.

Para convenir la forma de realizar su proyecto, se reunían muchas veces, sin que esto llamara la atención, por su antigua amistad. Hablaban siempre de su propósito y, para afirmarse en su resolución, golpeábanse en los costados y en el pecho uno á otro con los puñales envainados que destinaban á la ejecución. Discutieron el momento y el lugar. En el castillo de Milán no parecía seguro intentarlo; en la caza era incierto y peligroso; cuando paseaba por las calles de la ciudad, difícil y aventurado; en los festines, dudoso; por tanto, determinaron matarle durante las ceremonias de alguna festividad pública á que con seguridad acudiera y donde, con varios pretextos, pudieran reunir á sus amigos. Convinieron además en que si algunos de ellos, por cualquier motivo, tenían que quedarse en la corte,

los demás deberían asesinar al Duque con sus puñales.

XXXIV. Corría el año de 1476 y estaba próxima la fiesta de la Natividad de Cristo. Acostumbraba el Duque á visitar con gran pompa el día de San Esteban la iglesia de este mártir, y acordaron los conjurados que era este momento y sitio á propósito para realizar su intento.

Llegado el día del Santo, hicieron que se armaran algunos de sus más fieles amigos y criados, diciendo que iban en auxilio de Juan Andrés que, contra el deseo de algunos émulos suyos, quería llevar á sus posesiones las aguas de un acueducto; y, alegando el deseo de pedir licencia al Duque antes de partir, llevaron á la iglesia de San Esteban á los armados. Con diversos pretextos hicieron ir á dicho templo muchos otros amigos suyos, esperando que, muerto el Duque, les ayudarían en lo demás de la empresa.

Su propósito era, después de asesinar á Galeazzo, reunirse con los que llevaban armas é ir á los barrios de la ciudad donde más fácilmente sublevaran la plebe, armándola contra la Duquesa y los jefes del gobierno. Creían que el pueblo, por el hambre que le agobiaba, contribuiría de buen grado, tanto más, proyectando entregar á su discreción las casas de Cecco Simonetta, Juan Botti y Francisco Lucani, que eran los principales miembros del gobierno y, por tal vía, devolver la libertad al pueblo, quedando ellos seguros.

Tomada esta determinación y resueltos á ejecutarla, Juan Andrés y sus compañeros fueron á la iglesia temprano, oyeron misa juntos y después, dirigiéndose á la estatua de San Ambrosio dijo Juan Andrés. «*Patrón de nuestra ciudad, ya sabes nuestras intenciones y el objeto*

con que nos exponemos á tanto peligro; sé propicio á nuestra empresa, y demuestra, favoreciendo la justicia, que te desagrada la iniquidad.»

En cuanto al Duque, que debía venir á la iglesia, hubo muchas señales de su futura muerte; porque, al llegar el día de San Esteban, púsose como de costumbre una coraza, y después repentinamente se la quitó, como si su vista ó su contacto le molestara; quiso oir misa en el castillo, y supo que su capellán había ido á San Esteban con todos los ornamentos de la capilla; determinó entonces que el obispo de Como celebrara la misa, y éste alegó fundados motivos que se lo impedían, de suerte que casi por necesidad fué á San Esteban; pero antes llamó á sus hijos Juan Galeazzo y Hermes y les abrazó y besó muchas veces, no pudiendo, al parecer, apartarse de ellos. Finalmente, resuelto á ir, salió del castillo y entre los embajadores de Ferrara y de Mantua se dirigió á la iglesia.

Entretanto los conjurados, para no infundir sospechas y huir del frío, que era grandísimo, estaban en una habitación del arcipreste de la iglesia, amigo de ellos y, al oir que venía el Duque, acudieron á la iglesia. Juan Andrés y Jerónimo se colocaron á la derecha de la entrada del templo y Carlos á la izquierda.

Entraron en la iglesia los que precedían al Duque, y en seguida entró éste, rodeado de gran multitud, como era natural que sucediera en tan pomposa solemnidad.

Los primeros en acometerle fueron Lampognano y Olgiato que, simulando abrir paso al Duque, se le acercaron y, sacando los puñales, que llevaban ocultos en las mangas, le hirieron. Lampognano le dió dos puñaladas, una en el vientre y otra en el cuello; Jerónimo le hirió

en el cuello y en el pecho. Carlos Visconti, por colocarse más próximo á la puerta y haber pasado adelante el Duque cuando le acometieron sus compañeros, no pudo herirle de frente; pero le dió dos puñaladas, una en el espinazo y otra en el hombro.

Tan prontas fueron las puñaladas, que el Duque cayó á tierra antes de que la gente advirtiera lo ocurrido, sin hacer ni decir más, al caer, que llamar una sola vez á la Virgen en su ayuda.

Tendido en tierra, se promovió un gran escándalo, viéronse muchas espadas desnudas, y, como sucede en los casos imprevistos, unos huían del templo y otros corrían hacia el tumulto sin saber lo que ocurría. Los que iban junto al Duque y le vieron caer muerto, conociendo á los asesinos, les perseguían.

De los conjurados, Lampognano, al querer salir fuera de la iglesia, se metió por entre las mujeres, que, según su costumbre, estaban sentadas en el suelo, y enredado y detenido por las faldas, le alcanzó y mató un moro, criado del Duque. También fué muerto Carlos Visconti por los que le rodeaban; pero Jerónimo Olgiato salió de la iglesia entre la multitud, después de ver matar á sus

Contaba Olgiato veintitrés años, y murió tan animoso como cuando mató al Duque, porque teniendo ya desnudo el cuello y al verdugo delante cuchillo en mano para degollarle, dijo esta frase latina, porque era instruído: *Mors acerba, fama perpetua, stabit vetus memoria facti.*

Fué la empresa de estos infelices jóvenes secretamente tramada y ejecutada con intrepidez. Su pérdida dimanó de no encontrar en ninguno el auxilio que esperaban. Aprendan de este ejemplo los príncipes á vivir y á hacerse amar de modo que nadie espere su salvación en matarles, y aprendan los conspiradores cuán vano es confiar demasiado en que la multitud, aunque esté descontenta, les seguirá y apoyará en su empresa.

Este suceso asustó á toda Italia; pero mucho más los ocurridos poco después en Florencia que alteraron la paz reinante en Italia desde hacía doce años, como diremos en el siguiente libro, que empieza con la narración de escenas sangrientas y espantosas y termina de un modo triste y deplorable.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

I. Situación de la familia Médicis en Florencia.—II (1473). Desavenencias entre las familias Pazzi y Médicis.—III. Conjuración de los Pazzi, en la cual entran el papa Sixto IV y el rey de Nápoles.—IV. Continúa el mismo asunto.—V. Organización de la conjura.—VI. Ejecución del complot. Julián de Médicis es muerto; Lorenzo se salva.—VII. El Arzobispo Salviati, al intentar apoderarse del Palacio, es preso y ahorcado.—VIII. Suerte que corren los demás conjurados.—IX. El peligro á que estuvo expuesto y el amor de los florentinos aumentan el poder de Lorenzo de Médicis. Fin que tuvieron los conjurados.—X. El Papa excomulga á Florencia y, aliado al rey de Nápoles, envía el ejército contra esta República. Lorenzo de Médicis habla á los ciudadanos reunidos en el Palacio.—XI. Los florentinos apelan al futuro Concilio. Solicitan la alianza de los venecianos.—XII. Los venecianos niegan la alianza. Empieza la guerra.—XIII. Desórdenes en Milán. Génova se rebela contra el duque de Milán.—XIV. Siendo ineficaces las tentativas de acuerdo, los florentinos combaten contra los ejércitos pontificio y napolitano, y los rechazan al territorio de Pisa.—XV. Invaden los dominios del Papa y derrotan sus tropas en Perusa (1479).—XVI.—Victoria del duque de Calabria contra los florentinos en Poggibonsi.—XVII. Lorenzo de Médicis determina ir á Nápoles para tratar la paz con el Rey.—XVIII. Luis Sforza, apodado el Moro, y sus hermanos, son llamados á Milán. Va-

riaciones en el gobierno de aquel Estado.—XIX. Lorenzo de Médicis ajusta la paz con el rey de Nápoles, pero no asienten á ella el Papa y los venecianos.—XX. Los turcos asaltan y toman á Otranto (1480).—XXI. Los florentinos se reconcilian con el Papa.—XXII. Nuevos procedimientos de guerra en Italia. Discordia entre el marqués de Ferrara y los venecianos (1481).—XXIII. El rey de Nápoles y los florentinos atacan los Estados del Papa con daño de aquéllos.—XXIV. El rey de Nápoles, el duque de Milán, los florentinos y el Papa se alían contra los venecianos (1482).—XXV. Derrota de los venecianos en el Bondeno (1483).—XXVI. Se rompe la alianza (1484).—XXVII. Discordias entre los Colonnas y los Orsini.—XXVIII. Muerte de Sixto IV; elección de Inocencio VIII.—XXIX. Origen y estado del banco de San Jorge.—XXX. Guerra entre los florentinos y los genoveses por la ocupación de Sarzana.—XXXI. Rendición de Pietrasanta.—XXXII. Guerra entre el Papa y el rey de Nápoles por la posesión de la ciudad de Aquila (1485). Termina con la paz (1486).—XXXIII. Benévolo el Papa con los florentinos, á pesar de que habían ayudado en la última guerra al rey de Nápoles, interviene como mediador entre ellos y los genoveses, pero infructuosamente. Los genoveses son derrotados por los florentinos; pierden á Sarzana y se entregan al duque de Milán (1487).—XXXIV. Boccolino de Oisimo entrega la ciudad al Papa. Jerónimo Riario, señor de Forli, muere víctima de una conjuración (1488).—XXXV. Galeotto Manfredi, señor de Faenza, es muerto por traición de su mujer, á quien expulsan los faentinos, recomendando el gobierno de la ciudad á los florentinos (1492).—XXXVI. Muerte de Lorenzo de Médicis. Su elogio.

I. Colocado el principio de este octavo libro entre dos conjuraciones, una ocurrida en Milán, que ya hemos referido, y la otra en Florencia, que vamos á narrar, sería conveniente, siguiendo nuestra costumbre, hablar de la índole de las conspiraciones y de su importancia; lo que haríamos de buen grado, de no haberlo hecho ya en otro sitio y si la materia pudiese ser tratada con breve-

dad. Pero siendo asunto que exige muchas consideraciones antes expuestas, nos referimos á lo dicho, y pasando á otro, diremos la situación de los Médicis en Florencia.

Victoriosa esta familia de todos sus enemigos declarados, para superar á las demás y ser la primera en el gobierno de la ciudad, necesitaba vencer á los que ocultamente conspiraban contra ella; porque mientras los Médicis rivalizaban con otras familias en autoridad y crédito, los ciudadanos, envidiosos de su influencia, podían oponerse abiertamente á ellos, sin temor á los daños de su enemistad; pues, gozando de libertad los magistrados, ninguno de los partidos corría peligro, sino cuando era vencido.

Pero después de la victoria de 1476 adquirieron tanta autoridad los Médicis en el gobierno, que los descontentos estaban precisados á sufrir con paciencia aquel régimen ó á combatirlo por medio de secretas conjuraciones; y como éstas difícilmente logran buen éxito, las más veces ocasionan la ruina de los conjurados y el aumento de poder de aquel contra quien la conjuración se fragua. De aquí que siempre que el soberano de una ciudad es objeto de una conspiración, si no perece, como sucedió al duque de Milán, lo cual rara vez ocurre, resulta con mayor poder y, con frecuencia, de bueno se convierte en malo, porque la conspiración fracasada le infunde temor, el temor deseo de asegurar la vida, y para lograrlo, el empleo de la violencia, ocasionando los odios y muchas veces su pérdida. Resulta, pues, que las conspiraciones dañan primero á quien las fragua y de todas suertes con el tiempo, al que es objeto de ellas.

II (1478). Estaba Italia, según antes dijimos, dividida en dos grandes bandos. En uno de ellos el Papa

y el rey de Nápoles; en el otro los venecianos, el duque de Milán y los florentinos; y aunque no hubiera estallado entre ambos la guerra, diariamente ocurrían motivos para comenzarla, procurando, sobre todo el Pontífice en todas sus empresas, perjudicar á los florentinos. Por ello, á la muerte de Felipe de Médicis, arzobispo de Pisa, el Papa, contra la voluntad de la Señoría de Florencia, nombró para reemplazarle en dicho arzobispado á Francisco Salviati, cuya enemistad con los Médicis era conocida; y, por no querer la Señoría darle posesión del cargo, mediaron nuevas ofensas entre el Papa y el gobierno florentino. Además, hacía el Pontífice en Roma grandes favores á la familia Pazzi, y todo los perjuicios que podía á la de Médicis.

Figuraba la familia Pazzi en Florencia por sus riquezas y noble origen entre las primeras, y jefe de ella era Jacobo, á quien el pueblo, por su fortuna y nacimiento, hizo caballero. No tenía éste más hijos que una hija natural, pero sí muchos sobrinos nacidos de sus hermanos Pedro y Antonio. Los principales de ellos eran Guillermo, Francisco, Renato y Juan, y después de éstos Andrés, Nicolás y Galeotto.

Cosme de Médicis, teniendo en cuenta la opulencia y fortuna de esta familia, había casado á su nieta Blanca con Guillermo, esperando que esta alianza sería lazo de unión de los Pazzi con los Médicis y prevendría enemistades y rencores que muchas veces nacen de simples sospechas. Pero sucedió lo contrario (¡tan inciertos y falaces son nuestros designios!) porque los que aconsejaban á Lorenzo de Médicis mostrábanle cuán peligroso y perjudicial para su autoridad era permitir que reunieran algunas familias el poder y la riqueza.

Por esto no se concedían á Jacobo Pazzi ni á sus sobrinos los honrosos cargos que, en opinión de sus conciudadanos, merecían. De aquí nació el primer rencor de los Pazzi y el primer temor de los Médicis y, creciendo aquél, justificaba el crecimiento de éste. De aquí también que los magistrados miraran mal á los Pazzi cuando concurrían á algún acto con los otros ciudadanos. El Consejo de los Ocho, estando Francisco Pazzi en Roma, por motivo insignificante y sin guardarle la consideración que se debe á los ciudadanos de importancia, le obligó á volver á Florencia. Los Pazzi quejábanse en todas partes con palabras ofensivas, las cuales aumentaban las sospechas y los rigores contra ellos de sus adversarios.

Juan de Pazzi estaba casado con la hija de Juan Buonromei, persona riquísima, cuyos bienes, por haber muerto, correspondían á su hija, que era única. A pesar de ello, su sobrino Carlos se apoderó de parte de aquellos bienes y, entablado el pleito, hízose una ley en virtud de la cual quedó privada de la herencia de su padre la mujer de Juan de Pazzi, concediéndosela á Carlos. Los Pazzi atribuyeron esta injusticia á los Médicis, y Julián de Médicis se quejó varias veces á su hermano Lorenzo diciéndole que temía lo perdieran todo por el deseo de tener demasiado.

III. Lorenzo de Médicis, en la fuerza de la edad, y lleno de ambición, quería entender de todos los asuntos y que en todo se reconociera su autoridad.

No pudiendo los Pazzi, tan opulentos y ricos, sufrir tantas ofensas, empezaron á meditar el modo de vengarse de los Médicis. El primero en hablar de ello fué Francisco, el más valiente y susceptible de todos ellos, tanto que determinó, ó adquirir lo que le faltaba

ó perder los que tenía. Por la manifiesta mala voluntad del gobierno florentino hacia él, vivía casi siempre en Roma, donde, según la costumbre de los comerciantes venecianos, acumulaba grandes riquezas. Era íntimo amigo del conde Jerónimo, y ambos se quejaban mutuamente de los Médicis, hasta el punto de llegar á convenir en que, para que el Conde pudiera vivir seguro en sus Estados, y Francisco de Pazzi en su ciudad, era necesario que cambiara el gobierno de Florencia, lo que no se podría conseguir sin la muerte de Julián y de Lorenzo de Médicis.

Creyeron que el Papa y el rey de Nápoles acogerían de buen grado el proyecto cuando les mostraran la facilidad de realizarlo. Conformes ya en su ejecución, comunicaron el intento á Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, que, por ser ambicioso y haberle ofendido los Médicis poco tiempo antes, prometió voluntariamente su concurso y, discutiendo los tres sobre los medios de realizar fácilmente el propósito, acordaron atraer á la conjuración á Jacobo de Pazzi, sin el cual creían no poder realizar cosa alguna. Para conseguir esto fué Francisco de Pazzi á Florencia, quedando en Roma el Arzobispo y el Conde, á fin de tratar con el Papa, cuando fuera tiempo oportuno de comunicarle el proyecto.

Encontró Francisco á Jacobo más circunspecto y difícil de lo que esperaba; lo hizo saber en Roma, y creyóse que era preciso emplear persona de mayor autoridad para decidirle, por lo cual manifestaron el Arzobispo y el Conde todo el proyecto á Juan Bautista Montesecco, capitán á sueldo del Papa.

Era Montesecco muy reputado como militar, y estaba muy obligado al Conde y al Papa. Opinó, sin embargo,

que la cosa era difícil y expuesta, dificultad y peligro que el Arzobispo procuraba desvanecer, mostrando el auxilio que el Papa y el rey de Nápoles darían á la empresa, y además el odio que los florentinos tenían á los Médicis; el apoyo de los parientes que los Salviati y los Pazzi tenían dentro de Florencia; la facilidad de matar á los Médicis, que andaban por las calles de Florencia sin acompañamiento ni precaución alguna y, una vez muertos, la seguridad de cambiar el gobierno. Montesecco no creía nada de esto, porque á otros muchos florentinos les había oído hablar de distinta manera.

IV. Mientras se preparaba esta conjuración enfermó Carlos, Señor de Faenza, de tanto peligro, que se temió por su vida. Pareció entonces oportuno al Arzobispo y al Conde enviar á Montesecco á Florencia y de allí á la Romaña, bajo pretexto de que recobrara algunas posesiones del Conde que el Señor de Faenza había ocupado. Encargó el Conde á Montesecco que, al pasar por Florencia, hablara de parte suya con Lorenzo de Médicis, y le pidiera consejo sobre lo que debía hacer en la Romaña; que después hablase con Francisco de Pazzi y vieran los dos de qué modo podían meter en la conjuración á Jacobo de Pazzi. Para que, á este fin, alegara la voluntad del Papa, quiso que antes de su partida conferenciara Montesecco con el Pontífice, quien hizo las mayores ofertas que pudo en favor de la conjuración.

Llegó Montesecco á Florencia y habló con Lorenzo de Médicis, que le recibió cariñosamente, dándole sensatos y amistosos consejos, tanto, que Montesecco, admirado, creía encontrar un hombre distinto del que le habían dicho, al verle tan benévolo, prudente y amigo del Conde. Quiso, sin embargo, hablar con Francisco de

Pazzi y, no encontrándole, porque había ido á Luca, conversó con maese Jacobo, hallándole al principio muy ajeno á la conspiración; sin embargo, por la influencia que en el ánimo de Jacobo de Pazzi tuvo la autoridad del Papa, dijo á Montesecco, cuando iba á partir, que fuese á la Romaña y volviera; mientras tanto llegaría Francisco de Pazzi á Florencia y entonces tratarían del asunto.

Fué y volvió Montesecco, continuando con Lorenzo de Médicis el simulado trato sobre los asuntos del Conde. Después conferenció con Francisco y Jacobo de Pazzi, y tanto se esforzaron en convencer á éste, que al fin dió su adhesión al complot. Tratóse de la manera de ejecutarlo, y no parecía á Jacobo realizable mientras los dos hermanos Médicis estuvieran en Florencia, opinando que se debía esperar á que Lorenzo fuera á Roma, como decíase que iba á ir, y entonces ejecutar el proyecto.

Agradaba á Francisco de Pazzi que Lorenzo fuera á Roma; pero aseguraba que, si no iba, ambos hermanos podían ser muertos ó al celebrarse una boda, ó en el juego, ó en la iglesia. Y respecto á los auxilios exteriores, parecíale que el Papa podía levantar sus tropas con pretexto de la empresa contra el castillo de Montone, teniendo justo motivo para quitárselo al conde Carlos Braccio, en castigo de los desórdenes que había causado en los territorios de Siena y de Perusa. No tomaron, sin embargo, otra determinación sino que Francisco de Pazzi y Montesecco fueran á Roma, y acordaran con el Conde y con el Papa lo que había de hacerse.

Tratóse de nuevo en Roma este asunto, y se acordó al fin que, resuelta la empresa contra Montone, Juan Francisco de Tolentino, general de las tropas pontificias,

fuese á la Romaña, y Lorenzo del Castillo á su tierra, y que cada cual de ellos tendrían dispuestas sus tropas y las del país para hacer lo que el arzobispo Salviati y Francisco de Pazzi les ordenaran. Estos, en unión de Montesecco, vinieron á Florencia para preparar todo lo necesario á la ejecución del complot, al cual prometió el rey de Nápoles, por medio de sus embajadores, algún auxilio.

Llegados á Florencia el Arzobispo y Francisco de Pazzi hicieron entrar en la conjuración á Jacobo, hijo de Poggio, joven instruído, ambicioso y aficionadísimo á novedades; á dos Jacobos Salviati, uno hermano y otro pariente del Arzobispo, y á Bernardo Bandini y Napoleón Franzesi, jóvenes atrevidos y sumamente obligados á la familia de los Pazzi. De los forasteros, además de los nombrados antes, intervinieron maese Antonio de Volterra y un sacerdote llamado Esteban, que en casa de Jacobo de Pazzi enseñaba la lengua latina á su hija.

Renato de Pazzi, hombre prudente y sensato, conocedor de los males que tales empresas ocasionan, no entró en la conjura, sino que, detestándola, contrarió su ejecución con los medios de que honradamente podía disponer.

V. El Papa había enviado á la universidad de Pisa para seguir estudios eclesiásticos á Rafael de Riario, sobrino del conde Jerónimo, y estando aún allí, le hizo cardenal (1). Creyeron conveniente los conjurados lle-

(1) Rafael de Riario era hijo de Valentina Riario, hermana del Papa Sixto IV, y recibió el capelo cardenalicio á la edad de diecisiete años. Dícese que, á consecuencia del susto que le produjo este atentado, quedó pálido toda su vida.

var este cardenal á Florencia, para que su llegada encubriera el complot, pudiendo ir en su comitiva ocultos los cómpliees que necesitaban para realizarlo.

Vino el Cardenal y le recibió Jacobo de Pazzi en su quinta de Montughi, inmediata á Florencia. Los conjurados deseaban reunir, mediante el Cardenal, á Lorenzo y Julián de Médicis en un sitio, para asesinarles juntos. Acordaron que el Cardenal les convidara á su quinta de Fiésole; pero Julián, ó por casualidad ó intencionadamente, no fué. Fracasado este intento, creyeron que, si les convidaban en Florencia, necesariamente irían los dos. Dispuesto todo con este objeto, hiciéronse las invitaciones para el domingo 26 de Abril de 1478. Los conjurados deseaban matarles durante el festín, y toda la noche del sábado estuvieron disponiendo lo que debían hacer al día siguiente; pero, al llegar éste, dijeron á Francisco de Pazzi que Julián de Médicis no iría al convite. Los jefes de la conjura se reunieron de nuevo, y acordaron no diferir su ejecución por ser imposible guardar el secreto habiendo tantos cómplices. Convinieron, pues, dar el golpe en la iglesia catedral de Santa Reparata donde, por asistir á la función religiosa el Cardenal, irían, según costumbre, los dos Médicis.

Su deseo era que Juan Bautista Montesecco fuera quien asesinara á Lorenzo, y Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini á Julián. Se negó Montesecco á hacerlo, ó por haber cobrado afecto á Lorenzo, á causa de sus amistosas y recientes relaciones con él ó por otra razón; pues dijo que no tendría jamás valor para cometer tal atentado en la iglesia, uniendo á la traición el sacrilegio. Esto fué el principio del fracaso de la empresa, porque, apremiando el tiempo, encargaron dar el golpe á An-

tonio de Volterra y al sacerdote Esteban, personas que por su naturaleza y costumbres eran, para tal efecto, imperitísimas, pues en ningún acto como éste se necesita más la intrepidez y serenidad y el desprecio de la vida, habiendo ocurrido muchas veces faltar el valor á hombres experimentados en la guerra y acostumbrados al derramamiento de sangre.

Tomado este acuerdo, convinieron en que la señal para la ejecución sería el momento de la comunión del sacerdote que celebraba la misa mayor en dicha iglesia, y que, al mismo tiempo, el arzobispo Salviati, con su gente y con Jacobo de Poggio ocupara el Palacio público, para que la Señoría, ó de buena voluntad, ó á la fuerza, una vez muertos los Médicis, les siguiera.

VI. Así dispuestas las cosas, fueron á la iglesia, donde ya habían llegado el Cardenal y Lorenzo de Médicis. La iglesia estaba llena de fieles y comenzada la misa, sin que hubiera aparecido aún Julián de Médicis, por lo cual Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, encargados de matarle, fueron á buscarle á su casa, y con ruegos y engaños le llevaron á la iglesia; siendo cosa digna de memoria que Francisco y Bernardo disimularan el odio y el propósito de muerte con tan inalterable tranquilidad, porque, al acompañarle á la iglesia, por el camino, y dentro de ella, le entretuvieron con bromas y dichos propios de la juventud. Francisco, con excusa de acariciarle, le estrechó con la mano y el brazo, para saber si llevaba coraza ó cualquier otra defensa.

Sabían Julián y Lorenzo de Médicis la malquerencia de los Pazzi contra ellos y que deseaban privarles de la autoridad que gozaban en la gobernación del Estado; pero no temían por su vida, creyendo que, cuando los

Pazzi intentaran algo, no tratarían de conseguirlo por medios tan violentos. No inspirándoles cuidado la propia conservación, hasta fingían ser sus amigos.

Dispuestos los asesinos, los colocados junto á Lorenzo podían permanecer allí sin infundir sospechas, por la multitud que llenaba el templo; los otros estaban junto á Julián. En el momento convenido, Bernardo Bandini, con el puñal que llevaba dispuesto, atravesó el pecho á Julián de Médicis, que dió algunos pasos y cayó en tierra. Arrojóse sobre él Francisco de Pazzi, y le acribilló á puñaladas, con tan ciega rabia, que él mismo se hirió gravemente en una pierna.

Antonio de Volterra y Esteban acometieron á Lorenzo, dirigiéndole varios golpes; pero sólo le causaron una ligera herida en el cuello, porque, ó su negligencia, ó el valor de Lorenzo, que se defendió con sus armas al verse atacado, ó el auxilio de los que estaban cerca, hicieron fracasar los esfuerzos de los asesinos, que, asustados, huyeron y se escondieron; pero, encontrados después, sufrieron muerte ignominiosa, siendo arrastrados por toda la ciudad.

Lorenzo, con algunos amigos que le rodeaban, se encerró en la sacristía de la iglesia. Bernardo Bandini, después de matar á Julián, mató también á Francisco Nori, íntimo amigo de los Médicis, ó por antiguo odio que le inspirase, ó porque había querido socorrer á Julián. No contento con estos dos homicidios, corrió en busca de Lorenzo, para hacer con valor y prontitud lo que, por torpeza y cobardía, no habían hecho los otros; pero, encerrado ya aquél en la sacristía, fueron vanos sus intentos.

En medio de estos graves sucesos, del tumulto y del

ruido tan grande, que parecía se arruinaba la iglesia, el Cardenal se refugió junto al altar, salvándole los sacerdotes, no sin trabajo. La Señoría, cesado el motín, pudo llevarle á su Palacio, donde estuvo muy alarmado hasta que le pusieron en libertad.

VII. Vivían entonces en Florencia algunos perusinos expulsados de su ciudad por el partido dominante, y entraron en la conspiración porque los Pazzi les prometieron conseguir que volvieran á su patria. Llevóles consigo el arzobispo Salviati al ir para ocupar el Palacio con sus parientes y amigos, y Jacobo, hijo de Poggio.

Al llegar al Palacio, dejó en la planta baja algunos de los suyos, con orden de que, al oir ruido, ocuparan la puerta. Él, con la mayoría de los perusinos, subió, y supo que los Señores estaban comiendo, porque ya era tarde; pero al poco tiempo fué recibido por César Petrucci, Confaloniero de justicia. Entró con pocos de los que le acompañaban, quedando los demás fuera, y casi todos éstos se encerraron, sin quererlo, en la Cancillería, porque la puerta de ella estaba hecha de modo que, cerrada, no se podía abrir sin llave ni por dentro ni por fuera.

El Arzobispo, entretanto, entró en las habitaciones del Confaloniero con pretexto de referirle algunas cosas de parte del Papa, y empezó á hablar con voz turbada, pronunciando frases entrecortadas y sin orden. La alteración de su semblante y lo incoherente de sus palabras engendraron en el Confaloniero tales sospechas, que de pronto salió gritando de la estancia y hallando á Jacobo de Poggio, le cogió por los cabellos y le puso en manos de sus subalternos.

Producida la alarma entre los Señores, cada cual se

armó con lo que encontró á mano. Los que habían subido con el Arzobispo, encerrados unos y asustados otros, todos fueron muertos ó arrojados vivos por las ventanas del Palacio, siendo ahorcados el Arzobispo, los dos Jacobo Salviati y Jacobo de Poggio. Los que quedaron en la planta baja, después de forzar la guardia y la puerta, la ocuparon toda ella, de modo que los ciudadanos que, al saber el motín, acudían al Palacio, ni con las armas, ni con los consejos podían auxiliar á la Señoría.

VIII. Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, viendo á Lorenzo de Médicis seguro, y estando uno de ellos, en quien más confianza tenían los conjurados, herido gravemente, se asustaron.

Bernardo, tan sereno en meditar su salvación como lo había estado en realizar el complot, juzgó la cosa perdida y apeló á la fuga. Francisco de Pazzi, al volver á su casa herido, probó á montar á caballo, porque lo convenido era rodear la ciudad con gente armada y llamar al pueblo á las armas para que proclamase la libertad; pero no pudo, á causa de la profundidad de la herida y de la sangre que había perdido, por lo cual, quitándose el traje, se echó en la cama desnudo, y rogó á maese Jacobo que hiciera lo que no podía hacer él.

Maese Jacobo, aunque viejo y sin práctica de estos asuntos, para hacer la última tentativa en pro de la conjuración, salió á caballo con unos cien hombres armados, que estaban dispuestos de antemano, y fué á la plaza del Palacio, llamando en su ayuda al pueblo y proclamando la libertad; pero como la fortuna y liberalidad de los Médicis habían hecho al pueblo sordo, y la libertad no era conocida en Florencia, nadie le respondía, y los que dominaban en la parte alta del palacio de la Señoría le

recibieron á pedradas y le asustaron á fuerza de amenazas.

Dudando lo que haría, le encontró su cuñado Juan Serristori quien, después de reprenderle por el escándalo promovido, le aconsejó volviera á su casa, que asegurándole que el amor al pueblo y á la libertad lo tenían en el corazón, como él, los demás ciudadanos. Privado de toda esperanza Jacobo de Pazzi, porque el palacio de la Señoría estaba en poder de los enemigos, Lorenzo de Médicis vivo, Francisco de Pazzi herido, y sin ninguno que le siguiera, determinó salvar la vida, si podía, fugándose, y salió de Florencia con la gente que había llevado á la plaza, para ir á la Romaña.

IX. Entretanto, toda la ciudad estaba en armas, y Lorenzo de Médicis, acompañado de muchos hombres armados, fué á su casa. El pueblo había recobrado el Palacio de la Señoría, quedando presos ó muertos los que al principio lo ocuparon, y por toda la ciudad se aclamaba á los Médicis. Los miembros de los muertos, ó los llevaban clavados en picas ó arrastrados por las calles, persiguiendo todos á los Pazzi con iracundas frases ó crueliísimos actos.

Ocupadas sus casas por el pueblo, Francisco de Pazzi, desnudo como le encontraron, fué sacado de la suya y conducido al Palacio de la Señoría, ahorcándole al lado del Arzobispo y de los otros ejecutados. Imposible fué hacerle hablar cosa alguna, á pesar de las injurias que le dijeron é hicieron durante el camino y después. Fija su mirada en los que le rodeaban, suspiraba en silencio.

Guillermo de Pazzi, cuñado de Lorenzo de Médicis, se salvó en casa de éste, porque era inocente y por los esfuerzos de su mujer Blanca de Médicis.

No hubo ciudadano que, armado ó desarmado, no fuera á casa de Lorenzo en aquel trance, ofreciéndole todos sus vidas y haciendas. ¡Tanto era el poder y el cariño que la Casa de Médicis había conquistado por su prudencia y liberalidad!

Renato de Pazzi se fué antes del atentado á su quinta en el campo y, al saber lo ocurrido, quiso huir disfrazado; pero descubierto y preso en el camino, le llevaron á Florencia.

Maese Jacobo fué también preso al pasar los Alpes, porque sabían ya aquellos habitantes lo ocurrido en Florencia, y le detuvieron, llevándole á esta ciudad, sin conseguir, á pesar de sus ruegos, que le mataran en el camino.

Cuatro días después del complot, maese Jacobo y Renato fueron juzgados y muertos.

De todas las muertes hechas en aquellos días, tantas que las calles estaban llenas de miembros humanos, la única que inspiró compasión fué la de Renato, porque tenía fama de hombre prudente y bueno y desprovisto de la soberbia que censuraban en los demás individuos de su familia.

Para que en estos sucesos no faltara un ejemplo extraordinario, maese Jacobo fué primero enterrado en la sepultura de su familia; sacado después de allí, por haber muerto excomulgado, y enterrado junto á las murallas de la ciudad; sacado también de aquí, le arrastraron por toda la ciudad, desnudo, con la misma cuerda que había servido para ahorcarle y, no habiendo encontrado en la tierra sitio para su sepultura, los mismos que le arrastraban le arrojaron al río Arno, que llevaba las aguas muy crecidas. Ejemplo verdaderamente nota-

ble de la fortuna, que un hombre tan rico y de tan elevada posición cayera en tanta desdicha y en tan desastroso vilipendio.

Culpábanle de algunos vicios, entre ellos el del juego y la costumbre de blasfemar como el hombre más perdido; vicios que compensaba dando numerosas limosnas, porque á muchos necesitados les socorría espléndidamente. También puede decirse en su favor que el sábado anterior á aquel domingo en que se cometieron tantos homicidios, para que ningún otro sufriera las consecuencias de su mala fortuna, pagó todas sus deudas, y cuantas mercancías tenía en la aduana y en su casa, de ajena pertenencia, con maravillosa solicitud las consignó á sus dueños.

A Juan Bautista de Montesecco, después de largo proceso, le cortaron la cabeza. Napoleón Franzesi se libró, con la fuga, del suplicio. A Guillermo de Pazzi le confinaron, y á sus primos que quedaron vivos les encerraron en los calabozos del castillo de Volterra.

Terminado el desorden y castigados los conspiradores, celebráronse las exequias de Julián de Médicis, que hicieron derramar lágrimas á todos los ciudadanos, porque era tan humano y liberal como pudiera desearse en persona de su elevada posición. Dejó un hijo natural, nacido pocos meses después de su muerte, que se llamó Julio, cuyo mérito y grandeza todo el mundo conoce en la actualidad, y de quien hablaremos extensamente, si Dios nos da vida, en la continuación de esta historia (1).

Las tropas reunidas á las órdenes de Lorenzo del

(1) Alude á Julio de Médicis que fué papa con el nombre de Clemente VII, y á quien dedica Maquiavelo la presente historia.

Castillo, en Val de Tevere, y las que en Romaña tenía Juan Francisco de Tolentino, para favorecer á los Pazzi, estaban ya en camino de Florencia, pero, al saber el fracaso de la conspiración, volvieron atrás.

X. No habiendo ocurrido el cambio de gobierno en Florencia, como el Papa y el Rey deseaban, determinaron éstos conseguir por medio de la guerra lo que no habían alcanzado con la conjuración, y ambos movieron sus ejércitos con grande actividad para atacar el Estado de Florencia, diciendo que sólo aspiraban á derribar á Lorenzo de Médicis, el único florentino que consideraban enemigo.

El ejército del Rey había pasado el Tronto, y el del Papa estaba en el Perusino.

Para que los florentinos sintieran, además de los perjuicios temporales, los espirituales, el Papa excomulgó y maldijo á Florencia.

Viendo los florentinos venir contra ellos tantas tropas, se prepararon activamente á la defensa, y antes que todo quiso Lorenzo, puesto que la guerra, según se decía, iba contra él, reunir en el Palacio con la Señoría á los ciudadanos más notables, en número de más de trescientos, á quienes habló de esta suerte:

«No sé, excelsos Señores é ilustres ciudadanos, si sentir con vosotros lo que ocurre ó alegrarme; y en verdad, cuando veo con cuánta perfidia y furor se me ataca, y á mi hermano muerto, no puedo evitar que la tristeza embargue mi espíritu, y el alma y el corazón me duelan. Pero si considero la prontitud, eficacia y cariño, la unanimidad con que los florentinos han vengando á mi hermano y me han defendido, no sólo quedo satisfecho, sino orgulloso y entusiasmado.

»Si la experiencia me ha hecho conocer, en verdad, que tenía en Florencia más enemigos de los que pensaba, también me ha demostrado tener más fervientes y calurosos amigos de los que creía. Duélome con vosotros de las ofensas de otros, y celebro vuestra adhesión; pero lamento más las injurias, por lo inauditas y no merecidas.

»Considerad, magníficos ciudadanos, á que términos había conducido nuestra casa la mala fortuna, que ni rodeada de parientes y amigos y dentro de la iglesia estaba segura. Los que temen por su vida suelen acudir á sus amigos, á sus parientes demandándoles socorro, y nosotros los encontramos armados para nuestra destrucción. Acostumbran á refugiarse en las iglesias los que por motivos públicos ó privados se ven perseguidos y, donde los demás son defendidos por la santidad del lugar, nosotros somos muertos; donde los parricidas y asesinos están seguros, los Médicis encuentran quien les mate.

»Pero Dios, que jamás en lo pasado abandonó nuestra casa, nos ha salvado, tomando la defensa de nuestra justa causa.

»¿Qué injuria habíamos hecho á alguno que mereciera tanto deseo de venganza? Á los que se han mostrado tan enemigos nuestros ni siquiera privadamente les ofendimos, porque, si lo hubiésemos hecho, no les fuera tan fácil atacarnos. Si nos atribuyeran abusos de carácter público y que algunos les afectaran personalmente, cosa que ignoro, más ofenderían á vosotros que á nosotros, más á este Palacio y á la majestad de este gobierno que á nuestra casa, demostrando que, por nuestra influencia, ofendéis inmerecidamente á los ciudadanos, lo cual se

aparta por completo de la verdad, porque, aun pudiéndolo hacer nosotros y queriéndolo vosotros, no lo hubiésemos hecho.

»Quien averigüe la verdad sabrá que nuestra casa ha sido siempre tan considerada por vosotros no por otra razón sino por lo que se ha esforzado en ser humana y liberal y en vencer á todos con beneficios. Habiendo honrado siempre á los extranjeros, ¿cómo habíamos de injuriar á nuestros parientes?

»Si les indujo al atentado el deseo de dominar, como lo demuestra la ocupación del Palacio y el traer á la plaza gente armada, lo absurdo, ambicioso y abominable de su propósito por sí mismo queda demostrado. Si lo hicieron por envidia y odio á nuestra autoridad, á vosotros y no á nosotros ofendieron, porque de vosotros la recibimos.

»Merece, en verdad, ser odiado el poder que los hombres usurpan, no el que por liberalidad, bondad y magnificencia ejercen, y bien sabéis que nuestra casa no se engrandeció nunca sino por la voluntad de la Señoría y por el unánime consentimiento vuestro. No volvió del destierro mi abuelo Cosme por medio de las armas y la violencia, sino con unánime consentimiento vuestro. Mi padre, anciano y enfermo, no podía defenderse contra tantos enemigos, pero vosotros con vuestra autoridad y benevolencia le defendisteis. No hubiese podido yo mantener la influencia de mi casa, siendo todavía casi un niño, sin los consejos y el favor vuestro. Ni hubiese podido ni podría dirigir mi familia esta República si, unidos á ella, no la dirigieseis vosotros.

»Ignoro qué motivo tenga el odio de ellos contra nosotros ó qué justa razón su envidia. Odien en buen hora

á sus antecesores que, por su soberbia y avaricia, les privaron de la autoridad; pero no á los que hemos sabido por los medios contrarios, ganarla.

»Pero concedamos que hubieran recibido de nosotros grandes ofensas y que con razón desearan nuestra ruina. ¿Por qué venir á atacar este palacio? ¿Por qué aliarse con el Papa y con el rey de Nápoles contra la libertad de esta República? ¿Por qué alterar la larga paz de Italia? En esto no tienen excusa alguna, porque debían dañar á quien les dañara, y no confundir las enemistades privadas con los atentados de carácter público. De aquí resulta que, muertos ellos, nuestras desdichas son mayores, porque, por su culpa, el Papa y el rey de Nápoles nos declaran la guerra, asegurando que sólo la hacen á mí y á mi casa. Dios quisiera que fuese cierto, porque el remedio sería pronto y seguro, no siendo yo tan mal ciudadano que tuviera en más mi salud que vuestro peligro, el cual disiparía de buen grado con mi propia ruina. Pero los poderosos disfrazan siempre sus injusticias con algo que parezca justo, y á este recurso apelan nuestros enemigos para encubrir su injustificada agresión.

»Sin embargo, si creéis otra cosa, en vuestras manos me pongo; podéis defenderme ó abandonarme. Sois mis padres, sois mis defensores, y lo que mandéis que haga lo haré siempre de buen grado. Resuelto estoy, si lo juzgáis útil, á que esta guerra que ha empezado con la muerte de mi hermano, acabe con la mía.»

Los ciudadanos, mientras Lorenzo hablaba, no podían contener las lágrimas, y con igual sensibilidad que fué oído le contestó uno de ellos por encargo de los demás, diciéndole que Florencia estaba reconocida á sus servicios y á los de los suyos; que desechara todo temor, pues

lo mismo que habían vengado á su hermano muerto, conservando á él la vida, le conservarían la autoridad y el poder mientras pudieran defender la patria. Para que las obras confirmaran las palabras, destinaron á la guarda personal de Lorenzo de Médicis cierto número de hombres armados á fin de que le defendieran de las emboscadas interiores.

XI. Proveyóse en seguida á la guerra, reuniendo gente y dinero en la mayor cantidad que podían. Pidieron auxilio, en virtud de la alianza que con ellos tenían, á los venecianos y al duque de Milán, y puesto que el Papa se convertía de pastor en lobo, para no ser devorados como culpables, procuraban por todos los medios justificarse de los cargos que aquél les dirigía. En toda Italia le acusaron de traición contra su gobierno, de impiedad y de injusticia, demostrando que ejercía mal el pontificado, adquirido por malos medios, puesto que enviaba á los hombres nombrados por él para las primeras prelacías, en compañía de traidores y parricidas á cometer en la iglesia crimen tan atroz como lo era el asesinato, durante los oficios divinos, y cuando se celebraba el santo sacrificio; y que, después de esto, porque no se pudo asesinar á los ciudadanos, cambiar el gobierno de la ciudad, y saquear ésta, según su deseo, la excomulgaba y con maldiciones pontificias la amenazaba y ofendía. Pero siendo Dios justo y desaprobando las violencias, debían desagradarle las de su Vicario y permitir á los ofendidos recurrir á Él, puesto que no podían hacerlo al Pontífice.

Por tanto, los florentinos ni recibieron la excomunión, ni se sometieron á ella, sino que obligaron á los sacerdotes á celebrar los divinos oficios; reunieron un concilio

en Florencia con todos los prelados toscanos que obedecían la autoridad de la República, y en él apelaron, de las ofensas que les hacía el Papa, al futuro Concilio general.

No faltaban al Papa razones para justificar su causa, alegando que era misión de los Pontífices destruir las tiranías, perseguir á los malos, ensalzar á los buenos, cosas todas á que se debe atender con remedios oportunos; que no correspondía á los príncipes seculares detener á los cardenales, ahorcar á los obispos, matar, descuartizar y arrastrar á los sacerdotes, y asesinar sin distinción á inocentes y culpados.

XII. Entre tantas acusaciones y querellas, los florentinos entregaron al Pontífice el cardenal que tenían en su poder. Entonces Sixto IV mandó atacarles con todas sus fuerzas y las del rey de Nápoles.

Entraron los dos ejércitos, al mando de Alfonso, primogénito del rey Fernando de Nápoles y duque de Calabria, y de Federico, conde de Urbino, en el Chianti, por las tierras de los de Siena, que eran del partido enemigo; ocuparon á Radda y otras plazas, y devastaron la comarca, trasladando después su campamento á la Castellina.

Al saber esta invasión temieron mucho los florentinos, por estar sin tropas y proceder con suma lentitud los aliados; pues aunque el duque de Milán les enviara socorro, los venecianos negaron estar obligados á auxiliarles en casos de índole privada, y alegaban que, promovida la guerra contra particulares, no debían mezclarse en ella, porque las enemistades privadas no se defendían públicamente.

Á fin de que los venecianos reformaran su opinión

en buen sentido para Florencia, enviaron los florentinos por embajador á Tomás Soderini y, mientras tanto, tomaron gente á sueldo y nombraron general de su ejército á Hércules, marqués de Ferrara.

Durante estos preparativos, el ejército enemigo redobló sus esfuerzos de tal modo contra Castellina, que los habitantes, desesperados de socorro, se rindieron después de cuarenta días de sitio. De dicho punto dirigiéronse hacia Arezzo y acamparon en Monte San Sabino.

Ya estaba en orden el ejército florentino y, yendo en busca del enemigo, se había colocado á tres millas de distancia, molestándole tanto, que Federico de Urbino pidió tregua por algunos días; le fué concedida, con tanta desventaja para los florentinos, que los mismos que la pidieron se admiraron de obtenerla, porque, de lo contrario, se veían precisados á vergonzosa retirada. Pero aprovechando aquellos días para reorganizarse, terminada la tregua, se apoderaron á la vista de los florentinos de Monte San Sabino.

Llegado el invierno, los enemigos se retiraron para invernar cómodamente al territorio de Siena. Los florentinos ocuparon alojamientos más comodos que los que tenían, y el duque de Ferrara, sin haber hecho nada de provecho para sí ni para los demás, volvió á sus Estados.

XIII. En este tiempo se rebeló Génova contra el dominio de Milán por los motivos siguientes. Muerto Galeazzo, y quedando Juan Galeazzo su hijo en edad inhábil para el gobierno, nacieron discordias entre sus tíos Luis, Octavio y Ascanio Sforza, y su madre Bona, porque cada cual deseaba la curatela del joven Duque.

Consiguióla la anciana duquesa Bona por los consejos de Tomás Soderini, que era embajador de los florentinos en Milán, y de Cicco Simonetta, secretario que fué de Galeazzo.

Huyendo por esto los Sforza de Milán, Octavio se ahogó al pasar el Adda, y los otros fueron confinados á diversos puntos, como también Roberto de San Severino que, en aquellas circunstancias, se apartó de la Duquesa para ponerse del lado de los Sforza.

Ocurrieron después los desórdenes de Toscana y aquellos príncipes, que esperaban tener por los nuevos sucesos mejor fortuna, quebrantaron el confinamiento, intentando cada uno cosas nuevas para recobrar su antigua posición.

Al ver el rey Fernando, que sólo el ducado de Milán socorría á los florentinos en su apuro, para privar á Florencia hasta de dicho socorro, determinó dar que pensar tanto á la Duquesa dentro de sus propios Estados, que no pudiera auxiliar á los otros, y por medio de Próspero Adorno, de Roberto de San Severino y de los rebeldes Sforzas realizó la sublevación de Génova.

Quedaba sólo en poder de los milaneses el Castelletto y, confiando en él, la Duquesa envió bastantes tropas para recuperar la ciudad, pero fueron derrotadas.

En vista del peligro que podía ocasionar este accidente á la dominación del joven Duque, y á ella la continuación de aquella guerra, estando la Toscana invadida, y los florentinos, de quienes únicamente esperaba auxilio, empeñados en la guerra, determinó, ya que no podía tener á Génova como súbdita, tenerla como amiga, y convino con Battistino Fregoso, enemigo de Próspero Adorno, darle el Castelletto, y hacerle Señor de Génova,

con tal que expulsara á Próspero y no favoreciera á los rebeldes Sforza. Hecho este convenio, Battistino, con la ayuda del Castelletto y de su partido, se apoderó de Génova, y, según la costumbre, fué proclamado dux. Los Sforza y Roberto de San Severino, expulsados de Génova, vinieron con la gente que les seguía á la Lunigiana.

Por haber cesado las discordias en Lombardía, aprovecharon el Papa y el rey de Nápoles la ocasión de la llegada de los expulsados de Génova, para perturbar con ellos la Toscana por la parte de Pisa, á fin de que los florentinos, dividiendo sus fuerzas, se debilitaran. Para ello y por haber pasado ya el invierno, decidieron que Roberto de San Severino partiese con su gente de la Lunigiana, invadiendo la comarca de Pisa. Roberto cometió grandes destrozos, tomando y saqueando muchos castillos y devastando el país hasta llegar á los muros de Pisa.

XIV. Vinieron por entonces á Florencia embajadores del Emperador, del rey de Francia y del de Hungría, enviados por estos Monarcas al Papa, y aconsejaron á los florentinos que enviaran también una embajada al Pontífice, prometiendo ayudarles eficazmente para que una paz honrosa pusiera término á aquella guerra. No se negaron los florentinos á hacer esta prueba, para demostrar á todo el mundo que, por su parte, deseaban la paz.

Fueron los embajadores, y volvieron sin convenir nada, por lo cual los florentinos, para apoyarse al menos en la fama del rey de Francia, ya que los italianos unos les ofendían y otros les abandonaban, enviaron por embajador á aquel Rey á Donato Acciajuoli, hombre sapientísimo en literatura griega y latina, y cuyos antepa-

sados habían desempeñado elevados cargos en Florencia; pero cuando iba á Francia, al llegar á Milán, murió. Para recompensar á su familia y honrar su memoria, por cuenta del Estado se le hicieron ostentosos funerales, concediendo exenciones á los hijos y dote conveniente á las hijas. En reemplazo de Acciajuoli enviaron como embajador al Rey á Guido Antonio Vespucci, persona peritísima en derecho civil y canónico.

La invasión de Roberto de San Severino en la comarca de Pisa, como todos los sucesos inesperados, perturbó bastante á los florentinos; porque, teniendo por la parte de Siena gravísima guerra, no veían cómo defender el territorio de Pisa. Enviaron, sin embargo, oficiales, provisiones y otros medios de defensa á Pisa.

Para mantener en la fidelidad á los de Luca, á fin de que no suministraran al enemigo dinero ó víveres, Pedro de Gino, hijo de Neri Capponi, fué como embajador de Florencia, recibiéndole los de Luca con tanta prevención, por el odio de aquella ciudad al pueblo florentino, hijo de antiguas ofensas y continuo temor, que estuvo muchas veces en peligro de ser muerto por las turbas, de suerte que su viaje, en vez de estrechar la amistad de ambas ciudades, dió ocasión á nuevos resentimientos.

Volvieron á llamar los florentinos al marqués de Ferrara y tomaron á sueldo al marqués de Mantua, pidiendo con grandes instancias á los venecianos á Carlos Braccio y á Deifebo, hijo del conde Jacobo, que al fin, y después de muchas vacilaciones, se los concedieron, porque habían pactado tregua con el Turco y, no teniendo por tanto excusa para dejar de cumplir los deberes que les imponía la alianza, se avergonzaron de negarlo.

Vinieron, pues, el conde Carlos Braccio y Deifebo con buen número de hombres de armas, y añadieron todas las tropas que pudieron adquirir del ejército que á las órdenes del marqués de Ferrara hacía frente al del duque de Calabria. Dirigiéronse hacia Pisa en busca de Roberto de San Severino que, con su gente, estaba junto al río Serchio, y aunque aparentó querer esperar nuestro ejército, no lo aguardó, retirándose á la Lunigiana y á los mismos alojamientos que tenía cuando salió de allí para la comarca de Pisa. Después de su partida el conde Carlos recobró todas las poblaciones que en el territorio de Pisa había ocupado el enemigo.

XV (1479). Libres los florentinos de enemigos por la parte de Pisa, pusieron todas sus tropas entre Colle y San Giminiano. Pero habiendo en aquel ejército, por la llegada del conde Carlos, soldados que fueron de Sforza y otros de Braccio, renacieron las antiguas enemistades entre ellos, y se temía que, de estar mucho tiempo reunidos, vinieran á las manos. Por menor mal, se determinó dividir el ejército, y mandar una parte de él á las órdenes del conde Carlos al Perusino, y la otra situarla en Poggibonzi, donde hiciera fuerte atrincheramiento para impedir al enemigo entrar en la comarca florentina.

Calcularon también que esta división de fuerzas obligaría además al enemigo á dividir las suyas, porque creían que el conde Carlos ocuparía á Perusa, suponiendo tenía allí muchos partidarios, ó que el Papa se viera precisado á enviar numerosas tropas para defenderla. Ordenaron además, para poner en mayor aprieto al Papa, que Nicolás Vitelli, expulsado de Ciudad del Castillo, donde mandaba su enemigo maese Lorenzo, se acercara con tropas á la plaza, procurara arrojar de allí

á su adversario y separar la plaza de la obediencia á la Santa Sede.

Al principio pareció que la fortuna quería favorecer á los florentinos, porque el conde Carlos hacia grandes progresos en el territorio de Perusa; y aunque Nicolás Vitelli no había podido entrar en Ciudad del Castillo, dominaba la comarca con sus tropas, haciendo presas hasta junto á la población sin que nadie se le opusiera. Los que estaban en Poggibonzi hacían diariamente correrías hasta los muros de Siena.

Todas estas esperanzas quedaron al fin vanas. Primeramente el conde Carlos, cuando más se confiaba en el resultado de sus victorias, murió. Su muerte, sin embargo, hubiera mejorado la situación de los florentinos si supieran aprovecharse de la victoria que ocasionó, porque, al saber la muerte del Conde, el ejército pontificio, que se había concentrado en Perusa, esperando vencer al florentino, salió inmediatamente á campaña, situándose junto al lago, á tres millas del enemigo. Por su parte, Jacobo Guicciardini, Comisario en aquel ejército florentino, de acuerdo con Roberto de Rimini, que sucedió al conde Carlos en el mando de las tropas y era el jefe de mayor importancia, sabida la causa de la presunción de los enemigos, determinó esperarles. Vinieron ambos ejércitos á las manos junto al lago donde antiguamente el cartaginés Aníbal alcanzó el memorable triunfo contra los romanos y quedó derrotado el pontificio.

Esta victoria produjo grande alegría en Florencia, siendo muy elogiados los jefes y, además de suceso glorioso, hubiera sido útil á la causa de la República, de no perturbarlo todo los desórdenes ocurridos en el ejército de Poggibonzi. El bien que hizo uno de los ejércitos lo

destruyó el otro completamente porque, habiendo cogido botín en el territorio de los sieneses, por su reparto hubo discordia entre los marqueses de Ferrara y Mantua; acudieron á las armas; se prodigaron toda clase de ofensas, y llegaron á punto de que juzgaran los florentinos no poder valerse de ambos, consintiendo que el marqués de Ferrara con sus tropas volviera á su país.

XVI. Debilitado aquel ejército, que quedó sin general y gobernándose en todo desordenadamente, el duque de Calabria, que se encontraba con el suyo cerca de Siena, decidió acometerle, y sucedió lo que había pensado. Las tropas florentinas, al verse atacadas, no confiaron en sus armas, ni en su número, superior al del enemigo, ni en la posición ocupada, que era fortísima, pues sin esperar la llegada de sus adversarios, á la vista del polvo que levantaban en la marcha, echaron á correr, dejándoles las municiones, los carros y los cañones. Tanta era la cobardía y el desorden en los ejércitos de entonces, que el volver un caballo la cabeza ó la grupa decidía la victoria ó la pérdida de una batalla.

Esta victoria llenó de botín á los soldados del rey de Nápoles, y á los florentinos de espanto, porque su ciudad no sólo estaba afligida por la guerra, sino por una peste gravísima tan extendida en Florencia, que los ciudadanos, huyendo de la muerte, se habían retirado á sus casas de campo. Hizo la derrota más espantosa el ver acudir á Florencia á los que tenían sus posesiones en Val di Pesa y Val d'Elsa, llevando consigo sus hijos y efectos, y hasta los cultivadores de las tierras. Parecía temerse á cada momento que se presentara el enemigo á las puertas de la ciudad.

Los nombrados para dirigir la campaña, viendo este

desorden, ordenaron á las tropas victoriosas en el Perusino dejar aquella empresa contra Perusa y venir á Val d'Elsa, para hacer frente al enemigo que, después de la victoria, sin obstáculo alguno recorría el país.

Aunque tenían de tal suerte sitiada á Perusa que de un momento á otro esperaban tomarla, prefirieron los florentinos defender lo suyo á ocupar lo ajeno, tanto, que aquel ejército, apartándole de la tierra de sus triunfos, fué conducido á San Casciano, castillo á ocho millas de Florencia, y opinaban que no se podía contrarrestar al duque de Calabria hasta reunir las reliquias del ejército derrotado.

Por su parte los enemigos que quedaron libres en Perusa por la partida de las tropas florentinas, cobrando ánimo, hacían diarias correrías por el Aretino y el Cortones, cogiendo botín; y los que á las órdenes de Alfonso, duque de Calabria, habían vencido en Poggibonzi, se apoderaron primero de este pueblo, después de Vico, saquearon á Certalo, y hechas estas conquistas y presas fueron á acampar junto al castillo de Colle, que entonces era considerado fortísimo. Por ser su guarnición fiel al gobierno florentino, esperaba éste que contuviera al enemigo hasta reunir los dispersos del ejército derrotado.

Concentradas las tropas florentinas en San Casiano, y expugnando los enemigos con toda su fuerza á Colle, determinaron acercarse á esta plaza para animar á la defensa á su guarnición y para que los sitiadores se contuvieran en el ataque, teniendo al adversario tan cerca.

Tomado este acuerdo, levantaron el campo de San Casciano y lo pusieron en San Giminiano, á cinco millas de Colle, desde donde con caballería y soldados li-

geros diariamente molestaban el campamento del Duque. Pero á los de Colle no era bastante este socorro, porque les faltó lo necesario y se rindieron el 1.° de Noviembre, con disgusto de los florentinos y grandísima alegría del enemigo, sobre todo de los sieneses que, además del odio que profesaban á los florentinos en general, lo tenían muy especial á los de Colle.

XVII. El rigor del invierno era grande y el tiempo malísimo para la guerra, tanto, que el Papa y el rey de Nápoles, ó por querer dar esperanzas de paz, ó para gozar tranquilamente de la victoria alcanzada, ofrecieron tregua á los florentinos por tres meses, y dieron término de diez días para saber la respuesta, siendo aquélla aceptada inmediatamente.

Pero como sucede siempre que las heridas abiertas duelen más cuando se enfrían que cuando se reciben, este breve descanso dió á conocer á los florentinos la extensión de sus desdichas, y los ciudadanos se acusaban públicamente y sin consideración unos á otros, manifestando los errores cometidos en la guerra, mostrando los gastos hechos inútilmente y las contribuciones injustas; de cuyas cosas no sólo en círculos privados, sino en las sesiones de los Consejos, se discutía con calor. Y tanto atrevimiento tuvo uno que, dirigiéndose á Lorenzo de Médicis, le dijo: «La ciudad está fatigada y no quiere más guerra; necesario es, por tanto, pensar en la paz.»

Conoció Lorenzo esta necesidad; reunióse con los amigos que juzgaba más fieles y sensatos, y acordaron primeramente, en vista de la frialdad y escasa fe de los venecianos y de que el duque de Milán era un niño, y agitaban el Ducado discordias civiles, buscar con nuevos

amigos nueva fortuna, pero dudaban en qué manos ponerse, si las del Papa ó las del rey de Nápoles.

Examinada la cuestión, prefirieron la amistad del Rey, como más estable y segura; porque la brevedad de la vida de los Papas, las variaciones que hacen los sucesores, lo poco que la Iglesia teme á los soberanos temporales y la facilidad con que cambia de partido, hacen que los príncipes no puedan confiar completamente en el Pontífice, ni unir su fortuna á la del Papa. Quien en guerras y peligros es amigo de éste, tiene compañero en las victorias, pero no en los desastres, porque el poder espiritual sostiene y defiende siempre al Pontífice.

Acordado que lo más provechoso era ganarse la amistad del Rey, juzgaron por lo mejor y más seguro que fuese Lorenzo de Médicis á verle, porque cuanta mayor liberalidad se usara con el Rey, más fácil sería el remedio á las pasadas enemistades.

Determinado el viaje á Nápoles, recomendó Lorenzo los cuidados de la ciudad y de la República á Tomás Soderini, que era entonces Confaloniero de justicia. Al principio de Diciembre partió de Florencia y, al llegar á Pisa escribió á la Señoría el motivo de su viaje. Los Señores, por honrarle y para que pudiera tratar con más autoridad la paz con el Rey, le nombraron embajador del pueblo florentino, con poder para pactar las alianzas que creyera más provechosas á la República.

XVIII. Al mismo tiempo Roberto de San Severino, unido á Luis y Ascanio Sforza, porque Octavio, hermano de estos Sforza, había muerto, invadió de nuevo el ducado de Milán, á fin de apoderarse del gobierno. Ocupada Tortona, y estando en armas todos los milaneses, aconsejaron á la duquesa Bona que repatriase á

los Sforza para quitar pretexto de guerras civiles. El autor principal de este consejo fué Antonio Tassino, de Ferrara. Era Tassino de humilde origen y, cuando fué á Milán, se presentó al duque Galeazzo, quien le nombró ayuda de cámara de la Duquesa. Ó por la belleza de su cuerpo ó por cualquier otra secreta virtud, después de la muerte del Duque tuvo tanta influencia con la Duquesa, que casi gobernaba él solo el Ducado. Disgustaba esto á maese Cecco, persona de una prudencia y de una práctica consumadas, por lo cual, siempre que podía, procuraba disminuir la autoridad de Tassino con la Duquesa, y con los demás miembros del gobierno.

Tassino, que sabía esta conducta, para vengarse de Cecco y tener auxiliares contra él, aconsejó á la Duquesa abrir las puertas de la patria á los Sforza. Así lo hizo ésta, aceptando el consejo, y sin decir nada á Cecco.

Cuando éste lo supo la dijo: «Habéis tomado una determinación que me costará la vida, y á vos el Estado.»

Ambas cosas ocurrieron pronto. Luis Sforza hizo morir á Cecco, y poco tiempo después, expulsó del Ducado á Tassino, tanto indignó á la Duquesa esta última medida, que salió de Milán, renunciando en manos de Luis Sforza la curatela de su hijo el Duque.

Quedó, pues, Luis Sforza gobernador del castillo de Milán, y fué, como se demostrará, la causa de la ruina de Italia.

Iba Lorenzo de Médicis camino de Nápoles, y se acercaba el término de la tregua, cuando, sin que nadie lo esperara, Luis Fregoso, que estaba de acuerdo con algunos habitantes de Serezana, sorprendió con gente armada esta plaza, apoderándose de ella y prendiendo á los

que allí defendían la autoridad de Florencia. Este suceso desagradó sobremanera á los jefes del gobierno florentino, por creer que se debía á órdenes del rey de Nápoles, y se quejaron al duque de Calabria, que estaba con el ejército en Siena, por que, durante la tregua, les promoviesen nueva guerra. El Duque dió toda clase de seguridades, por cartas y embajadores, de que aquello había ocurrido sin consentimiento suyo, ni de su padre el Rey.

Pero los florentinos juzgaban su situación deplorable, por estar exhaustos de dinero, el jefe de la República en poder del rey de Nápoles; una guerra antigua con este Rey y con el Papa, una nueva con los genoveses y no contar con aliados; porque de los venecianos nada esperaban y el gobierno de Milán, por lo incierto é inestable, más bien les inspiraba temor que confianza. Su única esperanza consistia en las negociaciones de Lorenzo de Médicis con el rey de Nápoles.

XIX. Llegó á Nápoles por mar Lorenzo de Médicis, donde no sólo el Rey, sino toda la ciudad, le recibió con grandes honras y suma curiosidad; porque, promovida la guerra sólo por derribarle, la grandeza y poder de sus enemigos aumentaban su importancia. Al estar en presencia del Rey, habló de tal modo de las condiciones de Italia, del carácter de los príncipes y los pueblos, y de lo que se podía esperar de la paz ó temer de la guerra, que el Rey, después de oirle, quedó más maravillado de la grandeza de su ánimo, de la sagacidad de su ingenio y de la solidez de su juicio, de lo que estaba al verle sostener por sí solo el peso de tan gran guerra. Desde este momento le prodigó mayores honras y empezó á meditar tenerle en seguida más bien por amigo que por enemigo. Sin embargo, con diferentes pretextos le

entretuvo desde Diciembre hasta Marzo para conocerle mejor, y ver lo que entretanto pasaba en Florencia, donde no faltaban á Lorenzo enemigos deseosos de que el Rey le impidiera volver y aun le tratara como á Jacobo Piccinino, hablando de ello por toda la ciudad, como si lo sintieran, pero al mismo tiempo oponiéndose en las discusiones públicas, á los que defendían á Lorenzo. Con tales procedimientos dieron ocasión á que corriera la noticia de que, si el Rey detenía más tiempo á Lorenzo de Médicis, cambiaría el gobierno en Florencia. Estos rumores originaron la determinación del monarca de diferir la partida de Lorenzo por si estallaban desórdenes en Florencia; pero al ver que continuaba la ciudad tranquila, el 6 de Marzo de 1480 le permitió partir, después de ganarse su voluntad con toda clase de beneficios y demostraciones de cariño, y de haber firmado un tratado de paz y alianza perpetua en beneficio de ambos Estados.

Volvió Lorenzo á Florencia lleno de gloria y más poderoso y grande que había partido, siendo recibido con las pruebas de alegría y cariño que merecían sus grandes cualidades y recientes servicios, puesto que expuso su vida por devolver la paz á su patria.

Dos días después de su llegada publicóse el tratado hecho por él entre la república de Florencia y el reino de Nápoles. Comprometíanse ambas partes, respectivamente, á garantizar sus Estados, quedaba al arbitrio del Rey la devolución de las plazas ocupadas á los florentinos durante la guerra; serían puestos en libertad los Pazzi encerrados en el castillo de Volterra, y pagarían los florentinos al duque de Calabria una suma de dinero por determinado tiempo.

Publicada esta paz, indignó al Papa y á los venecianos; porque el primero se creía desatendido por el Rey, y los segundos por los florentinos, á causa de haberles auxiliado en la guerra, y no conseguir nada con la paz. Cuando esta indignación fué conocida en Florencia, temieron muchos que el tratado originara mayor guerra.

Los principales del gobierno juzgaron entonces oportuno disminuir el número de los que tuviesen la dirección de los negocios, y también el de los miembros de asambleas deliberantes en los asuntos de importancia. Nombraron, pues, un Consejo de setenta ciudadanos, dándole plenos poderes para tratar los asuntos de Estado. Esta reforma contuvo á los que deseaban novedades, y el nuevo Consejo, para adquirir ante todo reputación, aprobó la paz hecha por Lorenzo de Médicis y envió al Papa y al rey de Nápoles embajadores; á aquél, Pedro Nasi, y á éste, Antonio Ridolfi.

Á pesar de la paz firmada, Alfonso, duque de Calabria, no se apartaba con su ejército de Siena, so pretexto de que le detenían las discordias entre los sieneses, las cuales llegaron á tal extremo que, estando el Duque alojado fuera de la ciudad, pidiéronle que entrara y fuese árbitro en sus cuestiones. Aprovechando la ocasión, el Duque castigó con multa á muchos de aquellos ciudadanos, á otros con prisión, á otros con destierro y á algunos con la pena de muerte. Este proceder le hizo sospechoso, no sólo á los sieneses, sino también á los florentinos, de que pretendía ser Señor de aquella ciudad, á lo cual no podía oponerse Florencia, á causa de su reciente amistad con el rey de Nápoles y la enemistad con el Papa y con los venecianos. Dicha prevención era general en el pueblo florentino, que con gran sagacidad interpre-

taba todas las cosas, y también la hacían los jefes del Estado, afirmando cada cual que nunca había estado más expuesta Florencia á perder su libertad. Pero Dios, que siempre, en tan extremas necesidades, ha tenido de ella particular cuidado, produjo un accidente inesperado, el cual dió al rey de Nápoles, al Papa y á los venecianos mucho más en qué pensar que los sucesos de Toscana.

XX. El emperador de Turquía, Mahomet, había sitiado á Rodas con grandísimo ejército, combatiéndola durante algunos meses; pero, aunque sus fuerzas fuesen grandes y la obstinación en el asedio grandísima, fué mayor la de los sitiados en defenderse, haciéndolo con tanto valor é ímpetu, que Mahomet tuvo que abandonar el sitio, declarándose en vergonzosa retirada. Al separarse de Rodas, una parte de la armada turca, á las órdenes del bajá Achmet, vino hacia Valona, y porque viera la facilidad de la empresa ó porque su señor se lo mandara, costeando Italia, desembarcó de pronto cuatro mil soldados y tomó por asalto la ciudad de Otranto, saqueándola y matando á todos los habitantes (1480). Hecho esto, fortificó lo mejor que pudo la ciudad y el puerto, reunió buena caballería y recorrió y devastó las tierras inmediatas. Asustó al rey de Nápoles este inesperado ataque, hecho por fuerzas de un soberano tan poderoso, y envió correos á todas partes para decir lo que ocurría y pedir ayuda contra el común enemigo. Además, mandó llamar con grande instancia al duque de Calabria y á su ejército, que estaban en Siena.

XXI. Tanto como alarmó esta empresa de los turcos al duque de Calabria y al resto de Italia, alegró á Florencia y á Siena, pareciendo á ésta que había recobrado su libertad, y á aquélla que se libraba del peligro inmi-

nente de perderla. Confirmó dicha opinión el sentimiento con que el Duque partió de Siena, acusando á la fortuna porque, con tan inesperado suceso, que racionalmente no se podía prever, le había quitado el imperar en Toscana.

Este mismo accidente hizo al Papa mudar de propósitos y, no habiendo querido dar antes audiencia á ningún embajador florentino, ahora escuchaba complaciente á cuantos le hablaban de la paz general. Los florentinos recibieron, por tanto, la seguridad de que, si pedían perdón al Papa, éste lo concedería. Creyeron no deber desaprovechar esta ocasión y enviaron al Pontífice doce embajadores. Antes de recibirlos en audiencia, el Papa habló con ellos sobre diversos asuntos. Al fin se pusieron de acuerdo respecto á las futuras relaciones de Florencia con el Pontificado, y á la parte con que cada uno de ambos Estados contribuiría en la guerra y en la paz. Fueron después los embajadores á postrarse á los pies del Papa, que los recibió rodeado de sus cardenales y con grandísima pompa. Excusaron lo que había ocurrido en Florencia, echando la culpa á las circunstancias y á la malignidad de los conjurados de una parte y, de otra, al furor y justa ira popular, advirtiendo la triste situación de los que se ven precisados á matar ó morir. Y porque todo se debía sufrir para evitar la muerte, habían soportado la guerra, la excomunión y las demás calamidades que originó el atentado, para que su república se librara de la servidumbre, que suele ser la muerte de toda ciudad libre. Pero si, forzados, habían cometido algunas faltas, prometían la enmienda y confiaban en la clemencia del Papa que, siguiendo el ejemplo del sumo Redentor, abriría piadosamente los brazos para recibirles.

El Papa contestó á estas excusas con soberbias é iracundas frases, reprobando cuanto en los pasados tiempos habían hecho contra la Iglesia; sin embargo, para obedecer los preceptos de Dios, consentía en concederles el perdón que demandaban; pero haciéndoles entender que estaban obligados á obedecer á la Iglesia y, si faltaban á esta obediencia, la libertad que ahora habían estado á punto de perder, la perderían después, y justamente, pues sólo merecen ser libres los que emplean la libertad en buenas y no en malas obras; que la libertad mal ejercida se ofende á sí misma y ofende á los demás. Añadió que amar poco á Dios y menos á la Iglesia no es propio de hombres libres, sino de libertinos más inclinados al mal que al bien, mereciendo la corrección, no sólo de los príncipes, sino de cualquier cristiano; y que debían acusarse á sí mismos de los males sufridos, porque con sus malas obras habían dado motivo á la guerra y, con pésimas, la habían alimentado, terminando más bien por la benignidad de otros que por sus propios méritos.

Fué después leída la fórmula del acuerdo y la bendición pontificia. El Papa había añadido á aquélla, además de lo convenido, que si los florentinos querían gozar el fruto de la bendición habían de armar y mantener con su dinero quince galeras, mientras los turcos guerrearan en el reino de Nápoles.

Quejáronse amargamente los embajadores de este gravamen añadido al convenio, pero no pudieron por ningún medio ni favor aligerarlo. Cuando volvieron á Florencia, la Señoría, para consolidar esta paz, envió como embajador al Papa á Guido Antonio Vespucci, que poco antes había vuelto de Francia (1481). Éste, con su prudencia, redujo las cosas á términos soportables, obte-

niendo muchos favores del Papa, lo cual fué señal de más íntima reconciliación.

XXII. Arreglados los asuntos de los florentinos con el Papa, y libres del miedo Siena y ellos por la partida de Toscana del duque de Calabria, como continuaba la guerra con los turcos, aprovecharon la ocasión los florentinos para pedir al rey de Nápoles les devolviera los castillos ocupados durante la guerra y que el duque de Calabria había dejado en manos de los sieneses. Temía el Rey que, en el apuro en que se encontraba, se separara de él Florencia y, moviendo guerra á los sieneses, impidieran el auxilio que del Papa y de los otros italianos esperaba. Accedió por ello á la restitución, é hizo nuevo convenio de más estrecha amistad con los florentinos. Véase, pues, que la fuerza y la necesidad hacen á los príncipes más fieles á sus promesas que los tratados y los compromisos escritos.

Recobrados los castillos y hecho el nuevo convenio con el rey de Nápoles, volvió á adquirir Lorenzo de Médicis la reputación que le había quitado primero la guerra y después la paz, cuando se dudaba de las intenciones del Rey. Pero no faltaba en aquel tiempo quien le calumniara abiertamente, diciendo que, por salvarse, había vendido su patria y que, del mismo modo que en la guerra se habían perdido los castillos, en la paz se perdería la libertad.

Pero, devueltos los castillos y hecho con el Rey honroso acuerdo, recuperó Florencia su antiguo poder, y entonces esta ciudad, ávida de hablar y aficionada á juzgar los sucesos por el éxito y no por los motivos, mudó de opinión, elevando la fama de Lorenzo de Médicis hasta las nubes, diciendo que su prudencia le había hecho ganar

en la paz lo que la mala fortuna le hizo perder en la guerra, y que su consejo y juicio pudieron más que las armas y la fuerza del enemigo.

El ataque de los turcos solamente difirió la guerra que hubiese estallado á causa de la indignación que al Papa y á los venecianos produjo el tratado de paz entre los florentinos y el rey de Nápoles. Pero de igual modo que lo inesperado de aquella agresión ocasionó muchos bienes, su término, también imprevisto, fué motivo de grandes males; porque el sultán Mahomet murió cuando menos se creía y, por nacer discordia entre sus hijos, los turcos que estaban en la Pulla, viéndose abandonados de su Señor, convinieron con el rey de Nápoles la entrega de Otranto.

Cuando se disipó el miedo que la toma de Otranto por los turcos produjo al Papa y á los venecianos, todos temían en Italia nuevos trastornos. De una parte estaba la liga del Papa con los venecianos, y con ellos los de Génova, Siena y otros Estados menores; de otra los florentinos, el rey de Nápoles y el duque de Milán, á cuyo lado estaban los boloñeses y los Señores de otros pequeños Estados.

Deseaban los venecianos apoderarse de Ferrara, pareciéndoles fundada la empresa y teniendo esperanza de realizarla con buen éxito. El motivo consistía en que el marqués de Ferrara aseguraba no estar obligado á recibir al Visdomino (1) y á proveer de sal á los venecianos; pues los convenios hechos determinaban que, pasa-

(1) El Visdomino era una especie de cónsul que Venecia tenía en Ferrara para resolver las cuestiones entre los venecianos residentes en esta ciudad.

dos setenta años, quedara la ciudad libre de ambas cargas. Replicaban los venecianos que mientras el Marqués tuviera el Polesino estaba obligado á recibir al Visdomino y á entregar la sal. No consintiéndolo el Marqués, creyeron los venecianos tener justo motivo para tomar las armas y ser el tiempo á propósito para emprender esta guerra, por la indignación del Papa contra los florentinos y el Rey.

Habiendo ido el conde Jerónimo á Venecia (1482), los venecianos, para ganarse más la voluntad del Pontífice, le recibieron con muchos honores, concediéndole derechos de ciudadanía y de nobleza, que era siempre señal de grande honra tributada á los favorecidos.

Para estar preparados á aquella guerra habían establecido nuevos impuestos y nombrado jefe de sus tropas á Roberto de San Severino, el cual, indignado con Luis Sforza, gobernador del ducado de Milán, se fué á Tortona y, por ocurrir allí algunos desórdenes, se trasladó á Génova, donde estaba cuando le llamaron los venecianos para ponerle al frente de su ejército.

XXIII. Estos preparativos y nuevos movimientos fueron causa de que, al conocerlos la liga adversa, se dispusiera también ésta á la guerra. El duque de Milán nombró general de su ejército á Federico, señor de Urbino; los florentinos, á Constanzo de Pésaro, y para sondear el ánimo del Papa y averiguar si los venecianos emprendían la guerra con consentimiento del mismo, el rey Fernando envió al duque de Calabria con su ejército á orillas del Tronto, y pidió paso al Pontífice para ir á Lombardía en socorro del marqués de Ferrara, negándolo el Papa rotundamente.

Convencidos el Rey y los florentinos de la disposición

del Papa, determinaron obligarle por fuerza á ser amigo suyo, ó si no, crearle tantos obstáculos que no pudiera ayudar á los venecianos, quienes estaban ya en campaña contra el marqués de Ferrara, devastando sus tierras y poniendo después sitio á Figarolo, fortaleza importante en el marquesado de Ferrara.

El rey de Nápoles y los florentinos decidieron atacar al Pontífice, y el duque de Calabria emprendió el camino de Roma. Con ayuda de los Colonnas que se habían unido á él, porque los Orsini estaban de parte del Papa, causaba grandes daños en el país. Por su parte, los florentinos, mandados por Nicolás Vitelli, atacaron y tomaron á Cittá del Castello, expulsando de allí á maese Lorenzo, que la gobernaba á nombre del Papa y que dieron como en señoría á Vitelli.

Encontrábase, pues, el Papa en grave compromiso, porque en el interior de Roma había desórdenes, y fuera de ella recorrían el país los enemigos; pero como hombre animoso que deseaba vencer y no ceder al enemigo, tomó por general de sus fuerzas á Roberto de Rímini, haciéndole venir á Roma, donde estaban reunidos todos sus hombres de armas. Allí le mostró lo honroso que sería para él librar á la Iglesia de los apuros en que se encontraba, combatiendo contra el ejército de un Rey, y cuán obligados le quedarían él y todos sus sucesores, recompensándole, no sólo los hombres, sino Dios. Roberto examinó primero los hombres de armas y los recursos militares que tenía el Papa, y le aconsejó que reuniera toda la infantería que pudiese, lo que fué ejecutado con gran celo y actividad.

El ejército del duque de Calabria estaba tan inmediato á Roma, que diariamente hacía correrías y presas

hasta las puertas de la ciudad; lo cual indignó tanto á los romanos, que voluntariamente se ofrecían á Roberto para defender la ciudad. Éste aceptó y agradeció el ofrecimiento.

Al saber el duque de Calabria estos preparativos, se apartó algo de Roma, pensando que de este modo no se atrevería á atacarle Roberto, y porque esperaba á su hermano Federico que, con nuevas tropas, le enviaba el Rey su padre.

Cuando Roberto hubo reunido tantos hombres de armas como el duque de Calabria y mucha más infantería, salió de Roma en orden de batalla y acampó á dos leguas del enemigo. Teniendo el Duque el adversario junto á él, contra lo que había creído, juzgó indispensable, ó dar la batalla ó retirarse como vencido, sin combatir. Casi obligado á lo primero, por no hacer cosa indigna del hijo de un Rey, determinó pelear, haciendo rostro al enemigo. Cada general ordenó su ejército como entonces se acostumbraba y lo condujo á la lucha, que duró hasta cerca de mediodía.

Se combatió en esta batalla con más valor que en ninguna otra, desde cincuenta años antes, pues entre ambas partes murieron más de mil hombres, siendo la victoria para la Iglesia, porque la multitud de su infantería ofendió de tal modo á la caballería del duque de Calabria que tuvo que volver grupas, y hubiese quedado el Duque prisionero si no le salvaran muchos turcos de los que habían estado en Otranto y ahora militaban á sus órdenes.

Alcanzada la victoria, volvió Roberto triunfador á Roma, gozando poco de su triunfo, porque, á causa de beber mucha agua por la fatiga en aquel día, se le de-

claró una disentería que le ocasionó la muerte al poco tiempo. El Papa mandó enterrar su cuerpo con grandes honras.

A fin de aprovechar esta victoria, envió el Papa inmediatamente al conde Jerónimo hacia Cittá del Castello para procurar la restitución de esta plaza á maese Lorenzo, y hacer algunas tentativas en Rímini; porque, quedando, al morir Roberto, Señor de esta ciudad, y en guarda de su esposa, un hijo que tenía de corta edad, creyó el Pontífice que sería fácil ocupar á Rímini; lo que consiguiera, sin duda, si los florentinos no hubiesen defendido á la viuda, oponiéndose con sus fuerzas al Conde de tal modo que, ni contra Cittá del Castello ni contra Rímini pudo hacer nada de provecho.

XXIV. Mientras ocurrían estos sucesos en Roma y en la Romaña, los venecianos habían tomado á Figarolo y sus tropas pasado el Po.

Los ejércitos del duque de Milán y del marqués de Ferrara estaban en desorden, porque Federico, conde de Urbino, enfermó y, llevado á Bolonia para curarse, murió allí.

Los asuntos del marqués de Ferrara iban, pues, declinando, y en los venecianos crecía diariamente la esperanza de ocupar á Ferrara.

Por su parte el Rey y los florentinos hacían todo lo posible para obligar al Papa á que estuviera de su lado y, no habiéndolo podido conseguir con las armas, le amenazaban con el Concilio que el Emperador había convocado ya en Basilea.

Los Embajadores que tenían en Roma y los principales cardenales, que deseaban la paz, persuadieron y obligaron por fin al Papa á que pensara en ella y en la

unión de Italia. El Pontífice, por temor, y también al ver que la grandeza de los venecianos era la ruina de la Iglesia y de Italia, envió sus nuncios á Nápoles para unirse á la liga, haciéndola por cinco años el Papa, el Rey, los florentinos y el duque de Milán, reservando á los venecianos el derecho de aceptarla.

Una vez hecha esta alianza, el Papa notificó á los venecianos que cesaran en la guerra contra Ferrara; pero no quisieron hacerlo, antes con mayores fuerzas continuaron la guerra y, habiendo derrotado el ejército del duque de Milán y del marqués de Ferrara en Argenta, se acercaron tanto á Ferrara, que en el parque del Marqués pusieron el campamento.

XXV. La liga juzgó llegado el momento de socorrer eficazmente al Marqués, é hizo pasar á Ferrara al duque de Calabria con sus tropas y las del Papa (1483). Los florentinos enviaron también toda su gente.

Para organizar bien la guerra, los aliados reunieron un consejo en Cremona, al que asistieron el Legado del Papa, el conde Jerónimo, el duque de Calabria, Luis Sforza, Lorenzo de Médicis, y muchos otros príncipes de Italia, quienes discutieron los diferentes medios de realizar la futura guerra. Creyendo que la mejor manera de defender Ferrara era distraer las fuerzas del enemigo, querían que Luis Sforza consintiese en promover la guerra contra los venecianos por el Estado del duque de Milán, lo que rehusaba Sforza, temeroso de atraer á los Estados del Duque una lucha que no pudiera dominar. Convínose, pues, en reunir en Ferrara todas las fuerzas, y con cuatro mil hombres de armas y ocho mil infantes, ir en busca de los venecianos, que sólo tenían dos mil doscientos hombres de armas y seis mil infantes.

Determinaron los aliados primero atacar la armada que los venecianos tenían en el Po y, la derrotaron junto al Bondeno, con pérdida de más de doscientos barcos, quedando prisionero Antonio Justiniano, proveedor de la armada.

Al ver Venecia toda Italia unida contra ella, para mantener su reputación, tomó á sueldo al duque de Lorena con doscientos hombres de armas; y, cuando supieron los venecianos la derrota de su armada, enviaron á este Duque con parte de sus tropas para tener en jaque al enemigo, y con lo restante del ejército hicieron pasar el Adda á Roberto de San Severino y acercarse á Milán, proclamando al duque Galeazzo y á su madre Bona. Creyeron que con ello provocarían desórdenes en Milán, por suponer que los milaneses odiaban á Luis Sforza y su gobierno.

Esta invasión produjo al principio bastante terror, haciendo que se armaran los milaneses; pero ocasionó á los venecianos consecuencias contrarias á las que esperaban, pues, á causa de ella, consintió Luis Sforza, contra su opinión anterior, en que se hiciera la guerra en el ducado de Milán. Por esto, dejando al marqués de Ferrara la defensa de sus Estados con cuatro mil caballos y dos mil infantes, el duque de Calabria entró en el territorio de Bérgamo con doce mil caballos y cinco mil infantes. De aquí pasó al de Brescia, y después al de Verona, saqueando, sin que los venecianos pudieran oponerse, todo este territorio, porque Roberto de San Severino con sus tropas apenas podía defender las citadas ciudades.

Por la otra parte, el marqués de Ferrara recobró casi todos sus Estados, porque el duque de Lorena, que

sólo contaba con dos mil caballos y mil infantes, no podía combatirle.

Así, pues, en toda esta estación del año 1483 se peleó felizmente para la liga.

XXVI (1484). En la primavera del año siguiente, porque el invierno se había pasado en tranquilidad, salieron los ejércitos á campaña. Los aliados, para vencer con más facilidad al enemigo, habían reunido todo su ejército y, de haber luchado como en el año anterior, con facilidad, quitaran á los venecianos todo el territorio que tenían en Lombardía, pues las tropas de éstos estaban reducidas á seis mil caballos y cinco mil infantes, porque el duque de Lorena, terminado el año de su compromiso, volvió á su tierra, y los contrarios tenían trece mil caballos y seis mil infantes. Pero, como sucede muchas veces cuando hay varios con la misma autoridad, las disensiones entre ellos dan la victoria al enemigo.

Muerto Federico Gonzaga, marqués de Mantua, á cuya autoridad se sometían el duque de Calabria y Luis Sforza, empezó el desacuerdo entre éstos, y después las rivalidades; porque Juan Galeazzo, duque de Milán, estaba ya en edad de tomar las riendas del gobierno y, teniendo por esposa á la hija del duque de Calabria, deseaba que no fuera Sforza, sino su yerno, quien gobernara el ducado. Conoció Sforza este deseo del Duque y determinó privarle de los medios de realizarlo.

Supieron las intenciones de Luis Sforza los venecianos y, aprovechando la ocasión, juzgaron que, como siempre, ganarían con la paz lo que con la guerra habían perdido. Al efecto gestionaron secretamente el acuerdo entre ellos y Luis Sforza, y lo ajustaron en Agosto de 1484.

Mucho desagradó esto á los demás aliados cuando lo supieron, sobre todo al ver que tenían que devolver á los venecianos todas las poblaciones conquistadas, dejarles Rovigo y el Polesino, y permitirles conservar en Ferrara los antiguos privilegios. Todos opinaban haber hecho una guerra en la cual se gastó y conquistó bastante, peleando con honra, para terminarla con ignominia, puesto que las ciudades tomadas se devolvían y las perdidas no se recuperaban. Pero viéronse los aliados en la precisión de aceptar la paz, porque no podían hacer más gastos, ni querían exponerse á ser víctimas de la mala fe ó ambición ajena.

XXVII. Mientras en Lombardía ocurrían estos sucesos, el Papa, secundado por maese Lorenzo, estrechaba cada día más á Cittá del Castello, para echar de allí á Nicolás Vitelli, abandonado por los aliados á fin de atraerse al Pontífice á su causa. Los de dentro de la ciudad, que eran partidarios de Vitelli, hicieron una salida y derrotaron á los enemigos. A causa de esto, llamó el Papa al conde Jerónimo, que estaba en Lombardía, para reorganizar su ejército y volver á sitiar á Cittá del Castello; pero, juzgando después que sería mejor ganarse á Vitelli con la paz que atacarle de nuevo, púsose de acuerdo con él, reconciliándole lo mejor que pudo con su adversario maese Lorenzo. Más le obligó á esto el temor á nuevos desórdenes que el amor á la paz, porque veía nacer entre los Colonna y los Orsini perniciosas rivalidades. El rey de Nápoles había quitado á los Orsini en la guerra con el Papa el castillo de Tagliacozzo, dándolo á los Colonna, que seguían su partido. Hecha después la paz entre el Papa y el Rey, los Orsini, en virtud de los artículos de la misma, lo reclamaron. El Papa or-

denó muchas veces á los Colonna que lo restituyeran; pero éstos, ni por los ruegos de los Orsini, ni por las amenazas del Papa, hicieron la restitución: en cambio, con nuevas presas y otras parecidas injurias, ofendieron á los Orsini.

No pudiendo sufrir el Papa estos abusos, envió todas sus tropas, con las de los Orsini, contra los Colonna, y las casas que éstos tenían en Roma fueron saqueadas, siendo muertos ó presos quienes querían defenderlas. También les privó el Papa de casi todos sus castillos; terminando estos desórdenes, no por la paz, sino por la ruina de un partido.

XXVIII. No reinaba tampoco entonces tranquilidad en Génova y Toscana, porque los florentinos tenían al conde Antonio de Marciano con tropas en la frontera de Serezzana; y, mientras duró la guerra en Lombardía, molestaba á los de Serezzana con correrías y escaramuzas.

En Génova el dux Battistino Fregoso fué preso con su mujer é hijos por el arzobispo Pablo Fregoso, que abusó de su confianza y se hizo Señor de la ciudad.

La armada veneciana atacó también el reino de Nápoles, ocupando á Gallípoli y devastando las inmediaciones de esta población.

Pero hecha la paz en Lombardía, cesaron todos los desórdenes, excepto los de Toscana y Roma, porque, á los cinco días de publicada la paz, murió el Papa, ó por llegar el término de su vida, ó porque le matara el disgusto por aquel convenio.

Dejó este Pontífice á Italia en paz, aunque, en vida, siempre la tuvo en guerra. A su muerte todos los romanos empuñaron las armas y el conde Jerónimo se retiró con sus tropas junto al castillo de Sant' Angelo. Temían

los Orsini que los Colonna quisieran vengar las recientes ofensas: los Colonna pedían que les devolvieran sus casas y castillos, y de aquí nacieron, á los pocos días, muertes, robos é incendios en muchos sitios de la ciudad. Pero los cardenales persuadieron al conde Jerónimo para que les entregara el castillo de Sant'Angelo, se fuera á sus Estados y librara á Roma de su ejército; y el Conde, deseando conquistarse la benevolencia del nuevo Pontífice, obedeció, entregando el castillo, y yéndose á Imola.

Libres los cardenales del miedo que tenían al Conde, y privados los barones del auxilio que de él esperaban en sus querellas, se procedió á la elección de nuevo Pontífice y, después de algún debate, fué elegido Juan Bautista Cibo, cardenal de Molfetta, genovés, que tomó el nombre de Inocencio VIII. Era de carácter dulce, afable y pacífico, é hizo deponer las armas, restableciendo la paz en Roma.

XXIX. Después de la paz de Lombardía, los florentinos no podían estar en reposo, pareciéndoles cosa indigna y vergonzosa que un noble sin autoridad les hubiera despojado de la plaza de Serezzana. Y como en el tratado de paz se estipulaba que no sólo se pudiera reclamar lo perdido, sino hacer la guerra á quien impidiese reconquistarlo, se proveyeron en seguida de dinero y tropas para recuperar á Serezzana.

No pareciendo á Agustín Fregoso, que era quien había ocupado á Serezzana, que podría defenderse con sólo sus fuerzas, dió la plaza al banco de San Jorge.

Como he de hablar diferentes veces del banco de San Jorge y de los genoveses, creo á propósito referir las instituciones, leyes y usos de Génova, que es una de las principales ciudades de Italia.

Desde que los genoveses hicieron la paz con los venecianos, para terminar la importantísima guerra que muchos años antes tuvieron, no pudiendo satisfacer el gobierno á los ciudadanos la gran suma de dinero que le habían prestado, concedióles la renta de la aduana, determinando que cada cual fuera cobrando en proporción á sus créditos, hasta que todas estas deudas quedaran extinguidas. Para las reuniones de los acreedores se les dió el palacio que hay junto á la aduana.

Estos acreedores organizaron una especie de gobierno, formando un consejo de cien de ellos que deliberase sobre los asuntos de interés general, y otro de ocho miembros, que eran los directores de la corporación, y dividían entre todos lo recaudado, formando partes ó cupones que llamaban *lugares* (luoghi). La corporación la titularon de San Jorge. Esta fué su organización y forma de regirse.

Pero tuvieron necesidad las autoridades de la ciudad de acudir á la corporación de San Jorge en demanda de nuevos auxilios y, siendo ésta rica y bien administrada, pudo prestarlos.

El Estado, que le había dado ya la renta de aduanas, le dió después sus terrenos, en fianza del dinero que recibía. Las necesidades de la República y los servicios de esta corporación han llegado á punto que San Jorge tiene en su administración la mayoría de las tierras y ciudades sometidas á la República genovesa, las cuales gobierna y defiende, y cada año les envía los Rectores elegidos por público sufragio, sin que el Estado intervenga para nada.

De aquí ha nacido que los ciudadanos consideren tiránica la administración pública, prefiriendo la de San

Jorge por su equitativo y honrado proceder, que siempre es igual, en medio de los fáciles y numerosos cambios que ha sufrido esta República, sometida á veces á uno de sus ciudadanos, y á veces á un príncipe extranjero.

Así, pues, cuando los Fregosos y los Adornos combaten por la soberanía, la mayoría de los ciudadanos no toma parte en la lucha, dejando que el gobierno sea presa del vencedor. San Jorge sólo interviene cuando éste ha tomado posesión de la autoridad, para hacerle jurar la observancia de sus leyes, que hasta ahora han sido invariables, porque, teniendo la corporación armas, dinero y gobierno, no se puede tocar á ella sin riesgo de peligrosa rebelión. Ejemplo verdaderamente raro, no encontrado por los filósofos en tantas repúblicas como han visto ó imaginado, es el de que figure dentro del mismo Estado, entre los mismos ciudadanos, la libertad y la tiranía, la pureza y la corrupción de las costumbres, la justicia y la licencia; porque este establecimiento es el único que conserva en Génova las antiguas y venerables costumbres. Y si ocurriera, lo que con el tiempo sucederá sin duda, que San Jorge sea dueño de todo el Estado, será Génova más memorable que Venecia.

XXX. Cedió, pues, Agustín Fregoso Serezzana á San Jorge, que la recibió de buen grado, y tomó á su cargo defenderla, alistando apresuradamente una armada y enviando tropas á Pietrasanta para impedir la comunicación con el campamento de los florentinos, que estaba ya cerca de Serezzana.

Los florentinos, por su parte, deseaban apoderarse de Pietrasanta, porque, sin tener dicha plaza, situada entre Pisa y Serezzana, la ocupación de esta última no era de gran utilidad; pero no tenían pretexto para atacarla, á

menos que sus vecinos ú otros que estuvieran dentro de ella se opusieran á su empresa contra Serezzana. A fin de comprometerles á ello, enviaron desde Pisa al campamento gran cantidad de víveres y municiones con pequeña escolta, para que los de Pietrasanta, por la debilidad de ésta, no la temieran, y por la importancia de la presa excitara su codicia de apoderarse de ella.

Sucedió lo que habian proyectado, porque los de Pietranta, viendo ante sus ojos tan gran presa, la arrebataron; lo cual dió á los florentinos justo motivo de agresión y, prescindiendo por lo pronto de Serezzana, acamparon junto á Pietrasanta, cuya guarnición era numerosa y la defendia valerosamente.

Colocaron los florentinos en el llano su artillería, é hicieron un reducto en la montaña para batir también la plaza por aquella parte. Era Comisario en el ejército Jacobo Guicciardini.

Mientras se combatía en Pietrasanta, la armada genovesa tomó y quemó el castillo de Vada y, saltando á tierra la gente que conducía, corría y desvastaba las inmediaciones. Al encuentro de estas tropas fué enviado con infantería y caballería Bongianni Gianfigliazzi que, en parte, contuvo su audacia, no pudiendo hacer las correrías con tanta impunidad.

La armada, para seguir molestando á los florentinos, fué á Liorna, y con pontones y otros artefactos, se aproximó á la torre nueva, batiéndola varios días con sus cañones; pero, viendo que no conseguía ningún resultado, se retiró vergonzosamente.

XXXI. Entretanto en Pietrasanta se combatía débilmente, por lo cual, animados los enemigos, asaltaron y tomaron el reducto de la montaña. Esto les dió mucha

fama y tanto miedo á los florentinos, que estuvieron á punto de dispersarse sin que les atacaran. Apartáronse cuatro millas de la plaza, y los jefes opinaron que, estando ya en Octubre, debían tomar cuarteles de invierno, dejando para la primavera la expugnación de Pietrasanta.

Al saberse en Florencia este fracaso, produjo la mayor indignación á los principales miembros del gobierno. Para reorganizar inmediatamente el ejército y restablecer su reputación y su fuerza, eligieron por nuevos Comisarios á Antonio Pucci y á Bernardo del Nero, que con gran suma de dinero, fueron al campamento mostrando á los jefes la indignación de la Señoría, del gobierno y de toda la ciudad, si no regresaban con el ejército al ataque de Pietrasanta, y el descrédito que tendrían si tantos capitanes con tanto ejército, sin tener enfrente más que una pequeña guarnición, no podían tomar tan débil plaza. Hiciéronles ver también la utilidad presente y las ventajas futuras que por esta conquista debían esperar, de tal modo, que todos decidieron volver al ataque, empezando por reconquistar el reducto. Así se hizo, dándose á conocer entonces cuánto pueden en el ánimo de los soldados la bondad, afabilidad y cariñosas frases; porque Antonio Pucci, animando á unos, prometiendo á otros, á este estrechando la mano, abrazando á aquel, les hizo marchar al asalto con tanto ímpetu, que reconquistaron el reducto en un momento; pero no sin pérdidas, porque una bala de cañón mató á Antonio de Marciano. Tanto asustó este ataque á los de dentro, que empezaron á tratar de rendirse.

Para dar más importancia á la victoria, juzgó opor-

tuno Lorenzo de Médicis ir al campamento y, á los pocos días de llegar, fué tomada la plaza.

Se estaba ya en el invierno, y pareció á los jefes que no debían seguir adelante su empresa, sino esperar la primavera, máxime que aquel otoño, por el mal aire que reinaba, tenía lleno de enfermos el ejército, y muchos jefes lo estaban de gravedad, entre ellos Antonio Pucci y Bongianni Gianfigliazzi, que, no sólo enfermaron, sino murieron, con gran sentimiento de todos: tanto fué el afecto general que, sobre todo Pucci, adquirió por su conducta en Pietrasanta.

Cuando los florentinos conquistaron á Pietrasanta, enviaron los de Luca embajadores á Florencia á pedir esta plaza, como perteneciente á su república, alegando que, entre las obligaciones impuestas por el tratado de paz de Lombardía, era una la de restituir á sus primitivos Señores todas las plazas que unos ú otros ocuparan.

No negaron los florentinos la obligación; pero respondieron que no sabían si, en la paz que negociaban con los genoveses, tendrían que devolverla á éstos, por lo cual no podrían disponer de ella hasta entonces. Además, para el caso de tenerla que restituir á los de Luca, era preciso que éstos pensaran en satisfacerles los gastos hechos y los daños ocasionados por la muerte de tantos ciudadanos. Sólo cuando esto hicieran podían tener esperanzas de recobrarla.

Transcurrió todo aquel invierno en las negociaciones de paz entre genoveses y florentinos que, mediando en ellas el Papa, se practicaban en Roma; pero, no habiendo terminado al llegar la primavera, los florentinos hubiesen atacado á Serezzana, de no impedirlo la enfermedad de Lorenzo de Médicis y la guerra que estalló entre el

Papa y el rey Fernando de Nápoles. Porque Lorenzo, no sólo padecía la enfermedad de la gota, heredada de su padre, sino que le atacaron gravísimos dolores de estómago, siendole preciso tomar baños para curarse.

XXXII. Pero el motivo principal fué la guerra, que tuvo el siguiente origen:

La ciudad de Aquila, aunque sometida al reino de Nápoles, vivía como libre, y tenía en ella grande autoridad el conde de Montorio (1485). Encontrábase cerca del Tronto con sus hombres de armas el duque de Calabria, con pretexto de apaciguar algunos tumultos ocurridos entre los campesinos de aquellas comarcas y, proyectando someter por completo á Aquila á la obediencia del Rey, mandó llamar al conde de Montorio, como si quisiera valerse de él en algo de lo que estaba ejecutando. Obedeció el Conde sin recelo alguno y, al llegar donde estaba el Duque, fué preso y enviado á Nápoles.

Cuando en Aquila se supo esta prisión, se alarmó toda la ciudad y, acudiendo tumultuosamente á las armas, fué muerto Antonio Concinello, comisario del Rey, y algunos otros ciudadanos conocidos por ser partidarios del Monarca. Para tener quien en su rebelión les apoyara, enarbolaron la bandera de la Iglesia y enviaron embajadores al Papa, concediéndole la ciudad y rogándole que, como cosa suya, la defendiera de la tiranía real.

Tomó el Papa animosamente la defensa de Aquila porque, por motivos públicos y privados, odiaba al Rey, y estando Roberto de San Severino enemistado con el gobierno de Milán, y sin compromiso de servir á ningún otro, lo tomó el Papa á sueldo, haciéndole venir apresuradamente á Roma. Además, excitó á todos los amigos y parientes del conde de Montorio á que se rebelaran con-

tra el Rey, y así lo hicieron inmediatamente los príncipes de Altemura, de Salerno y de Bisignano.

Metido el Rey en esta guerra imprevista, acudió á los florentinos y al duque de Milán en demanda de ayuda. Dudaban los florentinos lo que debían hacer, porque parecíales muy dañoso abandonar sus intereses por favorecer los ajenos, y muy peligroso empuñar de nuevo las armas contra la Santa Sede. Sin embargo, pospusieron su utilidad y los peligros á los deberes de la alianza; tomaron á sueldo á los Orsini y enviaron todas sus tropas, al mando del conde de Pitigliano, hacia Roma, en auxilio del Rey.

Organizó éste entonces dos ejércitos: el uno, mandado por el duque de Calabria, lo envió con dirección á Roma, y, unido al florentino, hizo frente al pontificio: el otro, á las órdenes del Rey, operó contra el de los barones sublevados. En ambos campos se hacía la guerra con varia fortuna, hasta que, adquiriendo el Rey superioridad en muchas partes, en Agosto de 1486, por mediación de los embajadores del rey de España, se ajustó la paz, que aceptó el Papa por haber sufrido reveses y no querer exponerse más á los caprichos de la fortuna.

Uniéronse, pues, entonces todos los potentados de Italia, dejando únicamente fuera de la unión á los genoveses, como rebeldes del Estado de Milán y usurpadores de propiedades de los florentinos.

Hecha la paz, Roberto de San Severino, que en la guerra había sido, como amigo, poco fiel, y como enemigo, poco peligroso, fué casi echado de Roma por el Papa. Perseguido por los florentinos y por las tropas del duque de Milán, cuando pasó Cesena, viéndose casi alcanzado, emprendió la fuga, y con menos de cien ca-

ballos llegó á Ravena. Los demás soldados, en parte, fueron recibidos por el duque de Milán, y en parte desvalijados por los campesinos.

Ajustada la paz y reconciliado el rey de Nápoles con los barones, mandó matar á Jacobo Coppola y á Antonello (Petrucci) de Aversa, con sus hijos, porque durante la guerra revelaron sus secretos al Pontífice.

XXXIII. Por el ejemplo que dieron en esta guerra, conoció el Papa la actividad y el celo de los florentinos en cumplir sus deberes de amistad, y á causa de ello empezó á cambiar en afecto la aversión que les tenía, primero por ser el Pontífice amigo de los genoveses, y después por el auxilio que dieron al rey de Nápoles, é hizo á sus embajadores más favores que de costumbre.

Lorenzo de Médicis conoció esta inclinación del Papa, y procuró hábilmente fomentarla, porque juzgaba que convendría mucho á su autoridad unir á la amistad del Rey la del Papa.

Tenía el Pontífice (1) un hijo, llamado Francisco, y deseaba procurarle Estados y aliados que le ayudaran á defenderlos después de su muerte. Nadie le pareció en Italia más á propósito para este objeto que Lorenzo de Médicis, y por ello obró de modo que éste diera á Francisco por esposa una de sus hijas. Contraído este parentesco, deseaba el Papa que los genoveses, por convenio, cedieran á los florentinos Serezzana, mostrándoles que no podían conservar lo que Agustín Fregoso había vendido, ni éste pudo tampoco dar á la corporación de San Jorge lo que no era suyo. No sólo no pudo conseguir

(1) Fué casado antes de recibir órdenes sagradas y tuvo varios hijos.

nada, sino que los genoveses, mientras se practicaban estas negociaciones en Roma, armaron muchos de sus barcos y, sin que en Florencia se supiera cosa alguna, desembarcaron tres mil infantes y asaltaron el castillo de Serezanello, situado sobre Serezzana, y en poder de los florentinos. Éstos reunieron inmediatamente sus tropas en Pisa, al mando de Virgilio Orsino, y se quejaron al Papa de que, mientras él negociaba la paz, los genoveses les habían declarado la guerra.

Enviaron después á Pedro Corsini á Luca para mantener la amistad de esta ciudad y á Pablo Antonio Soderini á Venecia para sondear las intenciones de aquella república; pidieron auxilio al rey de Nápoles y á Luis Sforza, y de ninguno de ambos lo obtuvieron, porque el Rey dijo estar receloso de la armada de los turcos, y Sforza, con diferentes pretextos, excusó mandarlo. Así sucede casi siempre á los florentinos, que se encuentran solos en la guerra, no hallando en nadie el ardimiento con que ellos procuran acudir en auxilio de los otros.

No por ser abandonados esta vez de los aliados se alarmaron, porque no era para ellos una novedad este abandono. Organizaron un ejército numeroso, á las órdenes de Jacobo Guicciardini y Pedro Vettori, y lo enviaron contra el enemigo, yendo á acampar junto al río de la Magra.

Entretanto los genoveses estrechaban el asedio de Serezanello, empleando contra él minas y los demás recursos que tenían en su poder, por lo cual los Comisarios determinaron socorrerlo. El enemigo no esquivó la batalla y, llegando á las manos, fueron derrotados los genoveses, quedando prisioneros Luis del Fiesco y otros muchos capitanes del ejército enemigo (1487).

No asustó á los de Serezzana esta victoria, de tal modo que quisieran rendirse; al contrario, se prepararon obstinadamente á la defensa, y los Comisarios florentinos al ataque, combatiendo valerosamente por ambas partes.

Durando mucho este asedio, decidió Lorenzo de Médicis ir al campamento. Con su llegada, nuestros soldados cobraron ánimo, y los de Serezzana lo perdieron al ver la obstinación de los florentinos en el ataque y la frialdad de los genoveses en socorrerles, por lo cual se rindieron á discreción de Lorenzo, volviendo al poder de los florentinos. Todos, menos los autores de la rebelión, fueron benignamente tratados.

Durante el asedio de Serezzana, Luis Sforza envió su ejército á Pontremoli, para indicar que venía en nuestro favor; pero, estando en inteligencia con algunos genoveses, sublevóse el partido opuesto á los gobernantes y, con el auxilio de aquel ejército, se entregaron al duque de Milán.

XXXIV. Por entonces los tudescos declararon la guerra á los venecianos, y Boccolino de Osimo, en la Marca de Ancona, había hecho rebelar Osimo contra el Papa, convirtiéndose en Señor absoluto de esta ciudad. Después de muchos accidentes, á persuasión de Lorenzo de Médicis, devolvió Boccolino dicha ciudad al Pontífice y vino á Florencia, donde, bajo la garantía de Lorenzo, vivió muy considerado durante bastante tiempo. Después fué á Milán, donde no encontró igual respeto á la promesa de seguridad, porque le mataron por orden de Luis Sforza.

En su guerra contra los tudescos, fueron derrotados los venecianos junto á Trento y muerto su general Roberto de San Severino. Después de este desastre, los ve-

necianos, conforme á su constante fortuna, ajustaron la paz con los tudescos, no como vencidos, sino como vencedores: ¡tan honrosa fué para su república! (1488).

Hubo entonces también importantísimos disturbios en la Romaña. Francisco de Orso, vecino de Forli, era persona de grande autoridad en esta ciudad y llegó á ser sospechoso al conde Jerónimo, que repetidas veces le amenazó. Vivía Orso atemorizado, y sus parientes y amigos le aconsejaron que, puesto que temía ser muerto por el Conde, lo matara él primero, salvando de este modo su vida.

Tomada esta determinación, y decididos á realizarla, eligieron para su ejecución el día de mercado en Forli, porque, viniendo, durante él, muchos amigos suyos de las inmediaciones pensaron valerse de ellos, sin necesidad de llamarles.

Era el mes de Mayo, y la mayoría de los italianos tienen la costumbre de cenar con luz del día. Creyeron los conjurados que el mejor momento para matar al Conde era el de la cena porque, mientras cenaba su familia, permanecía solo en su habitación. Acordado así, fué Orso á casa del Conde, dejó á sus compañeros en las primeras habitaciones, llegó á la en que el Conde estaba, y dijo á su ayuda de cámara que le anunciara quería hablarle. Fué Orso introducido y, encontrando al Conde solo, después de algunas frases sobre fingido asunto, le mató y, llamando á los cómplices, también mataron al ayuda de cámara.

Por acaso se presentó el comandante de la plaza en aquel momento para hablar con el Conde y, al llegar á la sala con pocos que le acompañaban, también le mataron los asesinos.

Hechos estos homicidios, promovieron gran alboroto, arrojaron por una ventana el cadáver del Conde y, gritando Iglesia y Libertad, armaron á todo el pueblo, que odiaba la avaricia y crueldad del Conde, saquearon la casa de éste y prendieron á la condesa Catalina y á sus hijos.

Quedaba sólo por tomar la fortaleza para que esta empresa tuviera completo éxito; pero no quería entregarla el gobernador y rogaron á la Condesa que le aconsejara rendirla. Prometió ella hacerlo si le permitían ir al castillo y, en prenda de su promesa, les dejó sus hijos. Creyeron los conjurados lo que les prometía y le permitieron entrar en la fortaleza; pero, tan pronto como estuvo dentro, les amenazó con la muerte y todo género de suplicios en venganza del asesinato de su marido. Le dijeron que matarían á sus hijos y respondió que estaba en edad de procrear otros.

Asustados los conjurados al ver que el Papa no les ayudaba y al saber que Luis Sforza, tío de la Condesa, mandaba tropas en auxilio de ésta, con todos los efectos y bienes que pudieron llevar consigo se refugiaron en Cittá del Castello. Cuando la Condesa recobró la posesión de sus Estados vengó la muerte de su esposo con todo género de crueldades.

Sabida la muerte del Conde, los florentinos aprovecharon la ocasión para recobrar el castillo de Pancaldoli, que les había quitado hacía tiempo y, mandando allí sus tropas, lo tomaron, pero murió en la empresa el famosísimo arquitecto Cecca.

XXXV. Á este desorden ocurrido en la Romaña sucedió otro no menos importante.

La esposa de Galeotto, señor de Faenza, era hija de

Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, y, por celos ó por malos tratos del marido, ó por su mala índole, odiaba á su esposo, hasta el punto que determinó quitarle los Estados y la vida.

Fingiendo enfermedad, se metió en la cama y ordenó que cuando Galeotto fuera á visitarla, le asesinaran algunos de sus confidentes, escondidos en la habitación. Además dió cuenta del proyecto á su padre, que esperaba la muerte de su yerno para apoderarse del Señorío de Faenza.

Llegado el momento fijado para este homicidio, entró Galeotto en la habitación de su esposa, según su costumbre, y estaba hablando con ella cuando los asesinos salieron del escondite y, sin que él pudiera evitarlo, le mataron.

Fué grande el tumulto después de esta muerte, y la esposa con un hijo pequeño que tenía, llamado Astorre, se refugió en el castillo. El pueblo tomó las armas, y Juan Bentivoglio, con un tal Bergamino, capitán á sueldo del duque de Milán, con bastantes tropas preparadas de antemano, entró en Faenza, donde estaba aún de Comisario florentino Antonio Boscoli.

En medio del desorden todos aquellos jefes se reunieron para convenir el gobierno de la ciudad; pero los hombres de Val de Lamona, que al saber lo ocurrido acudieron precipitadamente, atacaron á Bentivoglio y Bergamino, matando á éste, prendiendo á aquél y proclamando la dominación de Astorre y de los florentinos, á cuyo Comisario entregaron la ciudad.

A todos desagradó en Florencia este suceso cuando lo supieron; sin embargo, hicieron poner en libertad á Juan Bentivoglio y á su hija, y tomaron á su cuidado Astorre

y la ciudad de Faenza, por voluntad de todo el pueblo.

Á este desorden siguieron otros, después que terminaron las guerras grandes entre los Estados más poderosos. Durante muchos años hubo tumultos en la Romaña, en la Marca y en Siena, que, por su escasa importancia, juzgo superfluo referir. Verdad es que los de Siena, después que el duque de Calabria, en la guerra de 1488, partió de aquel punto, fueron más frecuentes, ocasionando rápidos cambios, en los cuales unas veces dominaba la plebe y otras los nobles. Quedaron éstos al fin dueños de la ciudad, y con más autoridad que los demás Pandolfo y Jacobo Petrucci, quienes, el uno por su prudencia y el otro por su valor, llegaron á ser Señores de ella.

XXXVI. Terminada la guerra de Serezzana, vivieron los florentinos hasta el año de 1492, en que ocurrió la muerte de Lorenzo de Médicis, en grandísima prosperidad, porque Lorenzo, una vez asegurada la paz por su influencia y autoridad, dirigió sus esfuerzos á engrandecer su casa y su patria. Casó á su hijo primogénito, Pedro, con Alfonsina, hija del caballero Orsino, y después logró que á su segundo hijo, Juan, le concedieran la dignidad del cardenalato. Llegó éste á ser tan famoso como extraordinario fué su nombramiento de cardenal antes de cumplir catorce años (1). Este fué uno de los honores que más tarde elevaron la reputación de los Médicis hasta las nubes.

No le fué posible asegurar extraordinaria fortuna á su tercer hijo, Julián, por lo joven que era y lo poco que Lorenzo vivió.

(1) Llego á ser Papa con el nombre de León X.

Las hijas las casó una con Jacobo Salviati, otra con Francisco Cibo, y la tercera con Pedro Ridolfi. La cuarta, que, por tener á su familia unida, la había casado con Juan de Médicis, murió.

Respecto á sus demás asuntos privados, en el comercio fué desgraciadísimo, porque las irregularidades de sus dependientes, que administraban los negocios de Lorenzo, no como hombre privado, sino como príncipe, le hicieron sufrir grandes pérdidas en diferentes puntos, siendo preciso que su patria le ayudara con cuantiosa suma de dinero del Tesoro público.

De aquí que, por no exponerse de nuevo á los trances de la fortuna, dejó las operaciones mercantiles y adquirió dominios territoriales, como riqueza más sólida y segura. En las comarcas de Prato, Pisa y Val de Pesa compró grandes posesiones, cuyas rentas y edificios y magnificencia no parecían de hombre privado, sino de soberano.

Después de esto se dedicó á embellecer y agrandar su ciudad; y, habiendo en ella grandes espacios sin edificar, los llenó de nuevas calles y casas, que ensancharon y hermosearon Florencia. Para asegurar la tranquilidad de sus habitantes y poder combatir desde lejos á los enemigos, fortificó el castillo de Fiorenzuola, situado en medio de los Alpes, hacia Bolonia; en la dirección de Siena comenzó la restauración de Poggio Imperial para hacerlo inexpugnables, y cerró á todo enemigo el camino de Génova con la conquista de Pietrasanta y Serezzana. Además, mantenía con subsidios y pensiones la amistad y adhesión de los Baglioni en Perusa, de los Vitelli en Cittá de Castello, y el gobierno de Faenza estaba en su poder. Todas estas disposiciones constituían una especie de baluarte para la seguridad de Florencia.

Durante este período de paz procuró que abundaran las fiestas en la ciudad, haciendo celebrar con frecuencia torneos y representaciones de triunfos y sucesos de la antigüedad. Su propósito era mantener la abundancia en su patria, unido al pueblo y honrada la nobleza.

Estimaba grandemente á los que sobresalían en cualquiera de las artes; favorecía á los literatos, de lo cual pueden testificar Agnolo de Montepulciano, Cristóbal Landini y el griego Demetrio. El conde Juan de la Mirandola, hombre casi divino, atraído por la magnificencia de Lorenzo de Médicis, prefirió Florencia á todas las otras ciudades que había recorrido, para fijar su residencia.

Eran de su especial agrado la música, la arquitectura y la poesía, y compuso y comentó varias composiciones poéticas.

Para que la juventud florentina pudiera ejercitarse en el estudio de la literatura, fundó la Universidad de Pisa, llamando á la enseñanza en ella á los hombres más sabios que había entonces en Italia.

Para fray Mariano de Chinazzano, de la orden de San Agustín, porque era predicador notabilísimo, edificó un monasterio junto á Florencia.

La fortuna y Dios le protegieron, y por ello todas sus empresas tuvieron feliz término, y las de sus enemigos desgraciado; porque, además de la conjuración de los Pazzi, quiso asesinarle Bautista Frescobaldi en el Carmen, y Baldinotto de Pistoya en su casa de campo; pero todos recibieron, como también sus cómplices, el justo castigo por tan malvados designios.

No sólo los príncipes de Italia, sino los de países lejanos, conocieron con admiración su modo de vivir y su fortuna. El rey de Hungría, Mattías, le dió muchas prue-

bas de su estimación y aprecio, y el Sultán de Egipto le cumplimentó y envió regalos por medio de sus embajadores. El Gran Turco le entregó á Bernardo Bandini, asesino de su hermano.

Todas estas cosas le atraían la admiración de Italia. Su prudencia aumentaba diariamente su reputación, porque era en discutir los asuntos elocuente é ingenioso, en resolverlos sensato, y en ejecutar lo resuelto activo y animoso.

No le censuraron vicios que obscurecieran sus virtudes, aunque era aficionado á los placeres del amor y le deleitaba oir á los burlones y maldicientes y los juegos pueriles más de lo que convenía á tan grande hombre, pues muchas veces se le veía tomar parte en los entretenimientos de sus hijos é hijas. Considerando estas aficiones unidas á las graves de los negocios públicos, parecía haber en él dos personas unidas por lazos incomprensibles.

En sus últimos tiempos vivió lleno de molestias, causadas por la enfermedad que le afligía, produciéndole grandes dolores de estómago. Tanto se exacerbaron éstos, que falleció en Abril de 1492, á los cuarenta y cuatro años de edad.

Nadie murió, no sólo en Florencia, sino en Italia, con mayor fama de prudencia, ni fué más sentido. Viéronse en el cielo muchos presagios de que su muerte sería principio de grandes calamidades, entre ellos un rayo que cayó en lo alto de la iglesia de Santa Reparata, con tanta violencia que destrozó gran parte de la elevadísima techumbre, con estupor y admiración de todos.

Lamentaron su muerte todos los ciudadanos y todos los príncipes de Italia, dando de ello pruebas manifiestas,

porque todos, sin excepción, enviaron embajadores á Florencia para expresar su sentimiento á esta República. Y de que tenían justo motivo para sentirlo, muy pronto se conoció por los efectos; porque, faltando á Italia sus consejos, no encontraron los gobiernos medio de satisfacer ó refrenar la ambición de Luis Sforza, gobernador del duque de Milán, por lo cual, inmediatamente después de la muerte de Lorenzo de Médicis, empezaron á nacer las malas semillas que, al poco tiempo, por no vivir quien sabía destruirlas, arruinaron y arruinan todavía á Italia.

FIN DE LA HISTORIA DE FLORENCIA.

FRAGMENTOS HISTÓRICOS (1)

AÑO DE 1494.

Quería el papa Alejandro VI que Alfonso (2) diera su hija en matrimonio á uno de los hijos de aquél, y oponiéndose éste, se indignó hasta el extremo de escribir al rey de Francia que viniera á reconquistar el reino de Nápoles; de suerte que, si es cierto que Carlos pensaba ya en esta conquista, el consejo del Pontífice le decidió á emprenderla.

Añadíase á esto que Luis Sforza gobernaba el Estado de Milán como soberano y no como tutor de Juan Galeazzo, que ya era adulto y á quien no pensaba entregar el gobierno, sino apartarle de los asuntos públicos, reteniendo para sí toda la autoridad; cosa muy desagradable para el rey Alfonso, padre de Hipólita, esposa de Juan Galeazzo. Pero Fernando, padre de Alfonso, disuadía á éste de todo intento contra Sforza, temeroso de que llamara á Francia en su ayuda; y para disipar las sospechas

(1) Estos fragmentos históricos son trabajos preparatorios de Maquiavelo para continuar la historia de Florencia.

(2) Hijo de Fernando, rey de Nápoles.

de Luis Sforza, proyectó ir en persona á Génova, poniéndose así en sus manos, reconciliarle con su hijo y divorciar á su nieta, la esposa de Juan Galeazzo, casándola con Luis Sforza. No pudo realizar pronto este proyecto, y Alfonso, menos prudente y más ardoroso que su padre, comenzó á gestionar contra Sforza.

Creyeron muchos que el verdadero móvil de Alfonso no era el amor á su hija ni el odio á Luis Sforza, sino el deseo de apoderarse de Lombardía como herencia suya; porque, en efecto, Felipe Visconti (que no tuvo hijos varones) la dejó á su abuelo Alfonso, para que la defendiera de los venecianos, quienes aspiraban á poseerla después de la muerte de Felipe.

Lo primero que hizo Alfonso fué una alianza con Florencia, aparentemente para seguridad de esta República, pero en realidad para apartarla de la amistad de Luis Sforza. Pedro de Médicis no consultó para ello á sus antiguos amigos, sino á nuevos consejeros.

Hecha la alianza con Alfonso, el papa Alejandro mudó de opinión y se unió á los aliados, reuniéndose éstos en Vicovaro y firmando el tratado.

Esta liga alarmó á Sforza, que envió á Florencia embajadores para recordar á Pedro de Médicis la antigua amistad y los peligros á que se exponía. Respondió Pedro vagamente que quería permanecer neutral en las calamidades que á Italia amenazaban. Comprendió Sforza, al saber esta respuesta, el fingimiento de Médicis, y determinó hacer todo lo posible para que el rey de Francia viniera á Italia, después de permanecer algún tiempo dudoso, porque veía en Italia un enemigo implacable y en Francia un amigo de poca fe; supuesto que el rey Carlos no podía venir con poco ejército y, llegado á

Italia, él y los demás italianos quedarían sujetos á su dominación; pero decidido á que viniera, envió embajadores á Francia con dinero y encargo de hacer todos los esfuerzos posibles para que Carlos VIII pasara los Alpes.

Oyó el rey de Francia las proposiciones de los embajadores de Sforza y las sometió á su Consejo. El almirante Jacobo Grandville las desaprobó; pero los demás consejeros, pensando más en el botín que en los daños posibles, aconsejaron la empresa, quedando acordado realizarla, después de terminar las cuestiones pendientes con los Estados vecinos.

Estas cuestiones eran con el emperador de Alemania y con el rey de España. Con el Emperador las arregló por mediación de Sforza, y con el rey de España entregándole Perpiñán. Organizó una armada en Marsella y envió embajadores á Italia para sondear la opinión de los pueblos y reconocer el terreno. La misión de éstos era asegurar que el rey Carlos no promovía guerra por ambición, sino que, para reconquistar su reino, pedía auxilio ó, á lo menos, el paso libre.

El Papa y los florentinos respondieron que no podían romper su alianza con el rey de Nápoles. Los venecianos se excusaron con la necesidad de vigilar á sus antiguos enemigos los turcos, aconsejando al rey de Francia desistir de la empresa, para no facilitar con ella la entrada de los turcos en Italia, y añadieron que, si se empeñaba en hacer la guerra, ellos permanecerían neutrales.

Mientras duraban estas negociaciones intentó Alfonso sublevar á Génova y quitársela á Luis Sforza, organizando una armada de treinta galeras y otras tantas naves menores, que, al mando de su hermano Federico,

envió á Liorna, y en la cual iban Obietto de Fiesco y Pablo Fregoso, á quienes los Adornos, que gobernaban á Génova en nombre del duque de Milán, habían desterrado. Por su parte los genoveses, con el auxilio del Duque, formaron en Génova una gran armada, y Carlos VIII envió al duque de Orleans con los suizos para defender la plaza. Los napolitanos fueron derrotados por los genoveses al atacar el castillo de Rapalle.

Después de esta victoria escribió Luis Sforza á Pedro de Médicis pidiéndole que fuera mediador en la paz. Pedro le respondió bien y obró mal, porque dió cuenta de todo á Alfonso, y además, para enemistar al rey de Francia con Sforza, ordenó que el embajador de éste fuera á verle en su casa, fingiéndose enfermo, y escondió en ella al del rey Carlos donde pudiera oir la conversación. Entonces hizo al embajador de Sforza leer la carta de éste. Con ello aceleró la venida del rey de Francia, porque, desesperado Sforza de llegar á un acuerdo, le apremiaba con la mayor urgencia, lo cual fué causa de que el rey Alfonso, lleno de dolor, se encerrara en su palacio hasta el punto de correr la noticia de que estaba loco. Pero recobrado el ánimo, determinó hacer frente á la mala fortuna y enviar el ejército mandado por su hijo Fernando, á Lombardía, como obrando á nombre del Emperador y con la esperanza de quitar el Estado á Luis Sforza, por saber que allí le odiaban. Sforza hizo venir á Aubigny con tropas y numerosísima armada á Niza, Marsella y Génova.

El rey Carlos vino á Lyon para preparar y ordenar las cosas de modo que Aubigny estuviera en la Romaña antes que Fernando, quien, apresurando la marcha, llegó á Ravena, junto al campamento de Aubigny, habiendo

algunas escaramuzas, por no recibir Fernando la orden de dar la batalla.

Entretanto el rey Carlos partió de Lyon para venir á Lombardía y, durante el viaje, corrió en su ejército la noticia de que Sforza le hacía traición, tan acreditada, que en la duda de si sería cierto, estuvo á punto de volver atrás; pero el cardenal de San Pedro *in Víncula* (1) disipó sus temores y, tranquilizado el Rey, dijo: «Vamos donde nos llama la gloria de la guerra, la discordia de los pueblos y la ayuda de los amigos.»

Continuando el camino, pasó á Italia por los Alpes de Ginebra y llegó á Asti, población que había sido largo tiempo de los franceses, y cuyos habitantes le salieron al encuentro. Avanzó hasta el Tesino, donde supo la enfermedad del duque de Milán Juan Galeazzo, que murió poco tiempo después. El Rey le visitó, satisfaciendo á Luis Sforza esta visita, porque disipaba la sospecha de que el Duque había muerto envenenado como un perro.

Dudaba Carlos VIII si debía dirigirse al reino de Nápoles por la Romaña ó por Toscana, pues ambos caminos ofrecían inconvenientes, siguiendo al fin la opinión de Sforza de ir por Toscana. Esta determinación asustó á los florentinos. Pedro de Médicis, sin consejo ni apoyo, decidió salir al encuentro del Rey y, haciéndose nombrar embajador, fué á Serezana y después á donde el Rey estaba. Encontróle en el camino y, arrodillándose

(1) Este cardenal fué después el papa Julio II. San Pedro *in Víncula* es una iglesia de Roma, y era entonces costumbre que cada cardenal tomara el nombre de una iglesia de esta ciudad.

ante él, empezó por darle excusas, y acabó ofreciéndose él y ofreciendo su ciudad.

El resultado de esta conferencia fué que el Rey pidió pusieran en sus manos los florentinos las fortalezas y le entregaran gran cantidad de dinero. Escribió Pedro de Médicis estas demandas á los magistrados, y después fué á Florencia, por saber que amenazaban allí desórdenes y para impedirlos.

Supiéronse con desagrado en Florencia las exigencias de Carlos VIII, y le enviaron nuevos embajadores para evitar los males que amenazaban á la República y con encargo de recomendarla á la generosidad del Rey.

Cuando llegó á Florencia Pedro de Médicis, ya se decía en todos los círculos que había hecho traición y vendido la ciudad, y además llevado á ella á Virginio Orsino con sus tropas. Por estas cosas su vuelta no fué grata á nadie y sí odiosa á muchos, tanto que todos hablaban ya de recobrar la libertad. Fué Pedro al Palacio, y le rechazaron; volvió á su casa y, falto de consejo, intentó en vano, ora la fuerza, ora la persuasión. Sin poder confiar en nadie, retiróse al fin con todos los suyos á Bolonia.

Fernando estaba con su ejército en Cesena cuando supo estos sucesos y, al verse privado del auxilio de los florentinos, que ya habían recibido al Rey, fué á Roma.

Pedro de Médicis estuvo pocos días en Bolonia, dejó allí á los suyos y se dirigió á Venecia.

En Florencia reinaba el mayor desorden.....

ASUNTOS DE MONTEPULCIANO.—1494.

En Pienza, ciudad de Siena, á seis millas de Montepulciano, habitaba la mayor parte del año maese Andrés Piccolomini, sobrino del papa Pío II, y tenía íntima amistad con muchos de Montepulciano, entre ellos con un tal Francisco Paganucci, que iba entonces con frecuencia á Siena por la enfermedad de su hermano maese Bartolomé Paganucci.

Por entonces fué elegido podestá de Chianciano Antonio Bichi, que gozaba de grande autoridad en Siena y, como Chianciano está á cuatro millas de Montepulciano, por cuestiones de límites, tenían los habitantes de ambos puntos desde hacía muchos años querellas y riñas. Pretextando arreglar estos asuntos, hablaba casi diariamente el citado Bichi con los de Montepulciano, cuyos ánimos logró disponer contra los florentinos porque, por entonces, la república de Florencia había mandado establecer en Montepulciano el nuevo impuesto del diezmo, cosa que llevaron á mal sus habitantes, máxime habiéndose convenido pocos meses antes entre la República y Montepulciano, que éstos pagarían en moneda blanca, á condición de recibir la sal una tercera parte más barata.

Al cambiar el gobierno en Florencia (1), viéronse los de Montepulciano obligados á pagar íntegro el impuesto

(1) Cuando, á la llegada de los franceses, fueron expulsados los Médicis.

de la sal, y aun encarcelados los que no pagaban. Por todo esto determinaron sublevarse, realizándolo el 26 de Marzo del modo siguiente: primero acordaron apoderarse del castillo, que estaba mal guardado y peor provisto de víveres, es decir, de harina, vino y pan. Lo custodiaban cuatro soldados necios, de los cuales al menos tres pasaban el día fuera del castillo, quedando uno dentro para abrir y cerrar la puerta. Tomaron, pues, los conjurados la fortaleza á la mañana siguiente de haber determinado sublevarse. Al amanecer se apoderaron por engaño del recinto y la guardia que allí había, y después, en menos de una hora se rindió el castillo, donde no había ni pan ni vino, abriendo las puertas el gobernador, que era un jovenzuelo. Intentaron después apoderarse de la torre de Chiane en el puente de Valiano, y no lo lograron porque uno de Montepulciano avisó á Bonzi, su gobernador.

El podestá florentino, que era el anciano Rodolfo Falconi, supo la conjura y escribió á Florencia; pero ni le creyeron ni le contestaron, y no hubo medio de impedir la sublevación.

Algunos días antes enviaron de Siena á los conjurados una bandera azul, en la que habían bordado con letras de oro la palabra *Libertas*, y también un grande escudo. Tomado el castillo, la enarbolaron, y aquella mañana recorrieron con ella la población más de sesenta hombres, entre ciudadanos y plebeyos armados, y dada la señal desde la torre del palacio de los Priores con antorchas y cañonazos, algunos Comisarios sieneses, que estaban dispuestos en las inmediaciones, con toda la infantería que pudieron recoger, ocuparon la población y la fortaleza.

El pueblo, y sobre todo los campesinos, no sabiendo

lo que ocurría, y oyendo los cañonazos, preguntaban la causa de aquéllo, y les decían: «Los florentinos querían imponer grandes tributos para empobrecernos y comprar después nuestras bellas posesiones.» Reunidos gran número de los campesinos que viven á tres, cuatro y seis millas de la ciudad, dominaron en ésta y, como la mayoría estaba ignorante de los tratos con los sieneses, determinó arrasar el castillo para que éstos no se apoderaran de él. Con el ímpetu que el pueblo emplea en tales casos, lo derribaron gritando libertad, cosa que desagradó mucho á los conjurados.

Antonio Bichi, enfermo de gota, llegó conducido en una litera y presentó una acta en blanco, para que los de Montepulciano pusieran las condiciones de su unión á Siena, donando á nombre de la Señoría de esta ciudad gran cantidad de sal y cereales, y prometiendo llevarlos gratis. Conducido Bichi al palacio, expulsaron de él al Comisario florentino con su dinero y equipaje, quedando aquél de Comisario, y yendo en el mismo día á Siena como embajadores Mariotto y Miguel Agnolo, que, agasajados allí, y vestidos de paño rojo, juraron fidelidad á Siena, por miedo de que los florentinos se anticiparan á protestar é impedir que Siena les aceptara como súbditos; porque, en cuanto se supo en Florencia lo ocurrido, inmediatamente enviaron dos ciudadanos para aconsejar á los de Montepulciano mantuvieran su libertad, sin entregarse á nadie; pero éstos nombraron poco después para ir á Siena seis doctores, maese Jacobo, maese Tiberio, maese Agnolo, Pedro de Mateo, Francisco de Miguel Agnolo y maese Luis, arcipreste, que debí citar el primero, con dos de la campiña, Paulino de Neri y Lorenzo de Segna quienes, perfectamente acogidos y honrados por los sieneses, reci-

bieron de éstos trajes de paño rojo, es decir, cada uno tres canas (1) de esta tela, y sus criados calzas y jubones. A su vuelta, se les confirmó el encargo para que en Montepulciano, y en el término de seis meses, fijaran las condiciones de su unión á Siena.

El ejército florentino avanzaba hacia Montepulciano, y pasó el río Chiana por la grande habilidad é ingenio del conde Ranuccio, que lo mandaba; porque los sieneses enviaron inmediatamente todas las tropas que tenían en Siena, y con premura reunieron hombres de armas, siendo de ellos algunos, esto es, maese Petruccio con diez hombres de armas, Julio Bellanti con otros diez, Baltasar Scipione también con diez, Cino del Gote y el señor Juan Savello con comisión de reunir unos sesenta, y todos ellos, infantería y caballería, acudieron al puente, derribando de él cuanto pudieron, é hicieron un bastión en la margen del río. Llegó de Siena un comisario de los Cerchi, llevando cincuenta ducados, y esperaban que los florentinos no pudieran pasar el Chiana, con lo cual los de Montepulciano quedaban en paz y seguridad.

Pero el conde Ranuccio pasó el río por tres puntos: con barcas por más abajo y más arriba del puente, y por el puente mismo, derrotando, matando y prendiendo á los sieneses. Recorrió después el territorio de Montepulciano, cogiendo mucho ganado mayor, y principió *in agro Politiano* la construcción de un grande, hermoso y fuerte bastión; pero los florentinos, por temor á Pedro de Médicis, hicieron un tratado con los de Montepulciano, permitiéndoles destruir este bastión y librándoles del miedo que les inspiraba.

(1) Cana, medida igual próximamente á dos varas.

Estando por entonces Tomás Tosinghi de Comisario en Valiana, convino con el Consejo de los Diez en que Pablo Vitelli fuera secretamente de Castello á Montepulciano con quinientos infantes, caminando todo el día y parte de la noche, y que sus tropas, esto es, cien hombres de armas y cien caballos ligeros, las tendría entre Castiglione, Cortona y Valiana.

Vitelli prometió estar con sus infantes en Valiana unas tres horas después de anochecer, y estuvo mucho más tarde; de suerte que era ya día claro cuando la infantería llegó junto á Montepulciano, cansada y sin fuerzas, por no tener en la marcha un momento de reposo. Quiso Vitelli llevar consigo los citados hombres de armas y unos sesenta desterrados de Montepulciano que estaban en Valiana.

Escalada la plaza, y tomada una puerta, los asaltantes, por no ser socorridos, fueron rechazados y casi todos muertos. Este desastre debióse á que los Vitelli no quisieron acudir al socorro, porque la gloria de la conquista no sería para ellos.

Algunos días después, Antonio Tarugi y su hijo Cristóbal, ambos de Montepulciano, ofrecieron entregar dicha plaza á los florentinos, y se convino realizar esta empresa la noche de Carnaval (era Comisario Tomás Tosinghi, y mandaban la caballería Baudino de la Pieve y un señor de Faenza); pero, descubierta la conjuración aquella noche, y no pudiendo reunirse los conjurados, unos sesenta de éstos se arrojaron por los muros de la plaza. Algunos fueron muertos, y otros se dispersaron, porque los florentinos no les socorrieron. Los sieneses expulsaron de Montepulciano las mujeres é hijos de los conjurados. Los jefes de la conspiración fueron Francisco

de Agnolo, su cuñado Nicolás de Puccio, Juan de Tomás, Tomás del Arcipreste, maese Jacobo Modesti, Clemente Salimbeni, Pedro de Mateo, Benedicto del Monte, Miguel de Ramini, Mazzuolo, Lorenzo de Segna, Biagio de Brincone, Bartolomé de Salvador, Lorenzo de Pasquino, Pedro de Pedro, y un maestro, Pablo de Servi, fraile de la casa de los Cini.

OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

Monseñor de Lila fué al Burgo de San Marcos y con dificultad pudo conseguir permiso de D'Antraigues para ir á hablarle, acompañado sólo de dos hombres. Cuando llegó á él, le hizo saber la voluntad del Rey (Carlos VIII). D'Antraigues respondió que no entregaría á Pisa sin tener cartas autógrafas del Rey y si monseñor Ligny no le ordenaba expresamente hacerlo.

Pareciendo á los Comisarios que este propósito era terminante, y habiendo carestía de todo, por no poder traer víveres, hicieron saber á la Señoría que el mejor partido era alejarse de Pisa, de cuyo mal resultaría un bien, porque sería entonces más fácil socorrer los puntos amenazados.

Dudaba la Señoría la determinación que debería tomar: de una parte le apremiaba alejar las tropas de Pisa para prevenir el peligro de aquel lado y socorrer otros puntos; de otra comprendía que esta resolución sería objeto de general censura, sabiendo cuánto deseaban los florentinos la continuación del asedio y cuán

grande era su esperanza en el buen éxito de la empresa.

Mientras se discutía el asunto, llegaron nuevas cartas de la corte de Francia relativas á la restitución de Pisa y, queriendo el Consejo de los Diez aprovechar esta oportunidad, las envió inmediatamente al ejército, antes de que hubiera levantado el campamento; pero no produjeron mejor resultado que las primeras, porque los Comisarios no pudieron presentarlas, publicando su contenido por medio de un trompeta para que no tuviera excusa D' Antraigues. En vista de la inutilidad de este recurso, realizaron el primer intento y, levantado el campo, lo trasladaron á Cascina, no por la esperanza de tomar esta plaza, sino para que los pisanos no quedaran completamente libres de la presencia del ejército.

Corrió entonces el rumor de que el Papa, los Orsini y los sieneses querían restablecer la autoridad de Pedro de Médicis en Florencia, y que consentían en ello Juan Bentivoglio y la condesa de Forlì; que Virginio Orsino, con todos los suyos, y Pedro de Médicis, seguido de numerosas tropas, habían salido del territorio de Roma, reuniéndose entre Fuligno y Todi; que Pedro se valía de unos veinticinco mil ducados adquiridos en Roma, y que esperaba entrar en Florencia con ayuda de los partidarios que en dicha ciudad tenía. Por estas noticias la Señoría ordenó á los Comisarios que enviaran al conde Ranuccio y al señor Octavio de Manfredi hacia Cortona, y escribió al rey de Francia dándole cuenta de los enemigos que á los florentinos amenazaban; de cómo fortalecía aquéllos el comandante francés de la plaza de Pisa; de la injusta conducta de éste y de la fidelidad de Florencia, comprobada por haber dado últimamente dinero á los Vitelli, que estaban al servicio del Rey.

Fué enviado á Cortona Lucas Antonio de Albizzi, y á Poggibonsi Braccio Martelli, y también se proveyó Valiano, porque se ignoraba por dónde acometería el enemigo; y para hacer frente á muchos que estaban en Romaña, mandaron á Lorenzo de Médicis á Mugello y á Pedro Corsini á Castracaro. Temían por Cortona más que por ningún otro punto, á causa de saberse que Virginio Orsino estaba en Panicherola y había dado dinero á Braccio, á sus hombres de armas y á su infantería; pero comprendiendo la necesidad de socorrerla, el realizarlo era difícil y peligroso. Cortona era fuerte; pero, mal aprovisionada su ciudadela y sin poder batir la población, ni había medio de obligar á la obediencia á los habitantes, ni convenía dejar así las cosas. Se determinó que el conde Ranuccio, Juan Pablo Baglione y la caballería ligera se dirigieran á aquel punto, y llevar además infantería de Valiano y de las guarniciones de todas las plazas del Valle de Chiana, añadiendo otras tropas para formar un ejército que mantuviera obedientes á los de Cortona y contrarrestara al enemigo.

Los Orsini con los rebeldes de Florencia habían avanzado ya en el Perusino hasta Castillo de la Pieve con esperanza de que Constanzo Beccaio, rebelde cortonés, les hiciera entrar secretamente en Cortona, para lo cual entraría primero Constanzo una noche y con sus amigos suscitaría un tumulto que permitiera entregar una puerta á los Orsini.

Convenido este complot, Pablo Orsino con unos cien caballos ligeros y doscientos infantes se dirigió á Cortona. Puesto de acuerdo con él en lo que había de hacerse, se le adelantó Constanzo Beccaio; pero, ya dentro de la población, encontró la ciudad bien guardada por la

diligencia del Comisario y, creyendo haber sido descubierto, huyó sin dar aviso alguno. Pablo Orsino regresó á Castillo de la Pieve.

Al día siguiente supo el Comisario que, durante la noche, se había visto entrar en Cortona á algunos rebeldes; que se había encontrado á corta distancia de la ciudad caballería de los Orsini dirigiéndose á Castillo de la Pieve y, hallando no lejos de los muros muchos pedazos de escala, conjeturó que el enemigo fué con ánimo de apoderarse de la plaza, y le asustó tal intento, por no tener confianza en los habitantes; pero, por otra parte, le tranquilizó la idea de que no debían ser muy fuertes los que vinieron, cuando no se atrevieron á atacarla. Supuso, sin embargo, la existencia de un complot, y puso tantas guardias y espías hasta que al fin averiguó ser Antonio Marcelli, uno de los principales ciudadanos de Cortona, quien había ayudado á entrar á Constanzo. La llegada de los hombres de armas y de la infantería alojados en las inmediaciones, le animó á descubrir á los culpados, excitándole el pueblo mismo á prender y castigar á los traidores. Aprovechando la ocasión y por el deseo de vivir seguro, ó al menos de conocer las verdaderas disposiciones de los habitantes, reunió el Consejo y dijo: «Me habéis rogado muchas veces que descubra á los culpados, etc.» Después de alguna discusión, dijo Lucas que maese Antonio Marcelli era quien había hecho entrar en la ciudad á Constanzo. Al oir estas palabras, *ob mutuere omnes;* pero avergonzados de no determinar nada, después de tantas promesas, encargaron á dos de ellos buscar á Marcelli y, al volver éstos, dijeron que le habían encontrado en casa de un amigo suyo y ordenado venir ante el Comisario, pero

no quiso, por temer, según decía, al Comisario, á causa de haber hecho entrar á Constanzo en Cremona. El intentar unos sublevar la ciudad y no querer otros que se castigara á los culpados, convenció al Comisario de que no podía fiar en los habitantes, y le indujo á emplear la fuerza para sujetarles, etc.

Al mismo tiempo que presentaban á D'Antraigues la carta del rey de Francia, fué enviado Antonio Mellini á la Lunigiana para mostrarla también á los que ocupaban las plazas de Serezana, Serezanello y Pietrasanta. El castellano de Serezana respondió que no le bastaba la carta del Rey para entregar la plaza, y que la de Ligny no tenía la contraseña que habían convenido. El de Serezanello dijo que no tenía encargo de rendirlo sino cuando hubieran sido entregadas Serezana y Pietrasanta. Cuando se debatía este negocio llegó orden de Ligny á dichos castellanos prohibiéndoles entregar las fortalezas porque, hecho el acuerdo entre Francia y la Liga, y necesitando él volver á Nápoles, quería, por seguridad propia, poseer aquellos castillos, y aunque al mismo tiempo llegaron nuevas cartas del Rey, *tamen* no produjeron efecto alguno.

Por entonces vino Fracassa á Pisa, y á la condesa de Imola se le había muerto maese Jacobo (1), gobernador de la plaza y amante suyo, según se decía, no sin escándalo.

Se fugó también en aquel tiempo del campamento Rinier de la Sasseta, convirtiéndose en rebelde de los florentinos.

---

(1) Jacobo Fei de Savona, su segundo marido.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

No pudiendo los Orsini ocupar á Cortona por sorpresa como habían intentado, volvieron á Gualdo con sus tropas para vivir á costa de los que hacían alarde de no ser sus amigos, y creíase que Virginio Orsini diferiría atacarnos resueltamente, dando tiempo á que ocurriera algo que excusara su conducta, porque se notaba su falta de deseo en continuar la guerra. Por otra parte, sin grandes motivos no podía romper sus relaciones con Pedro de Médicis, de quien era pariente y con cuyo dinero había equipado sus tropas.

Cuando éste le impulsaba más á obrar, supo Virginio que el Comisario de Cortona había descubierto la traición en la ciudad, intentando en vano castigar á los culpados, y que los cortoneses no consentían la entrada en la población de los hombres de armas.

Estas noticias hicieron confiar á los Médicis en que, si se presentaban ante los muros de Cortona, fácilmente se sublevarían sus habitantes y, alentados por esta esperanza, determinaron marchar adelante, viniendo á acampar á Penicale, y después se presentaron una mañana en Orsaia, á dos millas de Cortona, donde estuvieron en vano hasta la noche, porque el Comisario reunió sus fuerzas al pie del monte y echó fuera de la población á los habitantes de Cortona, con lo cual quitó á los enemigos los medios de aproximarse más á la población, y á los cortoneses los de sublevarse. En vista de ello, Virginio

Orsini se retiró con sus tropas, pasó al dia siguiente el puente de Chiusi, y estableció su campamento entre Calcione y Lucignano.

Por el temor que inspiraban los Médicis, la mayoría de nuestras tropas estaban del lado por donde amenazaban, y por la parte de Pisa se habían dejado sólo las indispensables para guardar las poblaciones, siendo nombrado Comisario de ellas Antonio Canigiani que, conforme á las órdenes del Consejo de los Diez, las distribuyó en guarniciones, porque había regresado á Florencia Pablo Antonio Soderini, y antes fué relevado Francisco Valori. Lo mejor, pues, de nuestro ejército estaba hacia la Romaña, á las órdenes de Pedro Vettori, hombre práctico y de gran reputación entre los soldados, que con suma diligencia observaba los movimientos del enemigo, cuya dirección era incierta, no sabiéndose por dónde acometería, si por Val d'Ambra ó por Chianti, porque Pedro de Médicis se había situado con sus tropas en Arezzo, para estar próximo á la vía que se eligiera. Nombrado Vettori comandante de Pistoya, le sucedió en el mando Bernardo Nasi que, con igual diligencia, vigilaba á los enemigos.

Así las cosas, ocurrió la tregua entre Francia é Italia; el Castelletto de Génova fué entregado en manos del duque de Ferrara, y el rey Carlos VIII volvió á Francia. Hizo éste después nuevo tratado con Florencia, y envió á Toscana á monseñor Gimel, con dinero para los Vitelli y los Orsini, á fin de que pudieran invadir el reino de Nápoles, y con orden para que les devolvieran á los florentinos sus plazas aun ocupadas. La venida de Gimel infundió esperanzas á los florentinos de poder interrumpir las negociaciones entabladas entre D'Antria-

gues y los pisanos por mediación de los luqueses y, cuando llegó á Pistoya, enviaron á su encuentro á Pablo Antonio Soderini y á Lorenzo de Médicis, para que, sin dejarle pasar adelante, le indujeran á cumplir su misión en nuestro favor.

Persuadido Gimel, envió un emisario á Pisa con copia de las órdenes que tenía, la promesa del Rey de perdonar á D'Antraigues su desobediencia hasta entonces, y la de los florentinos de darle las seguridades que quisiera para su persona; pero el emisario, apenas había salido de Luca, fué atacado en el monte de San Julián, derribado del caballo y, no sin peligro, salvó la vida. Al saberlo Gimel, se trasladó con los demás franceses venidos de Florencia para el arreglo de estos negocios á Luca, punto más cómodo para las negociaciones. Entretanto se recibieron nuevas cartas de la corte de Francia, diciendo que el Rey había enviado otro emisario á D'Antraigues, para apresurar la rendición de Pisa, y el emisario era un cuñado del dicho D'Antraigues, llamado monseñor Buteaux, quien, por el parentesco, esperaba convencerle. Al llegar Buteaux á Toscana, se apresuraron á enviarle á Luca y de allí á Pisa, pero encontró que D'Antraigues había capitulado ya con los pisanos.

Antes de salir Buteaux de Florencia se convino con él en las señales que haría al ejército florentino, cuando D'Antraigues decidiera entregar á Pisa, y fué enviado Pablo Antonio Soderini á Pontedera, para concentrar las tropas y acercarse con ellas, al ser llamado. Estando Pablo Antonio observando sin cesar si veía ú oía alguna señal del lado de Pisa, advirtió que llevaban artillería á la ciudadela y hacían fuego. Creyó que era señal de D'Antraigues en demanda de auxilio, y seguida-

mente avanzó con sus tropas. Para avisar á D'Antraigues que iba en su socorro, envió alguna infantería y caballería á tomar la abadía de Sansovino, situada entre Cascina y Pisa, ordenando al resto del ejército dirigirse á dicho punto; pero llegó entonces uno de Pisa, y dijo que el día anterior se había verificado en esta ciudad una procesión solemne, con una bandera de Nuestra Señora delante y todo el pueblo tras ella y que, al llegar la cabeza de la procesión á la ciudadela, salió de ésta D'Antraigues con las llaves en las manos y, arrodillado ante el estandarte de Nuestra Señora, reprobó la tiranía de los florentinos, recomendando á la Virgen la libertad de los pisanos y atestiguando con lágrimas en los ojos que si ponía aquella ciudadela en manos de éstos, era por el convencimiento de la justicia de su causa y de la iniquidad de sus adversarios. Añadió que, hecho esto, los pisanos celebraron la posesión de la ciudadela con fuegos artificiales y grandes muestras de regocijo.

Comprobadas dichas noticias por otros conductos, renunciaron los Comisarios á su empresa; retiraron las tropas de Sansovino, y comprendieron que era indispensable acudir á la fuerza, puesto que la autoridad del Rey de Francia no bastaba para que cumplieran sus vasallos los compromisos contraídos.

Mientras ocurrían estos sucesos en Pisa, no eran menores los trabajos por otros lados á causa de la alarma que infundían las tropas de los Orsini, las cuales, permaneciendo en el territorio de Siena, mantenían la incertidumbre y las sospechas en nuestros capitanes. Pero á fin de que los Orsini tuvieran también que cuidar de su seguridad, y para ocupar sitio desde donde mejor pudieran impedir sus designios, determinó Bernardo Nardi

salir con nuestro ejército de Arezzo, y se dirigió á Civitella. Con esto, no sólo quitó al enemigo el ánimo de avanzar, sino le hizo atender á su propia seguridad por el temor de ser atacado, temor que le obligó á retirarse al Bagno en Rapolano.

No estuvo allí mucho tiempo porque, desesperado monseñor Gimel de poder cumplir su primera misión, que consistía en lograr nos fueran restituídas nuestras plazas, volvió á Florencia con Camilo Vitelli, y fué después al encuentro de los Orsini para darles dinero y hacerles entrar al servicio del rey de Francia. Los Orsini, obedeciendo las órdenes del Rey, levantaron inmediatamente el campo y se dirigieron al reino de Nápoles.

Entretanto Juan de Médicis se había apoderado de Vernio para prevenir que el Señor de aquel punto, si llegaba á ponerse de acuerdo con el enemigo, le dejara pasar por él.

La condesa de Imola tenía entonces desavenencias con Astorre, Señor de Faenza, á quien no quería dar su hija, que pocos meses antes le había prometido, y favorecía á Octavio de Manfredi que, con su auxilio y los de Vicente y Dionisio de Naldo, entró en Berzighella y ganó para sí todo el Val de Lamona, procurando desde allí entrar en Faenza; pero no podía, sin el auxilio de los florentinos, y lo reclamaba con grandes instancias. Por los apuros en que estaban, no accedieron los florentinos á favorecerle, y permanecieron neutrales, sin auxiliarle ni prohibirle que intentara la fortuna de las armas, por lo cual Astorre y los que gobernaban á Faenza, temerosos de ser vencidos por Octavio de Manfredi, auxiliado por los florentinos, se echaron en brazos de Venecia. Los venecianos aceptaron inmediatamente esta empresa y,

con pretexto de pagar los sueldos de cien hombres de armas, les prometieron diez mil ducados, recibiendo en cambio Faenza un gobernador veneciano. A causa de esto, Octavio de Manfredi, que estaba en Berzighella, se retiró al territorio de Florencia, y sus partidarios á las plazas fuertes del valle. Llegado á Faenza el gobernador veneciano, fué inmediatamente á Berzighella, para estar seguro, é hizo lo posible por atraerse á los de Naldo; pero no pudo conseguirlo y quemó y arruinó sus casas, declarando rebelde su partido.

Cuando los Orsini salieron de Toscana para ir al reino de Nápoles, quedaron los sieneses sin tropas. Estaban en Florencia los desterrados de esta ciudad, y se pensó en valerse de ellos para cambiar el gobierno de Siena, á fin de que, agradecidos á este favor, quedaran aliados de Florencia y les devolvieran Montepulciano. Negociábase para ello, fuera de Siena con los desterrados, y dentro con Lucio Belanti, descontento del Gobierno, que se entendía con los florentinos por medio de Braccio Martelli. Deseaba Belanti, antes de acudir á la fuerza, ganarse la voluntad del mayor número de ciudadanos, para que la cosa fuera más fácil; pero á los florentinos pareció la dilación demasiado larga y, excitados por los desterrados sieneses, determinaron concentrar inmediatamente todas sus fuerzas y llevarlas ante los muros de Siena. Aunque Braccio Martelli estaba en las inmediaciones de la ciudad, enviaron hacia Siena á Pedro Capponi, y ordenaron á Bernardo Nasi que, con todas sus tropas, se trasladara á Staggia, y á Pedro Juan de Ricasoli que alistara en el territorio de Pisa cuantos soldados pudiera.

Al saber en Siena todo lo ordenado, la llegada de Capponi á Staggia y el movimiento de tropas, Pandolfo

y los demás que gobernaban resolvieron enviar comisionados del gobierno á Capponi para negociar con él, á fin de ganar tiempo y con la esperanza de que, si las negociaciones duraban algunos días, los florentinos se verían apurados para defenderse de la liga, sabiendo que el duque de Milán y los demás aliados iban á atacar á Florencia, como amiga de Francia (1).

Fueron, pues, á Staggia, enviados por la Balia, Pandolfo Petrucci y Nicolás Borghesi, y con ellos Lucio Belanti. Quejáronse á Capponi de que las cosas de Toscana hubieran llegado á términos que, sin paciencia y prudencia, no se podían pacificar, y ambas virtudes debían ejercitarlas los más sensatos y menos aficionados á aventuras peligrosas. Después de otros muchos argumentos, ofrecieron convenir en que, durante tres años, nada se hablaría de Montepulciano, y pasado este término serían nombrados dos árbitros, amigos de ambas partes, que determinaran una indemnización para los florentinos. Aunque la proposición pareció absurda á Capponi, no quiso interrumpir las negociaciones, para que los sieneses confiaran en ellas y no temiesen que los florentinos acudieran á la fuerza.

Despedidos los comisionados, aquella misma noche partió con sus tropas y, situándose en Fontebicci, avanzó hasta las puertas de Siena y estuvo allí algún tiempo á caballo y con el ejército en orden de batalla, para ver si los amigos de los desterrados promovían algún desorden dentro de la ciudad. Pero nadie se movió en favor de los

(1) En el original de este fragmento hay una nota de Maquiavelo, que dice: *La buena fortuna de los franceses nos ha quitado el gobierno, y la mala nos quitará la libertad.* Los acontecimientos realizaron esta predicción.

expatriados, fuera por falta de valor de Belanti (porque los hombres son más atrevidos con la imaginación que con las obras), ó porque creyera demasiado numeroso el ejército florentino, ó porque temiera que, con aquel pretexto, procurara apoderarse de Siena. El ejército se retiró á Fontebicci y, reunidos en consejo los Comisarios, los capitanes y los desterrados, para determinar lo que debía hacerse, se advirtió en los capitanes disgusto y temor, y en los desterrados desilusión de que pudieran realizarse sus brillantes promesas y positivas esperanzas ante la admirable unión que había producido en Siena el miedo á perder la libertad. Resultando, pues, la empresa difícil y dudosa, convinieron en que no debían permanecer allí, sino retirarse, siendo imposible apartar de esta opinión á los capitanes, tanto que, sin licencia de los Comisarios empezaron á enviar sus tropas hacia Staggia, volviendo á los dominios de Florencia, y regresando Capponi á esta ciudad.

Para continuar las negociaciones que se tenían con los sieneses quedaron sólo Braccio Martelli y Juan Savello, á fin de que, perdida la empresa, no se perdiera también el crédito.

Por entonces fué concedida la gabela á los de Cortona, pero no á los de Arezzo, que también la querían.

FEBRERO DE 1496.

Algunos meses antes había sido enviado Galeotto de Pazzi á la Lunigiana para negociar con los gobernadores

de Serezana y Serezanello á quienes reclamó la devolución de estas plazas, á lo cual les inducía con buenas razones y con dinero; pero aquéllos, sin negarse rotundamente á entregarlas, diferían con varios pretextos su rendición.

En medio de esta incertidumbre, los genoveses, bien fuera por acuerdo secreto con los gobernadores de las citadas plazas, ó bien por creer que, cerrando el camino á los florentinos obligarían á alguno de aquéllos á abrirles las puertas, enviaron con dos Comisarios á Serezana unos mil infantes y doscientos caballos, que se situaron entre Serezana y San Francisco. Llevaban bastante dinero para asoldar más infantería y para someter á su voluntad al gobernador. Este envió uno de los suyos á Galeotto para pedirle auxilio y manifestarle que, si no lo recibía, pronto tendría que rendirse.

Sabido esto en Florencia, envió inmediatamente el gobierno á Fivizzano á Lorenzo Morelli, con orden de asoldar tropas en el territorio de Pisa y en el de Pistoya, y de valerse de los recursos de la comarca y de los favores de los marqueses, que eran amigos. Ordenóse también que D'Antraigues escribiera á aquel gobernador induciéndole á obedecer al rey de Francia, lo cual hizo, porque los florentinos le prometieron que, si por su intervención les restituían Serezana, procurarían ellos que el Rey le perdonara su desobediencia.

Fué con Morelli un Comisario francés encargado por el Rey de hacer que le entregaran la plaza y, deseando el Comisario entrar en Serezanello, determinó Morelli que le acompañaran mil hombres de infantería, después de obtener del marqués Gabriello que le dejara libre el paso por sus tierras. Salieron de Certano y, al llegar á

las posesiones del marqués Gabriello y ser descubiertos oyeron que hacían fuego de artillería en Fosdovino. Llegados junto á esta plaza, observaron que estaban tomados el paso y algunos de los montes inmediatos, de suerte que los nuestros, por no poder seguir adelante, retrocedieron. El comandante de Serezana creyó entonces la excusa legítima y entregó la fortaleza á los genoveses, que le recompensaron con una cantidad de dinero. Esto puso término á las negociaciones, de acuerdo con el marqués Gabriello.

MARZO DE 1496.

Tomada Serezana, quedaba Serezanello, y se creía poderlo recuperar fácilmente, porque el gobernador siempre se había mostrado amigo; pero juzgábase difícil conservarlo, y, por otra parte, se veía que, perdiéndolo, arriesgábase la pérdida de toda la Lunigiana.

Durante estas vacilaciones, el gobernador hizo saber á los Comisarios que, si dentro de tres días no iban en su socorro, entregaría la plaza á los genoveses, porque la tenían sitiada y carecía de víveres.

Los florentinos determinaron enviar una noche al Comisario francés para persuadir al gobernador de que tuviera la plaza, al menos un mes, á nombre del Rey, ofreciendo pagarle la guarnición. Esperaban que, en este plazo, ocurriera algo favorable á ellos. Fué el Comisario, pero no pudo vencer la obstinación del gobernador, aunque tenía víveres para dos meses. Por esto se conoció

que *ab initio* habia proyectado entregarla á los genoveses y que supo disimularlo mejor que el de Serezana. El día 4 de Marzo la entregó por seis mil ducados para él y sus compañeros.

Pareció á Lorenzo Morelli que nada tenía que hacer allí y, dejada la guardia conveniente, después de fortalecer el ánimo de los aliados, regresó.

Cuando partieron los florentinos del territorio de Siena, los sieneses, porque no tuvieran motivo para volver y para ganar tiempo hasta que Milán ó Venecia se declararan contra ellos, reanudaron las negociaciones.

Vino Juan Savello y enviaron algunos ciudadanos sieneses á Braccio; pero, no resultando nada provechoso, ni prestándose fe á los de Siena, fué llamado Braccio á Florencia.

En aquel tiempo atacó Criaco á Vada y la tomó por capitulación. Este punto era importante para cortar el camino de Liorna á Pisa.

Se ordenó, para no perder tiempo, que fuera el ejército á Buti. Bernardo de Diacceto, que era el Comisario, fué con las tropas el 10 de Marzo, y el 12 la tomó, porque los butieses, apenas vieron derribado el muro, se rindieron después del primer asalto, con condición de salvar la vida y los bienes.

Determinóse ir inmediatamente contra Vico, pero la negligencia y malas costumbres de los soldados obligaron á diferirlo. Para aumentar el ejército y atacarlo con mayor ímpetu, sacaron los florentinos infantería de Pistoya y de Prato, á fin, de que, en unión con Bernardo de Diacceto, hicieran todos los esfuerzos posibles. Llegados los jefes y los Comisarios, juzgaron que no tenían gente bastante para apoderarse de Vico, y fueron á Calci.

Puesta la artillería, y dado un asalto, la tomaron por capitulación.

Para asegurar la conducción de los víveres dejaron los Comisarios en los montes, cerca de la Verrucola, cuatrocientos soldados. Los pisanos, con propósito de socorrer á Buti ó de cortar el ejército, atacaron y vencieron este destacamento, apoderándose de un convoy que estaba á punto de pasar. Los Comisarios, que ya se habían apoderado de Calci, para recuperar el puesto de la Verrucola, enviaron dos regimientos y tras de ellos todo el ejército, después de desmantelar á Calci tanto como lo permitió el tiempo que allí estuvieron. Determinaron tomar por fuerza la Verrucola por creer que, privados los pisanos de Buti, Calci y la Verrucola, quedaría Vico á discreción de los florentinos, que podrían estrechar más á sus defensores. Por ser la Verrucola sitio áspero, acordaron los jefes quedar allí sólo con la infantería, y enviaron los hombres de armas á alojarse al Burgo de Buti.

Los florentinos colocaron un mortero frente al muro por donde pensaban dar el asalto. Los pisanos temían perder la plaza, y su general Lucio, sabiendo cuán desordenadamente se alojaban sus hombres de armas en el Burgo de Buti, determinó atacarles. Al efecto, después de hacer descansar sus tropas, salió una tarde de Vico, y á media noche, cuando dormían los hombres de armas, cayó sobre ellos, les desvalijó y les hizo prisioneros á casi todos. Los que pudieron escapar sobre los caballos sin sillas, huyeron por los montes, uniéndose á nuestra infantería.

Al saber los pisanos la victoria de Luzio, atacaron con el resto de su ejército á la infantería que, asustada por la derrota de la caballería, huyó hasta dentro de Buti,

donde hubiese estado casi sitiada si no acudieran, por orden del Comisario, Juan Pablo Baglione, Carlos del Monte y Octavio de Faenza, que estaban con sus tropas entre Pontedera y Bientina.

Aprovechando los pisanos el favor de la fortuna, mientras los nuestros estaban batidos unos, y ocupados otros en reorganizarse, saquearon una noche á Tremoleto (Mayo de 1496); y lo que infundió más terror, fué el recibir los pisanos nuevos socorros de infantería y caballería, enviados por los venecianos.

No fiando los florentinos en la fe de los comandantes franceses de las plazas fuertes, y descuidando el negocio de Pietrasanta, fué más lícito á los luqueses realizar su deseo de poseer esta plaza. Para ello, convinieron con el gobernador entregarle 25.000 ducados, y se apoderaron de ella, á despecho de florentinos y genoveses.

Entretanto, nuestro ejército, que en gran parte estaba en Bientina, provocado y atacado casi diariamente por los pisanos que había en Vico, salió un día contra ellos y, poniéndoles una celada en que cayeron, mataron y prendieron á muchos. De nuestra parte murió Francisco Secco.

Nuestro campamento estaba entonces en Cecina, y los pisanos vengaron pronto esta derrota porque, á los pocos días, puestos de acuerdo con algunos de Ponte de Sacco para repartirse el botín, asaltaron de improviso esta plaza y desvalijaron dentro de ella cincuenta caballos y trescientos infantes, saqueando además toda la comarca; pero, desconfiados de poder conservarla en su poder, se retiraron con el botín á Pisa.

El ejército florentino se trasladó de Cecina al lado de acá de Bientina, por bajo de Montechio.

JUNIO DE 1496.

Vino como embajador de Francia monseñor de Aix.

En el mes de Mayo hubo una tentativa de desorden, capitaneada por Juan Benizi, que quiso organizar á su gusto la Señoría; pero los conspiradores fueron encerrados en la cárcel como locos.

Pidieron licencia Bernardo de Diacceto y Pedro Popoleschi, y se les concedió, reemplazándoles en el campamento Pedro Juan de Ricasoli. Entretanto los pisanos aumentaron sus fuerzas con nuevas tropas enviadas por los venecianos, á las órdenes de un nuevo proveedor. Estas tropas eran seiscientos *estradiotas* (1) y, por su llegada, juzgaron los nuestros que era peligroso continuar en Calci. Para que el enemigo no se aprovechara de esta plaza, destruyeron sus fortificaciones. Levantando el campamento de Montechio, se retiró el ejército detrás de Pontedera, á posición que le pareció mucho más fuerte y á propósito para aguardar refuerzos.

Estaba la plaza de Buti bloqueada, y quisieron los florentinos proveerla de víveres; pero apenas salió el convoy de Bientina, acometieron los pisanos á la escolta de tal modo, que tuvo necesidad de regresar al punto de partida.

Los pisanos, por su parte, teniendo numerosas fuer-

(1) Los estradiotas eran tropas ligeras, reclutadas en la Albania y en Grecia para el servicio de Venecia.

zas y pocos puntos que guarnecer, podían ofendernos, y empezaron á recorrer los dominios de Florencia, penetrando primero por Val de Nievole. Temió el Comisario por Pescia, y acudió con cien caballos, llegando á tiempo de impedir el incendio del Borgo en Buggiano. El enemigo volvió apresuradamente á Pisa y, para impedir á los nuestros concentrarse, y en vista de que estaba defendido Val de Nievole, salieron los pisanos por las colinas, y atacaron vigorosamente á Lari, que rechazó el ataque. Al regresar, intentaron, con igual infeliz éxito, apoderarse de Santo Regolo. Imposible fué evitar estas correrías de los pisanos, y la República tuvo que rescatar las presas que en ellas hicieron.

JULIO DE 1496.

Los pisanos se apoderaron de la Vaiana.

Nuestro ejército, además de tener que guardar muchas poblaciones y de ser inferior en número al enemigo, era presa de no pocas discordias. El Conde, maese Hércules, los jefes todos y el partido de cada cual de ellos eran tan opuestos unos á otros, que lo poco bueno que pudiera hacerse impedíanlo estas rivalidades. Á causa de ellas, y por el temor de la guarnición de Buti, que no había sido socorrida, juzgaron oportuno los pisanos intentar la reconquista de esta plaza y, apenas se presentaron ante ella, los de dentro capitularon. Tomada Buti, volvieron á Cecina.

Movióse el ejército florentino para socorrer á Buti;

pero no llegó á tiempo, sirviendo su marcha tan sólo para mantener en alarma á los pisanos é impedirles realizar su deseo de ir á Bientina.

Por entonces murió en el reino de Nápoles Camilo Vitelli.

Los venecianos, para infamar á los florentinos y privarles de la compasión que ya inspiraban, hicieron correr fama de que trabajábamos para que el turco emprendiera guerra contra ellos y contra la cristiandad.

AGOSTO DE 1496.

No había entonces tranquilidad en la Lunigiana, porque los marqueses de aquella comarca molestaban de continuo nuestro territorio. Por ello Borgo Rinaldi, noticioso de que querían saquear un castillo nuestro, organizó sus tropas y, puestas parte de ellas en una celada, se situó con la otra sobre un cerro que dominaba el terreno por donde venía el enemigo. Éste vió al amanecer á los nuestros y, por ser pocos, les desdeñó, juzgando segura la toma del castillo y nuestra derrota. Dividió, pues, su gente en dos cuerpos: situó uno en el punto por donde podía salir la guarnición del castillo, y envió el otro al cerro para atacar á los nuestros. Estos, al acercarse los contrarios, volvieron las espaldas, huyendo en el mayor desorden, para que el enemigo tuviera mayor deseo de perseguirles. Así le llevaron á la celada. Saliendo entonces los que estaban escondidos y volviendo los que huían, el combate cambió de aspecto. Acometidos por todos la-

dos, no pudieron escapar, como quisieron, y muchos fueron desvalijados. Al saber lo ocurrido, los que estaban delante del castillo huyeron, sin esperar que les echaran. Desde entonces, y durante algún tiempo, nada intentaron contra los florentinos.

Nuestro ejército contra Pisa fué entretanto á Vaiana y, acometido por el en emigo, le rechazó vigorosamente, y tomó la plaza. En esta acción murieron Nicolás de Marciano y dos hombres de armas franceses.

Después de esta conquista, vino un nuevo proveedor veneciano á Pisa con dinero, asoldó bastante gente de infantería, que animó mucho á los pisanos, y los nuestros, no juzgándose bastantes para tomar la ofensiva, determinaron estar á la defensa.

SEPTIEMBRE DE 1496.

Veíanse los florentinos atacados por todas partes, porque los pisanos hacían los mayores esfuerzos para quitarles el bastión de Stagno, donde enviaron tropas con artillería.

Habían además disminuído sus fuerzas por la retirada del duque de Urbino, descontento de la República á causa de que unos ciudadanos desconfiaban de él por su poca pericia en la guerra, y otros deseaban se marchase para reemplazarle con capitanes á su devoción. Sin embargo, su retirada fué peligrosa en aquel momento, por tener Florencia sobrados enemigos y por la sospecha de que el de Urbino se pusiera de acuerdo con los sieneses

y concurriera al ataque del bastión; sospecha que aumentó el ver al enemigo volver animoso á la citada empresa con más gente que la vez primera.

Resistieron los nuestros gallardamente el ataque; pero se temía que, de no recibir socorros, fueran vencidos, por lo cual se ordenó á Hércules Bentivoglio que, con sus tropas, viniera del territorio de Pisa; pero no le fué posible, por la situación apurada del ejército en aquel punto, pues los pisanos, animados por haber recibido nuevamente dinero, fueron con sus tropas á Santo Regolo, tomando y saqueando esta plaza y la de Lorenzana.

Contristaba á nuestras tropas no poder hacer frente al enemigo, y se temía la pérdida de Rasignano y de Lari. Para evitarlo fué el Comisario en persona á fin de proveer y municionar dichas plazas. Los florentinos, sin embargo, en sus frecuentes escaramuzas con los estradiotas, llegaron á perderles el miedo hasta el punto de que un hombre á pie no temía esperar la acometida de otro á caballo.

Parecía á los florentinos que era demasiada carga la que soportaban resistiendo solos á los venecianos, á los sieneses y á los marqueses de la Lunigiana y, deseosos de aminorarla, dieron esperanza á los marqueses de acceder á sus pretensiones. Así lograron desembarazarse de sus agresiones, y dedicaron á la guerra contra Pisa los gastos que hacían en la de Lunigiana. Sin embargo para no desconceptuarse con sus súbditos y con los otros Estados de Italia, determinaron atacar á Soiana, y enviaron al campamento á Pedro Capponi con dinero para asoldar nueva infantería. Fué con la artillería junto á la plaza, y cuando ordenaba situarla, estando detrás de un parapeto de troncos de encina, una bala de arcabuz que

atravesó el parapeto le hirió en la sien, cayendo instantáneamente muerto. Así murió un ciudadano más valeroso y elocuente que sabio, y más estimado por las virtudes de su abuelo y bisabuelo que por las de su padre y las suyas; tan versátil en sus actos, que Lorenzo de Médicis, hablando de él, solía decir que le parecía unas veces Neri y otras Gino (1). El día anterior predijo su muerte, considerando que el haberse roto el más grueso de los dos cañones conducidos para combatir los muros de Soiana, era augurio de la muerte del más reputado de los dos Comisarios, por lo cual, al escribir á fray Silvestre una carta dándole noticia de la expedición, le pedía que rogara á Dios por él. Muerto Capponi, el ejército, á las órdenes de Pedro Juan de Ricasoli, se retiró á sus anteriores posiciones.

Entretanto el enemigo sitiaba el bastión de Valiano y era preciso, para socorrerlo, pasar con el ejército por la vía de Soiano é ir á Bitolle por detrás del campo enemigo, ó pasar por el puente, lo que no era posible. Para acordar lo que debía hacerse se reunieron en Foiano Pablo Antonio Soderini, comandante de Arezzo, Guillermo de Pazzi, comisario de Cortona, y Tomás Tosinghi, y determinaron que Guillermo de Pazzi fuera con el ejército y los otros volvieran á Foiano.

Rechazado al fin Juan Savello del bastión que atacaba, retiróse con cuantas tropas pudo reunir á Montichiello, á tres millas de Montepulciano, porque, al querer guarecerse en esta plaza, le rechazaron ignominiosamente, amenazando tratarle como enemigo.

Al día siguiente los nuestros, no satisfechos con la

(1) Llamábase Neri de Gino Capponi.

victoria obtenida, determinaron atacar á los restos del ejército pisano, y dispuesta una emboscada en la selva, enviaron delante un cuerpo de caballería ligera que no encontró á nadie, se esparció por la campiña y robó y quemó las posesiones de los de Montepulciano.

Llegó por entonces á Florencia un embajador del Emperador, manifestando que el Rey de Romanos quería bajar á Italia para ir á Roma, y que su intención era restablecer la paz en la cristiandad, empezando por Italia. Pedía que los florentinos se declararan en favor de la Liga, quejándose de su adhesión á los franceses, y que cesaran en sus ataques á los pisanos.

Respondiéronle que enviarían embajadores, siendo nombrados al efecto el obispo Pazzi y Francisco Pepi, que partieron el 14 de Septiembre. Sus instrucciones consistían en demostrar al Emperador la necesidad que habían tenido en todos los tiempos de seguir á Francia antes de que los franceses vinieran á Italia, mientras en ella estuvieron, y después de partir, por impotencia primero, por necesidad después, y últimamente por observancia de los tratados; haciéndole comprender que su alianza con los franceses, por no depender de su voluntad, no merería alabanza ni vituperio y que, si encontraba medio de que no violasen sus compromisos, entrarían en la Liga. Respecto á Pisa, que S. M. ignoraba sin duda la justicia de nuestra causa, pues, de saberla, no haría tal demanda. Encargáronle también que secretamente le hicieran comprender cómo el combatir á los florentinos convenía tan sólo á los venecianos, quienes pronto le darían en qué pensar.

Estaba de embajador en Milán Francisco Gualterotti, con quien debían reunirse.

No encontraron en Milán los embajadores ni al Duque ni al Emperador; pero supieron que estaban en Tortona; fueron allí, encontrando al Duque, más no al Emperador, que había marchado á Génova para estar en tierras suyas y asustar más á los florentinos.

Determinaron los embajadores hablar con el Duque, y le recordaron la antigua amistad de su familia con el Gobierno florentino; excusando las cuestiones pasadas con la necesidad que les apremiaba, y excitándole á que se ocupara más de sus vecinos los venecianos, que podían ofenderle, que de nosotros los florentinos, obligados á mantener su poder.

Contestóles benévolamente que había sido la causa de la libertad de los florentinos y quería ser mantenedor de ella, pero les aconsejaba se portaran como buenos italianos con los demás potentados de Italia; que, en verdad, les prometió Pisa otras veces si se adherían á la Liga, pero ahora no podían prometerlo ni él ni ningún otro príncipe, por ser asunto correspondiente á la Liga y no á alguno de los aliados, por lo cual les aconsejaba hicieran una de estas tres cosas: ó entrar en la Liga y esperar por medio de ella la posesión de Pisa, ó poner *de justicia* la causa de Pisa en manos del Emperador; ó hacer saber á éste que harían lo que le agradara, y dejarse gobernar por él.

Respondieron convenientemente los embajadores á esta proposición del duque de Milán y, como el Emperador estaba junto á Génova, no quisieron presentarse á él sin nuevas instrucciones del gobierno florentino, al cual manifestaron que el Emperador había pasado con mil infantes y trescientes caballos.

Insistía mucho el duque de Milán en que los floren-

rentinos debían adherirse á la Liga, en lo cual consistía su salvación y la recuperación de Pisa, y que, de no hacerlo, perderían la libertad, amenazándoles con el Emperador y con toda la fuerza de la Liga, cosa que no pesaría á los venecianos ni á ningún otro Estado. Procuraba, pues, el Duque amenazar por una parte, y por otra aconsejar que entregáramos Pisa al Emperador, porque, deseando privar de ella á los venecianos, era aquella ocasión oportuna y haría todo lo posible por aprovecharla.

Fueron á Génova los embajadores por orden del Gobierno florentino; llegaron allí el día 4; hablaron al Emperador el día 6, con todas las ceremonias usuales, y después, en audiencia secreta, le dijeron lo que antes hemos referido. A esta audiencia asistieron el duque de Sajonia, el consejero Marco Valdo y un Protonotario que representaba al Pontífice. Los embajadores salieron de la audiencia á sitio inmediato y, al poco tiempo, se unieron á ellos el Protonotario y Marco Valdo, fingiendo haberles oído que los florentinos querían poner en sus manos la cuestión de Pisa, y alabando esta determinación. Pero los embajadores respondieron que no se trataba de tal cosa; que queríamos la libre posesión de Pisa; que la buena fe del Rey de Romanos era notoria, pero el gobierno de Florencia no consideraba prudente comprometer sus derechos. Discutióse mucho, y el Emperador puso término al debate declarando que al día siguiente partiría para Liorna. No quedó nada resuelto y en dicho día se embarcó.

Formaban su armada cuatro naves gruesas, seis galeones, ocho galeras ligeras venecianas y dos genovesas y dos grandes barcas. Con él fueron el conde de Caiazzo, dos embajadores venecianos, uno del Rey y otro del Papa.

Las tropas propias del Emperador eran mil quinientos infantes y doscientos caballos.

Envió el Emperador los embajadores de Florencia al duque de Milán, diciéndoles que éste les daría respuesta, y fueron á Milán; pero, apenas llegaron, recibieron despachos de Florencia ordenándoles volver inmediatamente á esta ciudad. Juzgaron, sin embargo, conveniente, ya que la suerte les había llevado allí, hablar con el Duque, y fueron presentados ante él, á presencia de todos los embajadores de la Liga. El Legado del Papa les dijo que, debiendo responder á nombre del Emperador, deseaba saber de nuevo lo que le habían dicho. Conocieron nuestros embajadores lo que significaban aquellas argucias, y contestaron que nada debían decir, ni desear, ni oir, por haberles llamado su gobierno, á causa de lo cual, con su licencia, partirían.

Admiró al Duque y al Consejo esta respuesta, y les pidieron de nuevo que tuvieran á bien repetir lo que habían dicho *en público*, si no querían decir lo manifestado privadamente. Los embajadores nada dijeron, y el Duque añadió: « ¿Vuestro silencio proviene de excesiva prudencia ó de mala voluntad? » Manifestaron entonces que lo producía la mala voluntad de otros, no la suya; que era inútil repetir lo que ya se sabía; que si querían dar respuesta la llevarían á Florencia, y si no, podían darla cuando quisieran á maese Francisco Gualterotti, que allí quedaba. Al día siguiente conferenciaron el Rey de Romanos y el Duque y, en vista de que los embajadores no querían ceder, poniendo Pisa en manos del Emperador, después de largo debate, les dieron licencia.

Apenas entraron en su casa cuando llegó un secretario del Emperador con respuesta de este *in scriptis*, que

durante tres días había sido preparada por el Duque y por los embajadores de la Liga. Enviaron esta respuesta á Florencia y partieron en seguida.

Estas negociaciones se hicieron hasta el 18 de Octubre de 1496, y después fué Francisco Pepi de embajador á Milán, para reemplazar á Francisco Guatelrotti, quien partió el 12 de Abril de 1497.

El Rey de Romanos fué á Vigevano para ajustar un tratado con los venecianos y el Duque, y después se dijo que había venido á Génova.

Súpose que Aníbal Bentivoglio, por orden de los venecianos, iba á Pisa con ciento cincuenta lanzas, y considerando que esto era de importancia, fué enviado á Barga maese Criaco y el conde Ranuccio para impedirle el paso, pero no lo consiguieron. Al llegar Bentivoglio á Pisa, Lucio Malvezzi, que era del bando opuesto al suyo, volvió á Lombardía.

Por la muerte de Pedro Capponi fué enviado al ejército Antonio Canigiani, para ordenar y reanimar las tropas, envilecidas y desorganizadas, no sólo por la muerte del general, sino también por la llegada de Bentivoglio á Pisa y del Emperador á Liorna, que arribó, procedente de Génova, con unos cuatro mil hombres de á pie y á caballo embarcados en siete naves y diez galeras.

La venida de este ejército infundió gran temor en Florencia, por creer que los tudescos sitiarían á Liorna y los italianos se apoderarían de las colinas y otras posiciones de tierra adentro. No se veía medio de que la República, extenuada por tan larga guerra, pudiera, ó socorrer á Liorna, ó rechazar los ataques de las tropas italianas, y de fracasar cualquiera de ambas empresas, la independencia del Estado quedaba en peligro.

En medio de estas incertidumbres animaron á los florentinos las debilidades é irresoluciones del Emperador, y el notar que, pasados algunos días desde su llegada, no ocurría nada de lo que estaban temiendo. A esta esperanza se añadió el saber que ni los pisanos ni los venecianos se fiaban del Emperador, temiendo aquéllos que quisiera privarles de su libertad, y éstos que les alejara de Pisa por sugestiones del duque de Milán, sabiéndose además que los venecianos dilataban la entrega al Emperador del dinero que debían darle conforme al tratado.

Todo esto animó á los florentinos, infundiéndoles esperanza de evitar fácilmente el peligro, si no se descuidaban, máxime esperando por la vía del mar auxilios de Francia que, según los avisos recibidos, no podían tardar mucho.

Ordenaron á Antonio Canigiani retirarse con todo el ejército á Montopoli, punto estratégico desde el cual el enemigo podía realizar su empresa ó retirarse si le era preciso. Enviaron á Liorna al conde Checco, con trescientos hombres que á pesar de la gran lluvia y por medio de los enemigos, quienes á causa del mal tiempo habían abandonado las guardias, entró en la ciudad.

Entretanto, el Emperador ordenaba hacer un puente en Stagno, para poder avanzar ó retroceder con su ejército, según le conviniera; y para proporcionar reputación á sus tropas y asustar al enemigo, envió un destacamento hacia Bolgheri. Pidieron los alemanes al gobernador de esta plaza que les diera entrada, y nególa éste más bien de palabra que con los hechos, porque, al llegar aquéllos á los muros, rindiéronse los de dentro, y el enemigo les mató en las casas y en las iglesias sin perdonar sexo ni edad.

Transcurrieron así algunos días con más miedo que daño, al cabo de los cuales aparecieron en el mar siete naves gruesas francesas que conducían mil infantes con Carlos Orsino y Vitellozzo. Cuando el enemigo vió esta armada se retiró con sus barcos al amparo de la Meloria y los franceses arribaron al faro de Liorna.

Este socorro hizo que las tropas de tierra se retiraran hacia Stagno y, al cabo de algunos días, cobrando ánimo, volvieron al sitio de Liorna, con determinación de asaltarla. Pero como si no bastara el auxilio humano á Liorna, una gran tempestad privó de recursos al enemigo, y el Emperador juzgó imposible continuar el sitio sin peligro suyo, teniendo casi perdida la armada, y estando intacta la de los franceses en el puerto, por lo cual, renunciado á todo ataque por mar, se internó con el ejército para sitiar á Montecarlo.

Estaba ya á menos de tres millas con sus tropas ordenadas, cuando le llevaron un campesino luqués que la vanguardia había cogido en el camino, quien, por propia voluntad, ó por orden de Antonio Giacomini, Comisario en Montecarlo, le aseguró que había en esta plaza dos mil infantes, y en el valle, detrás de la colina, más de mil caballos, cuyas tropas habían llegado la noche anterior. Oído esto por Maximiliano, bien fuera que lo creyese, bien que le conviniera aparentar creerlo, disgustado por parecerle que habían descubierto sus intentos en aquella empresa, volvió bridas y, sin pedir consejo á nadie, por medio de sus tropas dirigióse á Pontremoli, sin querer dar explicaciones á ninguno ni hablar al conde de Caiazzo hasta que estuvo en Lombardía. Así dejó libre de tudescos la Toscana, partiendo por lo que le dijo un campesino de donde, por la persuasión de un Du-

que tan ligeramente había entrado; porque nada hay tan irresoluto como un ánimo suspicaz.

DICIEMBRE DE 1496.

Cuando por la parte de la Romaña Guillermo de Pazzi hizo levantar el sitio del bastión de Valiano y puesto en fuga al enemigo, volvió á Cortona, dejando la custodia de aquel punto á Tomás Tosinghi, quien, por comprender que con la fuerza no podía hacer daño á los de Montepulciano, apeló á la astucia. Buscaba un medio de vencerles, cuando se le ofreció un fraile franciscano, natural de Lombardía, que le prometió valerse de su industria para hacer llaves falsas de las puertas de la plaza, y de este modo facilitarle una noche la entrada. El intento fracasó porque, probando el fraile las llaves rompió una en la cerradura, lo cual hizo en lo porvenir más cautos á los de Montepulciano y privó de esta esperanza á Tosinghi. Para aparentar que no desistía de sus propósitos intentó de nuevo corromper á Antón Tarugi y, á fin de seguir con toda atención este negocio, se pactó con los sieneses una tregua de dos meses. Convenido con Tarugi cómo y cuándo se presentarían ante los muros, fueron reunidas las tropas y se tomó á sueldo de la República á los Vitelli y á los Baglioni (1).

Partió el Emperador, y temerosos los pisanos y anima-

(1) Sigue á este párrafo una laguna de varias líneas en el manuscrito, y al margen hay una nota que dice: «Preguntar á Tomás Tosinghi.»

dos y llenos de esperanzas los florentinos, movieron éstos su ejército para recobrar las plazas que en las colinas les habían quitado, por juzgar que la marcha de Aníbal Bentivoglio no alarmaría menos al enemigo que la del Emperador.

Levantado el campamento, fueron las tropas á Tremoleto y mataron á cuantos estaban dentro. Aterrados por este hecho, se rindieron Colognole, Lorenzana y Santo Regolo. No hizo lo mismo Santa Luce y, tomada por fuerza, perdonaron la vida á los habitantes, pero les expulsaron en camisa é incendiaron el pueblo. Desde allí se retiraron á San Rufino para ir á la expedición de Soiana, con objeto de vengar la muerte de Pedro Capponi y el desastre que sufrió el ejército en aquel punto.

Comprendiendo los de Soiana que no podían resistir, y temerosos de perder la vida, casi todos huyeron por los muros durante la noche, y á la mañana siguiente estaba la población abandonada. El Comisario la mandó arruinar hasta los cimientos, en venganza de la muerte de su colega.

Viendo los pisanos al enemigo dueño de la campiña, hicieron de la necesidad virtud, y determinaron dejar toda la colina á los florentinos, reservándose por aquella parte solamente á Cascina, que pusieron en estado de defensa.

A los Vitelli se les permitió acuartelar en nuestro territorio, y Pablo vino á Florencia para tratar del sueldo de sus servicios.

Por entonces la nave Normanda, gobernada por monseñor de la Ciappella, encontró la nave Gallerana en el puerto de San Esteban y, cuando ya había casi vencida

la nave genovesa, un disparo de bombarda le cortó las amarras y se fué á pique.

Nuestras tropas devastaban en la Lunigiana las tierras del marquesado. Siendo inferiores en fuerzas los Señores de aquel territorio, y aguardando próximo auxilio de Marcos y Jorge (1), daban esperanzas de acuerdo, por lo cual los nuestros suspendieron la devastación de su país; pero conocida al fin su malicia, continuó el ataque y les tomaron Bighirolo. Para oprimirles mejor y hacerles reconocer más pronto la soberanía de Florencia, se consideró provechoso (mientras aquellos marqueses eran débiles) enviar nuevas fuerzas. Fueron seiscientos franceses, y nuestro campo se estableció en Talerano, lugar entre Viano y Marciaso, pero no se salía á campaña por falta de dinero.

Hubo entonces disturbios en Génova, promovidos por los desterrados que protegían los franceses, y para debilitar la confianza de los partidarios del duque de Milán, los franceses, á las órdenes de Jacobo Trivulzio, invadieron los Estados del Duque y se apoderaron de un castillo llamado el Castellaccio, próximo á Alejandría y, engrosando sus fuerzas, volvieron hacia Génova para mudar allí el gobierno. Imposibilitado el Duque, por esta agresión, de socorrer á los marqueses de la Lunigiana, hizo saber á los florentinos que sería bueno no persiguieran á dichos marqueses, y evitar tanta perturbación en Italia, cosa que se oyó en Florencia de buen grado, porque allí también se deseaba curar esta llaga y, accediendo á las instancias del Duque, consintieron los florentinos en retirar sus tropas de aquella comarca,

(1) Es decir, de los venecianos y los genoveses.

quedando cada cual con las posesiones que antes tenía.

Para mantener el enemigo apartado y poder hacer correrías hasta las puertas de Liorna, construyeron los pisanos un bastión en Stagno que les sirviera de apoyo en el centro de la comarca, hicieron un puente hacia la parte que ocupaban, y fortificaron con trincheras y fosos una iglesia situada entre los dos puentes y la hostería. Tan rápidamente ejecutaron estos trabajos, que, antes de poder impedírselos, ya tenían guarnición en ellos.

Nuestro ejército estaba sin general, por haber sido nombrado Pedro Juan Ricasoli podestá de Prato, quedando al cuidado de las tropas el conde Ranuccio, que, por dar pruebas de actividad, se apoderó de la Vaiana.

Súpose entonces que habían llegado á Piombino barcos de los venecianos, y Antonio del Vigna, nuevo comandante de Liorna, envió de Campiglia y otros puntos emisarios para saber si era cierto, y aprestó un galeón, una carabela y otros dos barcos semejantes con propósito de atacar el convoy veneciano.

Para no perder tiempo, y por ser perjudicial á Siena el bastión que los pisanos habían construído en Stagno, se determinó atacarle una noche de improviso, esperando tomarle fácilmente. Ordenó para ello las tropas el conde Ranuccio, y sólo esperaba que le llamara el comisario de Liorna; pero dilató tanto hacerlo, por falta de víveres, que los pisanos supieron el proyecto. A pesar de ello, quisieron realizarlo y, al amanecer de un día, presentóse ante el bastión maese Criaco, pero retiróse apresuradamente y no sin vergüenza, por el fracaso del intento.

MARZO DE 1497.

Nombrado Comisario en el ejército de Pisa Lucas Antonio de Albizzi, se ocupó, al tomar posesión del cargo, de activar el ataque del bastión. Mientras lo preparaba, se presentó á él un soldado de la guarnición de la Verrucola y le dijo que si llegaba ante esta plaza una noche habría quien le facilitara la entrada. Pareció bien á Albizzi esta empresa, porque, si tenía buen éxito, era útil, y si fracasaba, haría que los pisanos pensaran menos en la defensa del bastión.

Fué una noche á Bientina y envió doscientos soldados á la Verrucola, donde llegaron poco antes de media noche; pero, no viendo la señal convenida, se volvieron.

Permaneció Albizzi en Bientina con la caballería y la infantería, para proveerse de víveres en la Verrucola, si la tomaba, y si no, proteger la retirada de la infantería enviada, á fin de que no la atacaran los de Vico y de Buti. Partió al fin de Bientina con todo el ejército, resuelto al ataque del bastión, y fué á Lari con pretexto de revistar la infantería y demás tropas que había allí. El día 22, con mil infantes y doscientos caballos estaba al amanecer frente al bastión, y lo tomó de esta suerte..... (1).

---

(1) Hay en el manuscrito una nota al margen que dice: Leer una carta de Lucas de Albizzi:

ABRIL DE 1497.

Después de esta victoria fijaron los nuestros la atención en las cosas del mar. Estaban alerta para ver si la armada enemiga partía de Piombino, cuando de pronto la torre de San Vicente hizo señales de que venían con dirección á Pisa cuarenta barcas cargadas de víveres y cinco galeras sutiles escoltándolas. Una vez á la vista, salieron en su persecución el galeón y la carabela de Cristóbal Gagliardo, con tres bergantines. Aunque disuadían al conde Checco, que iba en el galeón, de librar combate, ordenó animosamente al que gobernaba el timón dirigir el barco al ataque de las galeras enemigas; embistió y rompió una de ellas, y se apoderó de otra, siendo muy empeñado el combate, que costó la vida á cincuenta enemigos y á diez de los nuestros. El Conde fué herido en el rostro.

Mientras los florentinos se ocupaban en fortificar de nuevo el bastión y atendían á los asuntos del mar, los pisanos atacaron, tomaron é incendiaron á Vaiana, abandonándola después sin dejar guarnición. Los florentinos no pudieron llegar á tiempo de socorrer esta plaza. Temióse también por la seguridad del bastión de Stagno y, á causa de ello, el Comisario fué con el Conde á Liorna, dejando allí buena parte del ejército y regresando á Pontedera.

Los pisanos fueron contra el bastión de Stagno con dos pasavolantes y tres falconetes; el Conde les salió al

encuentro, y juntos entraron en el Stagno; pero fueron arrojados los enemigos del bastión, que quedó en poder del Conde é hizo en él nuevas fortificaciones.

Los Vitelli, es decir, Vitellozzo, se apoderó de Cisterna ó, mejor dicho, la recobró con consentimiento de los florentinos. Pero el Papa, aliado entonces con los Colonna, determinó arruinar el partido de los Orsini y puso cerco á Bracciano. Juzgó Vitellozzo que la pérdida de aquella plaza sería en efecto la ruina de los suyos y que, de no socorrerla, se perdería, por lo cual, unido á Carlos Orsino, juntaron las más tropas que pudieron, sacaron de Castello mil infantes, y se dirigieron á Bracciano.

Salió al encuentro de estas fuerzas el ejército del Papa, á las órdenes del duque de Gandía y, dada la batalla, fueron derrotados los pontificios, quedando prisionero el duque de Urbino y muerto Antonio Savello.

El Papa, después de esta derrota, decidió hacer la paz, y los Orsini, que no podían mantener la lucha, la aceptaron fácilmente y prometieron al Papa darle treinta mil ducados al contado y rehenes por otros veinte mil. Uno de los dados en rehenes fué el duque de Urbino, cuyo rescate se tasó en cuarenta mil ducados, viniendo así á ser prisionero del mismo potentado por quien combatió y perdió la libertad.

Alcanzada esta victoria, Vitellozzo, para complacer á sus soldados, invadió el territorio de Siena y saqueó algunas poblaciones y castillos; pero los sieneses acudieron al Papa y se vió obligado Vitellozzo, para no quebrantar la paz que acababa de ajustar, á retirarse de la comarca de Siena, volviendo á Castello con sus tropas. El Papa favoreció á los sieneses, primero por impedir

á los Vitelli adquirir más reputación, y además porque deseaba la vuelta de los Médicis á Florencia y no le parecía á propósito cambiar el gobierno de Siena, que les era favorable.

Había entonces gran carestía de víveres en Florencia, y pidieron trigo á los sieneses, quienes prometieron darlo si los florentinos dejaban de agredir á Montepulciano.

Por aquel tiempo los desterrados perusinos invadieron la comarca de Perusa, y los habitantes se prepararon á vigorosa defensa.

El valimiento de Pedro Felipe en Florencia hizo que dieran el mando del ejército al conde Ranuccio, licenciando á Hércules Bentivoglio.

Preparábase Pedro de Médicis á venir á Florencia auxiliado en parte por los venecianos, persuadidos de que si, por su medio, recobraban el poder los Médicis, gozaría Venecia de la tranquila posesión de Pisa y de influencia decisiva en Toscana, y en parte por los sieneses, deseosos de vengarse de los florentinos, llevando los enemigos á las puertas de Florencia como éstos los llevaron á las de Siena, y por el deseo de que el acuerdo con Médicis les proporcionara á Montepulciano.

Mientras Pedro de Médicis, con el citado auxilio y con el de Bartolomé de Alviano, que le había prometido mil quinientos soldados para llevarle hasta los muros de Florencia y asegurar su retirada, si no podía entrar en esta ciudad, disponía la expedición, se ajustó una tregua de seis meses entre Francia y la Liga, comprendiendo á los confederados; por lo cual los florentinos determinaron disminuir los gastos que ocasionaba la guerra con Pisa y suspender las hostilidades; pero la noticia de lo

que proyectaba Pedro de Médicis les alarmó de tal suerte que á todas partes enviaron Comisarios: Pedro Juan fué á Brolio, Braccio Martelli á Poggibonsi. Ordenaron que las tropas acantonadas en Val de Chiana fueran hacia Poggibonsi, pero dispuestas á la marcha, porque ignoraban si Médicis vendría por Val de Ambra ó por el camino directo. Se procuró poner en armas las milicias, y escribieron al conde Ranuccio que, dejando guarda suficiente en la comarca de Pisa, fuera con el ejército á Poggibonsi. No se movió el Conde; pero al saberse en Florencia que Pedro de Médicis estaba el día 24 junto á Siena y el 26 continuaba la marcha, ordenaron de nuevo al Conde que partiera en la dirección prescrita, dejando guarnecidas las plazas.

Partió Pedro de Médicis el día 27 de Siena con doscientos hombres de armas, ciento de caballería ligera y mil infantes, todos escogidos, y sin bagajes ni impedimenta entró en territorio de Florencia. Al ver que las poblaciones le cerraban las puertas, dió á entender que no venía como enemigo, sino como amigo, para volver á su casa, para dar pan á quien no lo tuviera y para librar la ciudad y la República de manos de los que, con tan desdichado gobierno, las tenían agobiadas con guerras y hambre. Acampó en Tavernelle de Val de Elsa, con orden de continuar la marcha después de breve descanso, para llegar cuanto antes á las puertas de Florencia y no dar tiempo de aprestarse á la defensa á los ciudadanos; pero cayó tan abundante lluvia que no pudo ponerse en marcha hasta la mañana siguiente.

Llegó á Florencia la noticia de que Pedro de Médicis estaba en Tavernelle y la Señoría, temerosa de que á la mañana siguiente se presentara junto á Florencia, or-

denó el armamento de los ciudadanos y dispuso cómo se debía defender la ciudad y el Palacio.

Bernardo del Nero y muchos otros ciudadanos sospechosos, en número de más de cuarenta, fueron llamados, con pretexto de consultar con ellos, y encerrados en el Palacio. Enviáronse doscientos infantes á la Cartuja á las órdenes de Juan de la Vecchia, no sólo por ver si Pedro temía dejar esta fuerza á su espalda, sino también para que guardaran aquel punto, á fin de que Médicis no se estableciera tras de los muros de la Cartuja y renovara, desde allí, las tentativas que al pronto tuvieran mal éxito.

Encontrábanse en Florencia Pablo Vitelli, que había vuelto aquel día de Mantua, donde estuvo prisionero, y Hércules Bentivoglio, licenciado del mando del ejército y que aquel día debía partir. A ambos se les ordenó que con Pablo Antonio Soderini y muchos otros ciudadanos notables acudieran á la puerta de San Pedro, llevando á sus órdenes unos mil hombres bien armados.

Apenas se habían tomado estas disposiciones, cuando se presentó Pedro de Médicis con sus tropas en San Gaggio, situándose sobre la colina y avanzando una parte de su ejército hasta las fuentes. Los jefes que mandaban en la puerta conocían la clase de hombres que tenían á sus órdenes, y aconsejaron que se cerrara ésta para que, teniéndola por medio, ni los de dentro ni los de fuera pudieran intentar la fortuna de las armas.

Viendo Pedro de Médicis que no se sublevaban en su favor dentro de Florencia, como le habían prometido y esperaba y, censurando la cobardía de los que le llamaron, determinó volver á Siena y, por bajo del Galluzzo tomó el camino de Volterra, por creer que las tropas

llamadas para impedir su venida deberían estar reunidas hacia San Casciano y Poggibonsi, á fin de impedirle la vuelta. Después de dar descanso á sus soldados en Giogoli, á seis millas de Florencia, continuó su camino hacia la Pesa.

El conde Ranuccio con sus tropas, que venía de San Casciano, llegó al frente de ellos sobre la colina de San Juan. No creyeron los nuestros que debían presentar batalla, sino seguir al enemigo hasta los límites de la República sin acometerle en parte alguna. El Conde excusó su prudencia diciendo que el ejército estaba tan fatigado como el de Pedro de Médicis, pues al mismo tiempo que éste salía de Siena partió aquél de Pontedera y no quería exponer la fortuna y la libertad de Florencia al éxito de una batalla.

MAYO DE 1497 HASTA EL 25 DE OCTUBRE QUE DURÓ LA TREGUA

Y DESPUÉS TODO NOVIEMBRE.

Publicada la tregua y apartado Pedro de Médicis de las inmediaciones de Florencia, se vivió durante los seis meses de aquélla sin hacer nada importante ni en la empresa contra Pisa ni en parte alguna, ocupándose en disminuir los gastos y en averiguar la causa de la venida de Pedro de Médicis. Al fin la descubrió Lamberto de la Antella y, por esta conspiración, fueron muertos cinco ciudadanos, según he anotado en un cuaderno de mis apuntes que sólo trata del descubrimiento, proceso

y muerte de dichos cinco ciudadanos, de quienes hablo en otra parte (1).

Durante la tregua, que empezó el 25 de Abril y terminó el 25 de Octubre, se estuvo á la defensiva y con pocos gastos.

Lucas de Albizzi fué nombrado Vicario en el Casentino, y le reemplazó en el cargo de Comisario en el ejército de Pisa Bernardo Canigiani que murió, á principios de Octubre, no dejando de sí otro recuerdo sino la opinión de lo que hubiese hecho, en caso de vivir.

Fué enviado para reemplazarle Pedro Juan de Ricasoli.

Terminada la tregua, se decidió apoderarse inmediatamente de la Vaiana y Colle Salvetti, sitios á propósito para guardar el camino de Liorna y reorganizar las compañías de infantería y caballería ligera.

Por haber hecho los pisanos una salida con su caballería, el gobernador de Siena acudió con sus tropas para combatirles; pero se habían retirado ya, y el gobernador, para que no fuera ineficaz aquella expedición, fué á Colle Salvetti, lo tomó, dejó guarnición y ordenó al Comisario enviara allí víveres y más tropas; pero, antes de que fuesen, los pisanos recuperaron este punto.

Para no perderlo ni tener causa de temor por aquel lado, y para que los florentinos hicieran gastos en reconstruirlo, destruyeron aquel bastión en gran parte. La Vaiana la abandonaron y quemaron, y Criaco, al día siguiente, destruyó lo que quedaba en pie.

---

(1) Habla en el extracto de las cartas que publicamos á continuación de estos fragmentos. Los ciudadanos muertos fueron Bernardo del Nero, Lorenzo Tornabuoni, Nicolás Ridolfi, Giannozzo Puci y Juan Cambi.

Además de la gente que tenían en Pisa, los venecianos enviaron á Criaco de Martinengo con quinientos caballos.

Estos sucesos ocurrieron hasta fin de Noviembre de 1497.

DICIEMBRE DE 1497.

Por haber enfermado en el campamento Pedro Juan de Ricasoli, fué nombrado para reemplazarle en el cargo de Comisario Guillermo de Pazzi.

Llamaron de Monte Carlo á Giacomini y le enviaron á inspeccionar Liorna y toda la comarca de la marisma. Después fué á la Lunigiana para continuar las negociaciones con los marqueses, con orden de encaminarlas á la paz mejor que á la guerra, porque los florentinos deseaban no tener tantos enemigos á la vez.

Por el lado de Pisa, para mostrar el conde Ranuccio que era digno del mando que la ambición de otros y no sus propios méritos le había concedido, determinó mostrarse con el ejército á los pisanos y hacerles ver que iría con él hasta los muros de Pisa. Reunió, pues, todas las fuerzas que pudo sacar de las guarniciones, y partió de Bientina por los montes que dominan á Vico; bajó á San Juan de la Vena, saqueó esta población y se dirigió después hacia Pisa. Situado en orden de batalla en la llanura de Agnano, presentó el combate á los enemigos; pero los pisanos no quisieron intentar la suerte de las armas *aperto marte* y, dispuestos á cortarle la retirada, ocuparon los montes é interceptaron el paso por debajo

de la Verrucola, que era por donde el Conde había proyectado la retirada, viéndose precisado á seguir el camino de Luca perseguido por todos lados hasta la noche. El valor de los soldados le salvó el crédito que, de todos modos, debía perder al poco tiempo. Esta expedición sólo le produjo la fatiga del viaje y la vergüenza de exponerse á peligros de que le libraron sus valientes tropas y la fortuna, que aun no le había vuelto la espalda.

Tomás Capponi, que estaba en Arezzo, procuró y consiguió la paz entre los ciudadanos y los campesinos. Para perturbarla y para examinar los asuntos de la Valdichiana, fué nombrado Comisario Bernardo Ridolfii, pero no llegó á tiempo.

ENERO, FEBRERO Y MARZO DE 1498.

Los de Siena quemaron en el Cortonés Poggio Martino, y los nuestros el castillo de Bitolle.

Por la parte de Pisa no se hicieron más que algunas correrías.

Durante todo el mes de Abril ocurrieron los negocios del Fraile (1), el incendio y otros asuntos gravísimos para Florencia.

Fué enviado á Valiano Ghirigoro de Benino, y llamado Tomás Tosinghi.

Antonio Giacomini, que estaba en la Lunigiana,

(1) Refiérese al proceso y muerte de Fray Jerónimo Savonarola.

comprendió que aquellos marqueses deseaban más la guerra que la paz y, por ello, enviáronse nuevamente tropas á la Lunigiana. No agradó al duque de Milán esta determinación, y se dispuso, por acuerdo del Duque y de los florentinos, que Giacomini se avistase en la Lunigiana con un comisario del Duque y pactaran una tregua y el arreglo de las ofensas. Parte de las tropas que fueron á Borgo Rinaldi las enviaron á Pescia.

A Juan de Pedro Francisco, que estaba en Imola, porque aumentase en categoría, le nombraron Comisario en la Romaña.

ABRIL Y MAYO DE 1498.

Murió el rey Carlos VIII y le sucedió en el trono de Francia Luis, duque de Orleans, quien envió á decir al duque de Milán que, tan vecino como había tenido al duque de Orleans, tendría al rey de Francia (1).

Por la parte de Pisa se esperaban correrías. Los pisanos hicieron una salida hacia el 20 de Mayo, en número de 700 caballos, y recorrieron las marismas, cogiendo muchos prisioneros y gran presa de ganados.

El conde Ranuccio determinó hacerles frente y, reunidas algunas fuerzas, les atacó en San Regolo y les venció. Ya retiraba el botín que les había cogido, cuando vinieron de Pisa 200 hombres de armas y 500 infantes,

(1) El Duque de Orleans estuvo sitiado en Novara cuando la expedición del rey Carlos VIII á Italia.

que atacaron nuestra retaguardia y, por estar los soldados dispersos, se pusiéron en fuga, no librándose de todo el ejército más de 20 caballos. Cayeron prisioneros bastantes jefes. El Gobernador de Liorna, el Comisario y algunos otros se refugiaron en San Regolo, que les sirvió de asilo.

Esta derrota consternó á los florentinos, quienes, para poner pronto remedio y levantar nuevas tropas, nombraron capitanes de ellas á Pablo Vitelli y á Vitellozzo, con 300 lanzas, encargando á Julián Gondi que ajustara sus servicios. Tomaron á sueldo á Octavio de Imola con 125 hombres de armas; escribieron á Juan Bentivoglio para que enviara sus tropas; solicitaron los servicios de los Baglioni, que acudieron en seguida; concedieron á Vitelli que llevara 1.200 infantes de Castello; y, para que todas estas fuerzas no encontraran el ejército desordenado, enviaron á Benedicto de Nerli á Cascina con dinero y encargo de reunir á los dispersos por la fuga y orden de sacar de Pistoya y Val de Arno el mayor número posible de soldados de infantería.

Para no molestar á los amigos del conde Ranuccio, ni perder un general del cual otros podían valerse, le tomaron nuevamente á sueldo con 200 hombres de armas y, á fin de evitar rivalidades con los otros jefes, le ordenaron ir á Pescia para guardar Val de Nievole.

Los venecianos, después de la citada victoria, no teniendo órdenes más que para devastar el país y guardar las plazas de los pisanos, dieron tiempo á los florentinos para hacer estos preparativos.

JUNIO DE 1498.

No anduvieron tan de prisa los florentinos, como las órdenes que de Venecia recibieron los pisanos, quienes se dirigieron al ataque de Puente de Sacco. Pero el general estaba ya en Florencia, y Vitellozzo iba directamente á Pisa por Val de Elsa. Al llegar éste al puente, los pisanos, que tropezaban con serias dificultades para la expugnación de Puente de Sacco, en vista del socorro que acudía, se retiraron.

Fué tomado á sueldo Pablo Vitelli con cincuenta caballos, y el 1.º de Julio llegó á Florencia, donde era Confaloniero Veri de Médicis. Le recibieron con grandes honras y se le dió en la tribuna el bastón de general de nuestro ejército, conforme á las costumbres de la ciudad.

El general, para dar fama á su llegada y estrechar á los enemigos, se situó con las tropas en Colcinaia, por la comodidad del río, que le permitía estar seguro, batir á Vico y Cascina y poder socorrer las Colinas y Val de Nievole, si los pisanos hacían correrías.

Fué llamado á Florencia Benedicto Nerli, reemplazándole como Comisario Jerónimo Ridolfi.

Continuaba la cuestión del Fraile (1) desde el pasado Abril.

Braccio Martelli fué nombrado embajador en Génova.

(1) Jerónimo Savonarola.

Los venecianos tomaron bajo su protección al Señor de Rímini, y asoldaron al duque de Urbino, Astorre Baglione, Carlos Orsino y Bartolomé de Alviano.

JULIO DE 1498.

Pareció al duque de Milán que era demasiada la ambición de los venecianos, y se puso de parte de los florentinos contra Pisa. Acaso su objeto era agotar los recursos de las dos Repúblicas por medio de larga guerra, á fin de llegar á ser más fácilmente árbitro en Italia, logrando de esta suerte mayor fama. Tal era el concepto que de su valimiento había formado, que anunciaba sonriendo acabaría la guerra en Italia cuando él quisiera, agradándole oir á los aduladores, y entre ellos á un bufón que le repetía: «Este glorioso Príncipe tiene por tesoreros á los venecianos, por capitán al rey de Francia, y por correo al Emperador.» Decíase también en su corte: «Dios en el cielo, y Luis Sforza en la tierra, saben el fin de esta guerra.» Sea lo que fuere, ó por ambición suya ó por favorecer á Florencia, se puso de su parte, alentó á los florentinos á continuar la empresa de Pisa, y hasta les envió unos trescientos caballos á las órdenes de varios jefes.

Animados en Florencia por las persuasiones y los favores del duque de Milán, procuraban reunir dinero para activar la guerra contra los pisanos. El general declaraba que no quería permanecer ocioso y los pisanos, por no mostrar temor á los refuerzos del ejército floren-

tino, atacaron el bastión de Stagno; pero su acometida fué infructuosa y, sabedores de los preparativos para rechazarlos, se retiraron.

Los venecianos, que ya habían tomado á sueldo para la guerra de Toscana los capitanes nombrados antes, procuraron atraerse á los sieneses y asoldar al Señor de Piombino. Como esto, si lo conseguían, era muy grave, esforzábanse los florentinos en impedirlo con la ayuda del duque de Milán.

En Siena se puso de parte de los venecianos Nicolás Tegrimi, que gozaba de grande autoridad, y Pandolfo, para no perder la suya y contrarrestar la de Tegrimi, apoyó á los florentinos. Éstos enviaron á Siena un embajador, que, unido á Pandolfo y al embajador del duque de Milán, consiguieron vencer á Nicolás Tegrimi. Para mantener estas ventajas fué preciso desplegar fuerzas y, después de la toma de Vico, de que hablaremos luego, enviaron los florentinos al conde Ranuccio á Poggio y gran cantidad de armas á Pandolfo. Por este medio se consiguió una tregua de cinco años; tregua vergonzosa, porque fué preciso destruir el bastión de Valiano, pero necesaria para cerrar la ancha puerta que los venecianos tenían para atacarnos. Este acuerdo modificó también las pretensiones del Señor de Piombino, que se contentó con quedar á sueldo del duque de Milán y de los florentinos, quienes pagaban á medias los gastos, recibiendo veinticinco mil ducados y doscientos hombres de armas, y el título de lugarteniente fuera de Toscana.

AGOSTO DE 1498.

Hubo por entonces entre los pisanos y nuestras tropas algunas escaramuzas sin importancia.

Fué nombrado Comisario en el ejército Jacobo Pitti, y como adjuntos, para dar mayor autoridad á su cargo, enviaron á Pedro Popoleschi y Benedicto Nerli, con los recursos necesarios para que las tropas comenzaran las operaciones, dejando á juicio del general acometer la empresa más conveniente contra Cascina, Vico, Librafatta ó la Verrucola. Fué reforzado el ejército con cuatro mil infantes y..... caballos, y tomaron á sueldo á Dionisio de Naldo con quinientos infantes, en cambio de Pedro, que no había querido ir al ejército, pero que fué después.

El 20 de Agosto salió el ejército de Calcinaia y fué á Buti. El general mandó ocupar antes los montes y hacer un bastión en Pietra Dolorosa. Tomada la abadía de San Miguel en veinticuatro horas, se rindió Buti á discreción. Allí despojó á los soldados, hizo prisioneros á los habitantes y mandó cortar las manos á seis artilleros.

Al día siguiente se dirigió contra el bastión de Vico, abriendo primero por los montes, desde Buti á Vico, un camino para llevar la artillería, lo cual fué de mucho coste y fatiga. El bastión lo encontró abandonado, y recorrió todo Val de Calci, tomó á Calci y acampó frente á Vico, que á los ocho días, y después de derribar se-

senta brazas de muro, lo tomó por capitulación. Marco Salviati perdió allí un ojo. Había dentro ochocientos soldados, que quedaron libres con sus bagajes.

Tomado Vico, se acabó el dinero de las pagas del ejército y, necesitándose más para continuar la campaña, hubo disensiones entre los ciudadanos: unos querían que el ejército fuera contra Cascina, y otros contra Libbrafatta. La causa de estas discordias era la opinión favorable ó adversa que unos ú otros tenían del conde Ranuccio. Deliberaron sobre la determinación preferible, y por fin la dejaron á juicio del general, pero prefiriendo la de Cascina. El general, para justificar su decisión, preguntó si escribía al duque de Milán á fin de saber lo que opinaba; pero la pregunta ofendió á los florentinos, y resueltamente le ordenaron ir á Cascina. La orden pudo producir un escándalo, por juzgarla el general depresiva para su autoridad. Envió éste á Florencia una persona de su confianza que expusiera las razones de su conducta y, presentada al Consejo de los Diez, demostró que la expedición á Cascina era peligrosísima si no terminaba en tiempo fijo, y en cambio, la de Libbrafatta prometía segura victoria; alegó además tantas razones, que los Diez se convencieron y, discutido de nuevo el asunto, se dejó á discreción del general.

Como estas conferencias ocasionaron dilaciones, sospechó el pueblo que los Diez querían mantener la guerra y no terminarla, y les amenazaron muchas veces con quemarles dentro de sus casas.

Excitados por el miedo, el peligro y la vergüenza de las acusaciones que les dirigían, reunieron cuanto dinero podían y lo enviaron al ejército, recomendando á los Comisarios que apremiaran al general para continuar

la campaña por el punto que fuera más á propósito, y éste se dirigió á Libbrafatta, pidiendo antes víveres á los luqueses, que, por temor, se los dieron.

Entretanto, Carlos Orsino, Bartolomé de Alviano y el duque de Urbino, tomados á sueldo por los venecianos para que vinieran con Pedro de Médicis contra Florencia por la parte de Siena, no pudiendo venir por este lado á causa de la tregua entre florentinos y sieneses hecha por mediación del embajador en Siena del duque de Milán, resolvieron atacar por otro lado, reuniendo numeroso ejército en la Romaña á fin de acometer con todas las fuerzas venecianas á los florentinos por el punto más favorable y, apartándose del Arbia para ir á Camporeggiano, lugar próximo á la Fratta, en el ducado de Urbino y en los confines de la comarca de Perusa, fueron á Agobbio, para dirigirse después hacia Faenza y unirse allí á las tropas de Juan y Aníbal Bentivogli y de Julián de Médicis quien, por medio de Ramazzoto y de otros jefes de la Romaña y de la montaña de Bolonia, había reunido unos cuatro mil hombres de infantería.

Cuando los florentinos supieron estos preparativos, ordenaron al Conde Ranuccio, que estaba en Poggio, trasladarse á Mugello, y enviaron al Señor de Piombino y á Juan Pablo Baglione lo que les debían de sus sueldos, ordenándoles fueran al mismo punto.

Para distraer al enemigo por la parte de Val de Lamona, ordenaron al general que enviase inmediatamente á Dionisio de Berzighella y á Octavio de Manfredi con sus compañías, quienes fueron sin obstáculo hacia Mondigliana. Además enviaron comisarios al Mugello y á la Romaña para proveer á cuanto se necesitara.

Pero antes de que Dionisio de Berzighella llegara con su compañía á Marradi, lograron los enemigos vencer las tropas que guardaban el Burgo, y ocuparon aquel punto, de modo que Dionisio, por no acudir á tiempo, vióse obligado á retirarse al castillo, donde ya se había refugiado Simón Ridolfi. Por ser aquel castillo la llave del Mugello, no juzgó conveniente trasladarse á Modigliana, donde fué sólo Octavio de Manfredi.

Creciendo diariamente el número de los enemigos que ocupaban el burgo, y temiendo los florentinos que el duque de Urbino se uniese á ellos y tomaran á Castiglione, resolvieron aumentar las precauciones de defensa. Escribieron al conde de Gaiazzo, que estaba en el territorio de Parma con unos cuatrocientos sesenta hombres de armas, manifestándole la necesidad de su venida, y enviaron á Andrés Pazzi á la condesa de Imola para darle el pésame por la muerte de su marido Juan de Médicis, y para mantenerla amiga de la República florentina. No habiendo por aquella parte bastante fuerza, enviáronle cinco mil ducados para asoldar tres mil infantes y ponerlos á las órdenes de Fracassa, general del duque de Milán que se encontraba allí con cien hombres de armas y cien ballesteros de caballería. Antonio Giacomini fué nombrado Comisario, con encargo de apremiar á Fracassa para que se dirigiera á Modigliana, porque creían que, reuniendo numerosas fuerzas en aquella parte, podríase promover una sublevación en Berzighella á causa de las inteligencias que allí mantenían Manfredi y Dionisio, ó asustar á las tropas que mandaba Julián de Médicis y obligarlas á retirarse.

Para dar al conde Ranuccio y al Señor de Piombino la infantería que estaba en Mugello, á fin de que pudieran

atacar al enemigo, que se encontraba en Marradi, mandaron asoldar dos mil infantes y escribieron al ejército para que vinieran quinientos más, nombrando Comisarios en Mugello á Pedro Corsini y Bernardo Nasi, personas de gran autoridad y reputación.

Mientras se adoptaban todas estas disposiciones para resistir á los venecianos, el general de nuestro ejército contra Pisa tomó á viva fuerza el bastión de Libbrafatta y, puesta la artillería frente al castillo, lo estaba batiendo, sin que el enemigo se atreviera á hacer ninguna salida contra nuestras tropas. Sitiados los habitantes estrechamente, desesperados de auxilio y temerosos de no poder capitular si resistían, á los once días se entregaron.

Dueños los florentinos de Libbrafatta, pensaban que el duque de Milán defendería con su ejército los demás puntos amenazados por el enemigo. Resolvieron, pues, continuar la empresa contra los pisanos y, para estrecharles por aquella parte, desde el Arno hacia Stagno, construyeron un bastión en la torre de Foce, para bloquear á la vez á Pisa y Cascina.

Al mismo tiempo determinó el general reforzar la fortificación de Santa María in Castello, y escribió á Florencia para que le enviaran picapedreros, zapadores y los demás elementos necesarios; pero mudó de propósito y mandó hacer un bastión sobre el monte Verrua, á cuatro millas de Pisa, posición intermedia entre Pisa y Luca, donde ya el luqués Castruccio había hecho una fortificación, cuando se apoderó de Pisa.

Mientras se terminaba esta obra costosísima, no desistían los venecianos de acometer por la parte de la Romaña; y, habiendo tomado el Burgo de Marradi, se preparaban á atacar el castillo para poder bajar después al

valle de Mugello, donde creían ser bien recibidos por los habitantes, favorables á Pedro de Médicis, y en seguida acercarse á Florencia, con la esperanza de que el gran valimiento de los desterrados, ocasionara algún cambio de gobierno, y con él su ansiada dominación en Toscana.

Todo esto lo escribieron los florentinos varias veces al Pontífice, al rey de Nápoles y á los genoveses, y aun les enviaron embajadores, mostrándoles la ambición de los venecianos y la conveniencia de que la contrarrestaran cuando aun era tiempo, no dejándola prosperar, por ver la ruina ajena, tanto que después no pudieran ellos mismos defenderse.

Pero estas persuasiones, por diversas causas, no produjeron ningún efecto. El Papa era enemigo del duque de Milán y, viendo á los florentinos tan afectos al Duque, prefería la destrucción del poder de la Santa Sede á aumentar el prestigio del Duque y que pudiera vanogloriarse de haber vencido á los venecianos. Favorecía, pues, á Venecia y, por no creerse bastante poderoso para destruir la dominación del duque de Milán, se echó en brazos del nuevo rey de Francia, antes duque de Orleans, mortal enemigo del Duque, por pretender que le pertenecía el Ducado y por haber recibido de Sforza numerosas injurias, cuando su antecesor Carlos VIII hizo la expedición á Italia.

Tampoco las persuasiones de los florentinos hicieron mella en el rey de Nápoles, por ser naturalmente pacífico, estar su reino arruinado y tener motivos de temor á los venecianos, que poseían cuatro ó cinco fortalezas importantes en la Pulla.

Los genoveses, naturalmente mezquinos y muy enemigos de Florencia, también se negaron á auxiliar á los

florentinos, siendo de ver que posponían de buen grado la salud de toda Italia, al deseo de vengarse de ellos.

Viendo, por tanto, los florentinos que sus persuasiones, aunque ciertas, no eran creídas ni aceptadas y, no pudiendo esperar acuerdo con los venecianos, á quienes habían enviado como embajadores las personas más autorizadas de Florencia, sin conseguir otra respuesta que la de querer cumplir la promesa hecha á los pisanos de mantenerles en libertad, determinaron hacer el último esfuerzo para no abandonar el asedio de Pisa y echar al enemigo de Marradi.

Como antes he dicho, habían enviado Comisarios á Mugello y al conde Ranuccio con sus tropas, y escrito al conde de Gaiazzo al Parmesano que viniera hacia Imola con sus soldados. También determinaron asoldar tanta infantería que sin peligro pudieran, esperando al enemigo, conseguir de él completa victoria y, si no lo aguardaban, ahuyentarle vergonzosamente. Reunieron, pues, cinco mil infantes, poniéndolos todos á las órdenes del conde Ranuccio que se encontraba en Borgo San Lorenzo, y escribieron á él y al Señor de Piombino (que habían tomado á su servicio con doscientos hombres de armas, á mitad de gastos con el duque de Milán), que acudieran á Marradi para librar el castillo, estrechamente asediado por el enemigo, en lo cual consistía casi todo el éxito de la campaña.

Volvieron ambos con sus tropas á Casaglia para ponerse de acuerdo con el conde de Gaiazzo y Fracassa, que estaban, éste en Modigliana con Antonio Giacomini, y aquél en Forli. Acordaron, pues, la manera de socorrer el castillo. Fracassa opinaba que él con sus tropas y Octavio con las suyas fueran de Faenza á Berzighella para

ver si, por medio de Dionisio, desterrado de esta ciudad, se podía producir en ella una sublevación; y, á fin de conseguirlo, aconsejaba que los que estaban en Casaglia amenazaran á los enemigos situados en el Burgo de Marradi, con objeto de que éstos no pudieran socorrer de modo alguno á Berzighella y que el conde de Gaiazzo fuera también hacia Berzighella, interponiéndose entre esta ciudad y el duque Urbino, que se encontraba con sus tropas en Faenza.

Convenido este plan, al llegar el día designado Fracassa y Dionisio se presentaron ante Berzighella y acercáronse á la puerta, donde les recibieron á cañonazos. Enviaron en seguida uno de los suyos al conde de Gaiazzo que estaba en una altura á la vista de la ciudad, para que se uniera á ellos, é intentar un asalto, con esperanza de apoderarse de la plaza; pero el Conde se negó á ello, según unos por tener encargo del Duque de no derrotar á los enemigos, quienes, si el plan tenía buen éxito, estaban completamente perdidos y, en opinión de otros, por no aumentar el prestigio de Fraccasa, autor del proyecto de tomar á Berzighella. Pero acaso, y este fué el parecer de los más entendidos, no contribuyó á la operación que se intentaba por comprender el riesgo que había en ella, pues, abandonando la altura para bajar á Berzighella y ocupando aquélla el enemigo, quedaba sin duda á discrección de éste, y, como sabio, quería huir un peligro manifiesto á cambio de incierta victoria.

Volvió Fracassa indignado á Modigliana por el fracaso del intento contra Berzighella; pero era preciso conseguir de cualquier modo que el enemigo se apartara de Marradi; para lo cual aconsejaron que el conde de Gaiazzo se uniera al conde Ranuccio en Casaglia, y ambos se situa-

ran á espaldas del enemigo que, por el sitio en que estaba, por la hostilidad de la mayoría de los habitantes y por ser menores sus fuerzas creían que no podría resistirles.

Ejecutado inmediatamente este proyecto y reunidas en Casaglia las tropas del duque de Milán y de los florentinos, al amanecer se presentaron en orden de batalla delante del enemigo. Asustado éste, se apartó del castillo, que batía sin cesar con un cañón, y que había estado á punto de rendirse por falta de agua. Los sitiados recibieron agua, y además llovió por la noche. El enemigo se retiró al Burgo, retirada fácil, porque la dirigió Bartolomé de Alviano, hombre valeroso y práctico en la guerra, y porque mandaban á los florentinos el conde de Gaiazzo, más cuidadoso de la comodidad de sus soldados que del daño del enemigo; el Señor de Piombino, de quien decía monseñor Venafro que discurría bien, deducía mal y ejecutaba peor; que no llevaba ni la tercera parte de las tropas que le pagaban, y éstas ni le obedecían ni le respetaban, y el conde Ranuccio, á quien aun duraba el miedo de la derrota de San Regolo. Así, pues, aunque el enemigo se retiró, juzgóse su conducta, según la relación de los Comisarios, más honrosa y laudable que nuestra victoria; porque los nuestros no se atrevieron á atacarle, cuando ordenadamente se retiraba.

FIN DE LOS FRAGMENTOS HISTÓRICOS

EXTRACTOS

DE LAS CARTAS ESCRITAS Á LOS DIEZ DE LA BALÍA (1).

Hacia el 8 de Abril fueron puestos en libertad los prisioneros de Nápoles con Juan Jerónimo y el señor Pablo Orsino (año de 1497), y el duque de Urbino acordó su rescate con los Orsini en cuarenta mil ducados. Encontrábase entonces en manos del cardenal de San Severino, y sólo se esperaba á Pablo Vitelli, de Mantua, y á los prisioneros de Nápoles, para dejarle ir donde quisiera.

Por entonces la empresa de los Médicis preocupaba todos los espíritus, siendo Siena el centro de los preparativos que dirigían San Severino y Luis Bechetti (2). En Roma hacía los gastos Pedro de Médicis, que empeñó en seis mil ducados los efectos que poseía, consumiendo el crédito que le quedaba. El Papa, Venecia y Milán estaban á la expectativa, favoreciendo á los Médicis con palabras, para aprovechar con hechos su vuelta á Florencia.

(1) Estos extractos los escribió evidentemente Maquiavelo como apuntes para continuar la historia de Florencia.

(2) Acaso Boschetti, personaje notable de aquel tiempo.

Partió Pedro de Médicis de Roma el día 19 (de Junio) y vino á Siena. Trajo con él cuatrocientos infantes, y al Alviano con unos trescientos caballos. Juzgaba fácil su empresa, esperando le ayudasen los desórdenes en la ciudad, la miseria del pueblo los Señores, de quienes era jefe Bernardo del Nero, y también algunos parientes y amigos que prometían el mejor éxito: me refiero á los que en Agosto siguiente fueron condenados á muerte y ejecutados.

Reunida esta gente en Siena, partió en la tarde del día 27, y anduvo aquella noche tanto, que al día siguiente estaba en Tavernelle de Valdelsa, y de allí avanzó por la derecha hasta las puertas de Florencia, esperando siempre una sublevación dentro de ella. Detúvose algunos momentos en la Cartuja, sospechando por varios indicios que hubiera allí infantería; pero sabida la verdad, avanzó, llegando á la puerta cerca de las once de la mañana, donde estuvo hasta las tres de la tarde.

Era el día en que entraban en ejercicio los nuevos Priores, y antes de proclamarles se les convocó con pretexto de consultarles. También fueron convocados los ciudadanos, especialmente los que eran más sospechosos, con la misma excusa.

Encontrábase por acaso en Florencia Pablo Vitelli, que volvía de Mantua, y le encargaron, en unión de otros capitanes, la defensa contra Pedro de Médicis. Al conde Ranuccio, con sus tropas, se le había ordenado venir de Cascina á San Casciano, pero no llegó á tiempo, y las demás disposiciones fueron tardías é ineficaces, porque Pedro de Médicis se volvió por donde había venido.

En Florencia tenía pocos partidarios. Aquellos á quienes el suceso importaba más, mostráronse cobardes y estaban con capa y capucha como para ver una procesión. Los Priores mostrábanse amedrentados en el Palacio de la Señoría y á merced ajena, sobre todo el Confaloniero Bernardo del Nero que, para evitar todo cargo, dejábase guiar por cualquiera.

Distribuyóse aquel día gran cantidad de pan al pueblo, y á la plebe, aunque hambrienta, pareció bien dejar á los superiores ordenar lo que quisieran.

Partió Pedro de Siena el día 27 á las diez de la mañana, y aquella noche la abundante lluvia le impidió acelerar la marcha, pues de lo contrario, hubiera llegado de improviso al amanecer á las puertas de Florencia.

Aceptóse la tregua, se ratificó y aun se cumplió.

En los primeros días de este mes, estando predicando el fraile (Savonarola), á causa de haber golpeado uno en una caja, movióse gran tumulto en la iglesia, y trasmitiéndose fuera, echaron mano á las armas, empezando un gran desorden que, por fortuna, se apaciguó pronto.

La Santa Sede empezó á amonestar á Savonarola por medio de Breves, y el Papa envió un tal Juan de Camerino, hombre turbulento é íntimo amigo de fray Mariano de Ghinazzano, con breves para la Señoría y para fray Jerónimo Savonarola; á la Señoría, para que prohibiera predicar á Savonarola, y á éste, notificándole la prohibición y ordenándole, entre otras cosas, presentarse al Vicario de Su Santidad.

La mayoría de estas medidas las habían solicitado los adversarios de Savonarola, pero sus partidarios le defendían valerosamente. Así las cosas, el calor del

verano, la epidemia, y muchas otras contrariedades, le impidieron predicar.

Terminada la loca aventura de los Médicis, el Alviano regresó á los Estados Pontificios y, decididos los de Spoleto, que eran güelfos, á combatir con los de Terni, se sirvieron de él. Después de algunos días, empleados más en ardides que en verdaderos actos de guerra, entró en Todi, y mató cincuenta y cuatro ciudadanos del bando gibelino.

Por entonces casó el Papa á su hija con el Señor de Pésaro, que estaba en Roma, de donde salió *insalutato hospite*, y al llegar á sus Estados, hizo entender á su esposa que buscara otro marido, porque no la quería tener en su casa. El Papa le envió al maestro Mariano de Ghinazzano, y al fin se encontró el medio de realizar el divorcio, aunque se había consumado el matrimonio. Sucedió esto el 7 de Junio.

Fué leída en pleno Consistorio la Bula de investidura del reino de Nápoles á favor del rey Federico, con consentimiento de todos los cardenales, menos el de San Dionisio, que era francés, y protestó solemnemente *de nullitate rei, et de juribus integris Christianissimi Regis*, etc., y persistiendo el Papa en su determinación, dijo por último el Cardenal que su Rey se reservaba defender su derecho *in armis*.

El día 9 fué elegido legado para asistir á la coronación el cardenal de Valencia, y nombrado príncipe de Benevento el duque de Gandía. A esto siguieron los acontecimientos cuyo hilo puede estudiarse en las cartas del Sr. Alejandro (Braccesi).

A mediados del mes fué muerto el duque de Gandía. Por lo pronto no se supo la causa del asesinato. Des-

pués se tuvo por cierto que fué muerto por el cardenal de Valencia (César Borgia), ó por orden suya, y que el motivo fué la envidia, á causa de D.ª Lucrecia.

El motivo que sirvió de fundamento al divorcio del Señor de Pésaro y D.ª Lucrecia fué el de no haberse consumado el matrimonio por impotencia del marido, y el Papa añadía que lo había pronunciado por consideración al primer marido, Prócida (1), del cual también se había divorciado.

En esta época envió el rey de Francia á monseñor Gimel con encargo de hacer saber á todos, desde Saboya hasta Roma, que nosotros éramos sus amigos que deseaba nuestra seguridad, y que estaba dispuesto á ayudarnos *contra quoscumque;* y de ordenar á Trivulzio y á los demás hombres de armas franceses que había en Italia que acudieran en nuestro auxilio, si era necesario. Llegó monseñor Gimel hasta Vigevano, pero el duque de Milán no le dejó pasar adelante.

Por entonces debía verificarse en Montpeller la Dieta de todos los embajadores de los coligados y comprendidos en la tregua, para tratar de la paz, y fué por nosotros el obispo de Volterra; pero nada se acordó, como se ve en los papeles correspondientes á esta tregua. Además de este Congreso, había ido á España monseñor de Clari, para recibir instrucciones de su soberano y tomarle el juramento á la tregua.

El 10 de Agosto se verificó la coronación del rey Federico por mano del arzobispo de Cosenza, pues quedó

(1) Juan de Prócida, hijo de Juan Francisco, conde de Aversa, primer marido de Lucrecia Borgia, á quien se la quitó el padre, después de tres años de matrimonio, en 1493.

enfermo en Benevento el cardenal de Valencia, que de derecho fué el encargado de esta ceremonia.

Fué entonces preso Lamberto de Antella, que había venido á una finca de su propiedad, cerca de Paradiso. Aunque había escrito á Francisco Gualterotti, que era uno de los Diez y pariente suyo (Antella estaba casado con una Gualterotti), que quería venir para hacerle revelaciones, etc., sin embargo no obtuvo licencia. Cuando le prendieron enseñó otra carta escrita al mismo y no entregada. Antella estaba desterrado.

La Dieta, que se reunió primero en Montpeller, y fué translada á Narbona, jamás pudo ponerse de acuerdo, después del primer fracaso, porque cada cual rechazaba, como insuficientes para él, las condiciones de la paz, y el rey de Francia alardeaba de ser el más poderoso. El rey de España no había querido consentir hasta entonces en la conquista de Nápoles, si no se le cedía la Calabria, arreglo que aceptó el sucesor del rey Carlos.

Como autores y cómplices del proyecto y determinación de los Médicis de volver á Florencia, fueron denunciados, por Lamberto de Antella, muchos ciudadanos, entre ellos Bernardo del Nero, Nicolás Ridolfi, Juan Cambi, de los Cambi de Santa Trinidad, Giannozzo Pucci, Lorenzo Tornabuoni, Pandolfo Corbellini, Pedro Pitti, Francisco Martelli y algunos otros. Sus principales delitos consistían en haber recibido cartas y escrito á Pedro de Médicis por medio de un ermitaño llamado fray Serafín. Giannozzo Pucci y Lorenzo Tornabuoni estaban muy comprometidos por esta correspondencia. Juan Cambi también mantuvo correspondencia con Pedro de Médicis por medio de Jacobo Petrucci, de Siena, valiéndose de una cifra, según la cual, con la palabra

lino se entendía el nombre de Pedro. Nicolás Ridolfi había también recibido cartas, comunicándolas á Bernardo del Nero, *et inter alia* le acusaban de haber reído con Bernardo del Nero, de burlarse con otros y de decir delante de Bernardo: «Si volviera Pedro, rejuvenecería veinte años.» A los otros se les acusaba de haber sabido el complot y prepararse para auxiliarlo. En el interrogatorio á que fueron sometidos resultaron varias veces cargos contra Fr. Mariano, que seguramente intervino de algún modo en la conspiración.

El día 18 fueron sentenciados *reos mortis* por los Ocho, Bernardo del Nero, Juan Cambi, Nicolás Ridolfi, Giannozzo Pucci y Lorenzo Tornabuoni. Desde dicho día hasta el 21 estuvieron presos, discutiéndose si era eficaz la apelación que habían interpuesto ante el Gran Consejo, conforme á la ley hecha el año, etc. El 21, por reinar grande agitación en la ciudad, sobre todo entre los que temían á Pedro de Médicis, éstos, por propia seguridad, celebraron con los Señores una larga conferencia, en la cual unánimemente determinaron que la ejecución fuera *inmediata*. En esta conferencia se levantó Francisco Valori, acercóse á las sillas de los Señores, y golpeando sobre la mesa, trémulo y en ademán de amenaza, pedía la ejecución inmediata de la sentencia, lo cual produjo algún tumulto. Cuando se sentó, en vista de que la mayoría opinaba lo mismo, quedó acordado que siendo *periculum in mora, et urgente necesitate salutis reipublicæ*, no se debiera esperar el resultado de la apelación. Por votación de los Señores (á la cual no concurrieron todos) se ordenó al Consejo de los Ocho que inmediatamente fueran ejecutados los cinco reos, y así se hizo en la noche inmediata.

Los demás acusados fueron desterrados, á excepción del primo (1), que después de muchos meses de detención, para saber por él los intentos de los Médicis, fué también decapitado. La ejecución se hizo en el patio del palacio del Capitán. Quedaron los ánimos tenebrosos y sedientos de venganza, satisfaciéndose cuando la muerte de Valori en el siguiente mes de Abril.

Durante la tregua, el rey de España envió embajadores al Rey Cristianísimo, y ajustaron el tratado que ambos reyes deseaban; quedando estipulado especialmente que el Rey Católico ayudaría al Cristianísimo en la conquista de Nápoles y, como garantía de los gastos que hiciera, hasta ser reembolsado, se quedaría con la Calabria.

La sentencia del divorcio entre D.ª Lucrecia y el Señor de Pésaro fué dada en Septiembre, y fundada en que el marido era *impotens et frigidus natura.*

La flota genovesa, compuesta entonces de cuatro grandes barcos y muchos otros pequeños, cruzaba por delante de Tolón, teniendo bloqueada á la francesa destinada á Italia y al reino de Nápoles para socorrer á Salerno y Bisignano, que estaban en poder de los franceses, y hacer antes escala en Liorna.

Ya el 1.° de Septiembre el rey Federico, para libertad su reino de invasión extranjera, había enviado hombres de armas contra dichas plazas, á pesar de la oposición de los venecianos, que condenaban esta empresa porque podía excitar á los franceses á pasar á Italia.

A fines de Octubre de 1497 el Papa había determinado

(1) Este primo, según unos, era Lamberto de Antella; otros creen que Corbinello.

ya que el cardenal de Valencia dejara los hábitos eclesiásticos y volviera á la condición laica, y en esta época lo hizo saber al rey Carlos VIII.

En 15 de Octubre, los Vitelli, que á sueldo de Florencia estaban alojados en Val de Chiana, intentaron, como desterrados de Montepulciano, apoderarse de esta plaza, por noticias que les habían dado los de dentro de que serían bien recibidos; pero fracasó la empresa y se hicieron graves cargos á Florencia, censurándole haber querido romper la tregua y teniendo que someter el juicio de su conducta á los gobiernos de Roma y de Milán.

Durante la tregua, los embajadores de los dos reyes se reunieron en Narbona para tratar de la paz y, al interrumpirse estas negociaciones como he dicho, fué enviado Clari, de Francia á España. Ambos reyes, como suelen hacer los poderosos, sin tener en cuenta los intereses de la Liga, ajustaron un tratado especial entre ellos, que España admitió de buen grado, porque tenía nuevas dificultades con Portugal y por afirmar el Rey su autoridad contra muchos señores de su reino que no la querían sufrir, juzgando difícil conseguirlo, si tenía que luchar al mismo tiempo con la enemistad de dos enemigos ó de uno solo.

Por entonces cayó una exhalación en el castillo de Sant'Angelo en Roma, causando destrozos de que dan cuenta las cartas de aquel tiempo. Los Orsini y los Colonna estaban en guerra. Estos querían quitar á los Conti algunas plazas que antes habían sido suyas, y los Orsini ayudaban á los Conti, sin que ni unos ni otros respetaran la tregua que había promulgado el Papa por propia autoridad.

No cesaba el rey de Francia de anunciar su venida á

Italia, y al efecto había hecho algunos desembarcos en los puertos de Saboya, enviado tropas á Asti, tomado á sueldo á los Orsini y mantenido relaciones en Génova con el cardenal de San Pedro in Vincula y maese Batistino. La Liga temía que ejecutara su proyecto, y podía creerse fácilmente que, vencidas muchas dificultades, realizara el Rey esta expedición, porque el propósito no se apartaba de su ánimo, distrayéndole de él tan sólo los placeres y los pérfidos consejos de quienes le rodeaban.

Por entonces el rey de Inglaterra hizo prisionero en una batalla, y mandó matar, á un tal Plata Giannetta (Plantagenet), hijo del rey Eduardo, duque de York (1).

El 7 de Noviembre murió Felipe, duque de Saboya, en Chambery, y también por entonces falleció el Infante de Castilla, el único hijo varón de los Reyes Católicos.

El 15 de Noviembre de este año el duque de Ferrara restituyó al duque de Milán el Castelletto de Génova, que le habían entregado en depósito en 1495.

Creyendo los franceses no tener que bajar á Italia en algún tiempo, propusieron al duque de Milán una tregua indefinida que, al ser denunciada, durase aún ocho días. La ajustó á nombre de Francia Juan Jacobo Trivulzio hacia el 20 de Noviembre.

Después de la muerte del duque de Gandía, volvió el Papa de pronto á su proyecto de hacer Señor temporal

(1) Refiérese al impostor Perkins Warbeck, hijo de un corredor de Amberes, que logró pasar, durante mucho tiempo, por hijo del rey Eduardo IV. Como tal lo reconoció la duquesa de Borgoña y le casó con su sobrina. Durante cinco años sostuvo guerra con Eduardo VI. Cogido con las armas en la mano, fué condenado á prisión perpetua; pero intentó evadirse y pagó con la cabeza este atrevimiento.

al cardenal de Valencia (César Borgia). Ya había convenido este asunto con el rey Carlos VIII, accediendo el Rey Cristianísimo á cuanto deseaba Alejandro VI.

Como en Roma no cesaban de proyectar empresas contra Florencia Pedro Médicis, el cardenal San Severino, los venecianos, los sieneses y otros muchos, tampoco faltaban espezanzas de auxilio por parte de los franceses, y estaba á punto de llegar Aubigny. Ya habian enviado á Gimel para pagar los sueldos á los Orsini y á los Vitelli y convenir con los florentinos el de Aubigny, y los demás preparativos necesarios á la empresa contra Nápoles, para la cual esperaban que les adelantáramos ciento cincuenta mil ducados.

Las operaciones militares del rey Federico contra Salerno (la última reliquia de la dominación francesa en el reino de Nápoles) habían terminado, y el Príncipe de Salerno convino en dejar sus Estados con tal de poder embarcarse con su familia y sus tropas.

Los franceses, entretanto, preparaban la nueva expedición, y nos pedían 150.000 ducados y que les proveyéramos de buques para que pasara á Nápoles Aubigny con cien lanzas; todo lo cual era un gasto intolerable y, aunque no se consintió, fué lo mismo que si se aceptara, porque el mal estaba en otra parte.

Los monarcas de España y Francia hicieron al fin la tregua indefinida, con la condición de que durase dos meses después de denunciada.

Según manifesté antes, fué en 1498 excomulgado fray Jerónimo (Savonarola), ó mejor dicho, le prohibieron predicar durante el verano. Pasado éste, estuvo tranquilo hasta Febrero, en que, con motivo del carnaval, comenzó de nuevo sus predicaciones, siendo sus sermo-

nes muy violentos y todos contra la Iglesia, por lo cual el Papa y la Corte pontificia, resentidos por aquellos ataques, enviaron nuevos Breves á Savonarola y á la Señoría.

Volvió á predicar, porque se iba á elegir la nueva Señoría; pero ya sentía el calor de la hoguera, pues la ciudad, enterada de su contumacia con el Papa y cansada y aburrida de sus profecías de desventuras, comenzó á excitarse contra él, por lo cual procuraba Savonarola alejar el peligro que le amenazaba.

Poco antes de la muerte del rey de Francia notáronse en él síntomas de epilepsia, y si no murió de esta dolencia, debió contribuir á su fallecimiento.

Había llegado Marzo. Seguía predicando Savonarola, y el Papa fulminando contra él censuras. Dividida la opinión en Florencia, la agitaban los dos partidos, el favorable á Savonarola y el contrario. Pero, al tomar posesión la nueva Señoría en Marzo, llegaron Breves del Papa muy graves. Deliberó varias veces la Señoría sobre este asunto, y, como al principio, las opiniones estaban divididas, por lo cual la discusión era muy agitada.

Entretanto, los Orsini llevaban en los Estados Pontificios la peor parte en su lucha con los Colonna, á quienes protegían el Papa y el rey Federico.

Á principios de Abril estaba el duque de Milán en Génova, donde había ido para tomar posesión de aquel Estado y congraciarse con el público y los particulares. Aumentando día por día su miedo á los venecianos, comenzó poco á poco á tomar medidas para echarles de Pisa. Por lo pronto, se limitaba á discursos y persuasiones y, con tal objeto, hubo en Roma una conferencia

que se menciona en carta sobre esto, etc. Al mismo tiempo exhortaba á los florentinos á suspender las hostilidades con los sieneses y con el marqués Gabbriello, para poder contar con más tropas.

El 8 de Abril de 1498 murió el rey Carlos de apoplegía, y aquel mismo día ocurrió el suceso de Fr. Jerónimo Savonarola en Florencia, del que se debe hablar especialmente.

Á la muerte de Carlos VIII subió al trono de Francia Luis XII, y en el mismo instante empezó á pensar en divorciarse de su mujer, para casarse con la reina viuda, á quien amaba y á quien pertenecía la Bretaña. Entonces se decidió que sus títulos fueran rey de Francia, de Sicilia, de Jerusalén y duque de Milán, demostrándose así su deseo de este Estado.

En esta época, determinando los venecianos enviar nuevas tropas á Pisa, pidieron permiso para que pasaran por Milán, que les fué negado, y empezó el duque Sforza á mostrarse tan irritado con ellos, que parecía increíble, sin tener en cuenta que, cuanto más ultrajara á los venecianos, más les obligaba á unirse con Francia, lo cual fué en lo porvenir su ruina.

Por entonces también los Vitelli y Baglioni salieron de la Ricia para ir en socorro de los Orsini que, en tierras de Roma, luchaban con los Colonnas, quienes al fin fueron derrotados principalmente por obra de Vitellozzo.

Entonces igualmente fué enviado maese Guido (1) á Milán para convenir con el Duque los detalles de la nueva expedición contra Pisa.

(1) Guido Antonio Vespucci.

El Papa, á fin de no tener que sufragar los gastos, y porque así se deseaba en Florencia, convino en que no fuera llevado á Roma Fr. Jerónimo Savonarola, sino que los Señores pidieran por cartas á Su Santidad tuviera á bien enviar quien le examinara, y así se hizo.

En aquellos días fueron enviados tres embajadores al nuevo rey de Francia, que fueron el obispo de Arezzo (1), Pedro Soderini y Lorenzo de Médicis.

A principios de Mayo enviaron los venecianos á Pisa unos trescientos stradiotas para reforzar la guarnición, por saber los designios del duque de Milán y de Florencia.

Los embajadores venecianos enviados al nuevo rey de Francia fueron Jerónimo Georgi, Nicolás Micheli y Antonio Loredano.

Al mismo tiempo fué enviado á Milán Guido Antonio para concertar mejor con el Duque la proyectada empresa.

Entonces determinaba ya el Papa quitar el capelo al cardenal de Valencia y gestionaba casarle con Carlota, hija del rey Federico, preocupándole más que nunca estos designios.

El duque de Milán no pensaba en otra cosa que en procurarnos la recuperación de Pisa, no tanto por afecto á nosotros los florentinos, como por apartarnos de la alianza francesa, cuyas funestas consecuencias temía, notando ya el humo del incendio. Sin embargo, nos aconsejaba que nos sirviéramos del nombre francés, y que, para recuperar á Pisa, pidiéramos al rey de Francia doscientas lanzas de las que estaban más cerca. Pero

(1) Gentil de Becchi.

el objeto del duque Sforza era alejar por este medio de Asti á Juan Jacobo Trivulzio. Esta fué la poderosísima causa de que tanto le odiaran después los venecianos. Tan ciego estaba el duque de Milán, que no previó las consecuencias de estas intrigas y, como hombre ligero, cambiaba frecuentemente de opinión, esperando unas veces, temiendo otras, decidiendo hoy una cosa, mañana otra. Respecto al Emperador alemán, unas veces le consideraba su apoyo, otras prescindía de él, diciendo que era hombre necesitado siempre de dinero y cuando lo tenía no sabía gastarlo.

Continuaba la guerra entre los Colonna y los Orsini en los Estados Pontificios con buen número de tropas por ambas partes, y en Roma inspiraba grande interés esta lucha. En uno de los combates (1) perdió la vida Antonio Savello, que era hombre de mérito.

El Papa procuraba calmar los ánimos, y de continuo pedía al gobierno de Florencia que realizara el trato de tomar á su servicio á los Vitelli y los Baglioni, deseosos de acudir en auxilio de los Orsini para que, una vez comprometidos á servir á Florencia, no pudieran alejarse del territorio de esta República.

Después de la derrota de Santo Regolo, que ocurrió en estos días, enviaron los florentinos á Bolonia á Simón Ridolfi, para que viniesen de allí Alejandro Bentivoglio con sus fuerzas y otras tropas.

Todas las negociaciones que hubo con Milán en este tiempo constan en una carta coleccionada en la fecha correspondiente, en la cual el duque Sforza pide saber con qué recursos podríamos ayudarle en el caso de ser

(1) En la batalla de Monticelli.

atacado por Francia. Entiéndase que su deseo consistía en que le auxiliáramos secretamente con todos nuestros recursos; que no permitiéramos á Francia valerse de los servicios de los Vitelli, sino en proporción al dinero que ofrecía, y que no procurásemos al rey de Francia otras tropas de las que pudiera servirse contra él.

El 24 de Mayo fué quemado Fr. Jerónimo Savonarola, y también Fr. Domingo y Fr. Silvestre, del modo, etc.

En uno de los días inmediatos, es decir, el 21 ó el 22 fué derrotado en Santo Regolo nuestro ejército, que mandaba el conde Ranuccio de Marciano. Esto obligó á Florencia á reunir nuevas tropas y, por no haberlas más expeditas y prontas, tomó las de los Vitelli y por general á Pablo, porque los otros habían perdido la batalla.

Los sieneses pidieron entonces consejo á Venecia para saber cómo habían de proceder contra nosotros, y al mismo tiempo pedirles auxilio. Así comenzó el convenio en cuya virtud permitieron el paso á las tropas venecianas que, al poco tiempo, nos atacaron por la Romaña y el Casentino.

Entonces también el duque de Milán tomó á su sueldo al marqués de Mantua.

Esperábase en Florencia la recuperación de Pisa y, por ello, se había dado como en presa al duque de Milán, complaciéndole en cuanto deseaba. Fué enviado embajador á Génova Braccio Martelli, á quien los genoveses recibieron muy bien, porque deseaban valerse de él para recobrar á Pietrasanta y Serezzana. El Papa, naturalmente pérfido, alentaba de palabra esta negociación, pero engañaba al duque de Milán y á los florentinos, y cuando le pedían al señor de Piombino con

sus tropas y á Villamarina con sus galeras, daba por respuesta que buscaran la manera de hacerlo sin que lo supiesen los venecianos, pues él sólo podía concedernos permiso para cobrar un diezmo.

El duque de Milán entró poco á poco en esta empresa y licenció al conde Luis de la Mirandola, para que nosotros le tomáramos á sueldo, como se hizo, pagando él los gastos.

Tanto avanzó así lentamente, que le fué imposible retroceder, y nosotros, insensatos, creímos hacer una guerra á crédito.

Los Baglioni tenían entonces cuestiones con el duque de Urbino, y ambas partes reunían tropas. La causa era, etc. De Florencia fué enviado Pedro Martelli y después Felipe de Casavecchia, que asumió el mando. Júzguese qué guerra iba á hacerse cuando se confiaba en tal hombre.

Entretanto, los pisanos fueron á sitiar Ponte de Sacco, pero la llegada del nuevo general les obligó á retirarse.

En este momento conviene decir quiénes eran los Diez y cómo habían sido elegidos.

Se pidió al Papa que favoreciera la empresa contra Pisa, y, según lo que había ofrecido, enviara al Señor de Piombino con sus tropas y á Villamarina con sus galeras, ordenando al duque de Ferrara que no permitiera el paso á los venecianos que vinieran en socorro de Pisa; pero contestó que el duque de Ferrara no le obedecería y, en cuanto á las tropas, el mejor medio, en su opinión, era que el rey Federico le mandara, en cambio de ellas, cien hombres de armas de los suyos, que el Papa pagaría, y las galeras las enviaría cuando el rey Federico las reemplazara con otras tantas de las suyas, y si no, no.

Los genoveses, á quienes el duque de Milán mostraba propicios á esta empresa, después que les enviamos á Braccio Martelli, se empeñaron en que les devolviéramos Serezzana y que tomáramos á sueldo á Jorge Adorno y á Juan Luis del Fiesco, dando á aquél un mando en la flota y á éste en las tropas de tierra; por lo cual se ve que con la multitud rara vez se puede convenir nada.

Por entonces los Colonna atacaron y arrasaron á Val Montano.

Motivaba el armamento del duque de Urbino, no tanto la ofensa recibida de los Baglioni como el alistar doscientos hombres de armas y ponerse con ellos á sueldo. Para que este alistamiento no le costara dinero, proyectaba sacárselo á los de Perusa, ó por vía de acuerdo, ó tomándoles tantos castillos que su rescate le proporcionara la cantidad deseada.

En Bolonia habían conferenciado ya los venecianos con los Médicis para restablecer á éstos en Florencia y para servirse de ellos, á fin de distraer fuerzas de los florentinos por la parte de la Romaña, como sucedió, una vez terminado el acuerdo hecho en Bolonia con Julián de Médicis, en Venecia con Pedro mismo y en Roma entre Pedro de Médicis y el embajador veneciano.

A fines de Junio llegó á Roma un embajador del Rey Cristianísimo para pedir la dispensa del divorcio del Rey.

Las tropas que el duque de Milán envió en nuestro favor contra Pisa fueron cien hombres de armas á las órdenes de Luis de la Mirandola y doscientos con cascos, mandados por varios capitanes, ninguno de los cuales eran hombres de guerra, sino criados y gentualla. A la Romaña, es decir, á Cotignuola envió á Gaspar y Fra-

cassa de San Severino con doscientos hombres de malas tropas, reclutadas en el país, para distraer por aquella parte al enemigo.

A fines de Junio se estipuló el contrato de matrimonio entre D.ª Lucrecia, hija del Papa, y D. Alfonso, hijo natural del rey D. Alfonso, reconociéndola una dote de cuarenta mil ducados.

Como antes decimos, Siena estaba destinada á Ligni, y debe saberse que lo estaba también Pisa á monseñor de Piennes.

Faltando entonces tropas á los venecianos, tomaron á sueldo á los Orsini por mediación de Pedro de Médicis, cuando más empeñada tenían la guerra con los Colonnas. Con este refuerzo vinieron al Casentino.

A principios de Julio, y sin mediación alguna, hicieron la paz los Orsini y los Colonna por espontáneo acuerdo de ambos partidos. Las condiciones fueron dar libertad á los prisioneros, restituir á sus anteriores dueños las fortalezas tomadas, y que las cuestiones que ocurrieran en esta comarca se sometieran al arbitraje del rey Federico.

Ya en esta época era el Papa favorable á Francia, y nos alentaba á seguir su ejemplo.

El acuerdo entre el duque de Urbino y Perusa lo ultimó Borges, legado del Papa, y Casavecchia fué sólo para jurar su observancia.

En aquel día partieron el obispo de Arezzo, Pazzi y Pedro Soderini como embajadores á la corte de Francia, donde ya estaban los embajadores venecianos y había ido en Junio Gualterotto.

Los venecianos tomaron á sueldo, además de los Orsini, al duque de Urbino. Guido Antonio, á su vuelta de

Milán, tomó el camino de la Romaña, y allí convino con la condesa de Imola y con Fracassa lo que debía hacerse para alojar los doscientos hombres de armas de don Alfonso de Rímini y los otros ciento que envió el duque de Milán á instancias del marqués de Mantua. Mandaba estas tropas Fracassa, porque el duque de Ferrara no quiso enviar á D. Alfonso para que personalmente combatiera á los venecianos. Su hermano Fernando, que estaba en Pisa con cien hombres de armas á sueldo de los venecianos, fué contra este ejército.

Descubiertas entonces las tramas de los venecianos con Pedro de Médicis, sabido que habían tomado á su servicio á los Orsini, y dudando los florentinos de la sinceridad de los sieneses, hicieron con éstos una tregua que contenía muchos artículos. Los principales se encontrarán en los papeles coleccionados con esta fecha.

Tanto pudo el miedo del duque de Milán á los franceses, que suscitó y pagó durante algún tiempo la guerra del Emperador de Alemania contra Francia en Borgoña, que, emprendida al principio del reinado de Luis XII, produjo á este monarca grandes dificultades. Pero lo que consiguió el duque de Milán fué excitar más y más á Francia en contra de él.

El Papa envió al rey de Francia el obispo de Seez, que llevó encargo de citar á la Reina viuda y hacer todas las formalidades necesarias para el matrimonio. También llevó encargo de manifestar al Rey los deseos del Papa, es decir, pedirle para César Borgia veinte mil francos de subsidio, el mando de cien lanzas, la hija del rey Federico como esposa, y el Condado de Valence, próximo á Avignon.

Hacia fines de Julio pactó el duque de Milán una

tregua con Juan Jacobo Trivulzio, sin fijar el término, pero debiendo ser denunciada con doce días de anticipación.

La paz que por entonces ajustó el Rey Cristianísimo con el duque de Borgoña, es decir, con el Archiduque, ofreció de particular que el Rey Cristianísimo restituía al citado Archiduque las plazas que de él tenía; mientras el Archiduque prometía á nombre de su padre la observación del tratado y salir de Borgoña.

Las tropas que en este tiempo puso el duque de Urbino á sueldo de los venecianos fueron doscientos hombres de armas, siendo él general en jefe en todas las expediciones á que contribuyera. El precio de sus servicios se convino en veinte mil ducados.

También tomaron los venecianos á sueldo á Astorre Baglioni; y por nuestra parte asoldamos al señor de Piombino, Juan Pablo y Simonetto Baglioni.

El acuerdo entre los venecianos y Pedro de Médicis para distraer á los florentinos de la guerra de Pisa, fué el siguiente: le cedieron las tropas del duque de Urbino, de los Baglioni y de los Orsini; le prestaron veinte mil ducados, diez mil para la infantería y otros diez mil para la caballería; como también todos ó algunos de los Orsini, es decir, Bartolomé de Alviano y Carlos Orsini. Por su parte, Pedro de Médicis se comprometió á entregarles Pisa enteramente libre con todo el condado, incluso Liorna y, como garantía del compromiso, debía dejar á su hijo en rehenes en Venecia.

El 17 de Agosto de 1498 el cardenal de Valencia manifestó al Consistorio que se sentía naturalmente inclinado á otro estado que el del sacerdocio, y, por tanto, suplicaba la gracia al Sacro Colegio de darle las dispen-

sas necesarias para volver á la vida civil y seguir la carrera á que su vocación le llamaba.

Levantaron acta de su demanda y, en el Consistorio siguiente, le fué concedida.

Hacia el 16 de Agosto fueron enviados á Venecia dos embajadores, Guido y Bernardo Rucellai, con misión de proponer algún acuerdo en la cuestión de Pisa. Esta determinación se tomó por creer que Venecia aprovecharía la ocasión de abandonar honrosamente la empresa; pero no sucedió así, porque los venecianos contaban con el éxito que después obtuvieron, fundando sus esperanzas en las dificultades con que tropezaríamos para poner de acuerdo tantos hombres, en lo bien que conocían al duque de Milán y en nuestra propia debilidad para realizar grandes esfuerzos. Los sucesos probaron que no se engañaban.

Al tomar el Papa á sueldo á los Orsini, exceptuó nominalmente á Carlos Orsino. A nombre de éste y del Alviano, fueron reclutados los hombres de armas. Diéronles los venecianos doscientos, aunque realmente con ellos tomaron á sueldo toda la casa Orsini. En este tiempo, es decir, hacia el 20 de Agosto, salieron á campaña los florentinos y tomaron á Buti. Aquí se debe describir la vuelta que dieron, el camino de las montañas, cómo condujeron la artillería y cómo tomaron á Buti.

Tan necesitada hallábase entonces Florencia de consejo y de dinero, que se vió precisada á aceptar tres ó cuatro mil ducados de Milán, y se creía poder atender con recursos tan insignificantes á una guerra de aquella importancia.

Fueron á Venecia dos embajadores, y la respuesta que trajeron encuéntrase en los papeles coleccionados.

Por entonces se ajustó la tregua con los sieneses, y los artículos más importantes de ella están en la colección de documentos con esta fecha,

También por entonces tuvo el rey de Francia en la campaña de Borgoña ochocientas lanzas y ocho mil suizos.

La primera esposa del rey Luis se llamaba Juana, y el conocimiento de la causa de disolución de su matrimonio lo encargó el Papa al cardenal de Mans, al obispo de Albi y al de Seez.

De Provenza vino por mar á Ostia monseñor de Sarnon para buscar al duque Valentino (César Borgia), y el arzobispo de Dijón le esperaba en Ostia para recibirle.

Desplegaban entonces los venecianos toda su actividad, haciendo lo posible por asegurarse de Siena y Perusa. A todas partes enviaban proveedores y secretarios, prometiendo á cada cual lo que más podía desear: á los sieneses la conquista del bastión y del puente de Valiano; á los Orsini considerable paga; á los de Perusa aprovisionamientos, *et sic de singulis.*

En las negociacione verificadas en Venecia se trató de la restitución de Pisa y, porque los venecianos insistían en que se terminara este asunto sin menoscabo de su honor, se propuso hacer capitulaciones idénticas á las hechas con los franceses en Asti; á lo cual respondieron según consta en las cartas coleccionadas.

El 5 de Septiembre fué tomado Vico, respetando las personas y los bienes. Conviene describir aquí la posición de la plaza, el modo como fué sitiada, el punto desde donde la cañonearon, y que la llegada de Castina á Vico del conde Ranuccio decidió su rendición.

Estaban ya en movimiento en estos días las tropas

enemigas. El duque de Urbino tenía en la Sarra, lugar situado sobre el Fratte, doscientas lanzas, mil soldados de caballería con cascos y mil infantes. Las tropas de los Orsini empezaban á presentarse en la Pulla, diciéndose que constaban de seiscientas lanzas y tres mil infantes.

La tregua con los sieneses se ratificó el 4 de Septiembre, y las principales condiciones constan en los papeles coleccionados con esta fecha.

Murió entonces Juan de Médicis. Es necesario decir cuanto á él concierne, y especialmente de su mujer, la condesa Imola.

Conquistado Vico, temíase que el ataque viniera por la parte de Siena, y se envió el conde Ranuccio á Poggio Imperiale; pero, hecha la tregua con los sieneses, se dirigieron las tropas enemigas por la Vía de Roma, pasando por el Fratte y el camino de Agobbio. Estas tropas eran quinientas lanzas, dos mil infantes y doscientos estradiotas, y aumentaron después con mil ceballos venidos del Bresciano.

Ordenóse al conde Ranuccio que siguiera la misma dirección con las tropas del duque de Milán y las del Señor de Piombino y, entretanto, el ejército contra Pisa acometió la empresa de Librafatta.

Están coleccionadas muchas cartas en las que consta ordenadamente cómo y cuándo el enemigo vino á Marradi y cómo la defendimos. Primeramente se presentó sin el duque de Urbino, que había quedado detrás, y atacó y tomó el burgo de Marradi; después atacó el castillo, sitiándole durante algunos días inútilmente. Esperaba tomarle por falta de agua, pero llovió, y entonces pensó levantar el sitio. Defendía el castillo Donato Cochi, hombre duro, paciente y valeroso, y se habían acogido

dentro Simón Ridolfi, con Nicolás y el condestable Dionisio Naldi. Aquellos dos se marcharon, no contribuyendo á la defensa del castillo, sobre todo el Condestable, á quien, de cuatrocientos hombres que le pagaban, sólo le quedaban doce. Entretanto, nuestras tropas, es decir, el conde Ranuccio con Octavio de Manfredi y los demás pequeños *condottieri*, por el camino de Mugello se situaron frente á Marradi, con propósito de atacar á los enemigos; pero estos levantaron el asedio, dejando alguna artillería. El Señor de Piombino no quiso ir porque, teniendo en su contrato de servicio título de general en jefe de las tropas de Toscana, negóse á unirse, para no compartir su jefatura con Fracassa y Caraccioli, que con doscientos hombres de armas y mil infantes aquél, procedente de Parma, y éste de Forlí con doscientas lanzas y mil infantes, se habían aproximado á Berzighella y perseguido al enemigo, con ánimo de tomar esta plaza. Aníbal Bentivoglio fué á unirse con los demás aliados cerca de Ravena. Los venecianos habían puesto á sus órdenes cien hombres de armas. Nosotros, además del conde Ranuccio, el Señor de Piombino, etc., enviamos hacia aquella parte á Pablo Baglione y Simonetto, aquél con sesenta lazas y éste con cincuenta caballos ligeros.

El 25 de Septiembre había partido ya de Parma el conde Caravaggio con trescientos cuarenta y seis hombres de armas, ciento cincuenta caballos ligeros y quinientos infantes. Al Conde y al Señor de Piombino dió en común el duque de Milán el mando de sus tropas. Tomó el camino de Módena, á lo largo del Po, á Santa Agata y Massa, y llegó, por fin, á Imola.

El 1.° de Octubre partió César Borgia para Francia, embarcándose en la flota con Sarnon. Hacia el 3 ó 4 de

Octubre fué tomada Librafatta, y unos cuatro días después el reducto construído sobre ella. Este suceso ocasionó el envío de Francisco de Nerli á Bolonia, para mantener dicho Estado á nuestro favor, y á Andrés de Pazzi á Forli, para tratar con la Condesa y comunicarle el estado de las cosas de la Romaña.

Después de estar algunos días los venecianos ante el castillo de Marradi y de haberle cañoneado inútilmente, levantaron el sitio en los primeros días de Octubre, retirándose á Berzighella, y desde allí urdieron la traición de Bibbiena realizada el 24 de este mes. Francisco de Nerli había dado aviso desde Bolonia de esta traición muchos días antes de que ocurriera, y también la anunció desde Roma Gualterotto, aunque sin especificar el sitio; pero nuestra imprevisión y el escaso valor de Cappone Capponi, enviado á Bibbiena, ocasionaron no poderla impedir ni remediar.

Mucho tiempo antes el duque de Milán había tomado á sueldo al marqués de Mantua; pero ocurrían dificultades para el cargo que debiera ejercer, porque habiendo dado el Duque el de general en jefe al conde de Gaiazzo no lo podía dar á otro. Se titubeó largo tiempo en concederle el título de general de las fuerzas imperiales en Italia y jefe honorario de nuestras tropas. No tomándose al fin ninguna determinación, porque los florentinos no podíamos conceder este título, á causa de la enormidad de nuestros gastos y de tener otro general, decidió el Marqués entrar al servicio de los venecianos, y fué á Venecia, poniéndose á sueldo de esta República. Se le ordenó venir á Pisa al frente de un ejército numeroso, y hubiera venido sin duda de no ocurrir lo de Bibbiena, por cuyo suceso creyeron los venecianos no necesitar

de él; pero está fuera de duda que, sin esto, lo hubieran enviado. ¡Tan obstinados estaban en aquella guerra!

El 12 de Octubre llegó César Borgia á Marsella, y el Rey le dispensó grandes honores.

El 24 de Octubre, como he dicho, se sublevó Bibbiena, siendo pocos los que fraguaron el complot. Se había tenido anticipada noticia, y por ello fué enviado allí Cappone Capponi para descubrir y castigar la conspiración. Cayó en sus manos Dovizi, primo de Pedro de Médicis y principal autor de la conjura; por misericordia ó compasión no quiso aplicarle el tormento, y nada descubrió. El complot se realizó de este modo. Unos cuantos soldados de la caballería ligera de Alviano caminaron toda la noche, y sólo cuatro se presentaron disfrazados de campesinos en una de las puertas de la ciudad al abrir ésta, apoderándose de ella. Así dieron tiempo á que llegaran los demás, y en menos de dos horas toda la ciudad estaba en su poder, sin que muchos de los habitantes hubieran aún despertado. Esta audacia, más afortunada que sensata, tuvo éxito por lo escasa que era la guarnición y por su negligencia y falta de orden. Nada de esto es extraño, teniendo en cuenta que nadie esperaba una operación de guerra tan temeraria, entrando en un valle, fuerte por ambas laderas, sin salida, al principio del invierno y con los Alpes cubiertos de nieve. El mismo día llegó Alviano, é inmediatamente, con su actividad acostumbrada, se presentó delante de Poppi; pero llevaba pocas tropas, la plaza era fuerte los defensores fieles y prevenidos por la sorpresa de Bibbiena, que ya sabían, por todo lo cual no pudo hacer nada. Además encontró allí á Juan Antonio, que cayó

herido combatiendo en la puerta. Los enemigos se dedicaron entonces á apoderarse de los pueblos de las inmediaciones de Bibbiena.

El divorcio del rey de Francia fundóse en cuatro causas: la primera, que los esposos eran parientes en segundo grado; la segunda, que el rey Luis, padre de Juana, esposa del Rey, había sido padrino de éste en el bautismo; la tercera, que *fuerat matrimonium coactum*, pero que nunca había sido consumado *per copulam carnalem;* la cuarta, que la Reina era contrahecha, *utrinque gibbosa*, y estéril. El conocimiento *si vera essent*, de estas causas, fué sometido á las personas antes citadas, quienes citaron á la Reina, y después juzgaron *tanquam non legitimum, nec sancitum, matrimonium esse solvendum ob prædictas causas*, y el Papa, por un Breve, refiriéndose á este juicio, *concessit solutionem fieri, et permissionem alterius matrimonii*. Esta dispensa la dió al duque Valentino (César Borgia) cuando fué á Francia, sin que lo supiera ningún otro, con orden de que la vendiera cara al Rey, no entregándola antes de obtener la esposa que solicitaba y la realización de sus demás pretensiones.

Mientras se ponían en juego estas intrigas, supo el Rey por el obispo de Seez, á quien el duque Valentino mandó matar por haberlo dicho, que la dispensa estaba concedida, y sin tenerla ni haberla visto consumó el matrimonio con la Reina viuda del rey Carlos VIII. Los demás asuntos arregláronse después á gusto de todos. El litigio terminó pronto, á causa de que la Reina, persuadida por su hermana la princesa de Borbón, no lo siguió, es decir, no contradijo las causas alegadas. El Rey le prometió el ducado de Berri con treinta mil francos, y á la princesa de Borbón que su hija sería reina de

Francia, casándola con el duque de Angulema, y ella, por tanto, suegra del Rey.

A principios de Noviembre, conociendo los venecianos cuán difíciles y costosas eran las empresas que tenían entre manos, comenzaron en Milán, por medio de sus embajadores con los nuestros, y en Ferrara con el Duque, á insinuar negociaciones de paz, acaso por librarse de los embarazos presentes, para quedar más expeditos en los asuntos con Francia. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que alegaron dificultad de dinero, y en Marzo siguiente acudieron á tres de los principales bancos para hacer frente á los gastos. Siendo éstos también gravosos á nosotros y al duque de Milán, empezaron las negociaciones, yendo á Ferrara Alejandro Strozzi, y poco tiempo después dos embajadores á Venecia.

Pero ilusionados los venecianos por sus prósperos sucesos en el Casentino, continuaban enviando allí nuevas tropas, llegando á reunir setecientos hombres de armas y más de seis mil hombres de infantería, además del conde de Pitigliano, que vino de Castel d'Elci casi como á sueldo de ellos.

El duque de Urbino y Pedro Marcello, proveedor veneciano, se encerraron en Bibbiena é hicieron de esta plaza el centro de las operaciones militares. Su propósito era llevarse cuanto pudieran de Poppi, Romena, Pratovechio y Camaldoli; pero á Poppi no llegaron á tiempo, á Romena no fueron, Pratovechio lo socorrió nuestro general, pues el mismo día que venían á atacarlo, el ejército de Vitelli plantaba sus banderas en aquellas alturas. A Camaldoli lo defendió el abate Basilio *cujus fuit summa manus in bello et amor et fides in patriam.*

Por estos sucesos tuvimos que apartar de Pisa y de

Val de Serchio á nuestro general y lo más fuerte del ejército. Esto ocurrió hacia el 6 de Noviembre. El general partió después de haber provisto á la defensa de Vico y de Librafatta, y de terminar el atrincheramiento de la Berrucola.

Por entonces, el Papa y nosotros procurábamos entorpecer las negociaciones de los venecianos con el rey de Francia, importándonos mucho que no se aviniera con Venecia el Rey antes de que le entregáramos Pisa, con objeto de que nos las restituyera después. El Rey apremiaba para que tomáramos este partido. Por estar comprometidos en los asuntos del duque de Milán, á causa de que unos odiaban á los franceses y otros deseaban la alianza con el citado Duque, decidimos tan mal en este negocio, que los venecianos tuvieron tiempo para ajustar el tratado con el rey de Francia, haciendo comprender al Duque que el único camino de salvación era reconciliarnos con Venecia. Adoptó este partido, aconsejándonos, ó más bien, forzándonos á pactar la paz con los venecianos, lo que no impidió que continuara expuesto al mismo peligro.

Temieron algo los florentinos entonces por la parte de Arezzo, á causa de descubrirse que uno estaba en negociaciones con el enemigo, por lo cual fué ahorcado. En vista de ello, cuando el general llegó al Casentino, fueron enviados hacia la parte de Arezzo el conde Ranuccio y Fracassa, al frente de las tropas del duque de Milán. Esta determinación impidió al enemigo invadir el Valdarno como tenía proyectado.

Al venir las tropas del duque de Milán de la Romaña á Toscana, á las órdenes de Fracassa y Carazolo, éste quedó enfermo en Forli en el palacio de la Condesa

permaneciendo allí para su seguridad algunos soldados, y Fracassa vino á Arezzo.

Una de las causas más poderosas, ó mejor dicho, la principal y única de precipitar al Papa á aliarse con Francia, fué obtener esposa y Estados para el duque Valentino, que no encontraba en Italia quien satisfaciese su grande ambición, ni tampoco quien lo pretendiera, como lo demostró, entre otros, el rey Federico, que le negó la mano de su hija Carlota, persuadido de que no podía satisfacer las aspiraciones de dicho Duque con la mitad de su reino. Por ello, desesperando de todos los demás, se dirigió á nosotros, y las circunstancias le favorecieron, porque encontró un rey que, con tal de divociarse de su antigua esposa, le prometía y daba más que ningún otro príncipe.

Necesitando aliados en Italia, proyectó que lo fuéramos nosotros por necesidad, y para ello indujo á Francia á que privara á los venecianos de Pisa y la pusiera en sus manos, mientras nosotros, por el contrario, deseábamos que quedara en las del Rey. En esta confusión de ideas y diversidad de aspiraciones, ocasionadas por ser unos florentinos partidarios de los franceses y otros no, se creyó encontrar el medio de recobrar á Pisa, proponiendo que quedara en poder del Colegio de Cardenales, y negociando al mismo tiempo con el duque de Ferrara para confiarle el depósito.

El verdadero objeto de estas gestiones era continuar aliados con el duque de Milán, sin advertir que caminaba á su ruina, y por ello, ni sobre este asunto, ni sobre ningún otro, convinimos nada con Francia, dando ocasión á los venecianos para hacer cuanto querían y para acusarnos de inteligencias con el duque de Milán;

las cuales tenían por fundamento, no sólo los motivos referidos, sino el odio que inspiraban los franceses por su pasada conducta. Además, con el duque de Milán manteníamos las campañas de Pisa y del Casentino y, ayudándonos él con tropas y dinero, temíamos el peligro y nos avergonzaba la ingratitud de abandonarle. Así empeoraban poco á poco nuestros asuntos.

La sentencia de la disolución del matrimonio del Rey de Francia fué dictada el 20 de de Octubre de 1498.

Al llegar el duque Valentino á la corte de Francia, que fué el 18 de Octubre, entregó el capelo al cardenal de Ruan.

Por entonces fué enviado á Milán, por las gestiones de los partidarios de nuestra alianza con el duque Sforza, el cardenal de Volterra, y además á causa de la importancia de las negociaciones con el duque de Ferrara que se practicaban en Milán.

El Papa excitaba de continuo al rey de Francia á que se aliase con los venecianos, y estas excitaciones, unidas á las otras causas, le decidieron á hacerlo.

El miedo que esta alianza inspiraba al duque de Milán, y la vana esperanza de apartarles de las negociaciones con Francia, indujeron á Sforza á obligarnos á la paz con los venecianos, de quienes esperó más de lo conveniente. Empezadas las gestiones, quedó ajustada la paz inmediatamente, y los venecianos, privando al Rey de Francia de la realización del deseo de tener Pisa en su poder, aumentaron su reputación de hábiles, pues dejaron Pisa de un modo honroso, obteniendo un crédito contra la ciudad de ciento ochenta mil ducados. Tales beneficios los consiguieron después de haber sido derrotados en el Casentino, y varias veces en distintas oca-

siones, en Stia, Monte Mignaio, Montalone y Maronaio, perdiendo más de tres mil caballos; no quedóles de sus conquistas más que Bibbiena, que no hubieran podido conservar, de portarse mejor nuestros soldados y querer terminar la guerra.

Así las cosas, llegó el Conde de Pitigliano á Castel d'Elci, no atreviéndose á pasar de allí. Tan bloqueados estaban los enemigos, que necesitaban enviar soldados de infantería con cincuenta libras de harina acuestas para aprovisionar Vernia y Bibbiena, y un día en Cava de Vellano fué batido un cuerpo numeroso de esta infantería, cogiéndoles un convoy considerable de harina y de dinero enviado al ejército.

Pablo Vitelli permaneció bastantes días en Poppi, y después de arrojar al enemigo de aquella comarca, fué á San Stefano, en la Pieve, para tener en jaque á los que se encontraban por aquella parte, y hacer frente al enemigo que viniera. Aquella guerra en el rigor del invierno y en lo alto de las montañas, fué ruda y difícil, y ciertamente, de haber tenido alguna más paciencia, no precipitándose tanto el duque de Milán, y reuniendo los florentinos algún más dinero, hubiese terminado honrosamente, quedando al fin Pisa depositada en manos del Rey, porque los venecianos, además de estar agobiados por esta lucha, tenían al turco en Lepanto con numerosa escuadra, y necesitaban prepararse para la guerra de Milán, á la cual no podían atender mientras ésta durase.

Entre otros motivos que nos impidieron depositar la ciudad de Pisa en manos del rey de Francia (1499) y continuar las negociaciones con el duque de Ferrara, era uno que el duque de Milán no quería la tuviéramos

por esta vía, juzgando que en tal caso seríamos amigos de los franceses, y él quedaría sólo y sin nuestra ayuda frente á los venecianos.

En esta guerra del Casentino quedaron prisioneros muchos nobles, entre ellos Juan Conrado, sobrino de Alviano.

El cardenal de San Pedro *in Vincula* favoreció mucho las negociaciones entre los venecianos, el rey de Francia, el Papa, Trivulzio, el Sr. Constanzo y muchísimos otros italianos que se encontraban en Venecia, juzgando muy útil la amistad de aquella Señoría y prometiéndose de ella grandes ventajas.

La paz entre el rey de Francia y los venecianos quedó firmada el 9 de Febrero en Angers. Las cláusulas secretas no se supieron nunca sino por lo que los efectos demostraron.

El 14 de Febrero salió el duque de Urbino de Bibbiena con salvoconducto de Vitelli, previo consentimiento del Comisario, que era Pedro Juan de Ricasoli. Díjose entonces con bastante crédito que esta salida la ordenó ó consintió el duque de Milán.

Fuimos grandemente imprevisores en estas circunstancias, no haciéndose caso en Florencia de los sucesos, ni tomando, por tanto, ninguna medida de precaución.

Después que fueron á Venecia los embajadores, que eran Pablo Antonio Soderini y Juan Bautista Ridolfi (debe comprobarse la fecha de su partida y las instrucciones que llevaban), no cesaron las caricias ó las amezas del duque de Milán para que se hiciera el tratado, y después, para satisfacer á la Señoría de Venecia, no se cuidó de que nuestros derechos quedaran perjudica-

dos, y el duque de Ferrara extremó las complacencias para agradar á unos y á otros.

Las condiciones que Venecia propuso y apoyó con insistencia en favor de los pisanos, eran cuatro: que la administración de justicia, al menos la criminal, no estuviera en nuestras manos; que los fuertes quedaran en poder de los pisanos; que pagáramos todos los gastos hechos por ellos en la guerra, y que los derechos de entrada en Pisa, es decir, las gabelas y demás arbitrios, fueran para los pisanos; teniendo al principio la misma exigencia respecto á Liorna; pero al fin aceptaron las condiones estipuladas en el juicio arbitral que hubo.

El 3 de Marzo fué firmado el compromiso, y el 6 de Abril dictada la sentencia arbitral. Los venecianos, es decir, la multitud de los ciudadanos, clamaron contra la sentencia, que suponían contraria á sus intereses, porque deseaban que Pisa y su territorio quedaran libres y que Venecia, con cualquier nombre, pudiera mantener allí tropas. Pero los menos consiguieron lo que deseaban.

Convendrá referir aquí el apasionamiento con que unos ciudadanos defendían á los Vitelli y otros á los Marcioni.

Por lo gravoso de los gastos y por el temor á Francia, entró el duque de Milán en la alianza, y accedimos nosotros por creer que el rey de Francia no insistía en pedir se le entregara en depósito Pisa, pues en el acuerdo hecho en Venecia nada se dijo de esta condición; porque además teníamos que abonar todos los gastos y por desanimación, á causa de los sucesos ocurridos, sin esperanza de que, aislados y desunidos, pudiéramos hacer otra cosa; máxime no esperando del rey de Francia

más que una suspensión de hostilidades con los venecianos, y aun esto era dudoso.

Los turcos, mientras tanto, hacían grandes armamentos, y Venecia, alarmada, también los hizo, nombrando general de su escuadra á Antonio Grimano, quien no desempeñó mal el cargo.

Publicado y ratificado el arbitraje, el duque de Milán envió á Visconti á Pisa para aconsejar é inducir á los pisanos á que aceptaran el laudo. Lo mismo hizo el duque de Ferrara, y ordenó á un tal Héctor Bellingerio venir á Florencia, procurando ambos recibir de los florentinos comisión é instrucciones para lo que debían hacer en Pisa. No fué permitido ir al de Ferrara. Esta declaración se hizo el 7 de Abril, un día después de la fecha del laudo, y se fundó en que, por medio de su enviado, el duque de Ferrara dió á entender que había hecho en Venecia algunas adiciones y aclaraciones al laudo que desagradaron grandemente en Florencia. La copia está coleccionada en la fecha correspondiente. Si la multitud se quejó al principio del fallo arbitral, mucho más clamó después contra él, á pesar de que las adiciones se hicieron para satisfacer á los venecianos favorables al acuerdo, quienes se quejaban sin razón, porque aquéllas no tenían importancia alguna.

Hiciéronse entonces algunas gestiones para apartar al Papa de la alianza francesa, y éste, disimulando, prestábase á negociar con todos, hasta que al fin se pactó la liga entre Milán, Nápoles, la Iglesia y nosotros. El tratado está coleccionado en la fecha correspondiente.

No fué Visconti á Pisa, por impedirlo los florentinos diciéndole que era mejor fuera desde otra parte; pues, yendo de Florencia, él mismo se privaba de autoridad, y

además, por su elevada categoría, daba importancia á los pisanos y ocasión para vender más cara su ciudad al Papa y á los Orsini, á quienes ya habían pedido que les tomaran bajo su protección.

Cuando las tropas enemigas partieron de Pisa, el comisario de Pontedera hizo saber á los Pisanos que en el término de seis días, respondieran si aceptaban el laudo arbitral y estaban dispuestos á observarlo; pues, de lo contrario, se procedería contra ellos.

Visconti estaba en Luca, y los pisanos le enviaron embajadores, ofreciéndole la ciudad para el duque de Milán, al que deseaban enviar también comisionados para quejarse de la pérdida de algunas naves que habían sido quemadas en la embocadura del Arno, y pedirle que hiciera prorrogar el plazo de los seis días.

El 4 de Mayo de 1499 el duque Valentino tomó por esposa á la hija del duque de Albret, y dió la dote á éste, porque se obligó á emplear cien mil florines en la compra de algún gran dominio en Francia y á conseguir que nombraran cardenal al hermano de su suegro, aunque esto era muy difícil, porque el duque Valentino decía no tener facultad para prometerlo, siendo al fin preciso que el Rey diera á los de Albret promesa de que el Papa lo haría.

Por entonces, es decir, hacia las calendas de Mayo, decididos los pisanos á sublevarse, enviaron comisionados á Siena y á los demás puntos de donde podían esperar auxilio, reconstruyendo y preparando las fortificaciones de la ciudad para defenderla.

Debe recordarse que también en esta época, es decir, hacia fines de Abril, fueron destruídos los muros de Bibbiena en castigo de la rebelión de sus habitantes.

En Venecia quebraron las casas de Lippomani y Garzoni, y la de Pisani estuvo á punto de quebrar.

En Mayo de este año se hizo nueva reforma en los cargos públicos, reducida á algunos reglamentos, especialmente para el Consejo de los Diez.

Cuando salieron las tropas de Bibbiena, el duque de Milán censuraba á los venecianos el tener sus tropas en pie de guerra, alimentando las esperanzas de los rebeldes, y los venecianos al Duque de que retrasaba el arreglo de las cosas de Pisa. De esta suerte, nuestra inconstancia y perpetuo descontento añadía disgustos á las calamidades de aquella época.

Por entonces cesaron de nombrar el Consejo de los Diez en Florencia, ordenándose que en lo porvenir no se restablecería si no lo determinaba el Consejo de los Ochenta por tres cuartas partes de votos.

Así las cosas, perseveraban los pisanos en su obstinación, sin ocultar sus intenciones; pero presumiéndose en Florencia que los socorros esperados por aquéllos llegarían tarde, ordenóse á los Vitelli que montaran á caballo é invadieran el territorio de Pisa. Después del convenio de Venecia, los Vitelli se habían retirado de San Stefano de la Pieve á sus casas. Ordenóse también á todos los demás hombres de armas que se prepararan para el ataque de Cascina, que se realizó en el mes de Junio inmediato.

Entretanto, se activaban los proyectos de los franceses contra el ducado de Milán. Habían salido con dirección á Astí cuatrocientas diez lanzas francesas, y Trivulzio, á nombre del Rey, rompió la tregua con los genoveses hecha á su instancia. El rey de Francia se preparaba para venir á Lyon, no cabiendo ya duda de la

empresa proyectada, aunque los venecianos procuraban disimularla con todos los medios posibles.

El duque de Milán, comprendiendo el peligro que le amenazaba, nos excitaba con apremio á unirnos á él y obligarnos en su defensa y, para conseguirlo, no sólo agradecía le pidiéramos apoyo en los asuntos de Pisa, sino lo ofrecía con la más amplia generosidad y se entrometía á buscar medios de reconciliación entre nosotros y los pisanos, y, en último caso, á resolver la cuestión por medio de las armas.

Por nuestra parte, en nuestra situación, era imposible aliarnos con él, porque veíasele ya próximo á su ruina, y en Florencia estaba tan dividida la opinión pública. que era imposible tomar una determinación cualquiera, Tampoco convenía exasperarle con una negativa, porque también en ello había el peligro de que, desesperado, entorpeciera el negocio de Pisa, negocio fácil de turbar y dificultar con mucho menos ingenio y fuerzas de las que el Duque tenía. Insistía, pues, impaciente por nuestras dilaciones, recordándonos los pasados servicios y amenazándonos para lo porvenir, cosas ambas que producían gran turbación en Florencia, avergonzando á muchos la ingratitud, y temiéndole no pocos. Lo que él pedía eran trescientos hombres de armas y dos mil soldados de infantería. La dificultad era grande para contemporizar con Sforza y con Francia, de donde también se nos incitaba á que nos declaráramos contra el Duque, pidiéndonos además hombres de armas y tres mil infantes. Respondíamos nosotros á ambas partes que la empresa de Pisa nos impedía tomar partido por cualquiera de ellas, y prometíamos á las dos que, tomada esta ciudad, contaran con nosotros.

Tales vacilaciones fueron causa de no servir á Dios ni al diablo, procurándonos, sobre todo, el rencor de los franceses, que era peligroso, por estar convencidos de que, con su victoria, habían ganado la amistad de los que no estaban antes con ellos, y el mismo Rey dijo en una conversación: «*A cette heure tout est gagné.*»

FIN DE LOS EXTRACTOS.

VIDA

DE

CASTRUCCIO CASTRACANI

DE LUCA

DEDICADA POR EL AUTOR Á SUS ÍNTIMOS AMIGOS

Zanobi Buondelmonti y Luis Alemanni.

Parece, queridísimos Zanobi y Luis, á quien bien lo considera, cosa maravillosa que casi todos ó la mayoría de los que en este mundo han realizado grandes empresas, sobresaliendo entre sus contemporáneos, tengan nacimiento y origen bajo y obscuro, procurándose con toda clase de trabajos lo que les negó la fortuna; porque casi todos, ó fueron expuestos á las fieras, ó tuvieron padres tan humildes que, por avergonzarse de ellos, presumieron ser hijos de Júpiter ó de cualquier otro dios. Todos conocen de esto numerosos ejemplos, y no cansaré al lector citándolos, por ser innecesario. Presumo que la fortuna desea mostrar así al mundo ser ella y no la sabiduría la que hace los grandes hombres, empezando á probar su poder cuando la sabiduría nada influye, y es por tanto preciso reconocer que de aquélla depende todo.

Fué Castruccio Castracani de Luca uno de los que, conforme al tiempo en que vivió y á la ciudad donde vió la luz, realizó más grandes cosas, sin ser de más notorio é ilustre nacimiento que los demás, como diremos al referir su vida, que juzgo debe quedar grabada en la memoria de los hombres, por encontrar en ella actos de valor y fortuna de grandísimo ejemplo; y la dedico á vosotros por ser, de cuantos conozco, los que mejor estimáis las grandes acciones.

La familia de Castracani, extinguida hoy por la instabilidad de las cosas humanas, figuraba entre las nobles de la ciudad de Luca. A ella perteneció un tal Antonio, de estado eclesiástico, que llegó á ser canónigo de San Miguel, en Luca, y á quien, en prueba de consideración, llamaban maese Antonio. Tuvo éste una hermana que casó con Buonaccorso Cenami, y que, al morir su marido, fué á vivir con su hermano, decidida á no contraer nuevo matrimonio.

Tenía maese Antonio, á espaldas de la casa que habitaba, una viña, en la cual, por lindar con varios huertos, se podía entrar fácilmente por todos lados. Sucedió que una mañana, poco después de salir el sol, paseaba Dianora (que así se llamaba la hermana de Antonio) por la viña, cogiendo, según costumbre de las mujeres, hierbas para sus condimentos, cuando notó moverse los pámpanos de una vid y, mirando al sitio, parecióle que oía llorar; acudió en seguida y vió el rostro y las manos de un niño que, envuelto en las hojas, parecía pedirle no le abandonara.

Entre maravillada y asustada, llena de compasión y de miedo, le recogió, llevó á casa, lavó y envolvió en blancos paños, según es costumbre, presentándole á

maese Antonio cuando volvió á la casa, quien al oir el caso y ver el niño, también se maravilló y apiadó de él como su hermana. Siendo él sacerdote, y no teniendo ella hijos, determinaron criar y educar aquel niño. Pusiéronle nodriza y le cuidaron tan cariñosamente como si fuera de su familia, bautizándole con el nombre de Castruccio, que fué el del padre de Antonio y de Dianora.

Con los años aumentó en Castruccio la gentileza, mostrando en todo grande ingenio y penetración, aprovechando en los estudios á que maese Antonio le dedicaba con propósito de hacerle sacerdote y renunciar con el tiempo en su favor la canonjía y sus demás beneficios.

Pero las inclinaciones de Castruccio en nada se acomodaban al sacerdocio. Así, pues, al llegar á los catorce años y lograr algún ascendiente en el ánimo de Antonio y de Dianora, para no temer sus amonestaciones, empezó á dar de lado á los libros eclesiásticos y á manejar las armas, que era lo que más le deleitaba. Corría, saltaba y luchaba con sus camaradas, cuyos ejercicios y otros de igual índole eran su pasión favorita, siendo en ellos, por su valor y agilidad, muy superior á todos sus compañeros. Si por acaso leía alguna vez, era en libros que hablaran de guerras ó de hazañas de grandes hombres, cosa que apesadumbraba mucho á maese Antonio.

Vivía en Luca un noble de la familia Guinigi, llamado Francisco, que en riqueza, gallardía y valor sobrepujaba mucho á todos los demás luqueses. Su profesión era la milicia, habiendo servido bastante tiempo á los Visconti de Milán. En el bando gibelino, que era el suyo, se le estimaba en Luca el primero. Acostumbraba á reunirse con otros luqueses por mañana y tarde, cuando

residía en esta ciudad, en la galería del Podestá, que está enfrente de la plaza de San Miguel, la principal de Luca, y vió muchas veces á Castruccio jugando con los demás muchachos á los ejercicios que acabo de referir, advirtiendo que, además de superarles en destreza, tenía sobre todos ellos una autoridad regia, sabiendo hacerse querer y respetar de ellos. Preguntó quién era aquel niño, dijéronselo los circunstantes, y tuvo mayor deseo de conocerle. Llamóle un día y le preguntó dónde viviría más á gusto, ó en casa de un caballero que le enseñara á montar á caballo y á manejar las armas, ó en la de un sacerdote donde no se oyeran más que rezos y misas.

Advirtió Francisco la alegría de Castruccio al hablarle de caballos y armas; pero la vergüenza le impedía responder. Animándole á hablar Francisco, dijo al fin que, si quería maese Antonio, para él no habría mayor placer que el de dejar los estudios eclesiásticos y emprender los de soldado. Agradó á Francisco la respuesta, y en pocos días procuró y consiguió que maese Antonio se lo entregara, influyendo para ello, más que ninguna otra causa, el carácter del muchacho y el convencimiento de que no podría tenerle mucho tiempo á su lado.

Pasó, pues, Castruccio de casa de Antonio Castracani, canónigo, á la de Francisco Guinigi, *condottiero* ó capitán de soldados, y fué cosa extraordinaria el poco tiempo que empleó en aprender todas las cualidades y costumbres que pueden exigirse á un caballero. Primero se hizo excelente jinete, manejando un fogoso caballo con suma destreza, y en justas y torneos, á pesar de su corta edad, era el más admirado, pues ni en fuerza ni en destreza le superaba ninguno. Añadíase á esto sus buenas costum-

bres y su inestimable modestia, no haciendo ni diciendo nada que desagradase, siendo respetuoso con los mayores, modesto con los iguales y cariñoso con los inferiores, cualidades que le hacían amar, no sólo de toda la familia Guinigi, sino de todos los luqueses.

Diez y ocho años tenía Castruccio cuando ocurrió que los güelfos arrojaron de Pavía á los gibelinos, y los Visconti de Milán enviaron en favor de éstos á Francisco Guinigi, con quien fué Castruccio, encargado ya de todo lo relativo á la compañía que aquél mandaba. En esta expedición dió Castruccio tales pruebas de valor y habilidad, que ninguno logró tanta fama como él, no sólo en Pavía, sino en toda la Lombardía.

De vuelta á Luca, con mayor estimación de la que tenía al salir, procuraba, en cuanto le era posible, ganarse amigos, apelando á los procedimientos más oportunos para conseguirlo. Ocurrió entonces la muerte de Francisco Guinigi, quien dejó un hijo de trece años, llamado Pablo, y por tutor y administrador de sus bienes á Castruccio, á quien llamó antes de morir y le rogó que educara á su hijo con el mismo celo que él había sido educado, y que los servicios que ya no podía prestar al padre, los prestara al hijo.

Muerto Francisco Guinigi, y convertido Castruccio en tutor y gobernador de Pablo, creció tanto su crédito y poder, que el general cariño de los luqueses á él convirtióse, en parte al menos, en envidia, tanto, que muchos le calumniaban suponiéndole hombre sospechoso é inclinado á la tiranía. Entre éstos estaba Jorge de Opizi, jefe del bando güelfo. Esperaba éste llegar á ser, por la muerte de Francisco Guinigi, el principal en el gobierno de Luca; pero la nueva posición de Castruccio, y la in-

fluencia que le daban sus cualidades personales, eran un obstáculo á sus miras, y por ello andaba sembrando calumnias que le privaran de simpatías. Al principio se indignó Castruccio, y después unióse á la indignación el temor de que Jorge trabajara para hacerle sospechoso al Vicario del rey Roberto de Nápoles, y éste le expulsara de Luca.

Era entonces Señor de Pisa Uguccione de la Faggiuola, de Arezzo, á quien los pisanos nombraron capitán y de quienes se hizo Señor. Con Uguccione estaban algunos desterrados luqueses del bando gibelino, y con ellos trató Castruccio para que, ayudados por Uguccione, pudieran volver á su ciudad. Dió cuenta de este proyecto á algunos de sus amigos de Luca, que no podían sufrir el poder de los Opizi.

Convenido lo que cada cual debía hacer, fortificó Castruccio con cautela la torre de los Onesti, llenándola de víveres y municiones para, en caso de necesidad, mantenerse en ella algunos días y, al llegar la noche convenida con Uguccione, dió la señal á éste, que con muchas tropas había bajado al llano, entre los montes y Luca. Vista la señal, se acercó á la puerta de San Pedro y prendió fuego á la anteporta.

Castruccio dió la alarma dentro, llamando al pueblo á las armas, y forzó por el interior la puerta, entrando Uguccione con sus tropas, apoderándose de la ciudad, matando á maese Jorge, á todos los de su familia y á muchos de sus amigos y partidarios, y expulsando al gobernador. El gobierno de la ciudad se reorganizó á gusto de Uguccione, con grandísimo daño de ella, porque más de cien familias fueron expulsadas de Luca. Parte de ellas se trasladaron á Florencia, y las demás á Pistoya, ciudades donde dominaba el bando güelfo, y

que, por tanto, llegaron á ser enemigas de Uguccione y de los luqueses.

Creyeron los florentinos y otros güelfos que el bando gibelino había adquirido en Toscana sobrada autoridad, pusiéronse de acuerdo para restablecer en Luca á los desterrados y, organizando numeroso ejército, vinieron á Val de Nievole y ocuparon á Montecatini, desde donde fueron á acampar en Montecarlo, para tener libre el paso hasta Luca.

Por su parte, Uguccione reunió bastantes tropas de Luca y Pisa, además mucha caballería tudesca que trajo de Lombardía, y fué en busca de los florentinos, que al saber la marcha del enemigo, partieron de Montecarlo y se situaron entre Montecatini y Pescia. Uguccione se estableció por bajo de Montecarlo, á dos millas del enemigo, y durante algunos días hubo escaramuzas entre la caballería de ambos ejércitos, porque enfermo Uguccione, ni los pisanos ni los luqueses querían arriesgar la batalla. Agravada la dolencia, retiróse Uguccione para curarse á Montecarlo, dejando el cuidado del ejército á Castruccio. Esto fué causa de la ruina de los güelfos, porque les animó la creencia de que el ejército enemigo estaba sin general.

Conociólo Castruccio y, durante algunos días, obró de modo que confirmaran esta opinión, aparentando temerles, y no dejando salir á nadie de los atrincheramientos. Cuanto más miedo fingía Castruccio, más insolentes eran los güelfos, presentando todos los días la batalla. Pero cuando Castruccio juzgó haberles confiado bastante y, conoció bien sus disposiciones, determinó dar la batalla arengando antes á sus soldados, á quienes prometió segura victoria si obedecían sus órdenes.

Había observado Castruccio que el enemigo ponía sus mejores tropas en el centro y las más débiles en las alas, y el hizo lo contrario, colocando en éstas sus más bravos sóldados, y en el centro los de menos confianza. Ordenado así el ejército salió de las trincheras, llegando á la vista del enemigo, que insolentemente, y según costumbre, venía á buscarle. Determinó Castruccio que el centro fuera despacio y avanzaran las dos alas tanto que, al venir á las manos, sólo se combatía en ambas alas, quedando inactivo el centro, porque el del ejército de Castruccio había quedado tan detrás, que el del enemigo no lo alcanzaba.

De esta suerte, las mejores tropas de Castruccio combatían con las peores de los florentinos, y las más bravas de éstos estaban inactivas, sin poder ofender al enemigo que tenían enfrente, pero lejano, ni auxiliar á los suyos. Sin gran dificultad fueron rechazadas las dos alas del ejército florentino, y el centro, viéndose sin apoyo en los flancos y sin tener ocasión de mostrar su valor, huyó también.

La derrota y la matanza fueron grandes, pues perdieron los Güelfos más de diez mil hombres, entre ellos muchos jefes y grandes caballeros de toda la Toscana, pertenecientes al bando güelfo, y además varios príncipes que habían acudido en su favor, como Pedro, hermano del rey Roberto, y su sobrino Carlos, y Felipe, Señor de Tarento.

Castruccio no perdió más que trescientos hombres, entre ellos Francisco, hijo de Uguccione, que jovenzuelo y ávido de gloria, murió en el primer asalto.

Esta victoria dió fama tan grande á Castruccio, que Uguccione, llenó de celos y envidia por su posición, no

pensaba más que en el modo de acabar con él, pareciéndole que aquel triunfo, en vez de darle el poder, se lo quitaba. Preocupado con este proyecto, y esperando ocasión propicia de realizarlo, ocurrió el asesinato en Luca de Pedro Angel Micheli, persona muy distinguida y de gran consideración. El asesino se refugió en casa de Castruccio, quien rechazó á los arqueros del Capitán cuando fueron á prenderle, de suerte, que por el auxilio de Castruccio se salvó el homicida.

Supo Uguccione, que estaba entonces en Pisa, el suceso y, juzgando el motivo suficiente para castigar á Castruccio, llamó á su hijo Neri, á quien ya había dado la Señoría de Luca, y le encargó que, con pretexto de convidar á Castruccio, le prendiera y matara. Fué Castruccio al palacio del Señor familiarmente y sin sospechar ofensa alguna, invitóle Neri á cenar y después le prendió.

Sospechando Neri que, si le mandaba matar sin motivo justificado, se sublevaría el pueblo, le tuvo vivo en su poder hasta cerciorarse de lo que Uguccione disponía en definitiva. Censuró éste la tardanza y cobardía de su hijo para cumplir el encargo, y salió de Pisa con cuatrocientos caballos en dirección á Luca.

Aun no había llegado á Baqui, cuando los pisanos se sublevaron y dieron muerte á su Vicario y á los demás de su familia que quedaron en Pisa, nombrando señor de la ciudad al conde Gaddo de la Gherardesca.

Supo Uguccione, antes de llegar á Luca, lo ocurrido en Pisa, y no creyó conveniente volver atrás, para evitar que los luqueses, siguiendo el ejemplo de los pisanos, le cerraran también las puertas. Pero los luqueses, al saber lo de Pisa, y á pesar de la venida de Uguccione, aprovechando la ocasión de pedir la libertad de Castruccio,

empezaron por hablar sin respeto de Uguccione en los corros formados en la plaza, y después se sublevaron, acudiendo á las armas y exigiendo la libertad de Castruccio, de tal suerte, que Uguccione, por temor á mayores males, le sacó de la prisión.

Inmediatamente Castruccio, ayudado por sus amigos y contando con el favor del pueblo, acometió á Uguccione, quien no pudo resistir, y huyó con sus partidarios á Lombardía, refugiándose en casa de los Señores de la Scala, donde murió pobremente.

Convertido Castruccio de prisionero en casi príncipe de Luca, trabajó con sus amigos y aprovechó el reciente favor del pueblo de tal modo, que fué nombrado general de las tropas de la República por un año. Para adquirir reputación en la guerra, determinó recuperar muchas plazas que se habían rebelado á los luqueses después de la partida de Uguccione y, aliado á los pisanos, fué, con ayuda de éstos, á acampar junto á Serezana. Para expugnarla construyó un fuerte que dominaba la ciudad, y que, reconstruído después por los florentinos, llámase hoy Serezanello. A los dos meses de sitio tomó á Serezana. Por consecuencia de esta victoria, se le entregaron Massa, Carrara y Lavenza, y en brevísimo tiempo ocupó toda la Lunigiana. Para cerrar el paso que desde la Lombardía conduce á la Lunigiana, se apoderó de Pontriemoli, expulsando á Anastasio Palavicino, Señor de esta ciudad.

A su vuelta á Luca, después de estas victorias, todo el pueblo salió á recibirle, y juzgó Castruccio el momento oportuno para hacerse Señor de la ciudad, contando para ello con Pazzino del Poggio, Puccinello del Portico, Francisco Boccansacchi y Cecco Guinigi, los más

ilustres de sus compatriotas, á quienes había ganado. El pueblo, pues, le eligió solemnemente príncipe de Luca.

Vino por entonces á Italia Federico de Baviera, Rey de Romanos, para coronarse emperador, y Castruccio contrajo amistad con él, yendo á buscarle con quinientos caballos, dejando en Luca por lugarteniente á Pablo Guinigi, al cual, por la memoria de los favores que debió á su padre, estimaba como hijo propio.

Federico recibió á Castruccio honrosamente, concediéndole muchos privilegios y nombrándole su lugarteniente en Toscana. Además, como los pisanos habían expulsado á Gaddo de la Gherardesca, y, por miedo á él, acudido á Federico en demanda de auxilio, éste nombró á Castruccio Señor de Pisa, aceptándole los pisanos por temor al partido güelfo, y en particular á los florentinos.

Volvió Federico á Alemania, dejando en Roma un gobernador encargado de sus asuntos en Italia, y todos los gibelinos toscanos y lombardos afiliados al partido del Emperador acudieron á Castruccio, prometiéndole cada cual el dominio de su ciudad cuando, por medio de él, lograra volver á ella. Entre éstos estaban Mateo Guidi, Nardo Scolari, Lapo Uberti, Gerozzo Nardi y Pedro Buonaccorsi, todos ellos gibelinos y desterrados de Florencia.

Resolvió Castruccio, valiéndose de estos desterrados y de todas sus fuerzas, dominar la Toscana y, para aumentar su crédito, se alió á Mateo Visconti, duque de Milán, y organizó militarmente la ciudad y el territorio de Luca.

Porque Luca tenía cinco puertas, dividió en cinco partes el condado, armando y distribuyendo los habitantes con banderas y jefes. De esta suerte podía reunir

inmediatamente veinte mil hombres, sin contar los que vinieran en su ayuda de Pisa.

Provisto de esta fuerza y de estos amigos, ocurrió que Mateo Visconti fué atacado por los güelfos de Piacenza, que habían expulsado á los gibelinos, con ayuda de los florentinos y del rey Roberto de Nápoles. Pidió Visconti á Castruccio que atacara á los florentinos para que, obligados éstos á defender sus propias tierras, retiraran las tropas de Lombardía. Inmediatamente Castruccio, con bastantes tropas, invadió el Valdarno inferior y ocupó Fucecbio y San Miniato, causando grandes desórdenes en la comarca. Esto obligó á los florentinos á llamar sus tropas, que apresuradamente llegaron á Toscana, cuando Castruccio, obligado por otra necesidad, volvió á Luca.

La familia Poggio era poderosa en esta ciudad, no sólo por haber favorecido á Castruccio, sino también por ser la que más contribuyó á hacerle Señor y, juzgando que sus servicios no habían sido bien remunerados, púsose de acuerdo con otras familias para sublevar la población y expulsar de ella á Castruccio. Una mañana empuñaron las armas, fueron al palacio donde residía el lugarteniente de Castruccio, encargado de administrar justicia, y le mataron. Seguidamente empezaron á sublevar al pueblo; pero Esteban Poggio, hombre anciano y pacífico, que no había tomado parte en la conspiración, acudió ante los conjurados y, con su autoridad, les hizo deponer las armas, prometiendo ser mediador entre ellos y Castruccio para que realizaran sus aspiraciones. Rindieron, pues, las armas con tan escasa prudencia como las habían tomado; porque sabedor Castruccio de lo ocurrido en Luca, sin pérdida de tiempo, con parte de su

ejército, y dejando al frente del resto á Pablo Guinigi, vino á la ciudad. Contra lo que esperaba, vió que había cesado el motín, y colocó á sus partidarios, armados, en todos los sitios oportunos.

Juzgaba Esteban de Poggio que Castruccio debía estarle obligado, y fué á verle, no rogando por él, pues creia no necesitarlo, sino por sus parientes, suplicándole que tuviese en cuenta la juventud de los culpados y la antigua amistad y servicios que le había prestado su casa. Respondióle Castruccio cariñosamente que se tranquilizara, porque le producía mayor satisfacción encontrar apaciguado el tumulto que disgusto tuvo al saber este desgraciado suceso. Pidió además á Esteban que le trajera á todos los comprometidos, dando gracias á Dios por la ocasión que le deparaba de demostrar su clemencia y liberalidad. Pero, cuando llegaron á su presencia, confiados en la palabra de Castruccio y en la de Esteban, fueron, con éste, presos y muertos.

Mientras tanto, los florentinos habían recobrado San Miniato; pero á Castruccio pareció oportuno cesar en aquella guerra, porque hasta asegurarse en Luca, no debía apartarse de esta ciudad. Hizo, pues, proponer una tregua á los florentinos, que éstos aceptaron inmediatamente, á causa de estar agotados sus recursos y necesitar suprimir los gastos. Pactóse la tregua por dos años, quedando cada cual dueño del territorio que poseía.

Libre Castruccio de los cuidados de la guerra, para que no renaciera el peligro en que había estado su dominación en Luca, con diferentes motivos y pretextos se deshizo de cuantos, por ambición, podían aspirar al dominio de la ciudad, no perdonando á ninguno, privándoles

de la patria y de los bienes, y á los que pudo coger, de la vida, y asegurando haber conocido por experiencia que ninguno de ellos podía serle fiel. Para mayor seguridad construyó una ciudadela en Luca, empleando como materiales los de las torres pertenecientes á los que había desterrado ó muerto.

Mientras Castruccio, hecha la paz con los florentinos, se fortificaba en Luca, seguía haciendo cuanto pudiera, sin manifiesta guerra, contribuir á su mayor grandeza; y muy deseoso de ocupar á Pistoya, por creer que, dueño de esta ciudad, tenía puesto un pie en Florencia, procuró por varios procedimientos atraerse á los habitantes de la montaña. Al mismo tiempo se gobernaba de tal suerte con los bandos de Pistoya, que todos confiaban en él.

Encontrábase entonces dividida esta ciudad, como lo estuvo siempre, en Blancos y Negros. El jefe de los blancos era Sebastián de Possente, y el de los negros Jacobo de Abra. Ambos tenían con Castruccio secretísimas negociaciones, y cada uno de ellos deseaba expulsar al otro, hasta el punto de que, después de varias cuestiones, acudieron á las armas. Jacobo se hizo fuerte en la Puerta Florentina y Sebastián en la Luquesa y, confiando los dos más en Castruccio que en los florentinos, por creerle más expedito y dispuesto á la guerra, ambos le pidieron secretamente auxilio, y á ambos lo prometió Castruccio, diciendo á Sebastián que iría en persona, y á Jacobo que enviaría á su pupilo Pablo Guinigi. Fijado el momento oportuno, envió á Pablo por la vía de Pisa, y á media noche fué él directamente á Pistoya, porque así lo habían convenido Castruccio y Pablo.

Llegaron ambos á Pistoya y fueron recibidos como amigos, dándoles entrada en la población. Cuando Castruccio juzgó el momento oportuno, hizo señal á Pablo, y entonces el uno mató á Jacobo y el otro á Sebastián de Possente. Los partidarios de uno y otro fueron ó muertos ó presos, quedando Castruccio dueño de Pistoya, cuya Señoría expulsó del Palacio y obligó al pueblo á prestarle obediencia. Para atraerse su benevolencia, perdonó muchas de las deudas antiguas y le hizo muchísimas ofertas, como también á toda la comarca, de cuyos habitantes, la mayoría acudió á ver el nuevo Príncipe. Por las esperanzas que dió y por su conocido valor, consiguió que todos tranquilamente le obedecieran.

Por entonces, la carestía de víveres produjo algunos tumultos en Roma, porque el pueblo atribuía la causa de este mal á la ausencia del Papa, residente en Aviñón, quejándose del gobierno de los tudescos y siendo frecuentes los homicidios y otros desórdenes, sin que Enrique, lugarteniente del Emperador, pudiera remediarlo. Temió Enrique que los romanos le expulsaran de la ciudad y llamaran al rey Roberto de Nápoles, restituyendo Roma al Papa. No tenía amigo más próximo á quien poder acudir que Castruccio, y le rogó, no sólo que le auxiliara, sino ir personalmente á Roma. Creyó Castruccio que debía hacerlo inmediatamente, para prestar un servicio meritorio al Emperador, y porque la ausencia de éste era, á su juicio, muy perjudicial á su dominación en Roma.

Dejando en Luca á Pablo Guinigi, fué con seiscientos caballos á Roma, donde le recibió Enrique con grandes honras, y en breve tiempo su presencia aumentó

tanto el prestigio del partido del Emperador que, sin sangre ni violencias, quedó restablecida la tranquilidad, pues Castruccio hizo traer por mar, de la comarca de Pisa, bastante trigo, y con ello quitó motivo á los tumultos. Después, aconsejando unas veces y castigando otras á los principales de Roma, á todos les redujo á obedecer á Enrique. El pueblo nombró á Castruccio senador de Roma y le concedió otros muchos honores. Del cargo de senador tomó posesión Castruccio con grandísima pompa, poniéndose una toga de brocado con un letrero que decía por delante: *Es lo que Dios quiere*; y por detrás: *Será lo que Dios quiera.*

Mientras tanto, los florentinos, descontentos de que Castruccio se hubiera apoderado de Pistoya durante la tregua, meditaban la manera de sublevarla, cosa que en su ausencia creían fácil. Entre los desterrados de Florencia que vivían en Pistoya, encontrábanse Babbo Ciechi y Jacobo Baldini, personas de autoridad y dispuestas á intervenir en todo trastorno. Estaban en inteligencia con sus amigos de dentro de Pistoya, y, ayudados por los florentinos, penetraron de noche en esta ciudad, expulsando de ella á los partidarios y á las autoridades puestas por Castruccio, matando á algunos y devolviendo la libertad á su patria.

La noticia de este suceso causó vivo enojo á Castruccio y, con licencia de Enrique, regresaron él y sus tropas apresuradamente á Luca.

Al saber su vuelta, los florentinos, creyendo que no se detendría hasta llegar á Pistoya, determinaron anticipársele y ocupar con sus tropas Val de Nievole; ocupación que, á su juicio, cortaba el paso á Castruccio para recobrar á Pistoya. Su ejército, engrosado con los

partidarios del bando güelfo, acampó en el territorio de esta ciudad.

Castruccio, con el suyo, vino á Montecarlo y, al saber donde estaba el de los florentinos, determinó, no ir á su encuentro á la llanura de Pistoya, ni esperarle en la de Pescia, sino dar la batalla, si le era posible, en el desfiladero de Serravalle, en cuyo caso creía segura la victoria, aunque sabía que los florentinos tenían treinta mil hombres y él solo había excogido de los suyos doce mil. Aunque confiaba en su genio y en el valor de sus soldados, temía que, en terreno llano, le envolviera la multitud de sus enemigos.

Serravalle es un castillo situado entre Pescia y Pistoya, sobre una colina que cierra el valle de Nievole. No está junto al camino, sino á distancia de un tiro de arco y dominándolo. El sitio por donde se pasa es escarpado; la pendiente suave por ambas laderas, pero tan estrecha, sobre todo en la altura donde se dividen las aguas, que veinte hombres de frente pueden ocuparla.

Este fué el punto donde Castruccio determinó hacer frente al enemigo, ó para que sus pocas tropas tuvieran ventaja, ó para que no vieran á los enemigos antes de la batalla, á fin de que el gran número de éstos no les asustara.

El gobernador del castillo de Serravalle era Manfredi, alemán, quien, antes de que Castruccio fuera Señor de Pistoya, conservó la fortaleza como sitio común á los de Luca y á los de Pistoya, y después nadie quiso agredirle, prometiendo él la neutralidad y no ponerse de parte de ningún bando. Por esto, ó por ser muy fuerte el castillo, quedaron así las cosas; pero, en las circunstancias actuales, deseó Castruccio apoderarse de aquel pun-

to y, teniendo estrecha amistad con uno de los del castillo, convino con él enviarle en la noche, víspera de la batalla, cuatrocientos soldados y que matara al gobernador.

Así dispuestas las cosas, no movió el ejército de Montecarlo, para que los florentinos se animaran á pasar. Éstos, que deseaban alejar la guerra de Pistoya y reducirla á Val de Nievole, acamparon bajo Serravalle con propósito de pasar al día siguiente el desfiladero; pero Castruccio que, sin ruido, se apoderó aquella noche del castillo, partió á media noche de Montecarlo y silenciosamente llegó al amanecer con el ejército al pie de Serravalle, de suerte que los dos ejércitos empezaron á subir, cada cual por su lado, la colina.

Dirigió Castruccio su infantería por el camino ordinario, y un cuerpo de cuatrocientos caballos por la izquierda hacia el castillo.

Los florentinos, por su lado, enviaron delante cuatrocientos caballos, después la infantería y tras ella los hombres de armas, no esperando encontrar á Castruccio sobre la colina, porque ignoraban que se había apoderado del castillo.

De pronto, la caballería florentina, al llegar á lo alto, descubrió la infantería de Castruccio tan cerca, que apenas tuvieron tiempo los florentinos para calar las celadas.

Los de Castruccio, dispuestos al ataque contra sus enemigos desprevenidos, les acometieron resueltamente, y éstos casi no pudieron resistir, siendo pocos los que hicieron frente. Al correr la noticia de este encuentro en el ejército florentino, todo fué confusión y desorden. La caballería no podía moverse entre la infantería, y ésta era atropellada por los caballos y los carruajes. A los je-

fes era imposible, por lo estrecho del sitio, ir adelante ni atrás, de suerte que, en tan gran confusión, nadie supo lo que podía ni lo que debía hacer. Entretanto, la caballería que había venido á las manos con la infantería enemiga, era destrozada sin poder defenderse, porque la estrechez del terreno no le permitía desplegarse, y más porque por voluntad resistía, pues teniendo á los dos flancos la montaña, detrás á los suyos y delante á los enemigos no les quedaba sitio por donde huir.

Entretanto Castruccio, en vista de que los empeñados en el combate no eran bastantes para rechazar al enemigo, envió infantería por el camino del castillo, atacándole por el flanco con tanta furia, que los florentinos no pudieron resistir el ímpetu, y vencidos más bien por las malas condiciones del terreno que por la fuerza del enemigo, empezaron á huir. Los que estaban detrás emprendieron la fuga hacia Pistoya y, extendiéndose por la llanura, cada cual procuraba salvarse como mejor podía.

La derrota fué grande y sangrienta. Cayeron prisioneros muchos capitanes, entre ellos, Bandino de Rossi, Francisco Brunelleschi, Juan de la Tossa, todos ellos nobles florentinos, y otros muchos toscanos y napolitanos que envió el rey Roberto en favor de los güelfos y militaban con los florentinos.

Los de Pistoya, al saber la derrota, inmediatamente expulsaron á los partidarios de los güelfos y se entregaron á Castruccio, quien, no contento con esto, ocupó á Prato y todas las fortalezas del llano á ambos lados del Arno, acampando con su ejército en la llanura de Peretola, á dos millas de Florencia, donde estuvo muchos días repartiendo el botín y festejando la victoria con ca-

rreras de caballos y otros juegos, en que tomaban parte hombres y meretrices, y haciendo acuñar moneda, como en desprecio de los florentinos.

También intentó corromper á algunos nobles ciudadanos para que abriesen de noche las puertas de Florencia; pero, descubierto el complot, fueron presos y decapitados los jefes, entre ellos Tomás Lupaccio y Lambertuccio Frescobaldi.

Asustados los florentinos por aquella derrota, apenas veían medio de salvar su independencia y, para tener mayor certeza en el auxilio del rey Roberto de Nápoles, le enviaron embajadores, prometiéndole en cambio la soberanía de Florencia. El Rey aceptó el ofrecimiento, no tanto por el honor que le dispensaban los florentinos, como por saber lo mucho que importaba á sus Estados que el partido güelfo continuara dominando en Toscana. Convino con los florentinos que éstos le pagaran doscientos mil florines anuales, y envió á su hijo Carlos con cuatro mil caballos.

Mientras tanto se veían los florentinos libres de la vecindad de las tropas de Castruccio, porque éste tuvo necesidad de ir á Pisa para reprimir una conjuración contra él, suscitada por Benedicto Lanfranchi, uno de los principales de aquella ciudad, quien, no pudiendo sufrir que su patria fuera súbdita de un luqués, se sublevó contra él con propósito de ocupar la ciudadela, expulsar la guarnición y matar á los partidarios de Castruccio. Pero como en tales negocios el secreto sólo puede mantenerse entre pocos comprometidos y éstos no bastan para la ejecución, cuando buscaba mayor número de afiliados, encontró quien descubriera la conspiración á Castruccio; atribuyéndose esta infamia á Bonifacio Cer-

chi y á Juan Giudi, ambos florentinos, desterrados en Pisa.

Castruccio prendió y mató á Lanfranchi, desterrando á todos sus parientes. También mandó decapitar á muchos otros nobles ciudadanos.

Conoció que no le era posible contar con la fidelidad de Pistoya y de Pisa y, por todos los medios de astucia y de fuerza, procuraba consolidar en ellas su poder, lo cual dió tiempo á los florentinos para reunir tropas y esperar la venida de Carlos. Cuando éste llegó, determinaron no perder tiempo, y juntaron numeroso ejército por haber llamado en su auxilio á casi todos los güelfos de Italia. Este ejército contaba más de treinta mil soldados de infantería y diez mil de caballería.

Discutido si debían atacar primero á Pistoya ó á Pisa, decidieron acometer á Pisa como empresa de más fácil éxito, por la reciente conjuración que en ella había ocurrido contra Castruccio, y de mayor utilidad, pues creían que, tomada Pisa, se rendiría Pistoya.

Á principios de Mayo de 1328 salió á campaña este ejército florentino, y ocupó inmediatamente á Lastra, Signa, Montelupo y Empoli, llegando á San Miniato.

Por su parte, Castruccio, al saber el numeroso ejército que los florentinos habían organizado contra él, no se asustó en manera alguna, creyendo había llegado el momento en que la fortuna pusiera en su mano la dominación en Toscana, porque el enemigo no se mostraría más esforzado en Pisa que lo había estado en Serravalle y ahora no le quedaría ni la esperanza de rehacerse como entonces. Reunió, pues, veinte mil infantes y cuatro mil caballos, situándose en Fucecchio, y envió á Pablo Guinigi con cinco mil hombres de infantería á Pisa.

El castillo de Fucecchio es el más fuerte de la comarca de Pisa, por estar situado entre la Gusciana y el Arno, y en una elevación sobre la llanura. En aquel punto, el enemigo no podía impedirle, sino dividiendo sus fuerzas en dos partes, recibir provisiones que le llegaban de Pisa y de Luca, ni sin gran desventaja atacarle ó acometer á Pisa, porque, en el primer caso, quedaría entre el ejército de Castruccio y el que había en Pisa, y en el segundo, teniendo que pasar el Arno, no podría hacerlo con el enemigo á su espalda, sino con grandísimo peligro. Para animar á los florentinos á pasar el río, Castruccio había colocado su ejército, no en la orilla del Arno, sino junto á los muros de Fucecchio, dejando espacio entre el río y sus tropas.

Ocupado San Miniato, los florentinos celebraron consejo para decidir entre atacar á Castruccio ó dirigirse á Pisa y, calculadas las dificultades de cada una de estas empresas, decidieron dar la batalla. Las aguas del Arno iban entonces tan bajas, que se podía vadear el río, pero mojándose los soldados hasta los hombros y los caballos hasta la silla. Al amanecer el día 10 de Junio, los florentinos, dispuestos á la batalla, hicieron pasar el río á parte de su caballería y un cuerpo de diez mil infantes. Castruccio, atento á lo que le convenía hacer, atacó con cinco mil infantes y tres mil caballos á los que pasaban el río y, sin darles tiempo á que todos estuvieran fuera del agua, vino con ellos á las manos. Además envió mil infantes ligeros por la orilla del Arno, agua arriba, y otros mil agua abajo. La infantería florentina, agobiada con el peso de las armas y del agua, aun no había salido toda del cauce del río. Al pasar los primeros caballos, que no fueron muchos, removieron el fondo del Arno, hasta el

punto de hacer difícil el paso á los que venían tras ellos; porque muchos, al no pisar tierra firme, se encabritaban contra los jinetes, y muchos más se hundían en el fango, quedando sin poder moverse.

Viendo los generales florentinos la dificultad de pasar el río por aquel punto, llevaron las tropas río arriba, para encontrar fondo más firme y cauce más fácil de cruzar.

Á este paso se oponían los infantes enviados por Castruccio hacia aquella parte. Armados á la ligera con rodelas y lanzas cortas, les herían en la cara y en el pecho, dando al mismo tiempo grandes gritos, con los cuales y las heridas espantaban á los caballos, que, revueltos unos con otros, rehusaban avanzar.

La pelea entre la gente de Castruccio y los que habían pasado el río, fué ruda y terrible. De ambas partes las bajas eran numerosas, y cada una hacía los mayores esfuerzos para vencer á la otra. Los de Castruccio querían echar al río á los florentinos, y éstos ganar terreno para que, saliendo del agua los que estaban pasando el Arno, pudieran entrar en combate. Á la obstinación de los soldados se unían las excitaciones de los jefes. Castruccio recordaba á los suyos que tenían delante á los mismos que poco antes habían vencido en Serravalle, y los generales florentinos censuraban á sus tropas que se dejasen vencer por tan pocos.

Viendo Castruccio que la batalla duraba y que todos los combatientes estaban cansados, siendo muchos de ambas partes los heridos y los muertos, mandó avanzar un nuevo cuerpo de cinco mil infantes y, cuando estuvo detrás de los que combatían, ordenó á éstos que, como si huyeran, se retiraran á derecha y á izquierda de este

nuevo cuerpo. Al hacer dicha retirada, los florentinos avanzaron y ganaron algún terreno; pero al llegar á las manos los fatigados por la lucha con los que venían de refresco, al poco tiempo les rechazaron éstos hasta el río.

La lucha entre la caballería de ambos ejércitos era aún incierta. Conocedor Castruccio de la inferioridad de la suya, había ordenado á los capitanes que se limitaran á resistir el choque del enemigo, porque esperaba vencer la infantería y, vencida ésta, rechazar con más facilidad la caballería, como así sucedió, porque, cuando los infantes enemigos se retiraron hasta el río, envió el resto de su infantería contra los caballos, hiriéndoles con lanzas y dardos. Entonces atacó la caballería de Castruccio con mayor ímpetu, y obligó á huir á los enemigos.

Observando los generales florentinos las dificultades de su caballería para atravesar el río, intentaron que pasara infantería por más abajo para atacar por el flanco á las tropas de Castruccio; pero la altura de las márgenes y el estar ocupada la opuesta por los soldados de éste, hicieron fracasar dicha tentativa. Fué, pues, el ejército florentino derrotado, con gran gloria de Castruccio y, de tan gran número de tropas, sólo se salvó una tercera parte. Quedaron prisioneros muchos jefes, y Carlos, hijo del rey Roberto, con Miguel Agnolo, Falconi y Tadeo de Albizzi, Comisarios florentinos, se refugiaron en Empoli. Fué el botín grande y la mortandad grandísima, como puede imaginarse por la importancia y tenacidad de la lucha. De los florentinos murieron veinte mil doscientos treinta y un hombres, y de Castruccio mil quinientos setenta.

Pero la fortuna, enemiga de su gloria, cuando más debía prolongarle la vida, se la quitó, interrumpiendo

los grandes designios que de mucho tiempo antes meditaba realizar, y que sólo la muerte podía impedir.

Durante el día de la batalla se había fatigado mucho Castruccio y, al terminar ésta, lleno de cansancio y sudor, se retiró á la puerta de Fucecchio, esperando allí la vuelta de sus soldados victoriosos, para recibirles personalmente y darles las gracias, y también para acudir, si el enemigo continuaba haciendo frente en alguna parte, al punto que fuera necesario; porque juzgaba que el oficio de un buen general obligaba á ser el primero en montar á caballo y el último en apearse. Así estuvo expuesto á una brisa que hacia el mediodía se eleva del Arno, brisa, casi siempre pestilencial, que le enfrió todo el cuerpo.

No hizo caso Castruccio de esta molestia, como hombre habituado á tales indisposiciones, y su negligencia le costó la vida; porque, á la noche siguiente, fué atacado de una fiebre violentísima y, yendo en aumento, todos los médicos juzgaron mortal la dolencia. Comprendiendo Castruccio la gravedad de su estado, llamó á Pablo Guinigi y le dijo:

« Si hubiera creído, hijo mío, que la fortuna me detuviese en mitad del camino de la gloria que ambicionaba, después de tan grandes éxitos, mis esfuerzos no fueran tantos, y te dejara, con Estado más pequeño, menos enemigos y menos envidias; porque, satisfecho con la dominación de Pisa y de Luca, no hubiera sojuzgado á los de Pistoya y, con tantas ofensas, irritado á los florentinos. Haciéndome amigo de Florencia y Pistoya, mi vida, si no más larga, hubiese sido más tranquila, dejándote Estado menos grande, pero sin duda más sólido y seguro. Pero la fortuna, que quiere ser árbitra de todas las cosas humanas, ni me dió juicio bas-

tante para conocerla, ni tiempo suficiente para dominarla.

»Tú sabes, porque muchos te lo han dicho y yo no lo he negado, cómo, siendo muchacho, entré en casa de tu padre, privado de cuantas esperanzas caben en un ánimo generoso; cómo tu padre me crió y educó con afecto puramente paternal, y cómo, bajo su dirección, llegué á ser valeroso y digno de la fortuna que has visto y ves. Al morir tu padre encomendó á mi lealtad tu persona y toda su fortuna. Te he educado y he acrecido tu herencia con el cariño y la fidelidad á que estaba obligado por los beneficios de tu padre.

»Para que fuese tuyo, no sólo todo lo que tu padre te dejó, sino también lo que con mi valor y fortuna ganase, jamás quise tomar esposa, á fin de que el amor de los hijos no me impidiera en algún modo mostrar á tu padre y á ti la gratitud á que me juzgo obligado. Te dejo un gran Estado, con gran satisfacción mía; pero me contrista dejártelo débil y mal seguro. Te queda la ciudad de Luca, que nunca estará satisfecha de vivir bajo tu dominación. Te queda Pisa, donde viven hombres de condición inconstante y de mala fe; ciudad que, aunque acostumbrada á estar en dominio ajeno en varias épocas, se desdeñará de servir á un Señor luqués. Pistoya también te será poco fiel, por estar dividida en bandos é irritada contra nosotros á causa de recientes injurias. Tienes por vecinos á los florentinos ofendidos, á quienes de mil modos hemos injuriado, sin acabar con su poder, y recibirán la noticia de mi muerte con más alegría que la de la conquista de toda Toscana. No puedes confiar en los duques de Milán ni en el Emperador, por vivir lejos ser perezosos y tardíos en enviar socorro. No cuentes,

pues, sino con tu propia habilidad y el recuerdo de mi valor, y con la reputación que te dará la presente victoria que, si la aprovechas con prudencia, servirá para que hagas la paz con los florentinos, quienes, asustados por la derrota, accederán á ella de buen grado. Yo procuraba tenerles por enemigos, por creer que su enemistad me proporcionaría poder y gloria; pero tú debes buscar por todos los medios su amistad, porque, con ella, vivirás tranquilo y seguro.

»En este mundo es muy importante conocerse á sí mismo y saber calcular la posición y los recursos. Quien se reconoce incapaz para la guerra, debe ingeniarse para reinar por medio de las artes de la paz. Te aconsejo que, por este camino, procures gozar el fruto de mis esfuerzos y peligros, lo cual lograrás fácilmente, si estimas acertados mis consejos. Así tendrás conmigo doble obligación, la de haberte dejado tantos dominios y la de enseñarte á conservarlos.»

Después mandó venir á los ciudadanos que de Luca, Pisa y Pistoya militaban á sus órdenes, y recomendándoles á Pablo Guinigi, hizo que le juraran obediencia. Hecho esto, murió, dejando á la posteridad gloriosa memoria, y causando á sus amigos mayor pesar del producido en todo tiempo por la muerte de un príncipe.

Sus honras fúnebres fueron celebradas con gran pompa, sepultándole en la iglesia de San Francisco en Luca.

Ni el mérito ni la fortuna fueron tan amigos de Pablo Guinigi como de Castruccio, pues, poco después, perdió á Pistoya y en seguida á Pisa, manteniendo, no sin trabajo, la dominación en Luca, que continuó en su familia hasta su biznieto.

Fué, pues, Construccio, como lo demuestra cuanto hemos dicho, hombre de raro mérito, no sólo entre sus contemporáneos, sino comparado con los de pasadas épocas. De elevada estatura, bien proporcionado y tan amable y cariñoso con cuantos se le acercaban, que ninguno de los que le hablaron se separó de él descontento. Sus cabellos eran casi rojos y los llevaba cortados por encima de las orejas. En todo tiempo, aunque lloviera ó nevara, iba con la cabeza descubierta.

Fué cariñoso con sus amigos, terrible con sus enemigos, justo con sus súbditos, infiel con los extranjeros.

Si podía vencer por astucia, no empleaba la fuerza, porque decía que lo que da fama es la victoria, no los medios de alcanzarla. Ninguno fué tan audaz para afrontar los peligros, ni tan cauto al salir de ellos. Acostumbraba á decir que los hombres deben intentarlo todo sin asustarse de nada, y que Dios ama á los hombres animosos, porque siempre se vale de ellos para castigar á los pusilánimes.

Era, además, admirable por la oportunidad de sus respuestas y por la agudeza ó urbanidad de sus sátiras. En éstas no perdonaba á nadie, pero tampoco se ofendía porque no le perdonasen. De aquí que se citen muchas frases mordaces dichas por él y muchas que oyó con paciencia, como las siguientes:

Compró una perdiz en un ducado y, censurándole un amigo su prodigalidad, le dijo: «¿Tú no darías por ella más que un sueldo?» «Así es la verdad», respondió el amigo. A lo que replicó Castruccio: «Pues un ducado para mí vale mucho menos.»

En cierta ocasión tenía ante sí un adulador y, por

desprecio, le escupió al rostro. El adulador dijo entonces: «Los pescadores mojan todo su cuerpo en las aguas del mar por coger un pequeño pez; bien puedo yo dejarme mojar con tu saliva, para coger una ballena.» Castruccio, no sólo le oyó pacientemente, sino que le premió.

Diciéndole un religioso que no era bueno viviese con tanto lujo, respondió: «Si esto fuera vicio, no haríais tan brillantes fiestas á vuestros santos.»

Al pasar por una calle vió á un jovenzuelo que salía de casa de una meretriz y que se ruborizó porque le viera. Castruccio le dijo: «No te avergüences cuando sales, sino cuando entras.»

Dióle un amigo á desatar un nudo muy bien hecho, y le dijo: «¿Crees, necio, que quiera yo desatar lo que atado me da tanto que hacer?»

Diciendo á uno que presumía de filósofo: «Sois como los perros, que andan siempre alrededor de quienes pueden darlos mejor de comer, le respondió aquél: «Y también somos como los médicos, que vamos á casa de quienes más nos necesitan.»

Iba por mar de Pisa á Liorna y le sorprendió furiosa tempestad, asustándole mucho. Uno de sus compañeros le motejó su pusilanimidad, diciendo que él no tenía miedo, á lo cual contestó Castruccio: «No me maravilla, porque cada cual estima su alma en lo que vale.»

Preguntándole uno cómo lograba hacerse querer, le respondió: «Procura, cuando vayas á un convite, que sobre la silla de madera no se siente un madero.»

Vanagloriándose uno de haber leído mucho, le dijo Castruccio: «Mejor es vanagloriarse de haber retenido algo en la mente.»

A otro que se envanecía de beber mucho y no embriagarse, le replicó: «Lo mismo hace un buey.»

Vivía Castruccio en grande intimidad con una joven. Un amigo se lo censuró, diciéndole que hacía mal en permitir que le dominara una mujer. «Te equivocas, le respondió; no me posee, yo la poseo.»

Censurándole otro su afición á manjares muy delicados, replicó: «Tú no gastarías en ellos lo que yo gasto.» Y diciendo aquél que era cierto, añadió: «Entonces tú eres más avaro que yo glotón.»

El luqués Tadeo Bernardi, hombre riquísimo y espléndido, le convidó á cenar. Al llegar á su casa, le llevó Tadeo á una habitación cubierta toda de tapices, y cuyo pavimento era un mosaico de piedras finas entrelazadas de modo que formaban flores, ramas y follaje. Entonces Castruccio escupió á Tadeo en la cara. Enojado éste, díjole aquél: «No sabía dónde escupir que te ofendiera menos.»

Preguntáronle cómo murió César, y contestó «¡Quiera Dios que yo muera como él.»

Estando una noche en casa de uno de sus capitanes, donde habían sido convidadas bastantes señoras para una fiesta, y bailando y bromeando más de lo que á su posición convenía, un amigo se lo censuró, y él le dijo: «Quien es juicioso de día, no será loco de noche.»

Fué uno á pedirle un favor, y Castruccio hizo como que no le oía; el solicitante se arrodilló, y Castruccio le censuró esta humillación. «La culpa es tuya, dijo aquél, por tener los oídos en los pies.» Por esta respuesta consiguió doble de lo que pretendía.

Acostumbraba decir que el camino para ir al infierno era fácil, porque se iba hacia abajo y con los ojos cerrados.

Pedíale uno cierto favor con muchas é inútiles frases, y le dijo: «Cuando quieras algo de mí, envía á otro que lo pida.»

Á otro charlatán que le pronunció largo y fastidioso discurso, diciéndole al final: «Temo haber cansado vuestra atención con mis palabras», le respondió: «De ningún modo, porque no he oído nada de lo que has dicho.»

De uno que fué hermoso niño y había llegado á ser hombre gallardo, decía que era demasiado ofensivo, pues primero quitó los maridos á las mujeres y ahora quitaba las mujeres á los maridos.

Á un envidioso que reía, le dijo: «¿Ríes porque te sucede algo bueno, ó porque á otro le ocurre algo malo?»

Cuando estaba aún á las órdenes de Francisco Guinigi, le dijo uno de sus camaradas: «¿Qué quieres, si me dejas darte un bofetón?» Respondió Castruccio: «Un yelmo» (1).

Mandó matar á un ciudadano de Luca que le ayudó á engrandecerse, y le dijeron que hacía mal en matar á un antiguo amigo; á lo cual respondió: «No me engaño, porque mato un enemigo nuevo.»

Alababa Castruccio á los hombres que vivían con mujer sin casarse, como á los que proyectaban navegar y no se embarcaban. «Me maravillan, decía, los hombres que, cuando compran un objeto de barro ó de cristal, le hacen sonar antes para ver si es bueno y, para tomar mujer, se contentan con verla.»

Preguntóle uno, cuando estaba expirando, como quería ser enterrado: «Con la cara contra la tierra, respondió;

(1) Un casco que cubría las mejillas.

porque sé que, muerto yo, todo este país se volverá de arriba abajo.»

Preguntáronle también si, para salvar su alma, había pensado alguna vez en hacerse fraile, y respondió que no, porque le parecía extraño que Fr. Lazarcone fuera al paraíso y Uguccione de la Faggiola al infierno.

Otra pregunta hecha á Castruccio fué la de cuándo convenía comer para estar sano, y contestó: «El rico, cuando tiene apetito, y el pobre, cuando puede.»

Á uno de sus oficiales que se hacía ayudar por su criado para vestirse le dijo: «Dios quiera que también tengan que llevarte la comida á la boca.»

Había puesto uno en la fachada de su casa un letrero en latín pidiendo que Dios le preservara de malvados. Castruccio lo vió, y dijo: «Preciso es, para conseguirlo, que él no ponga los pies en su casa.»

Pasando un día por una calle donde había una casa muy pequeña con una puerta muy grande, exclamó: «Esa casa se escapará por la puerta.»

Discutiendo con un embajador del rey de Nápoles sobre los bienes de los desterrados, llegó á acalorarse, y el Embajador le dijo: «¿No temes al rey de Nápoles?» Castruccio le respondió: «¿Vuestro Rey es bueno ó malo? — Bueno, contestó el Embajador. —Entonces, replicó Castruccio, ¿cómo quieres que tema á los hombres buenos?»

Podría referir otros dichos suyos llenos de ingenio y seriedad; pero creo que los expresados bastan para testimonio de sus grandes cualidades.

Vivió cuarenta y cuatro años, y en la buena y mala fortuna fué excelente: de la buena hay suficiente memoria; sus desgracias las atestiguan las esposas con que

estuvo encadenado en la prisión y que aun se ven hoy en la torre de su casa, donde mandó fijarlas para perpetuo testimonio de sus adversidades.

Y como en vida no fué inferior á Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, ni á Scipión el Africano, murió á la misma edad de ambos. Á los dos hubiera superado, de no nacer en Luca, sino en Macedonia ó Roma.

FIN DE LA VIDA DE CASTRUCCIO CASTRACANI.

DE CÓMO EL DUQUE VALENTINO

DISPUSO LA MUERTE DE

Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, el señor Pablo y el Duque de Gravina Orsini (1).

Había vuelto el duque Valentino (2) de Lombardía, donde fué á vindicarse de las muchas calumnias propaladas contra él por los florentinos, á causa de la rebelión de Arezzo y de otras plazas de Val de Chiana. Llegado á Imola, determinó realizar con su ejército la empresa contra Juan Bentivoglio, tirano de Bolonia, porque deseaba apoderarse de esta ciudad y hacerla capital de su ducado de la Romaña.

Sabedores del proyecto los Vitelli, los Orsini y sus secuaces, parecióles que el Duque era ya demasiado poderoso, y que, si tomaba á Bolonia, deberían temer que procurara acabar con ellos, á fin de ser el único que quedase en Italia con las armas en la mano.

(1) Esta descripción está tomada de un despacho oficial que Maquiavelo escribió al Consejo de los Diez cuando estaba comisionado cerca del duque Valentino.

(2) César Borgia.

Para tratar de esto celebraron una junta en Magione, cerca de Perusa, concurriendo á ella el cardenal Orsino, Pablo, el Duque de Gravina Orsini, Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, Juan Pablo Baglione, tirano de Perusa, y maese Antonio de Venafro, enviado por Pandolfo Petrucci, jefe del gobierno de Siena, en la cual se deliberó acerca del engrandecimiento del duque Valentino, de sus intentos y de la necesidad de refrenar su ambición, si querían evitar el peligro de ser víctimas de ella.

Acordaron no abandonar á Bentivoglio y procurar la ayuda de los florentinos. Para esto enviaron emisarios á aquél, prometiéndole auxilio, y á los florentinos pidiéndoles que se unieran á ellos contra el enemigo común.

Pronto se supo en toda Italia esta asamblea, y los pueblos disgustados por la dominación del Duque, entre los cuales estaba el de Urbino, cobraron esperanza de cambiar de gobierno.

Así las cosas, algunos de Urbino determinaron apoderarse del castillo de San Leo, que pertenecía al Duque, valiéndose, para ello, de la siguiente estratagema. El gobernador del castillo mejoraba las fortificaciones, y al efecto hacía llevar gran cantidad de maderos. Los conjurados consiguieron echar muchos de ellos sobre el puente levadizo para que los de dentro no pudieran levantarlo; entonces los que estaban apostados ocuparon el puente y en seguida la fortaleza.

Tan pronto como se supo esta conquista, sublevóse todo el ducado de Urbino y proclamó á su antiguo Duque. Más esperanzas que en la ocupación del castillo tenían los sublevados en los de la junta de Magione, que juzgaban habían de socorrerles.

Cuando éstos supieron la rebelión de Urbino opinaron que no debía desaprovecharse aquella ocasión y, reunidas sus tropas, avanzaron para tomar las poblaciones de este Estado que quedaban en poder del duque Valentino. De nuevo enviaron emisarios á Florencia en demanda de que esta República se uniera á ellos, á fin de apagar el incendio que á todos amenazaba, puesto que el partido del duque Valentino estaba vencido, y la ocasión no podía ser más propicia.

Pero los florentinos, que por diversos motivos odiaban á los Vitelli y á los Orsini, no sólo no se unieron á ellos, sino enviaron á su secretario, Nicolás Maquiavelo, para ofrecer al duque Valentino refugio y auxilio contra estos nuevos enemigos suyos.

Estaba el Duque lleno de temor en Imola, pues, por la repentina é inesperada defección de sus soldados, encontrábase desarmado y con la guerra inminente. Pero animáronle los ofrecimientos de los florentinos, y determinó entretener la guerra con las pocas tropas que le quedaban, distrayendo, además, al enemigo con proposiciones de arreglo, mientras le llegaban socorros que se procuró de dos modos: uno, pidiendo gente al rey de Francia, y otro, asoldando algunos hombres de armas y á cuantos pudieran guerrear á caballo; á todos los cuales daba dinero.

A pesar de ello, los enemigos avanzaron, viniendo hacia Fossombrone, donde les hizo frente alguna tropa del Duque, que los Vitelli y los Orsini derrotaron. Por ello el Duque decidió ver si podía salvar las dificultades apelando á un acuerdo. Siendo maestro en disimular y fingir, apeló á todos los medios para hacerles comprender que empleaban injustamente las armas contra él,

porque lo que había conquistado era para ellos y, bastándole el título de príncipe, quería dejarles el principado. Tanto persuadió á los aliados de este intento, que le enviaron para negociar el acuerdo al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini, y suspendieron las hostilidades.

Mientras tanto, el duque Valentino no cesaba en sus preparativos, y con gran actividad aumentaba su caballería é infantería, distribuyéndola por diferentes puntos de la Romaña para no alarmar al enemigo. También llegaron entonces quinientas lanzas francesas; y aunque reunía ya fuerzas bastantes para vengarse de sus enemigos en guerra abierta, creyó que era más seguro y útil engañarles, y continuó las negociaciones para el acuerdo, con tanta eficacia, que ajustó la paz, confirmándoles los antiguos contratos para tenerles á su servicio, dándoles cuatro mil ducados al contado, prometiéndoles no molestar á los Bentivogli y hasta emparentar con Juan, el jefe de esta casa. Además, convino en que no podría obligarles á presentarse á él sino cuando ellos quisieran.

Los aliados le prometieron restituirle el ducado de Urbino y las demás tierras que habían ocupado; servirle en todas sus expediciones, y no hacer guerra, ni contratar con otros sus servicios sin licencia suya.

Hecho este convenio, Guido Ubaldo, duque de Urbino, se refugió de nuevo en Venecia, mandando arrasar antes todas las fortalezas de aquel Estado, por no poder defenderlas, ni querer que las ocupara el enemigo, sirviéndose de ellas para tiranizar á su pueblo, que le era adicto.

Firmado el acuerdo, y habiendo repartido sus tropas

por toda la Romaña, el duque Valentino fué á fines de Noviembre, con los hombres de armas franceses, á Cesena, donde estuvo muchos días discutiendo con los emisarios de los Vitelli y de los Orsini (que estaban al frente de sus tropas en el ducado de Urbino) que empresa debería realizarse de nuevo. No convinieron en nada, y los aliados le enviaron á Oliverio de Fermo para decirle que, si quería invadir Toscana, estaban dispuestos á seguirle, y si no, atacarían á Sinigaglia.

Contestó el Duque que no quería mover guerra en Toscana, porque los florentinos eran amigos suyos; pero le parecía bien que fuesen contra Sinigaglia.

Al poco tiempo llegó noticia de que habían tomado esta ciudad; pero el gobernador del castillo se negaba á rendirlo, por deseo de entregarlo personalmente al Duque y no á otro. A causa de ello pedíanle los aliados que fuera. Pareció al Duque ocasión oportuna para no infundir sospechas á los Vitelli y los Orsini, puesto que ellos mismos le llamaban y no iba de propia voluntad y, para confiarles más, licenció todos los soldados franceses, que volvieron á Lombardía, excepto cien lanzas de su cuñado monseñor de Candale.

A mediados de Diciembre partió de Cesena y fué á Fano, donde, con toda la astucia y sagacidad que le eran propias, persuadió á los Vitelli y á los Orsini para que le esperaran en Sinigaglia, mostrándoles que el convenio hecho con ellos no podía ser duradero ni fielmente observado si persistían en desconfiar de él, cuyo deseo era servirse de los consejos y de las armas de sus amigos.

Aunque Vitellozzo seguía desconfiando de César Borgia, porque la muerte de su hermano le había enseñado

que no se debe ofender á un príncipe y fiarse después de él, sin embargo, persuadido por Pablo Orsino, á quien los regalos y las promesas de César Borgia habían seducido, consintió en esperarle.

El día antes de partir de Fano, que fué el 30 de Diciembre de 1502, comunicó el Duque su proyecto á ocho de sus más fieles amigos, entre ellos á D. Miguel y á monseñor de Euna, que fué después cardenal, y les dijo que tan pronto como Vitellozzo, Pablo Orsino, el duque de Gravina y Oliverio de Fermo salieran á recibirle, dos de aquéllos se colocaran á cada lado de uno de éstos, designando los que debían ser, y les entretuvieran en conversación, no separándose de ellos hasta llegar al alojamiento del Duque, en Sinigaglia, donde serían presos. Ordenó en seguida que todas sus tropas de á pie y á caballo, que eran más de dos mil caballos y diez mil infantes, estuvieran al amanecer del día siguiente á orillas del río Metauro, que corre á cinco millas de Fano, y allí le esperaran. El último día de Diciembre llegó el Duque al sitio donde estaba su ejército y mandó avanzar unos doscientos caballos. Después movió la infantería, siguiéndola él con sus demás hombres de armas.

Fano y Sinigaglia son dos ciudades de la Marca, situadas en la costa del mar Adriático y que distan entre sí quince millas. Yendo á Sinigaglia, quedan á la derecha las montañas, cuyos estribos llegan á veces tan cerca del mar, que entre ellos y el agua casi no queda paso, y donde éste es más ancho, apenas tiene dos millas. Sinigaglia dista de las montañas poco más de un tiro de ballesta, y próximamente una milla de la costa. Junto á ella corre un arroyo que baña sus muros por la parte que da hacia Fano y frente al camino de esta población. Hay,

pues, que andar bastante camino por los montes para ir á Sinigaglia y, al llegar al arroyo que bordea esta ciudad, se camina por su orilla izquierda el espacio de un tiro de ballesta, hasta un puente que está casi enfrente de la puerta de la población, no en línea recta, sino transversal. Delante de la puerta hay un caserío con una plaza, uno de cuyos lados lo forma la orilla del arroyo.

Los Vitelli y los Orsini habían dado las órdenes necesarias para aguardar al Duque y hacerle honroso recibimiento y, á fin de dejar espacio á las tropas de César Borgia, retiraron las suyas á algunas fortalezas distantes seis millas de Sinigaglia, y dejaron sólo en esta ciudad á Oliverio con su gente, compuesta de mil infantes y ciento cincuenta caballos, alojados en el caserío antedicho.

Así ordenadas las cosas, se dirigió el duque Valentino á Sinigaglia y, al llegar los primeros caballos al puente, no lo pasaron, formando unos hacia el río y otros hacia el campo, y quedando entre ellos el camino por donde desfilaba la infantería, que, sin detenerse, entró en la ciudad.

Vitellozzo, Pablo Orsino y el duque de Gravina salieron á caballo al encuentro del Duque, acompañados de pocos jinetes. Vitellozzo iba sin armas, con una capa forrada de verde, y abatido, como si presintiera su próxima muerte, tanto, que causaba admiración á los conocedores de su valor y anterior fortuna.

Dícese que cuando se separó de los suyos para venir á Sinigaglia al encuentro del Duque, despidióse de ellos como por última vez. Á sus capitanes les recomendó su familia y bienes, y á sus sobrinos que recordaran, más que la fortuna de su casa, el valor de sus padres.

Al llegar los tres ante el duque Valentino y saludarle

respetuosamente, recibióles César Borgia con amabilidad, y en seguida los designados para ponerse á los lados de ellos cumplieron la orden. Pero al ver el Duque que faltaba Oliverio, el cual quedó con sus tropas en Sinigaglia ejercitándolas en la plaza delante de su alojamiento inmediato al arroyo, hizo señas á D. Miguel, encargado de la custodia de Oliverio, para que impidiera se escapase. D. Miguel se adelantó, llegó junto á Oliverio y le dijo que no era momento oportuno de tener las tropas fuera del cuartel, porque podrían ocupar éste las del Duque; por tanto le aconsejaba acuartelarlas é ir con él á recibir al Duque. Oliverio siguió el consejo y llegó á donde estaba César Borgia, quien, al verle, le llamó. Después de saludar á César, se unió á los que le acompañaban.

En esta forma entraron en Sinigaglia; echaron pie á tierra delante del alojamiento del Duque, y llegaron con él á una habitación interior, donde fueron presos.

César Borgia montó en seguida á caballo y ordenó desvalijar á los soldados de Oliverio y de los Orsini. Los de Oliverio fueron saqueados, por estar más cerca. Los de Vitelli y los Orsini, que se encontraban más lejos y habían presentido la ruina de sus jefes, tuvieron tiempo para unirse y, recordando el valor y disciplina de los Orsini y Vitelli, marcharon estas tropas unidas por medio del país enemigo, salvándose, á pesar de los esfuerzos de los habitantes y del ejército contrario.

Pero los soldados del duque Valentino, no satisfechos con el saqueo de los de Oliverio de Fermo, empezaron á saquear la ciudad de Sinigaglia, y á no ser porque el Duque, matando á algunos, contuvo á los demás, la saquean por completo.

Llegada la noche y reprimido el tumulto, ordenó el

Duque matar á Vitellozzo y Oliverio; lleváronles juntos á un sitio apartado, y los estrangularon. Ninguno de ellos dijo al morir nada digno de su pasada vida; porque Vitellozzo rogó tan sólo que pidieran al Papa indulgencia plenaria para sus pecados, y Oliverio, llorando, acusaba á Vitellozzo de ser el causante de las ofensas hechas al Duque.

Pablo Orsino y el duque de Gravina quedaron vivos hasta que César Borgia supo que el Papa había preso en Roma al cardenal Orsino, al arzobispo de Florencia y á maese Jacobo de Santa Cruz. Cuando tuvo certeza de ello, el 18 de Enero, en Castel de la Pieve, fueron también, por orden suya, estrangulados.

DICTAMEN

SOBRE LA REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN DE FLORENCIA

HECHO Á INSTANCIA DEL PAPA LEÓN X.

La causa de los frecuentes cambios de instituciones en Florencia, consiste en no haber sido nunca ni republicanas ni monárquicas con las cualidades genuinas de cada una de estas formas de gobierno; porque se llama monarquía sólida aquella en que la deliberación es de muchos y la ejecución de uno, y no puede ser república duradera la en que no se satisface la opinión de la mayoría, pues al desatenderla, se arruina el régimen republicano.

Esta verdad la demuestran los cambios operados en Florencia desde 1393 hasta ahora.

Empezando por la reforma que hizo entonces Maso de Albizzi, se verá que quisieron los florentinos organizar una república aristocrática; pero había en ella tantos defectos, que no vivió más de cuarenta años, y hubiese durado menos á no mantener la unión en Florencia el peligro de la guerra contra los Visconti.

Sus defectos fueron, entre otros, hacer los escrutinios para largos plazos (1), en los que eran fáciles los fraudes y la elección podía no ser buena, porque los sorteables no desempeñaban los cargos sino bastante tiempo después del escrutinio y, por los frecuentes cambios de condiciones y sentimientos, aun siendo buenos cuando el escutrinio, podían no serlo al tiempo de ejercer los empleos, resultando en tal caso el escrutinio bueno y la elección, por suerte, mala. Además, nada se estableció para impedir á los poderosos formar sectas y bandos, que son la ruina de cualquier Estado. Tenía también la Señoría poca consideración y sobrada autoridad, pues podía disponer, sin apelación, de la vida y hacienda de los ciudadanos, y convocar al pueblo, según su voluntad, á asambleas extraordinarias; convirtiéndose, por tanto, no en defensora del Estado, sino en instrumento de su ruina, siempre que un ciudadano importante lograra dominarla ó dirigirla. Además, según he dicho, su reputación era escasa, por figurar en ella con frecuencia hombres abyectos ó demasiado jóvenes, y porque los Señores lo eran por tan poco tiempo, que no lo tenían para realizar las grandes empresas que dan crédito y fama.

Había, además, en esta constitución un vicio grave, cual era que los particulares intervenían en los Consejos donde se trataba de los asuntos públicos. Esto daba importancia á algunos hombres privados á costa de la au-

(1) Estos escrutinios consistían en encerrar en una bolsa los nombres de los ciudadanos á quienes se juzgaba aptos para desempeñar cargos públicos, que se proveían después por suerte, entre las personas cuyos nombres estaban en las bolsas electorales.

toridad y reputación de los magistrados y funcionarios públicos. Tal costumbre es contraria á todo buen orden político. A estos vicios añadíase otro aun más importante, cual era el que el pueblo no tenía intervención alguna en el gobierno.

Todos estos defectos ocasionaban infinitos desórdenes, y á no ser, como he indicado, por la guerra exterior, hubieran arruinado aquella forma de gobierno mucho más pronto.

Sucedió á esta constitución la de Cosme de Médicis, con más tendencias á la monarquía que á la república, y su mayor duración fué por dos condiciones: una, estar hecha con el apoyo del pueblo, y otra, dirigir el gobierno dos hombres prudentes, cuales fueron Cosme de Médicis y su nieto Lorenzo. Sin embargo, la necesidad de someter á deliberación las empresas que Cosme se proponía ejecutar, hizo este gobierno tan débil, que muchas veces estuvo á punto de perecer. Por ello las frecuentes convocatorias de las asambleas del pueblo y los muchos destierros que se hicieron durante este orden de cosas, que al fin desapareció cuando el accidente del paso por Florencia del rey de Francia, Carlos VIII.

Después de este suceso quiso la ciudad tener forma de gobierno republicana, y no atinó á establecerla de suerte que fuese duradera; porque las nuevas instituciones, ni satisfacían las pasiones populares, ni servían para contenerlas; apartándose tanto de las que son propias de una verdadera república que un confaloniero vitalicio, si era hábil y ambicioso, con facilidad podía ser príncipe, y si bueno y débil, con mayor facilidad podía caer, arrastrando con él la ruina de las instituciones.

Y porque sería larga materia la de exponer todas las

razones, sólo diré una, cual es que el confaloniero no tenía á su alrededor quien pudiera defenderle siendo bueno, ni refrenarle ó corregirle si era malo.

La causa de que todas estas instituciones hayan sido defectuosas, consiste en que las reformas no se hacían atendiendo al bien común, sino el dominio y la seguridad de los partidos, lo cual tampoco se conseguía, porque siempre quedaba alguno descontento y constituía excelentísimo instrumento para los deseosos de mudanzas.

Réstame hablar del régimen que ha existido desde 1512 (1) hasta ahora y de su fuerza ó debilidad; pero, por ser cosa reciente y de todo el mundo sabida, nada diré de él. Verdad es que, ocurrida la muerte del duque de Urbino (2), y tratándose del establecimiento de nuevo gobierno, creo que, en prueba de mi buena fe con Su Santidad, debo decirle cuanto pienso.

Empezaré por manifestarle la opinión de otros muchos, según la he oído, y después expondré la mía, rogando á Vuestra Santidad que, si yerro, me excuse, por ser mayor mi celo que mi habilidad.

Según unos, no puede establecerse gobierno mejor que el habido en tiempo de Cosme y de Lorenzo de Médicis. Otros lo quisieran más liberal. Aquéllos sostienen que las cosas vuelven fácilmente á su estado natural y, siendo natural en los florentinos honrar vuestra casa, gozar de los beneficios que ésta ha dispensado á Florencia, amar lo que ella amaba, acostumbrándose á ello durante sesenta

(1) Desde la vuelta de los Médicis á Florencia y el restablecimiento de su poder.

(2) Lorenzo de Médicis, que, con título de general de los florentinos, había gobernado á Florencia.

años, es imposible que, mantenido el mismo gobierno, no subsistan las mismas costumbres, siendo pocos los que se opongan, y aun éstos, por el hábito de la sumisión, cederían sin dificultad. Añaden á estas razones la de la necesidad, porque, en su opinión, no puede estar Florencia sin jefe, y vale más tenerlo de estirpe respetada ya en tal cargo, que carecer de él y vivir en la anarquía ú obedecer á un extranjero, menos considerado y menos agradable á los ciudadanos.

Los adversarios de esta opinión sostienen que el gobierno organizado de tal suerte es peligroso por su debilidad: que si el de Cosme de Médicis era tan débil como antes he dicho, el de ahora lo sería mucho más, porque la ciudad, los ciudadanos y los tiempos han cambiado. No sería, pues, posible organizar en Florencia un gobierno sólido que se pareciera al de Cosme. En primer lugar, entonces le favorecía la opinión pública, y ahora le sería contraria. Los florentinos de aquel tiempo no habían tenido gobierno alguno que satisficiese mejor sus intereses, y los de ahora han gozado de uno que juzgan más respetuoso de sus derechos y que les gusta más. No había entonces en Italia ni ejército ni potencia ó Estado á quien los florentinos con sus tropas, aun sin aliados, no pudieran contrarrestar. Ahora, dominada Italia por España y Francia, preciso es vivir en amistad con una de estas dos potencias, y si es vencida, los aliados son inmediatamente presa por el vencedor; peligro que en tiempo de Cosme no existía. Los ciudadanos estaban acostumbrados entonces á pagar bastantes tributos; hoy, por impotencia ó falta de costumbre, se ven libres de estas cargas, y sujetarles á ellas de nuevo sería inconveniente y peligroso. Los Médicis, que entonces

gobernaban, criados y educados entre sus conciudadanos, trataban á éstos con una familiaridad que atraía en su favor todas las voluntades; ahora han llegado á tanta grandeza, que se encuentran fuera de las condiciones de igualdad civil, no pueden vivir en intimidad con sus conciudadanos, y, por tanto, no conseguirían su afecto. En vista de tan gran diferencia en los hombres y en los tiempos, es pura ilusión creer que, á materia tan distinta, sea posible dar igual forma; y si entonces los Médicis estaban expuestos cada diez años á perder la dominación, ahora la perderían en seguida. No es creíble que los hombres vuelvan fácilmente á vivir conforme á las antiguas costumbres, porque esto sólo sucede cuando aquéllas agradan más que las nuevas: si no ocurre así, vuelven forzados y sólo mientras la fuerza dura.

Además, aunque sea cierto que Florencia no puede vivir sin jefe, y que, teniendo que elegirle entre sus conciudadanos, preferiría la casa Médicis á cualquier otra; si la elección es entre la influencia decisiva de un hombre que no ejerce cargo público y un magistrado, siempre será preferida la de éste, aunque sea extranjero, á la de aquél.

Creen algunos que sólo puede destruir el gobierno una agresión extranjera y que siempre se está á tiempo de hacer un tratado de amistad con los agresores, lo cual es un error, porque las más veces no se contrae alianza con el más poderoso, sino con quien puede perjudicar más fácilmente ó con quien el capricho ó las inclinaciones aconsejan. Es entonces probable que vuestro aliado sea vencido y quedéis con él á discreción del vencedor, porque éste no quiera acuerdo con vos, ó por no habérselo pedido en tiempo oportuno, ó por rencor, á causa de vuestra alianza con su enemigo.

Luis Sforza, duque de Milán, se hubiera aliado con Luis XII de Francia, de poder hacerlo. Lo mismo hiciera el rey Federico de Nápoles, de encontrar ocasión propicia. Ambos perdieron sus Estados por la imposibilidad de tratar, á causa de mil inconvenientes que lo estorbaron. Así, pues, bien considerado, no se puede llamar este régimen de gobierno ni seguro ni estable, existiendo tantas causas de instabilidad que ni Vuestra Santidad ni sus amigos tendrán motivo alguno para preferirlo.

En cuanto á los que desean un régimen más amplio, diré que si la amplitud no llega hasta la organización de una república bien ordenada, sólo servirá para apresurar la ruina del Estado. Si especificaran cómo desean organizar el gobierno, respondería yo detalladamente; pero, limitándose á generalidades, de igual suerte contesto, y creo que esta contestación basta.

Respecto al gobierno de Cosme, digo que ningún Estado puede vivir ordenadamente sino con verdadera monarquía ó verdadera república, porque todo régimen intermedio es defectuoso. La razón es clarísima: la monarquía, como la república, sólo tienen un camino de destrucción; para aquélla convertirse en república, para ésta, en monarquía. Los gobiernos intermedios tienen dos vías: una la que les conduce hacia la monarquía, y otra la que les lleva hacia la república, y de aquí su instabilidad.

Si Vuestra Santidad desea crear en Florencia un gobierno estable para gloria suya y provecho de sus amigos, tiene, pues, que elegir entre una monarquía verdadera ó una república organizada conforme á los principios que le son propios: todas las demás formas de gobierno son vanas y de brevísima vida.

En cuanto á la monarquía, no entraré en detalles, por las dificultades con que tropezaría su establecimiento y la falta de persona á quien dar la autoridad suprema.

Debo hacer observar á Vuestra Santidad que nada es tan difícil como fundar una monarquía en donde existe la igualdad civil para todos los ciudadanos: así pues, para organizar una república en Milán, donde existe tan gran desigualdad entre los ciudadanos, sería indispensable acabar con la nobleza, sometiendo á los nobles á la misma condición de los plebeyos; porque son tantos los hombres de posición superior al pueblo, que no bastan las leyes para contenerles y se necesita un poder enérgico, una potestad regia que les reprima: por lo contrario, para crear una monarquía en Florencia, donde la igualdad es grandísima, sería preciso antes establecer la desigualdad, crear la nobleza poseedora de villas y castillos que, de concierto con el príncipe y estrechamente unida á él, empleara las armas en dominar la ciudad y todo el Estado florentino. Porque un monarca solo y sin nobleza que le apoye no puede sostener el peso de la monarquía; necesita entre él y el pueblo una clase intermedia que le ayude á soportarlo.

Esto se ve en todas las monarquías, y principalmente en Francia, donde los nobles dominan al pueblo, los príncipes á los nobles y el rey á los príncipes.

Como el fundar una monarquía en un Estado con condiciones propias para una república, ó viceversa, es por demás difícil, y por su dificultad, inhumano é indigno de todo hombre generoso y bueno, no hablaré de la monarquía, y sí de la república, tanto porque en Florencia existen las mejores condiciones para esta forma de gobierno, como porque se dice que Vuestra Santidad

está muy inclinado á establecerla, y se cree que no lo ha hecho ya por desear un orden de cosas que mantenga y fortalezca su autoridad en Florencia, y asegure la posición y tranquilidad de sus amigos. He meditado esta solución, y deseo exponer á Vuestra Santidad mi pensamiento, porque, si encuentra en él algo útil, lo aprovechará, y, en todo caso, conocerá mi profunda sumisión á su persona.

Vuestra Santidad observará que en mi organización republicana no sólo subsiste, sino aumenta su autoridad; sus amigos conservan la posición y consideraciones que hoy gozan, y la generalidad de los ciudadanos tiene motivos evidentes para vivir satisfecha.

Ruego á Vuestra Santidad que ni elogie ni censure este dictamen mío hasta que lo lea todo, y también le suplico que no se asuste por los cambios que propongo en las magistraturas, porque donde la organización política no ha sido buena, cuanto menos se conserva, menos malo queda.

Los que organizan una república deben hacer intervenir en ella á las tres clases de hombres que forman la ciudad: los principales, los medianos y los últimos. Á pesar de la igualdad que, según hemos dicho, existe en Florencia, hay en ella personas de elevado carácter que bien merecen estar al frente de sus conciudadanos, y cuyas aspiraciones, en la organización republicana, conviene tener en cuenta. Por no atender esta necesidad se arruinó el anterior Gobierno y, para satisfacerla, es preciso dar importancia á los primeros cargos de la república, á fin de que, en sus personas, conserven una especie de majestad.

No es posible este crédito en los altos cargos en Flo-

rencia manteniendo la organización de la Señoría y de los Colegios como lo ha estado hasta ahora, porque raras veces permite figurar en ellos hombres graves y dignos de respeto. Conviene, pues, ó colocarlos en grado inferior (lo cual es contrario á todo buen orden político), ó devolverlos á los primeros ciudadanos, reformándolos de modo que los más ambiciosos se consideren satisfechos con su desempeño.

Esto puede conseguirse del modo siguiente:

Hay que suprimir la Señoría, el Consejo de los Ocho y el de los Doce hombres buenos, y para aumentar la dignidad del gobierno, reemplazarles por 65 ciudadanos de cuarenta y cinco años de edad, 53 de ellos escogidos en las artes mayores y 12 en las mencres. Los 65 ejercerían el gobierno durante su vida, en esta forma:

Nombraríase de entre ellos un Confaloniero de justicia por dos ó tres años, cuando no se juzgara conveniente que lo fuera por toda su vida. Los 64 ciudadanos restantes formarían dos agrupaciones de á 32, y cada año gobernaría una de ellas, en unión con el Confaloniero. Estas dos agrupaciones, llamadas á gobernar alternativamente con el Confaloniero, formarían la nueva *Señoría*.

Los 32 encargados del gobierno se distribuirían en cuatro agrupaciones de á ocho, y los de cada grupo habitarían con el Confaloniero durante tres meses en el Palacio; tomarían posesión de sus cargos con las ceremonias acostumbradas, y desempeñarían todas las funciones que hoy corresponden á la Señoría, á los Ocho y á los Consejos, cuya supresión he propuesto. Ésta sería la primera magistratura del Estado, y, bien examinada, se verá que devuelvo á los altos funcionarios de la Re-

pública la dignidad y consideración que merecen, y que los hombres graves y autorizados siempre ocuparán estos primeros puestos, sin que para ello necesiten intrigar como particulares, lo cual es, según antes dije, muy pernicioso en toda república. Los 32 á quienes no correspondiera gobernar en cada año, podrían auxiliar á los gobernantes con sus consejos y su vigilancia.

En la primera elección de estos sesenta y cinco pudieran resultar elegidos los amigos y partidarios de Vuestra Santidad, según diré más adelante.

Pero pasemos á la organización de otros centros gubernativos.

Creo que, dividiéndose en tres las clases de ciudadanos, deben ser tres y no más los órdenes de magistraturas en una república. Convendría, pues, abolir la multitud de Consejos que ha existido durante algún tiempo en nuestra ciudad, Consejos que fueron organizados, no por necesidades de gobierno, sino para satisfacer mayor número de ambiciones particulares, y satisfacerlas con honores que en rigor nada importaban á la tranquilidad y bienestar de Florencia, puesto que disponía de ellos el bando triunfante.

Queriendo, pues, distribuir en tres categorías las magistraturas, opino que deben abolirse el Consejo de los Setenta, el de los Ciento y el Consejo del pueblo y municipal, y, en cambio de todos ellos, crear un Consejo de doscientos ciudadanos que hayan cumplido cuarenta años de edad; ciento sesenta elegidos de las artes mayores, y cuarenta por las menores. Ninguno de este Consejo podría ser de los *sesenta y cinco;* el cargo de consejero sería vitalicio, y esta corporación se llamaría Consejo de los Selectos. Con los *sesenta y cinco* desempeñarían todas

las funciones que hoy están encomendadas á los diferentes Consejos cuya supresión propongo, y constituiría la segunda magistratura del Estado, siendo todos estos consejeros nombrados por Vuestra Santidad.

Para hacerlo y organizar y mantener estas diferentes instituciones y las que mencionaré más adelante, como también para asegurar la autoridad de Vuestra Santidad y la de sus amigos, daríase por la Balía á Vuestra Santidad y al reverendísimo Cardenal de Médicis (1), durante la vida de ambos, tanta autoridad como la que corresponde á todo el pueblo de Florencia.

Vuestra Santidad tendría derecho á nombrar de tiempo en tiempo el Consejo de los Ocho de la guarda y Balía ó Consejo extraordinario.

Para mayor seguridad del gobierno y de los amigos de Vuestra Santidad, con las milicias de infantería formaríanse dos divisiones, al mando cada una de un Comisario nombrado por Vuestra Santidad.

Se ve, pues, que, con tales instituciones, queda satisfecha la ambición de dos clases de ciudadanos y sólidamente establecida en Florencia vuestra autoridad y la de vuestros amigos, porque el ejército y la justicia criminal quedan en vuestras manos; las leyes Vuestra Santidad las hará *in petto*, y todos los jefes del gobierno serán partidarios suyos.

Resta ahora contentar á la tercera y última clase, que la forman la generalidad de los ciudadanos, la cual no quedará satisfecha (y quien opine lo contrario es poco cuerdo) si no se le devuelve ó se le promete devolver su

(1) El cardenal Julio de Médicis, primo de León X, y que fué Papa con el nombre de Clemente VII.

autoridad. Como la devolución completa é inmediata sería peligrosa para el mantenimiento del poder de Vuestra Santidad y la seguridad de sus amigos, es indispensable devolverla en parte y en parte prometerla, de suerte que tengan parte de sus derechos y la esperanza de que se los completen. Para ello juzgo necesario restablecer el Consejo de los Mil, ó al menos de seiscientos ciudadanos, y concederle desde luego el nombramiento para todos los empleos y magistraturas, excepto los cargos del Consejo de los Sesenta y cinco, de los Doscientos y de los Ocho de la Balía, que, durante la vida de Vuestra Santidad y la del Cardenal quedarían á elección vuestra.

Para que vuestros amigos estuvieran seguros de que sus nombres eran incluídos en las bolsas electorales, Vuestra Santidad designaría ocho escrutadores que, haciendo los escrutinios en secreto, dieran los votos á quienes Vuestra Santidad quisiera, no siendo permitido recusar públicamente á nadie. Y para que el pueblo creyera que estaban en las bolsas los nombres de los que resultaran elegidos, se daría al Consejo la facultad de nombrar dos ciudadanos de su seno para que presenciaran el acto de poner los nombres en las bolsas.

Jamás se ha organizado una república estable sin atender los deseos del pueblo, y no quedará satisfecha la generalidad de los ciudadanos florentinos si no se restablece el Consejo de los Mil. Conviene, pues, si se ha de organizar una república en esta ciudad, dicho restablecimiento, con las atribuciones de distribuir los cargos públicos. Vuestra Santidad debe saber que el primer ambicioso que atente contra su autoridad en Florencia, procurará, ante todo, restablecer el Consejo de los Mil, y

más vale que Vuestra Santidad prevenga este designio con útiles precauciones, y que impida á sus enemigos valerse de esta medida para privarle de su autoridad y arruinar á sus amigos.

Organizadas así las instituciones, aunque Vuestra Santidad y el reverendísimo Cardenal vivieran eternamente, no sería necesaria ninguna otra reforma. Pero siendo forzosa la muerte y queriendo los dos que en Florencia quede una república perfecta y consolidada en todas sus partes, y que cada cual vea y comprenda que las cosas han de subsistir así; para que el pueblo, por lo que se le da y por lo que se le promete quede contento, es preciso ordenar además lo siguiente:

Que los diez y seis confalonieros de las compañías del pueblo sean elegidos en la misma forma y por el mismo tiempo que lo han sido hasta aquí, correspondiendo la designación al Consejo ó á Vuestra Santidad, según le plazca, aumentando sólo las exclusiones, para que sea mayor el número de ciudadanos que puedan optar al cargo, y ordenando que no lo sea ninguno de los del Consejo de Sesenta y cinco. Una vez elegidos, serían nombrados de entre ellos cuatro prebostes que desempeñen el cargo durante un mes, para que, al finalizar el plazo de duración de esta magistratura, todos hayan sido prebostes. De los cuatro será elegido uno, el cual habitará una semana en el Palacio con los nueve Señores residentes, y de esta suerte, á fin del mes, habrán residido allí los cuatro. Los nueve Señores residentes en el Palacio no podrán determinar nada en ausencia del preboste; pero éste no tomará parte en sus deliberaciones y acuerdos, limitándose á ser testigo de ellos.

Estará, sin embargo, facultado para impedir la ejecu-

ción de cualquiera de éstos, exigiendo que antes se discuta por los treinta y dos Señores.

De igual modo no podrán determinar nada los treinta y dos Señores sin la presencia de dos prebostes, á quienes corresponda el derecho de interrumpir cualquier deliberación, exigiendo que se someta el caso al Consejo de los Selectos.

Al Consejo de los Doscientos también le estará prohibido hacer cosa alguna sin la presencia de seis de los diez y seis confalonieros y dos prebostes, cuyas únicas facultades consistirán en apelar de las decisiones de este Consejo ante el Consejo grande, siempre que para ello estén tres de acuerdo.

No celebrará sesión el Consejo grande sin la presencia de doce confalonieros, y entre ellos, lo menos tres prebostes; todos los cuales tendrían voz y voto como los demás consejeros.

Esta organización de Consejos es indispensable después de la muerte de Vuestra Santidad y del reverendísimo Cardenal, por dos razones: una, para que la Señoría ó el alto Consejo si, por desunión de sus miembros, no determina lo conveniente, ó, por malicia, intenta algo contra la salud del Estado, tenga cerca quien le contenga, apelando de sus determinaciones á otro Consejo; porque no conviene que una magistratura ó Consejo pueda decidir, sin que institución alguna tenga facultades para corregir sus decisiones, ni que los ciudadanos queden libres de toda vigilancia y con facultades para realizar el mal sin obstáculo.

La otra razón consiste en que, privando á la generalidad de los ciudadanos de condiciones para llegar á la Señoría (cambiada como he propuesto la organización de

ésta), es necesario darle un poder idéntico al que se le quita, y el que le atribuyo es más importante, más útil á la República y más honroso que el que pierde.

Conviene nombrar desde luego confalonieros, para habituar la ciudad á estas autoridades, pero no permitiéndoles que ejerzan el derecho de apelación sin licencia de Vuestra Santidad, quien podrá emplear este derecho para conseguir que los actos todos del Gobierno concurran al mantenimiento de su autoridad.

Además de la citada reforma, para mayor consolidación de la República, después de la muerte de Vuestra Santidad y del reverendísimo Cardenal, y para que nada quede imperfecto, es preciso establecer un recurso judicial ante los Ocho de la guarda y treinta ciudadanos sacados entre los elegibles para el Consejo de los Doscientos y de los Seiscientos; ante cuyo Consejo podrá llevar el acusador al reo en un plazo fijado. Este recurso no se empleará durante la vida de Vuestra Santidad, sin su licencia.

Dicha apelación es indispensable en una República en que tribunales de corto número de jueces no se atreven á imponer castigo á los poderosos, siendo preciso que concurran como jueces muchos ciudadanos, á fin de que los autores del fallo, disimulados por el número, puedan negar su participación en él.

Servirá también esta apelación durante vuestra vida, para que el tribunal de los Ocho despache las causas pronto y con justicia, porque, temeroso de que permitáis la apelación, juzgará con mayor rectitud. Para que no se abuse de la apelación, se determinará que sólo pueda interponerse, por ejemplo, en los delitos de robo, cuando el valor de lo robado fuera al menos de cin-

cuenta ducados, y en atentados contra las personas cuando hubiera fractura de hueso ó derramamiento de sangre, ó ascendiera el daño á cincuenta ducados.

He explicado detalladamente las instituciones de una República que, sin vuestra autoridad, pueda subsistir; pero en vida de Vuestra Santidad y de monseñor el Cardenal será una monarquía, porque tendréis el mando de la fuerza armada y la dirección de los tribunales de justicia criminal; conforme á vuestra voluntad se harán las leyes, y no es posible tener ni desear más en un Estado. No se ve peligro alguno para vuestros amigos, que son buenos y quieren vivir con el producto de sus bienes ó trabajo, conservando Vuestra Santidad un poder tan amplio, y pudiendo ocupar ellos los primeros cargos del gobierno. No veo motivo para que el pueblo deje de estar satisfecho, cuando sepa que se le devuelve en parte el derecho á la distribución de los cargos públicos y se le promete devolvérselo todo poco á poco; porque Vuestra Santidad podrá dejar alguna vez al Consejo del pueblo la elección para cubrir las vacantes del de los Sesenta y cinco, y también de los Doscientos, ó hacer directamente los nombramientos, según las circunstacias.

Seguro estoy de que en poco tiempo, gracias al ascendiente de Vuestra Santidad y á su dirección de los asuntos públicos, estas dos formas de gobierno, monárquica y republicana, se modificarían de tal suerte la una por la otra, que llegarían á formar un solo sistema, para tranquilidad de Florencia y perpetua fama de Vuestra Santidad; porque su autoridad en el gobierno le daría siempre los medios de corregir los defectos que la experiencia demostrara.

»En mi opinión, los mayores honores que pueden te-

ner los hombres son los que voluntariamente les concede su patria, como el mayor bien que puede hacerse y el más grato á Dios es el que se hace á la patria. Aparte de esto, los hombres más enaltecidos por sus actos son los que con instituciones y leyes reforman las repúblicas y los reinos. Después de los deificados, merecieron siempre las mayores alabanzas. Por ser pocos los que han tenido ocasión de hacer estas reformas y poquísimos los que han sabido hacerlas, la gloria de reformadores alcanza á corto número de personas, siendo tan estimada, que algunos, imposibilitados de organizar prácticamente una república, la organizaron por escrito. Así lo hicieron Aristóteles, Platón y otros muchos, queriendo demostrar al mundo que si, como Solón y Licurgo, no crearon un régimen político, no fué por ignorancia, sino por impotencia.

No puede dar el cielo á un hombre mayor beneficio ni mostrarle más gloriosa vía; y entre tantas felicidades como ha proporcionado Dios á vuestra casa y á la persona de Vuestra Santidad, esta es la mayor; porque os da ocasión y medios de inmortalizar vuestro nombre superando la gloriosa fama de vuestro padre y de vuestro abuelo.

Considere Vuestra Santidad que, manteniendo el actual orden de cosas en Florencia, al menor accidente se pueden correr mil peligros, y sin que esto suceda, Vuestra Santidad tendrá que soportar mil insufribles disgustos, de algunos de los cuales puede daros fe monseñor el Cardenal, que acaba de pasar varios meses en Florencia, disgustos que nacen en parte de las exigencias presuntuosas y excesivas de muchos ciudadanos, y en parte de creer que, con el régimen actual, no viven segu-

ros, pidiendo de continuo que se organice otro nuevo, según unos más liberal, según otros más restringido, sin que ninguno diga la amplitud ó la restricción que ha de establecerse, por reinar entre ellos la mayor confusión. Comprendiendo la inseguridad del régimen actual, no saben cómo reformarlo, ni confían en que haya quien lo reforme. Tanta confusión es capaz de enloquecer el cerebro mejor organizado.

Sólo hay dos maneras de evitar estos disgustos: ó suprimir las audiencias, no permitiendo á ningún ciudadano dirigiros, ni aun por los procedimientos ordinarios, ninguna petición, ni siquiera hablar si no se les pregunta, como lo hacía el Duque (1) de ilustre memoria, ú organizar el Estado de modo que se admnistre por sí mismo, bastando á Vuestra Santidad dirigirle media ojeada.

De ambos recursos, el primero libra á Vuestra Santidad de disgustos, y el segundo de disgustos y peligros.

Insistiendo en los peligros á que expone el actual orden de cosas, quiero hacer un pronóstico. Si sobreviene un accidente y el gobierno no está reformado, ocurrirá una de estas dos cosas, ó ambas á la vez: que en el tumulto aparezca un jefe inesperado, el cual con las armas y la violencia defienda el Estado, ó que una parte del pueblo se apodere de la sala del Consejo y convierta á la otra en víctima suya. Si cualquiera de ambas cosas sucede (Dios no lo quiera), piense Vuestra Santidad cuántas muertes, cuántos destierros, cuántos atropellos serán su consecuencia, capaces de hacer morir de dolor

(1) Probablemente Lorenzo de Médicis, duque de Urbino.

al hombre más cruel y, con mayor motivo, á Vuestra Santidad, que es piadosísimo.

El único medio de evitar estos males es organizar en Florencia un gobierno sólido, y lo será cuando todos intervengan en él, sabiendo cada cual lo que tiene que hacer y lo que debe esperar; cuando ninguna clase de ciudadanos, por falta de seguridad ó por ambición, desee innovaciones ó reformas en el gobierno.

FIN DE LAS OBRAS HISTÓRICAS.

ÍNDICE.

HISTORIA DE FLORENCIA.

Págs.

LIBRO SEXTO.—SUMARIO: I. Consideraciones sobre el objeto de las guerras y la utilidad de las victorias.—II. El duque de Milán negocia con el conde Francisco Sforza, cuyas negociaciones producen recelos y disgustos entre el Conde y los venecianos.—III. Ravena se somete á la dominación de Venecia (1440). El Papa vende el Burgo de San Sepolcro á los florentinos. Nicolás Piccinino hace libremente correrías, durante el invierno, en los dominios venecianos.—IV. Llegada la primavera, y comenzadas las hostilidades, obliga á Sforza á levantar el sitio de Martinengo. Se enorgullece después tanto por esta victoria, que el duque de Milán, para vengarse de él, hace la paz con los aliados (1441). Francisco Sforza, conforme al convenio, se casa con la hija del Duque y recibe en dote Cremona.—V. Alfonso de Aragón emprende de nuevo la guerra por la posesión de Nápoles, de Benevento y de otras ciudades y comarcas del reino. Pactan alianza con él y contra Sforza el duque de Milán y el Papa, y nombran general del ejército á Nicolás Piccinino (1442). Á Renato de Anjou, rey de Nápoles, expulsado por Alfonso, le reciben honrosamente los florentinos, que hacen causa común con él y con Sforza.—VI. Nuevas discordias en Flo-

Págs.

rencia. Animosidad contra Neri de Gino Capponi (1443).—VII. Por traición de Bartolomé Orlandini es muerto Baldaccio de Anghiari. Reforma del gobierno en favor del partido de los Médicis (1444).—VIII. Muerte de Piccinino. Fin de la guerra.—IX. Bautista Canneschi mata á Aníbal Bentivoglio en Bolonia y el pueblo mata á Canneschi, produciendo estas muertes graves disturbios en aquella ciudad (1445).—X. Es llamado al gobierno de Bolonia Santi, supuesto hijo de Hércules Bentivoglio.—XI. Guerra general en Italia con daño del duque de Milán.—XII. El Duque hace un convenio con Sforza.—XIII. Muerte del duque de Milán Felipe Visconti. Los milaneses nombran á Sforza su general (1447).—XIV. Negociaciones del Pontífice para pacificar Italia. Opónense á ellas los venecianos.—XV. Alfonso de Aragón ataca á los florentinos.—XVI. Es obligado á pedir la paz y á partir (1448).—XVII. El conde Sforza guerrea con ventaja contra los venecianos.—XVIII. Continúa la guerra.—XIX. El Conde obliga á los venecianos á pedir la paz.—XX. No pareciendo bien la paz pactada á los milaneses, se alian con los venecianos contra el Conde.—XXI. Sforza sitia á Milán.—XXII. Finge retirarse del asedio de Milán.—XXIII. Diversas opiniones en Florencia sobre la conducta que se debe observar con Sforza.—XXIV. Los milaneses son sitiados de nuevo y, reducidos á extremas penalidades, se sublevan contra los magistrados, entregándose á Sforza (1450).—XXV. Liga entre el nuevo duque de Milán y los florentinos de una parte, y el rey de Nápoles y los venecianos de otra.—XXVI. Consecuencias de estas alianzas.—XXVII. Llega á Florencia el emperador Federico III (1451). Guerra en Lombardía entre el duque de Milán y los venecianos.—XXVIII. Fernando, hijo de Alfonso, rey de Nápoles, en guerra contra los florentinos, invade la Toscana (1452).—XXIX. Conjuración de Esteban Porcari en Roma contra el Gobierno pontificio, descubierta y castigada.—XXX. Gherando Gambacorti, señor de Val de Bagno,

Págs.

negocia con el rey de Nápoles entregarle su Estado, pero el valor y firmeza de Antonio Gualandi perturba sus proyectos (1453).—XXXI. Renato de Anjou vuelve á Italia llamado por los florentinos, y poco después regresa á Francia.—XXXII. Por intervención del Papa se ajusta la paz entre los príncipes beligerantes (1454).—XXXIII. Jacobo Piccinino ataca á los sieneses. Los Turcos son derrotados en Belgrado.—XXXIV. Espantoso huracán en Italia.—XXXV. Génova se da al rey de Francia (1458).—XXXVI. Muerte de Alfonso de Aragón, rey de Nápoles. Le sucede su hijo Fernando. El papa Calixto III muere cuando proyectaba dar el reino de Nápoles á su sobrino Pedro Luis Borgia. Le sucede en el pontificado el sienés Eneas Silvio Piccolomini, con el nombre de Pío II.—XXXVII. Discordia en Génova entre Juan de Anjou y los Fregosos que resulta en daño de éstos (1459).—Anjou invade el reino de Nápoles y vence al rey Fernando.—XXXVIII. El rey Fernando, con el auxilio del Papa y del duque de Milán, recupera el trono (1460). Génova sacude el yugo de los franceses. Juan de Anjou, abandonado por Jacobo Piccinino, es derrotado en el reino de Nápoles, refugiándose en Ischia, desde donde vuelve á Francia (1462)..... 5

LIBRO SÉPTIMO.—SUMARIO: I. Relación que tienen con la historia de los florentinos los negocios de los demás príncipes de Italia. Discordias que dañan á la República. Carácter de estas discordias.—II. Cosme de Médicis y Neri Capponi llegan por diverso camino á ser poderosos. Reforma en la elección de los magistrados favorable á Cosme. Descontenta á los poderosos esta reforma.—III. (1458) Acuden éstos á Cosme, que les niega su apoyo, con el intento de hacerse más necesario.—IV. Tiranía y soberbia de Lucas Pitti y de su partido.—V. Muerte de Cosme de Médicis (1464). Su magnificencia. Su política.—VI. Su elogio.—VII. El duque de Milán toma á Génova. Fernando de Aragón se apodera por traición de los barones que le eran enemigos.—VIII. Jacobo Piccinino es preso y muerto.—

Págs.

IX. Esfuerzos infructuosos del papa Pío II para excitar á los cristianos contra los turcos (1465). Muerte del duque Francisco Sforza (1466).—X. Conjuración de Diotisalvi Neroni contra Pedro de Médicis.—XI. Prosigue el mismo asunto —XII. Fiesta en Florencia. —XIII. Inconstancia de los florentinos con Pedro de Médicis.—XIV. Nicolás Soderini elegido Confaloniero. Grandes esperanzas que en él se tienen para el restablecimiento de la tranquilidad.—XV. Los dos partidos toman las armas.—XVI. La mayoría de los ciudadanos se pone del lado de Médicis.—XVII. Reforma del gobierno á favor de Pedro de Médicis. Dispersión de sus enemigos. Decadencia de Lucas Pitti.—XVIII. Carta de Agnolo Acciaiuoli á Pedro de Médicis.—XIX. Los desterrados florentinos excitan á los venecianos á declarar la guerra á Florencia.—XX. Guerra entre venecianos y florentinos (1467), terminada con la paz (1468). Muerte de Nicolas Soderini.—XXI. Casamiento de Lorenzo de Médicis con Clarice Orsini.—XXII. Sixto IV, elegido papa. Su carácter.—XXIII. Intenta Pedro de Médicis refrenar las violencias que se cometían en Florencia, pero sus esfuerzos los interrumpe la muerte (1469).—XXIV. Maese Tomás Soderini, ciudadano de gran reputación, se declara partidario de los Médicis.— XXV. Tumulto que en Prato mueve Bernardo Nardi. XXVI. Bernardo hace prender al podestá de Prato, Petrucci, pero deja á medio ejecutar su empresa.— XXVII. Es preso y se restablece la tranquilidad (1470).—XXVIII. Relajación de las costumbres en Florencia. Incendio de la iglesia del Espíritu Santo (1471).—XXIX. Rebelión de Volterra.—XXX. Es tomada Volterra por fuerza y saqueada (1472).—XXXI. Origen de la enemistad entre Sixto IV y Lorenzo de Médicis (1473).—XXXII. Carlos de Braccio, de Perusa, ataca á los sieneses, y después, por consejo de los florentinos, se retira (1476).—XXXIII. Conjuración contra Galeazzo, duque de Milán.—XXXIV. Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato matan al duque en San Esteban, y ellos son muertos, los

Págs.

dos primeros por los soldados del Duque y el último decapitado por el verdugo..... 75

LIBRO OCTAVO.—SUMARIO: I. Situación de la familia Médicis en Florencia.—II (1473). Desavenencias entre las familias Pazzi y Médicis.—III. Conjuración de los Pazzi, en la cual entran el papa Sixto IV y el rey de Nápoles.—IV. Continúa el mismo asunto.—V. Organización de la conjura.—VI. Ejecución del complot. Julián de Médicis es muerto; Lorenzo se salva. —VII. El arzobispo Salviati, al intentar apoderarse del Palacio, es preso y ahorcado.—VIII. Suerte que corren los demás conjurados.—IX. El peligro á que estuvo expuesto y el amor de los florentinos aumentan el poder de Lorenzo de Médicis. Fin que tuvieron los conjurados.—X. El Papa excomulga á Florencia y, aliado al rey de Nápoles, envía el ejército contra esta República. Lorenzo de Médicis habla á los ciudadanos reunidos en el Palacio.—XI. Los florentinos apelan al futuro Concilio. Solicitan la alianza de los venecianos. —XII. Los venecianos niegan la alianza. Empieza la guerra.—XIII. Desórdenes en Milán. Génova se rebela contra el duque de Milán.—XIV. Siendo ineficaces las tentativas de acuerdo, los florentinos combaten contra los ejércitos pontificio y napolitano, y los rechazan al territorio de Pisa.—XV. Invaden los dominios del Papa y derrotan sus tropas en Perusa (1479).—XVI.—Victoria del duque de Calabria contra los florentinos en Poggibonsi.—XVII. Lorenzo de Médicis determina ir á Nápoles para tratar la paz con el Rey.—XVIII. Luis Sforza, apodado el Moro, y sus hermanos, son llamados á Milán. Variaciones en el gobierno de aquel Estado.—XIX. Lorenzo de Médicis ajusta la paz con el rey de Nápoles, pero no asienten á ella el Papa y los venecianos —XX. Los turcos asaltan y toman á Otranto (1480).—XXI. Los florentinos se reconcilian con el Papa.—XXII. Nuevos procedimientos de guerra en Italia. Discordia entre el marqués de Ferrara y los venecianos (1481).—XXIII. El rey de Nápoles y los florentinos atacan los Es-

Págs.

tados del Papa con daño de aquéllos.— XXIV. El rey de Nápoles, el duque de Milán, los florentinos y el Papa se alían contra los venecianos (1482).—XXV. Derrota de los venecianos en el Bondeno (1483).— XXVI. Se rompe la alianza (1484).—XXVII. Discordias entre los Colonnas y los Orsini.—XXVIII. Muerte de Sixto IV; elección de Inocencio VIII.— XXIX. Origen y estado del banco de San Jorge.— XXX. Guerra entre los florentinos y los genoveses por la ocupación de Sarzana.—XXXI. Rendición de Pietrasanta.—XXXII. Guerra entre el Papa y el rey de Nápoles por la posesión de la ciudad de Aquila (1485). Termina con la paz (1486).—XXXIII. Benévolo el Papa con los florentinos, á pesar de que habían ayudado en la última guerra al rey de Nápoles, interviene como mediador entre ellos y los genoveses, pero infructuosamente. Los genoveses son derrotados por los florentinos; pierden á Sarzana y se entregan al duque de Milán (1487).—XXXIV. Boccolino de Osimo entrega la ciudad al Papa. Jerónimo Riario, señor de Forli, muere víctima de una conjuración (1488).—XXXV. Galeotto Manfredi, señor de Faenza, es muerto por traición de su mujer, á quien expulsan los faentinos, recomendando el gobierno de la ciudad á los florentinos (1492).—XXXVI. Muerte de Lorenzo de Médicis. Su elogio..... 139

Fragmentos históricos..... 209

Extractos de cartas á los Diez de la Balía..... 279

Vida de Castruccio Castracani..... 319

De cómo el duque Valentino dispuso la muerte de Vitellozzo Vitelli, Oliverio de Fermo, el señor Pablo y el duque de Gravina Orsini..... 354

Dictamen sobre la reforma de la constitución de Florencia..... 363

Biblioteca Pública de Soria

71328143 DR 9098

EDITOR
NL
MADRID

MAQUIAVEL

OBRAS
HISTÓRICAS

DR
9098